

Los viajes de Gulliver

Jonathan Swift



FUNDACIÓN
Carlos Slim

Los viajes de Gulliver

Swift, Jonathan

Traducción: Pedro Guardi

Novela

Se reconocen los derechos morales de Swift, Jonathan.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

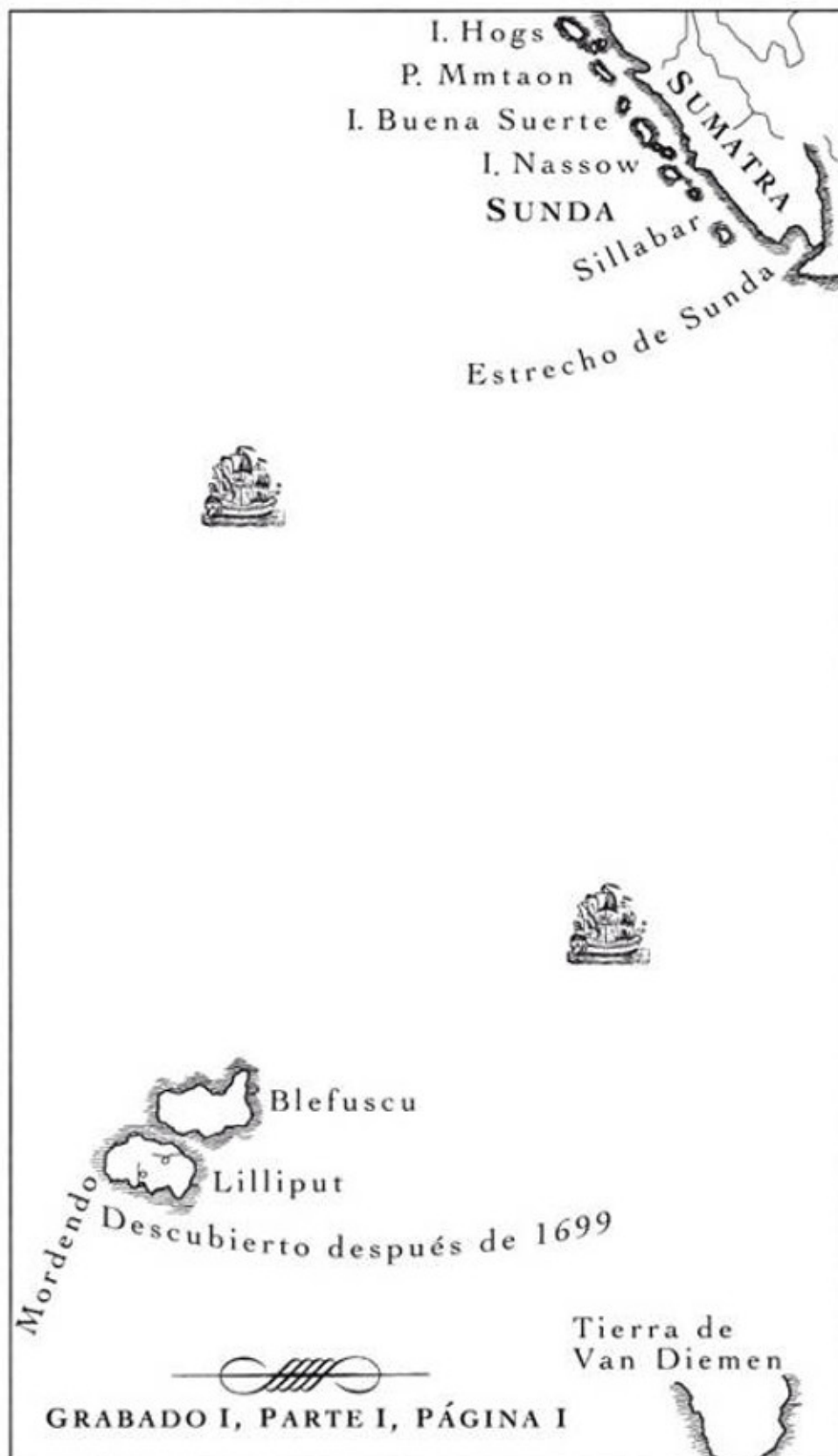
C. P. 11529, Ciudad de México. México.

contacto@pruebat.org

PRIMERA PARTE

VIAJE A LILLIPUT





El autor nos relata su historia, la de su familia y su temprana inclinación a viajar. Naufraga y salva la vida a nado. Llega a la costa del país de Lilliput sano y salvo. Es capturado y llevado al interior.

Mi padre poseía una pequeña hacienda en el condado de Nottingham; yo era el tercero de sus cinco hijos. Cuando tuve catorce años me envió a Emanuel, colegio universitario de Cambridge, donde residí por espacio de tres años consagrado enteramente a mis estudios. Pero como la manutención (a pesar de mis escasas necesidades) resultaba muy gravosa para unos medios tan reducidos, entré como aprendiz del señor Bates, eminente cirujano londinense con quien permanecí cuatro años. Las pequeñas sumas de dinero que de vez en cuando mi padre me enviaba las invertí en aprender navegación y diversas áreas de las matemáticas que resultan útiles para quienes proyectan viajar, cosa que yo siempre había creído que, un día u otro, tendría la suerte de hacer. Cuando dejé al señor Bates, volví con mi padre. Allí, con su ayuda, la de mi tío John y la de otros familiares, reuní cuarenta libras y la promesa de una pensión anual de otras treinta para mi sustento en Leyden donde, conocedor de su utilidad para viajes prolongados, estudié medicina durante dos años y siete meses.

Poco después de regresar de Leyden, fui recomendado por mi buen maestro, el señor Bates, para cirujano del *Swallow*, al mando del capitán Abraham Pannell, con quien estuve tres años y medio, efectuando un par de viajes al Mediterráneo oriental y a otros diversos lugares. A mi regreso decidí establecerme en Londres con el apoyo de mi maestro, el señor Bates, quien me recomendó a varios pacientes. Alquilé parte de una casita en Old Jury. Me casé con la señorita Mary Burton, segunda hija del señor Edmond Burton, calcetero de Newgate Street, y recibí una dote de cuatrocientas libras.

Pero a la muerte de mi estimado maestro, el señor Bates, dos años después, al tener yo pocas amistades, la clientela empezó a disminuir, pues mi conciencia no me permitía imitar los malos hábitos de demasiados de mis colegas. Por consiguiente, después de consultarlo con mi mujer y algunos conocidos, decidí hacerme a la mar. Fui cirujano en dos barcos sucesivamente y durante seis años efectué varios viajes a las

Indias Orientales y Occidentales con los que mejoré mi situación. Empleaba mis horas libres en la lectura de los autores antiguos y modernos de primera línea, pues siempre disponía de un buen número de libros; y cuando estaba en tierra, observaba las costumbres y forma de ser de la gente y aprendía su lengua, para lo que, gracias a una memoria feliz, tenía gran facilidad.

Al serme muy poco rentable el último de mis viajes me cansé de navegar e intenté permanecer en casa con mi mujer y mi familia. Me trasladé de Old Jury a Fetter Lane y de allí a Wapping, pues confiaba en conseguir clientela entre los marineros, pero no me dio resultado. Tras esperar durante tres años a que las cosas se enderezasen, acepté una oferta ventajosa del capitán William Prichard, que mandaba el *Antelope*, con destino a los mares del Sur. Zarpamos de Bristol el día 4 de mayo de 1699. Al principio la travesía resultó muy propicia.

Por diversas razones no sería adecuado abrumar al lector con los detalles de nuestras peripecias por aquellos mares. Bastará con decirle que durante la travesía de allí a las Indias Orientales una violenta tempestad nos arrastró al noroeste de la tierra de Van Diemen. Según nuestros cálculos, nos encontrábamos a treinta grados dos minutos de latitud sur. Doce miembros de la tripulación murieron por exceso de trabajo y mala alimentación mientras que el resto se hallaba muy debilitado. El día 5 de noviembre, que en aquellas latitudes marcaba el inicio del verano, estando muy brumoso, la tripulación divisó un escollo rocoso a medio cable de distancia; pero el viento era tan fuerte que nos llevó directamente hacia él y nos estrellamos. Entre seis tripulantes arriamos el bote al agua y efectuamos una maniobra para alejarnos del barco y del arrecife. Según mis cálculos remamos unas tres leguas hasta que ya no pudimos más, extenuados como estábamos por el esfuerzo realizado en el barco. En consecuencia quedamos a merced de las olas. Una media hora más tarde una ráfaga del norte volcó nuestro bote. Ignoro la suerte que corrieron mis compañeros, los que se aferraron al escollo, o los que permanecieron a bordo del barco, pero deduzco que todos perecieron. Por mi parte nadé, mientras el viento y la marea me arrastraban, según el destino me dio a entender. Con frecuencia tanteaba con las piernas pero no conseguía tocar fondo. Casi exhausto y sin fuerzas para seguir luchando, me percaté de que hacía pie, y para entonces la tormenta había ya amainado considerablemente. La pendiente del fondo era tan suave que caminé casi media milla antes de llegar a la orilla hacia, según mi conjetura, las ocho de la tarde. Avancé entonces casi media milla, sin descubrir vestigio alguno de viviendas o personas, aunque tal vez mi debilidad me impidió verlas. Me encontraba muy fatigado, lo que, junto con el calor y la casi media pinta de brandy que había bebido al abandonar el barco, me producía un sopor irresistible. Me eché en la hierba, que era muy corta y suave, y me dormí más profundamente que nunca; creo que más de nueve horas, pues amanecía cuando desperté. Intenté levantarme, pero no lo conseguí. Me hallaba tumbado de espaldas y

mis brazos y piernas, junto con mi larga y abundante cabellera, estaban fuertemente amarrados al suelo por ambos lados. Noté también varias pequeñas ligaduras por todo mi cuerpo, desde las axilas hasta los muslos. Como solo podía mirar hacia arriba y el sol empezaba a calentar, la luz dañaba mis ojos. Oí un ruido confuso a mi alrededor, pero en semejante postura solo podía contemplar el cielo. Al poco rato sentí que algo vivo se movía por mi pierna izquierda y avanzaba suavemente hacia el pecho hasta casi la altura de la barbilla. Cuando bajé los ojos tanto como pude, divisé una criatura humana que no llegaba a seis pulgadas de altura, con un arco y una flecha en las manos y una aljaba a la espalda.

Mientras tanto, sentí por lo menos cuarenta sensaciones idénticas (o así me lo parecían) que seguían a la primera. Estaba tan asombrado que lancé un fuerte rugido que les hizo retroceder de pavor. Algunos, como después me refirieron, sufrieron heridas a causa de la caída al saltar de mis costados al suelo. Sin embargo, pronto volvieron; uno de ellos se atrevió a llegar hasta donde podía divisar toda mi cara y, levantando las manos y abriendo los ojos con sorpresa, gritó con voz chillona pero clara: «Hekinah degul». Los demás repitieron varias veces estas mismas palabras, que entonces no entendí. Como el lector podrá comprender, me sentía muy a disgusto. Finalmente, al intentar desatarme, tuve la suerte de romper las cuerdas y arrancar las estacas que me ligaban el brazo izquierdo al suelo, ya que, tras elevarlo hasta mi cara, descubrí cómo me habían atado. Al mismo tiempo, de un fuerte y dolorosísimo tirón, solté ligeramente las ligaduras que me sujetaban la cabellera en la parte izquierda, lo que me permitió volver la cabeza un par de pulgadas. Pero antes de que los pudiese coger, aquellos seres diminutos huyeron por segunda vez, con lo que se elevó una algarabía penetrante y cuando acabó, oí gritar a uno de ellos: «Tolgo phonac». Enseguida dispararon un centenar de flechas que se me clavaron en la mano izquierda como agujas. Además dispararon otra andanada al aire, como se hace en Europa con las bombas, y muchas de ellas supongo que me dieron en el cuerpo (aunque no las sentí), y otras en la cara, que cubrí de inmediato con la mano izquierda. Cuando acabó la lluvia de flechas, comencé a gemir de pena y dolor; pero al intentar de nuevo soltarme, me lanzaron otra descarga mayor que la primera y algunos de ellos intentaron clavarme su lanza en los costados. Por suerte llevaba puesto un jubón de cuero, prácticamente impenetrable. Pensé que lo más prudente era quedarme quieto. Mi plan era continuar así hasta el anochecer, pues teniendo libre ya mi mano izquierda, podría soltarme con facilidad. En cuanto a los habitantes de aquel lugar, si todos eran del mismo tamaño de los que había visto, tenía más que suficientes razones para creer que podría enfrentarme al mayor ejército que fueran capaces de oponerme.

Sin embargo, la fortuna dispuso otra cosa. Cuando comprobaron que no me movía, dejaron de disparar flechas, pero el creciente ruido me dio a entender que su número se incrementaba. A unas cuatro yardas de distancia de mi oído derecho, pude oír

golpes durante más de una hora, como si hubiera gente trabajando. Cuando me volví, en la medida que las ligaduras me lo permitieron, vi una plataforma de un pie y medio de altura aproximadamente, apta para cuatro personas de su tamaño, con dos o tres escaleras apoyadas en ella. Desde allí uno de ellos, que parecía ser de noble alcurnia, lanzó una extensa perorata de la que no entendí ni palabra. Pero debería haber mencionado que antes de que este importante personaje empezase a hablar, gritó tres veces: «Langro degul san» (estas palabras y las anteriores me fueron luego repetidas y explicadas). Inmediatamente unas cincuenta personas se me aproximaron y cortaron las ligaduras que sujetaban el lado izquierdo de mi cabeza, lo que me permitió volverme hacia la derecha y observar al que iba a hablar. Parecía de mediana edad y más alto que los otros tres que le servían, de los cuales uno era un paje que le llevaba la cola del vestido, que debía de ser un poco más larga que mi dedo medio. Los otros dos estaban uno a cada lado para asistirle. Adoptó todas las actitudes oratorias posibles, y en su discurso pude observar párrafos amenazadores, prometedores, compasivos y amables. Contesté con unas breves palabras y en tono sumiso, levantando la mano izquierda y los ojos al sol, como poniéndolo por testigo. Como estaba muerto de hambre, pues no había probado bocado desde algunas horas antes de abandonar el barco, y mis necesidades eran tan acuciantes, no pude por menos que mostrar mi impaciencia (quizá en contra de las normas estrictas de educación) metiéndome frecuentemente un dedo en la boca, dando a entender que quería comer. El hurgo (así llaman a un gran señor, según aprendí más tarde) me entendió perfectamente. Descendió de la plataforma y mandó que por medio de unas escaleras apoyadas en mis costados subiera un centenar de personas y fueran hasta mi boca cargadas con cestas repletas de carne que había ordenado enviar el rey, tan pronto como se enteró de mi existencia. Noté carne de diferentes animales, pero no los distinguí por el sabor. Había espaldillas, piernas y lomos, de la misma forma que los de cordero, y muy bien aderezados, pero más pequeños que unas alas de alondra. A cada bocado engullía dos o tres, aparte de tres barras de pan del tamaño de balas de mosquete. Me daban la comida lo más rápido que podían, con grandes muestras de admiración y sorpresa ante mi tamaño y apetito. Luego les hice señas de que quería beber.

A juzgar por lo que había comido, comprendieron que no me conformaría con poco, así que, siendo gentes muy ingeniosas, elevaron con gran habilidad uno de sus mayores odres, lo hicieron rodar hasta mi mano y lo destaparon. Me bebí el contenido de un trago, lo que no fue difícil porque apenas contenía media pinta. Tenía gusto a vino de Borgoña, pero mucho más sabroso. Me trajeron un segundo odre, que vacié de la misma manera, haciendo señas de que quería más, pero no tenían. En cuanto hube realizado estas maravillas, se pusieron a gritar de alegría y a bailar sobre mi pecho, repitiendo varias veces, como habían hecho al principio, «Hekinah degul». Me

indicaron que arrojara los dos odres advirtiéndoles antes a los que estaban abajo que se apartasen, gritándoles: «Borach mivola». Cuando los vieron por el aire, surgió un clamor generalizado de «Hekinah degul».

Confieso que me sentía repetidamente tentado, mientras iban y venían por mi cuerpo, de coger con la mano a cuarenta o cincuenta de los que estuviesen a mi alcance y estamparlos contra el suelo. Pero el recuerdo de lo que me había pasado, que probablemente podría no ser lo peor que fueran capaces de hacerme, y la palabra de honor dada, pues así interpretaba yo mi sumisión, pronto hicieron que se disipasen estas ideas. Además me consideraba ligado por las leyes de la hospitalidad a esta gente que me había tratado con tanto gasto y magnificencia. No podía por menos de maravillarme de la intrepidez de tan diminutos mortales, que se atrevían a montar en mi cuerpo y pasearse por él, mientras una de mis manos estaba libre, y de que no temblasen ante la sola presencia de una criatura tan prodigiosa como yo debía de aparecer ante sus ojos. Pasado un rato, y al observar que yo no pedía más alimento, se presentó ante mí un personaje de alta alcurnia de parte de Su Majestad Imperial. Su Excelencia trepó por la parte inferior de mi pierna derecha, avanzó subiendo hasta mi cara con una docena de personas de su séquito, y habiendo presentado sus credenciales con el sello real, que me acercó a los ojos, habló unos diez minutos, sin dar señales de enfado, pero con determinación. Señalaba a menudo hacia delante, es decir, hacia la capital, como más tarde averigüé, que se encontraba a media milla y a donde debía ser conducido por decisión de Su Majestad tomada en consejo.

Contesté con brevedad, pero inútilmente, e hice señas con mi mano suelta hacia la otra (pasándola por encima de la cabeza de Su Excelencia para no hacerle daño a él o a su séquito) y hacia la cabeza y cuerpo, para indicar que deseaba quedar libre. Al parecer me entendió bastante, pues sacudió la cabeza con gestos de desaprobación, y mantuvo la mano en una postura que indicaba que debía ser transportado como prisionero. Pero también hizo otras señales para indicarme que recibiría suficiente comida y bebida y muy buen trato. Entonces intenté una vez más romper las ligaduras, pero al volver a sentir el escozor de sus flechas en cara y manos, que ya estaban llenas de ampollas, y con muchos dardos todavía clavados, y al observar asimismo que el número de enemigos incrementaba, les di a entender que podían hacer conmigo lo que quisiesen. Con ello el hurgo y su séquito se retiraron con mucha educación y aspecto alegre. Poco después oí un griterío general con frecuentes repeticiones de las palabras «Peplom selan», y sentí que muchas personas a mi lado izquierdo soltaban las cuerdas, hasta tal punto que pude volverme hacia la derecha y encontrar alivio orinando en gran cantidad, ante la sorpresa de la gente, que, sospechando por mis movimientos la operación que iba a hacer, se apartó a derecha e izquierda para evitar el torrente que salía de mí con ruido y violencia. Antes de esto me untaron la cara y manos con un ungüento de olor muy agradable, que en pocos minutos me quitó el

escozor producido por las flechas. Todo ello, junto con la satisfacción producida por la comida y bebida que había recibido y que eran muy nutritivas, me dispuso al sueño. Dormí unas ocho horas, como luego me explicaron; y no es de extrañar, pues los médicos, por orden del emperador, mezclaron un somnífero con el vino.

Resultó que desde el mismo momento en que me descubrieron durmiendo en el suelo tras mi llegada, se envió recado al emperador con un correo, quien decidió en consejo que me atasen a la manera que he relatado (lo que se hizo durante la noche mientras dormía), y que se enviase gran cantidad de comida y bebida, así como que se preparase un artefacto para trasladarme a la ciudad.

Esta decisión quizá pueda parecer demasiado atrevida y peligrosa, y confío en que no la imitarían muchos príncipes europeos en una situación semejante. Sin embargo, en mi opinión, fue tan prudente como generosa. Porque suponiendo que estas gentes se hubieran empeñado en matarme mientras dormía con sus lanzas y flechas, es seguro que me habría despertado a la primera sensación de escozor, lo que habría podido avivar rabia y fuerza, permitiéndome romper las ligaduras que me sujetaban. Después, y sin resistencia posible, no podrían esperar misericordia de mi parte.

Estas gentes son excelentes matemáticos y han conseguido una gran perfección en mecánica, gracias a la aprobación y estímulo del emperador, que es un celebrado mecenas del saber. Este príncipe ha hecho construir varias máquinas con ruedas para el transporte de troncos de árboles y otros grandes pesos. Con frecuencia hace construir sus mayores barcos de guerra, de hasta nueve pies de longitud, en los bosques madereros, y los transporta con las máquinas, desde trescientas o cuatrocientas yardas de distancia hasta el mar. Quinientos carpinteros e ingenieros se pusieron a trabajar de inmediato para preparar la mayor máquina disponible. Se trata de un bastidor de madera colocado a tres pulgadas del suelo, de unos siete pies de longitud y cuatro de anchura, moviéndose sobre veintidós ruedas. El griterío que oí se debía a la llegada de la máquina, que según parece había salido a las cuatro horas de mi desembarco. La pusieron paralela a mi cuerpo. La principal dificultad consistía en levantarme y ponerme en este vehículo. Se instalaron al efecto ochenta postes de un pie de altura, y fuertes cuerdas del grosor del bramante sujetaron, por medio de garfios, las numerosas tiras que me habían puesto alrededor del cuello, manos, cuerpo y piernas. Novecientos de entre los hombres más fuertes se ocuparon de tirar de las cuerdas con ayuda de poleas fijadas a los postes. De esta manera y en menos de tres horas me levantaron, me colocaron en la máquina y me ataron fuertemente a ella. Todo esto me lo contaron luego, pues durante toda la operación yo dormía profundamente por la fuerza del somnífero que habían echado en la bebida. Se utilizaron mil quinientos de los caballos más grandes del emperador, de unas cuatro pulgadas y media de altura, para arrastrarme hasta la metrópoli que, como ya he dicho, estaba a media milla de distancia.

Cuatro horas después de comenzado el viaje, me desperté por un ridículo accidente. Habiendo parado el vehículo para arreglar una avería, dos o tres jóvenes tuvieron la curiosidad de ver qué aspecto tenía yo mientras dormía. Treparon a la máquina y avanzando con mucho sigilo hasta mi cara, uno de ellos, oficial de la guardia, metió el extremo afilado de su pica en la ventana izquierda de mi nariz, lo que me hizo cosquillas como si fuera una paja, produciéndome un estornudo violento. Inmediatamente se escurrieron sin ser vistos y hubieron de pasar tres semanas antes de que averiguase la causa de haberme despertado tan repentinamente. Hicimos una larga marcha durante el resto del día y descansamos por la noche, durante la cual se me situaron quinientos guardias a cada lado, la mitad de ellos con antorchas, la otra mitad con arcos y flechas, dispuestos a dispararme en cuanto me moviese. A la mañana siguiente proseguimos la marcha en cuanto salió el sol, y llegamos a doscientas yardas de las puertas de la ciudad al mediodía. El emperador y toda su corte salieron a recibirme, pero los altos oficiales se negaron rotundamente a que Su Majestad pusiera en peligro su persona trepando a mi cuerpo.

En el lugar donde se paró el vehículo había un antiguo templo, considerado el mayor del reino, y que habiendo sido mancillado hacía algunos años por un crimen contra natura, estaba, según el celo de aquellas gentes, profanado, y por ello se había dedicado a otros usos, eliminando todos los ornamentos y el mobiliario. Se decidió que me hospedase en este edificio. La gran puerta que daba al norte tenía unos cuatro pies de altura y casi dos de anchura, lo que me permitía atravesarla con facilidad a rastras. A cada lado de la puerta había una pequeña ventana a no más de dos pies del suelo. Por la de la izquierda, los herreros del rey pasaron noventa y seis cadenas, como las que llevan los relojes de las señoras en Europa y casi del mismo grosor, que fijaron a mi pierna izquierda con treinta y seis candados. Frente al templo, al otro lado de la carretera principal y a veinte pies de distancia, había un torreón de al menos cinco pies de altura. A él subió el emperador con muchos señores principales de la corte para tener la ocasión de inspeccionarme, como así me contaron, ya que yo no podía verlos. Se calculó que más de cien mil personas salieron de la ciudad con el mismo fin. A pesar de los guardias, creo que fueron unos diez mil los que, en diferentes ocasiones, subieron a mi cuerpo con ayuda de escaleras. Pero pronto se publicó un bando prohibiéndolo bajo pena de muerte. Cuando los trabajadores observaron que era imposible que me soltase, cortaron las cuerdas que me ligaban y pude levantarme, aunque nunca me había sentido de tan mal ánimo. El clamor y la sorpresa de la gente al ver que me levantaba y andaba son difíciles de expresar. Las cadenas atadas a mi pierna izquierda eran de unas dos yardas de longitud y no solo me permitían andar adelante y atrás en semicírculo, sino que, al estar fijadas a cuatro pulgadas de la puerta, me permitían entrar reptando por ella y tumbarme completamente en el templo.

II

El emperador de Lilliput, acompañado de varios nobles, visita al autor en la cárcel. Se describe el aspecto físico y vestimenta del emperador. Se designa a unos sabios para que enseñen su idioma al autor. Se granjea amistades gracias a su mansedumbre. Le registran los bolsillos y le quitan la espada y las pistolas.

Una vez levantado, miré a mi alrededor, y tengo que confesar que jamás había contemplado una vista tan encantadora. El país parecía un jardín ininterrumpido, cuyos campos parcelados, en su mayoría de cuarenta pies cuadrados, daban la impresión de ser parterres de flores. Entre los campos se intercalaban bosques de una extensión de un cuarto de acre y, por lo que podía observar, los árboles más altos medían siete pies. Observé la capital a mi derecha: parecía el decorado de una ciudad en un teatro.

Hacía algunas horas que me encontraba muy apurado por las necesidades de la naturaleza, y no es de extrañar, puesto que hacía casi dos días que no me había descargado. Me sentía en gran dificultad entre la necesidad y la vergüenza. Pensé que la mejor solución consistía en deslizarme sigilosamente en casa, así que esto fue lo que hice, y cerrando la puerta después de alejarme hasta la longitud que me fijaba la cadena, al fin me desembaracé del lastre. Pero esta fue la única vez que me sentí culpable de tan sucio acto; no me resta sino esperar que el ingenuo lector será condescendiente conmigo, una vez sopesada la apurada situación en que me encontraba. A partir de aquel día me acostumbré, nada más levantarme, a ir afuera y ocuparme de ese asunto al aire libre, tan lejos como me lo permitía la cadena. Antes de que alguien viniera a visitarme por la mañana, se tomaban las medidas adecuadas para que mis residuos desaparecieran en las carretillas que dos sirvientes manejaban. No me habría extendido tanto en este incidente, que a primera vista puede parecer insignificante, de no ser por mi necesidad de justificar mi modo de ser en cuanto a la limpieza del mundo. Sin embargo, me han dicho que mis detractores han aprovechado este y otros incidentes para atacarme.

Una vez resuelto este problema, salí de casa a tomar el aire libre. El emperador había bajado ya de su torre y le costó acercarse con su montura. Esta, a pesar de su

doma, se encabritó al verme, ya que debí de parecerle una montaña móvil. El príncipe, como buen jinete que era, aguantó en la silla hasta que los servidores llegaron a toda prisa y sujetaron las bridas y así pudo desmontar. Cuando lo hizo, me observó de arriba abajo con gran asombro, pero fuera del alcance de mis cadenas. Ordenó a cocineros y mayordomos ya preparados que me trajeran comida y bebida, que pusieron a mi alcance en una especie de vehículos sobre ruedas. Yo los tomé y pronto los vacié por completo. Veinte contenían carne y diez bebida. Los primeros me proporcionaban dos o tres buenos bocados cada uno. Vacíé la bebida de diez recipientes contenidos en vasijas de barro en un artefacto, y me lo bebí todo de un trago, haciendo lo mismo con el resto. La emperatriz y los jóvenes de sangre real de ambos sexos, acompañados por numerosas damas, permanecían alejados en sus sillas hasta que el incidente al que me he referido les hizo levantarse y correr hacia el emperador, cuya persona me dispongo a describir.

Este supera en altura a todos los cortesanos en la anchura de mi uña, lo que para cualquier observador constituye motivo de asombro. Los rasgos de su cara expresan fuerza y hombría, la nariz es arqueada, el labio inferior saliente, la piel oscura, la postura estirada, el cuerpo y los miembros bien proporcionados, los movimientos elegantes y el porte majestuoso. Por entonces había dejado ya de ser joven y tenía veintiocho años y ocho meses. Llevaba ya siete años de reinado feliz y por lo general victorioso. Para observarle mejor me tumbé de lado de modo que nos pudiésemos mirar de frente, estando como estaba él de pie a menos de tres yardas de distancia. Sin embargo, es difícil que me equivoque al describirlo, pues le he tenido en mi mano en muchas ocasiones. Vestía con gran sencillez, con estilo medio asiático y medio europeo, aunque llevaba un ligero casco de oro, adornado de joyas y rematado por una pluma. Para defenderse empuñaba una espada desenvainada, por si se me ocurría desatarme. Esta medía casi tres pulgadas; la empuñadura y la funda eran de oro con incrustaciones de diamantes. Su voz era aguda pero clara y articulada y perfectamente audible aun cuando yo estaba de pie. Todas las damas y cortesanas lucían unas vestimentas tan holgadas que el lugar parecía un encaje bordado en oro y plata desplegado por tierra. Su Majestad Imperial me hablaba con frecuencia y yo, por mi parte, le respondía, aunque ninguno de los dos entendía ni una palabra. Estaban presentes varios sacerdotes y abogados —esto es lo que deduje por su forma de vestir— con órdenes de hablarme. Yo intentaba dirigirme a ellos en todas las lenguas de que tenía la menor idea, que eran alto y bajo holandés, latín, francés, español, italiano y lengua franca. Pero todo fue inútil. Transcurridas dos horas, la corte se retiró y me dejaron bajo la custodia de una importante guardia para evitar que el populacho me molestara y acosara. Tenían muchas ganas de acercarse a mí, no sin cierta cautela, e incluso algunos tuvieron la osadía de atacarme con flechas mientras estaba sentado a la puerta de mi casa, lo que casi me hizo perder el ojo izquierdo. Por este motivo el

coronel ordenó la captura de seis de los cabecillas, y estimó que lo más justo sería entregármelos atados, por lo que algunos de sus soldados, cumpliendo órdenes, con el revés de las lanzas, los pusieron a mi alcance. Con la mano derecha los cogí a todos y seguidamente metí a cinco en el bolsillo de mi chaqueta; al sexto le puse cara de que le iba a comer. El pobre hombre chilló horrorizado, y el pavor se extendió al coronel y a los oficiales, sobre todo cuando me vieron sacar el cortaplumas. Pero pronto puse fin a su miedo cuando mirándole con benevolencia y desembarazándole de las ataduras que le oprimían, lo puse en el suelo con sumo cuidado, tras lo cual salió disparado. Con los demás me comporté del mismo modo: los saqué del bolsillo de uno en uno, y observé que la gente y los soldados agradecían este gesto de generosidad, que tanta influencia tendría en la corte.

Al caer la noche conseguí penetrar en casa con cierta dificultad; su suelo fue mi lecho durante un par de semanas. En este tiempo el emperador ordenó que me hicieran una cama. Transportaron seiscientos de sus camitas en carros y las instalaron en mi casa. Con ciento cincuenta consiguieron hacer una a mi medida, y superpusieron cuatro para darle cierta altura. A pesar de todo eso me defendía mal del suelo, que era de piedra bruñida. Trajeron, además, sábanas, mantas y colchas de las mismas dimensiones, bastante tolerables para quien estaba acostumbrado a las durezas.

La nueva de mi llegada se esparció rápidamente por todo el reino y atrajo a multitud de ricos, perezosos y curiosos, de modo que enseguida los pueblos se quedaron casi sin gente y los trabajos domésticos y las labores del campo habrían estado muy descuidados si el emperador no hubiera dictado las órdenes y proclamas oportunas para remediar tal situación.

Su Majestad estipuló que todos los que ya me habían visto debían regresar a sus hogares y no intentar acercarse a menos de cincuenta yardas de mi casa sin previa licencia real; los secretarios de Estado recibieron amplias ganancias con estas licencias.

Mientras tanto, el emperador mantenía reuniones frecuentes para decidir mi futuro. Después, un amigo muy cualificado y al tanto del asunto me aseguró que existía gran preocupación en la corte por mi causa. Se temía que me liberase y también que los costes de mi manutención ocasionasen una oleada de hambre. En ocasiones estaban dispuestos a matarme de inanición o por lo menos lanzarme flechas envenenadas a cara y manos para que tuviese una muerte rápida. Pero pensaron que un cadáver de semejante tamaño despediría tal hedor que podría propagar la peste por toda la ciudad y quizá extenderla por todo el reino. Mientras proseguían con sus deliberaciones, unos oficiales del ejército se aproximaron a la entrada del gran salón del Consejo y dos de ellos penetraron para explicar lo bien que me había comportado con los seis delincuentes anteriormente mencionados.

Tanto Su Majestad como el Consejo quedaron tan favorablemente impresionados que se creó un impuesto imperial para que todos los pueblos en novecientas yardas a

la redonda de la ciudad entregaran todas las mañanas seis bueyes, cuarenta ovejas y otros víveres para mantenerme. Todo ello acompañado de una cantidad proporcional de pan, vino y otras bebidas. El emperador pagó todo eso con asignaciones del Tesoro. Pues este príncipe vive íntegramente de sus tierras y en raras ocasiones crea nuevos impuestos para sus súbditos que, en caso de guerra, tienen la obligación de ayudarle y pagar su propia manutención. También se eligieron seiscientas personas para servirme. Se les pagaba una módica suma para su manutención y habitaban en tiendas levantadas a ambos lados de mi puerta. Igualmente se ordenó que trescientos sastres se encargaran de confeccionarme un traje a la moda del país. Además, seis de los más grandes eruditos de Su Majestad me enseñarían el idioma; y por último, se estipuló que los caballos del emperador, de la nobleza y de las tropas pasearan ante mí para que se familiarizaran conmigo. Todas estas órdenes se llevaron a cabo y, en unas tres semanas, efectué grandes progresos en el aprendizaje de su idioma. Mientras lo aprendía, el emperador solía visitarme y ayudaba complacido a mis maestros. Nos empezamos a entender algo y lo primero que aprendí fue a pedirle mi liberación, cosa que siempre hacía de rodillas. Me pareció entender en sus palabras que debía ser cosa de tiempo, que además era impensable sin la opinión de su Consejo y que primero debería «lumos kelmin pesso desmar lon emposo», es decir, jurar la paz con él y su reino. A pesar de todo me prometió que sería tratado con gentileza y me aconsejó que consiguiera su favor y el de sus súbditos con paciencia y discreción. Rogó que no me tomara a mal si ordenaba que algunos oficiales me registraran, ya que podría llevar armas que, si correspondían a mi prodigiosa talla, serían ciertamente peligrosas. Le dije que le daría satisfacción a Su Majestad pues estaba dispuesto a desnudarme y volver los bolsillos del revés ante él. Esto se lo expliqué en parte con palabras y en parte con gestos. Por su parte, él me contestó que, según las leyes del reino, dos de sus oficiales se encargarían de registrarme; y que se daba cuenta de que no se podía realizar la operación sin mi consentimiento y cooperación. Tenía en tan gran estima mi generosidad y sentido de la justicia que dejaba sus personas en mis manos. Cualquier cosa que me quitaran me sería devuelta al abandonar el país o bien me lo pagarían al precio que yo estipulara. Levanté a dos oficiales y los introduje en los bolsillos de la chaqueta para continuar con todos los demás que tenía, con la excepción de dos pequeños y otro bolsillo secreto, que no tenía intención de que fuera registrado, puesto que en él guardaba algún que otro artículo que solo me importaba a mí. En uno de los bolsillos guardaba un reloj de plata, y en el otro una bolsa con algo de oro. Estos señores, provistos de papel, tinta y pluma, extendieron un inventario completo de todo lo que encontraron; y, una vez terminado, me pidieron que les bajara, para entregárselo al emperador. Después lo traduje al inglés, y literalmente es como sigue:

Imprimis: En el bolsillo derecho del Gran Hombre-Montaña [así interpreto la expresión *Quinbus Flestrin*], después de un registro muy meticuloso, tan solo encontramos un gran trozo de lienzo basto, que bien podría servir, por su tamaño, como alfombra en el salón regio de Su Majestad. En el izquierdo descubrimos un tremendo cofre de plata con tapa del mismo metal que, nosotros los inspectores, fuimos incapaces de levantar. Le dijimos que lo abriera, uno de nosotros entró en él y se encontró cubierto hasta media pierna de una especie de polvo, parte del cual, levantándose en una nube que llegó hasta la cara, nos hizo estornudar a los dos varias veces. En el bolsillo derecho del chaleco descubrimos un fardo enorme de cosas blancas y finas, superpuestas y de una dimensión aproximada a tres hombres. Estaban sujetas mediante un cable grueso y mostraban signos negros que, en nuestra modesta opinión, bien podrían ser escritos con letras tan grandes como la mitad de la palma de una mano. En el izquierdo descubrimos una especie de máquina de cuyo lomo sobresalían veinte postes largos, parecidos a los de la empalizada en la fachada de la corte de Su Majestad, y con la que el Hombre-Montaña seguramente se peinaba. Como era muy difícil que nos entendiera no le acosamos a preguntas. En el bolsillo grande, al lado derecho de la mitad de su cubierta media [así traduzco la expresión *ranfu-lo* que en su idioma eran los pantalones], descubrimos un pilón de hierro hueco, de una altura aproximada a la de un hombre, sujeta a un trozo de madera maciza, mayor que el pilón. De un lado del pilón sobresalían grandes trozos de hierro cortados en extrañas formas, que no sabíamos para qué servían. En el bolsillo izquierdo encontramos una máquina parecida, y en el más pequeño de la derecha hallamos trozos redondeados y planos de metal rojo y blanco de diferente tamaño. Entre los trozos blancos había piezas que parecían de plata y eran tan voluminosas que tanto a mi compañero como a mí nos resultó difícil levantar. En el bolsillo izquierdo encontramos dos pilones negros de forma irregular cuyo extremo superior, desde el fondo del bolsillo, fue difícil de alcanzar. Uno de ellos parecía todo de una pieza y estaba cubierto, pero en el extremo del otro sobresalía algo redondo y blanco, aproximadamente del tamaño de dos cabezas. Cada una de estas contenía una enorme placa de acero que, siguiendo nuestras indicaciones, nos enseñó, pues pensamos que eran artilugios peligrosos. Las sacó de las fundas y nos contó que en su país era muy corriente afeitarse con una y cortar los alimentos con la otra. En dos bolsillos no pudimos introducirnos; a estos los llamaba bolsillos secretos; consistían en dos cortes alargados en la parte superior de la mitad del protector, pero apretados y casi juntos por la presión del vientre. Del bolsillo derecho colgaba una cadena grande de plata con una maravillosa especie de máquina en la parte inferior. Le indicamos que sacara lo que pendía de la cadena, que parecía ser una esfera, mitad de plata y mitad de algún metal transparente; en esta parte descubrimos unos dibujos en círculo y pensamos que podíamos tocarlos hasta que nos lo impidió la sustancia transparente.

Nos acercó esta máquina a los oídos y emitía un ruido continuo como el de un molino de agua; suponemos que se trataba de algún animal desconocido o del Dios que adora. Pero nos inclinamos más por la segunda opinión, ya que nos aseguró (o al menos así lo entendimos debido a su poco dominio del idioma) que raramente hacía algo sin antes consultarlo. Lo llamaba su oráculo y nos dijo que señalaba el tiempo para cada evento de su vida. Del bolsillo izquierdo sacó una red casi tan grande como una de pescador, aunque se abría y cerraba como una bolsa y le servía para la misma finalidad. Allí dentro encontramos varios trozos grandes de metal amarillo que, de ser oro de verdad, deben de valer una fortuna.

Después de haber inspeccionado con minuciosidad todos los bolsillos, siguiendo las órdenes de Su Majestad, atisbamos un cinturón fabricado con la piel de algún prodigioso animal que le rodeaba la cintura y del que pendía una espada tan larga como cinco hombres; y en la parte derecha colgaba un bolso o zurrón partido en dos celdas, cada una capaz de contener tres súbditos de Su Majestad. En una se hallaban varios pedazos redondeados de metal muy pesado, y del tamaño de nuestras cabezas, por lo que se precisó de mucha fuerza para levantarlos; en el otro compartimento había un montículo de una especie de granillos negros, poco pesados, ya que podíamos sostener hasta cincuenta en la palma de la mano.

Este es un inventario exacto de lo que encontramos en el cuerpo del Hombre-Montaña, quien nos trató con gran educación y acatamiento a las órdenes de Su Majestad. Firmado y sellado el día cuatro de la luna ochenta y nueve del feliz reinado de Su Majestad.

CLEFREN FRELOCK, MARSÍ FRELOCK

Una vez leído este inventario en su totalidad al emperador, este me indicó que entregara las diversas pertenencias. En primer lugar, me pidió la cimitarra, que le entregué con su vaina. Mientras tanto, ordenó que tres mil soldados, los mejores que estaban a su servicio, me rodearan a cierta distancia con sus arcos y flechas a punto; sin embargo, este hecho me pasó inadvertido pues solo tenía ojos para Su Majestad. Después se le antojó que desenvainara la cimitarra, que a pesar de hallarse algo oxidada debido al agua del mar, estaba reluciente en casi su totalidad. Cuando la saqué, toda la tropa emitió un grito de terror y de sorpresa al verse cegados por los rayos del sol que se reflejaban en la cimitarra que yo blandía en todas direcciones. Su Majestad, un príncipe muy magnánimo, se mostró menos asombrado de lo que yo esperaba; así que me ordenó que la introdujera de nuevo en la vaina y la lanzara al suelo con la máxima delicadeza posible, a una distancia de seis pies del extremo de mi cadena. Posteriormente me pidió uno de los pilones de hierro hueco (se refería a mis pistolas de bolsillo). Saqué una y, a petición suya, le expliqué el uso de la misma lo mejor que pude; y la cargué tan solo de pólvora, salvada de la humedad por estar

cerrada herméticamente por lo apretado de mi bolsillo (todos los marinos prudentes ponen especial cuidado en evitar que se humedezca). Primero le advertí al emperador que no se asustara y luego disparé al aire. Se produjo una conmoción mucho mayor que con la cimitarra. Se desplomaron a centenares como si, de hecho, hubieran muerto a balazos, e incluso al emperador, a pesar de su temple, le costó trabajo recuperarse. Entregué las pistolas y el zurrón de pólvora y balas no sin advertir que aquella debería guardarse alejada del fuego, pues tan solo una chispa la haría estallar y destruiría el palacio imperial por completo. Del mismo modo entregué el reloj, que llamaba mucho la atención al emperador, por lo que ordenó a dos de sus alabarderos más corpulentos que lo sujetaran a un poste sobre sus hombros, tal como hacen los carreteros ingleses cuando cargan cubas de cerveza. Le asombraba el ruido ininterrumpido que emitía y el movimiento del minutero, que podía ver con claridad, ya que su vista es mucho más aguda que la nuestra. Pidió el parecer de los sabios que le rodeaban, quienes, como el lector puede imaginarse sin necesidad de más comentarios y aunque yo no llegué a entenderlos del todo, opinaron muy diversamente. Después me desprendí de las monedas de plata y de cobre, la bolsa con algunas piezas de oro grandes y pequeñas, el cuchillo y la navaja, el peine y la tabaquera de plata, el pañuelo y el diario. La cimitarra, las pistolas y el zurrón se transportaron en carros a los almacenes reales; el resto de mis pertenencias me fueron devueltas.

Como he señalado con anterioridad, contaba con un bolsillo secreto que les pasó inadvertido. Allí guardaba unas gafas, que a veces, debido a mi vista deficiente, utilizo, un catalejo de bolsillo, y otros pequeños utensilios, que no me consideré obligado a mostrar al emperador; además temía, caso de entregarlos, por su pérdida o deterioro.

III

*El autor entretiene al emperador y a sus cortesanos y
cortesanas de una manera poco frecuente. Se describen las
diversiones de la corte de Lilliput. Se le concede la libertad
al autor bajo ciertas condiciones.*

Mi amabilidad y buena conducta me habían granjeado en tal grado el favor del rey y su corte y, por supuesto, el del ejército y el pueblo en general que empecé a vislumbrar esperanzas de mi pronta liberación. Utilicé todas las estratagemas posibles para fomentar esa predisposición que me favorecía. Los nativos se volvieron cada vez menos aprensivos ante el peligro que yo pudiera representar. A veces me echaba por tierra y permitía que cinco o seis de ellos bailaran en mi mano. Y al final, los mozos y las mozas solían arriesgarse a jugar al escondite por entre mis cabellos. Por entonces había efectuado considerables progresos para comprender y hablar su lengua. Un día el emperador quiso entretenerme con diversos espectáculos del país que, por su destreza y belleza, excedían a los del resto de las naciones que he conocido. Ninguno me distrajo tanto como el de los funambulistas, ejecutado sobre un delgado hilo blanco de unos dos pies de longitud, a unas doce pulgadas del suelo. Con la venia del lector, quiero tomarme la libertad de extenderme un poco más sobre el particular.

Este entretenimiento lo practican solo los candidatos a empleos importantes y a los favores especiales de la corte. Aunque no siempre son de noble cuna, o gozan de educación liberal, ejercen esta habilidad desde jóvenes. Cuando, bien por fallecimiento o caída en desgracia (lo cual sucede a menudo), un puesto oficial queda vacante, cinco o seis de esos candidatos piden al emperador que organice una sesión de danza sobre cuerda para entretenimiento de la corte de Su Majestad. El puesto lo conquista aquel que consigue el salto más elevado sin caerse. Con mucha frecuencia se requiere a los propios ministros principales que demuestren su habilidad y convenzan al emperador de que no han perdido facultades. A Flimnap, el tesorero, se le permite hacer una cabriola sobre la cuerda tensa, al menos una pulgada más alta que ningún otro señor en todo el imperio. Yo le he visto hacer varias volteretas seguidas sobre una tabla fijada a la cuerda, que no era más gruesa que un cordel de empaquetar en Inglaterra. Opino —y trato de ser imparcial— que mi amigo Reldresal,

secretario de Estado para Asuntos Privados, es el más hábil después del tesorero; los restantes altos funcionarios andan muy parejos.

En estas sesiones se producen a menudo accidentes y lesiones de los que, en su mayoría, queda constancia. Yo mismo he presenciado cómo dos o tres candidatos sufrían alguna fractura. Pero el peligro se acrecienta cuando se les pide a los propios ministros que demuestren su destreza, porque en la contienda para superarse a sí mismos y a los demás se esfuerzan hasta tal punto que no hay apenas ninguno que no haya tenido una caída, y algunos dos o tres. Se me aseguró que, uno o dos años antes de mi llegada, Flimnap se habría desnucado sin remisión si uno de los cojines del rey, que por casualidad estaba por el suelo, no hubiera amortiguado el tremendo golpe.

Asimismo hay una diversión que solo se realiza ante el emperador, la emperatriz y el primer ministro en ocasiones especiales. El emperador coloca sobre una mesa tres hilos finos de seda de seis pulgadas de longitud. Uno azul, otro rojo, y el tercero verde. Dichos hilos constituyen los premios para aquellos a quienes el emperador desea distinguir con una señal peculiar de su favor. La ceremonia se celebra en la gran cámara de Estado de Su Majestad, donde se somete a los candidatos a una prueba de destreza muy diferente de la anterior, y sin parangón posible en ningún país del viejo o nuevo continente. El emperador sostiene en sus manos un bastón, manteniéndolo horizontal, al tiempo que los candidatos avanzan uno a uno y saltan por encima de él o se arrastran por debajo varias veces, hacia atrás o hacia delante, según suba o baje el bastón. A veces el emperador aguanta un extremo del bastón y el primer ministro el otro; a veces el ministro lo sostiene él solo. Al que muestra más agilidad y aguanta más tiempo saltando y reptando se le recompensa con la cinta azul; al segundo se le entrega la cinta roja, y la verde al tercero; todos las llevan ceñidas a la cintura con dos vueltas y pocas personalidades de esta corte no poseen una de estas condecoraciones.

Los caballos del ejército y los de las caballerizas regias, gracias a que los traían cada día ante mi presencia, ya no se mostraban temerosos, sino que se aproximaban hasta mis pies sin sobresaltarse. Los jinetes los hacían saltar sobre mi mano que yo mantenía plana en el suelo; uno de los monteros del emperador, a lomos de un corpulento caballo de carreras, saltó por encima de mi pie calzado, lo que constituyó un salto prodigioso. Un día tuve la gran fortuna de entretener al emperador de un modo extraordinario. Le pedí que ordenara que se me trajeran varios palos de dos pies de altura y del grosor de un bastón ordinario; para ello Su Majestad mandó que su guardabosques mayor diese las indicaciones oportunas; al día siguiente llegaron seis guardabosques con otros tantos coches tirados cada uno de ellos por ocho caballos. Cogí nueve palos y los clavé firmemente en tierra, formando una figura cuadrangular de dos pies y medio de extensión; ligué otros cuatro, horizontales, a las esquinas, a unos dos pies del suelo; seguidamente sujeté mi pañuelo a los nueve palos que

sobresalían verticalmente del suelo y lo extendí cubriendo todo el espacio hasta que estuvo tan tenso como un tambor; y los cuatro palos horizontales que sobrepasaban el pañuelo en unas cinco pulgadas hacían las veces de barandillas laterales. Cuando hube terminado la operación solicité al emperador que enviase un grupo de veinticuatro escogidos jinetes para que, sobre esta base, realizaran sus ejercicios. Su Majestad aprobó tal propuesta y yo mismo los subí, de uno en uno, debidamente montados y armados, con los oficiales que debían dirigirlos. Una vez en posición, se dividieron en dos grupos, ejecutaron simulacros de escaramuzas, dispararon flechas despuntadas, desenvainaron las espadas, huyeron y se persiguieron, se atacaron y se retiraron y, en resumen, exhibieron la mejor disciplina militar que jamás haya visto. Las barras paralelas impedían que jinetes y animales cayeran del escenario. El emperador disfrutó tanto que ordenó que el entretenimiento se repitiera varios días. En cierta ocasión tuvo el deseo de dirigirlo personalmente, para lo cual hubo de ser alzado; incluso, aunque con gran dificultad, persuadió a la propia emperatriz para que permitiera que yo la cogiese en su silla de mano y la sostuviera a dos yardas del escenario, para que pudiera contemplar bien toda la representación. Tuve la fortuna de que no ocurrió percance alguno durante estas sesiones, excepto en una ocasión, en que el brioso caballo de uno de los capitanes abrió un boquete en mi pañuelo al golpearlo con sus cascos y, al fallarle la pata, cayó arrastrando consigo a su jinete; pero los levanté inmediatamente y cubrí el agujero con una mano, al tiempo que bajaba la tropa —al igual que la había subido— con la otra mano. El caballo que había caído se lesionó en la pata delantera izquierda, pero el jinete resultó ileso; yo, por mi parte, remendé el pañuelo lo mejor que pude, pero no quise confiar más en su solidez para juegos de tamaño peligro.

Dos o tres días antes de ser puesto en libertad y mientras entretenía a la corte con hazañas de esta índole, llegó un emisario avisando a Su Majestad de que algunos de sus súbditos que cabalgaban cerca del lugar donde me habían apresado habían divisado una sustancia negra y grande en el suelo, con una forma muy rara. Su borde era circular, tan ancho como la alcoba real, y en el centro, una prominencia de la altura de un hombre; que no era, como en principio habían temido, ningún ser viviente, ya que yacía inmóvil sobre la hierba; que algunos lo habían circunvalado varias veces; que, subiéndose unos encima de otros, sobre los hombros, habían llegado a la parte más alta que era lisa y llana, y que, pisoteándolo por encima, sonaba a hueco por dentro; que humildemente se habían imaginado que podía ser alguna pertenencia del Hombre-Montaña, y que si Su Majestad así lo deseaba, se responsabilizaban de traerlo con la ayuda de cinco caballos solamente. Adiviné a qué se referían y me alegré en lo más íntimo de tal noticia. Parece que, al llegar a la costa, después del naufragio, yo iba en tal estado de confusión que, antes de alcanzar el lugar en el que me quedé dormido, el sombrero, que me había sujetado con un cordón alrededor del cuello

mientras remaba, y que se había mantenido sujeto durante mi travesía a nado, se me cayó al tocar tierra. La sola conjetura que puedo hacerme es que el cordón se me hubiese roto por algún accidente en el que yo no hubiera reparado; pero yo creí que había perdido el sombrero en el mar. Pedí a Su Majestad Imperial que ordenase que me lo trajeran lo antes posible, al tiempo que le describía su forma y su uso; al día siguiente los carreteros me lo trajeron en no muy buenas condiciones: en el ala, a una pulgada y media del borde, habían perforado dos agujeros por los que habían pasado dos ganchos los cuales, a su vez, sujetaron con una larga cuerda a los arneses de los caballos. De esta guisa llevaron el sombrero a rastras a lo largo de más de media milla inglesa; pero al ser el terreno de este país tan liso y nivelado, me llegó menos estropeado de lo que temía.

Dos días después de esta aventura, el emperador ordenó a las tropas de su ejército acuarteladas en la metrópoli que estuvieran preparadas, pues se le había ocurrido una diversión muy singular. Deseaba que yo me colocara de pie con las piernas tan abiertas como pudiera, como un coloso. Seguidamente ordenó al general (un jefe veterano y experto y gran amigo mío) que alinease las tropas en formación cerrada y las hiciera desfilar entre mis piernas, la infantería de veinticuatro en fondo, y la caballería de dieciséis en fondo, con redoble de tambores, banderas enarboladas y armas en posición. Esta fuerza consistía en tres mil hombres de a pie y mil de a caballo. Su Majestad dio órdenes, bajo amenaza de pena de muerte, de que los soldados observasen la más estricta decencia respecto a mi persona durante la marcha; de cualquier manera ello no consiguió impedir que algunos de los oficiales más jóvenes levantasen los ojos al pasar por debajo de mí. Y, si he de confesar la verdad, por aquel entonces mis pantalones se mostraban en tan pobre estado que ciertamente ofrecían abundante motivo de risa y asombro.

Había enviado tantas solicitudes y peticiones de libertad que finalmente Su Majestad trató el asunto con el gabinete, en primera instancia, y, más adelante, en un pleno del Consejo. Allí nadie se opuso a ello, con la excepción de Skyresh Bolgolam, quien se complacía en ser mi enemigo mortal, sin provocación alguna por mi parte. Sin embargo, con el suyo como único voto en contra, mi demanda obtuvo la aprobación del Consejo en pleno y la ratificación del emperador. Este ministro era *galbet*, o almirante del reino, hombre de la absoluta confianza de su señor, y una persona versada en asuntos de Estado, pero de natural más bien malhumorado y agrio. De cualquier modo, se le persuadió al final para que accediera, pero consiguió fijar él mismo las condiciones y cláusulas según las cuales yo sería puesto en libertad y que yo debería jurar. Así el propio Skyresh Bolgolam, asistido por dos subsecretarios y varias personas de distinción, me trajo las condiciones por escrito. Una vez leídas, me pidieron que jurara que las cumpliría; primero según las costumbres de mi propio país, y seguidamente según el método que su ley prescribe, es decir, cogiéndome el pie

derecho con la mano izquierda, colocando el dedo corazón de la mano derecha en la coronilla y el pulgar en el extremo de mi oreja derecha. Pero, como quizá el lector sienta curiosidad por conocer el estilo y modo de expresión peculiares de esa gente, así como las cláusulas por las que yo recobré la libertad, he hecho una traducción tan literal como he sido capaz del texto completo, la cual ofrezco aquí al público.

Golbasto Momaren Evlame Gurdilo Shefin Mully Ullly Gue, poderoso emperador de Lilliput, maravilla y terror del universo, cuyos dominios se extienden cinco mil *blustrugs* (cerca de doce millas de perímetro) hasta los extremos del globo, monarca de monarcas, más alto que los hijos de los hombres, cuyos pies pisan firme hacia el centro de la tierra, y cuya cabeza se topa con el sol; que, con un gesto de la cabeza hace temblar a los príncipes de la tierra, agradable como la primavera, cómodo como el verano, fértil como el otoño, terrible como el invierno. Su Muy Suprema Majestad propone al Hombre-Montaña, recientemente llegado a nuestros dominios celestiales, las siguientes condiciones que bajo solemne juramento estará obligado a cumplir:

Primero. El Hombre-Montaña no saldrá de nuestros dominios sin una licencia nuestra bajo nuestro gran sello.

Segundo. No se atreverá a entrar en nuestra capital sin una orden expresa nuestra; en tal circunstancia, los habitantes tendrán un aviso de dos horas para permanecer en sus casas.

Tercero. El citado Hombre-Montaña deberá reducir sus paseos a nuestras carreteras principales, y no intentar caminar o reposar en los prados o campos de grano.

Cuarto. Cuando camine por las citadas vías deberá tener gran cuidado de no pisotear los cuerpos de ninguno de nuestros amados súbditos, sus caballos y carruajes; tampoco cogerá entre sus manos a ninguno de los mencionados súbditos sin su consentimiento.

Quinto. Si un envío requiere una urgencia extraordinaria el Hombre-Montaña deberá llevar en su bolsillo al mensajero y su caballo durante un viaje de seis días de duración una vez cada luna, y lo devolverá sano y salvo, si se le requiriese, a Nuestra Imperial Presencia.

Sexto. Deberá ser nuestro aliado contra nuestros enemigos, en la isla de Blefuscu y deberá esforzarse en destruir su flota, que actualmente se está preparando para invadirnos.

Séptimo. Que el citado Hombre-Montaña, en sus momentos de ocio, deberá ayudar y colaborar con nuestros trabajadores de la construcción a levantar algunos grandes bloques de piedra para cubrir los muros del parque principal y de otros edificios reales.

Octavo. Que en el plazo de dos meses, el citado Hombre-Montaña deberá entregar un informe exacto de la circunferencia periférica de nuestros dominios, contando sus propios pasos a lo largo de las costas.

Finalmente, que previo juramento solemne de observar todas las condiciones anteriores, el Hombre-Montaña tendrá una asignación diaria de alimento y bebida suficiente para sustentar a 1.728 súbditos nuestros, con acceso libre a la Persona Real y otras muestras de nuestro favor. Dado en nuestro palacio de Belfaborac, el duodécimo día de la nonagésima primera luna de nuestro reinado.

Yo juré y suscribí estas condiciones con alegría y contento, aunque algunas no eran tan honrosas como yo habría podido desear; todo debido a la malicia de Skyresh Bolgolam, el almirante en jefe. A partir de aquel momento me soltaron las cadenas y disfruté de completa libertad. El emperador en persona me otorgó el honor de su presencia durante el transcurso de la ceremonia. Yo demostré mi reconocimiento postrándome a los pies de Su Majestad, pero él me ordenó que me pusiera en pie, y, después de efectuar numerosos y elogiosos comentarios que no repetiré para no ser tildado de vanidoso, añadió que esperaba que yo probase ser un sirviente útil y merecedor de todos los favores que ya me había concedido o que me pudiera en un futuro conceder.

El lector se habrá percatado de que en la última de estas cláusulas de mi puesta en libertad el emperador estipulaba una asignación de alimento y bebida suficientes para sustentar a 1.728 liliputienses. Más tarde, al preguntar a un amigo de la corte cómo habían llegado a fijar la cantidad en dicho número en concreto, me explicó lo siguiente: que los matemáticos de Su Majestad habían fijado la altura de mi cuerpo con la ayuda de un cuadrante, y que habían encontrado que excedía al suyo en la proporción de doce a uno. De la semejanza de nuestros cuerpos habían concluido que el mío debía de equivaler como mínimo a 1.728 de los suyos y que, por ende, yo necesitaría tanta comida como fuera necesaria para alimentar a dicha cantidad de liliputienses. De todo ello, el lector podrá hacerse una idea del ingenio de esa gente, así como de la prudencia y precisa economía de tan gran príncipe.

IV

Descripción de Mildendo, capital de Lilliput, y del palacio del emperador. Conversación entre el autor y un secretario de Estado referente a los asuntos de aquel imperio. El autor se ofrece al servicio del emperador para la guerra.

Mi primera petición en cuanto obtuve la libertad fue que se me concediera permiso para visitar Mildendo, la capital. El emperador accedió sin dificultad, pero me recomendó en especial que no hiciera daño ni a los habitantes ni a sus viviendas. La gente se enteró por un bando de que yo tenía interés en visitar la ciudad. La muralla que la circunda tiene una altura de dos pies y medio y por lo menos once pulgadas de anchura, de modo que un carruaje y sus caballerías pueden transitar por ella con gran seguridad; está flanqueada por robustos torreones cada diez pies. Pasé por encima de la gran puerta occidental y me deslicé con gran cuidado, y de lado, por las dos arterias principales, vestido únicamente con el chaleco corto por miedo a dañar los tejados y aleros de las casas con los faldones de mi casaca. Caminé con la máxima cautela a fin de no aplastar a los rezagados que pudieran permanecer en las calles, aunque se habían dado órdenes muy severas a fin de que todo el mundo, en vista del peligro, se quedara en su casa bajo su propia responsabilidad. Pensé que no había visto en todos mis viajes un lugar más poblado al observar completamente abarrotadas de curiosos las ventanas de los desvanes y las terrazas de las casas.

La ciudad es un cuadrado perfecto; cada lado de la muralla tiene una longitud de quinientos pies. Las dos grandes calles que la cruzan y dividen en cuatro partes miden cinco pies de anchura. Los callejones y callejuelas que, sin entrar, solo pude ver al pasar únicamente miden de doce a dieciocho pulgadas. La ciudad tiene capacidad para albergar a unas quinientas mil almas. Las casas tienen de tres a cinco pisos. Las tiendas y mercados están bien surtidos.

El palacio del emperador está ubicado en el centro de la ciudad, donde confluyen las dos calles principales. Está rodeado por un muro de dos pies de altura, a una distancia de veinte pies de los edificios. Tenía permiso de Su Majestad para traspasar este muro; y puesto que el espacio entre este y el palacio era tan amplio, me resultó muy fácil examinarlo por todos sus lados. El patio exterior es un cuadrado de cuarenta

pies y comprende otros dos espacios. En el central están los aposentos reales, que tenía grandes deseos de ver, aunque me resultaba extremadamente difícil porque las grandes puertas entre una y otra plaza solo tenían dieciocho pulgadas de altura y siete de anchura. Además, los edificios del patio exterior medían por lo menos cinco pies de altura y me era imposible pasar por encima de ellos sin causar un daño irremediable al conjunto, aunque los muros estaban fuertemente contruidos en piedra tallada con un espesor de cuatro pulgadas. Al mismo tiempo, el emperador tenía grandes deseos de que contemplara la magnificencia de su palacio. No pude hacerlo, hasta tres días después, tiempo que pasé talando con mi cuchillo algunos de los mayores árboles del parque real, a unas cien yardas de la ciudad. Con estos árboles hice dos taburetes de unos tres pies de altura cada uno y lo suficientemente fuertes para soportar mi peso. Una vez se hubo avisado a la gente por segunda vez, atravesé de nuevo la ciudad hacia el palacio con los dos taburetes en la mano. Cuando llegué junto al patio exterior, me subí a un taburete, tomé el otro en la mano y, levantándolo por encima del tejado, lo deposité con cuidado en el espacio entre el primer y segundo patio, de unos ocho pies de anchura. Pasé luego por encima de los edificios con mucha facilidad de un taburete a otro y retiré el primero tras de mí con un palo terminado en un gancho. Con esta estratagema llegué al patio central y, recostándome de lado, acerqué el rostro a los pisos intermedios, cuyas ventanas habían sido dejadas abiertas a propósito, y descubrí los aposentos más espléndidos que imaginarse puedan. Allí vi a la emperatriz y a los jóvenes príncipes en sendas habitaciones rodeados por sus principales sirvientes. Su Alteza Imperial se dignó sonreírme muy graciosamente y me tendió la mano por la ventana para que se la besara.

Pero no adelantaré al lector más descripciones de este tipo porque las reservo para un trabajo más extenso que está ahora casi listo para la imprenta y que contiene una descripción general de este imperio desde sus orígenes, una larga sucesión de príncipes con un relato detallado de sus guerras y política, leyes, cultura y religión, su flora y fauna, sus costumbres y usos peculiares, con otros temas de gran interés y utilidad. Por el momento, mi principal intención es solo relatar los acontecimientos y sucesos que acaecieron a la gente y a mí mismo, durante los aproximadamente nueve meses que residí en aquel imperio.

Una mañana, unos quince días después de haber sido liberado, Reldresal, el denominado secretario de Estado para Asuntos Privados, vino a visitarme acompañado solo de un sirviente. Ordenó que su carruaje le esperara a cierta distancia y me pidió que le concediera una audiencia de una hora; accedí rápidamente, habida cuenta de su categoría, méritos personales y de los excelentes oficios prestados en mis peticiones a la corte. Le ofrecí recostarme a fin de que le fuera más fácil hacerse inteligible; pero, en lugar de eso, prefirió que yo le sostuviera en la mano mientras conversábamos. Empezó por felicitarme por mi liberación y dijo que podría presumir

de tener algún mérito en ella; pero, sin embargo, añadió que de no ser por la situación actual de los asuntos de la corte, tal vez no me habría sido posible el haberla obtenido tan pronto. «Porque —dijo—, por muy floreciente que nuestra situación pueda parecer a los extranjeros, estamos bajo el influjo de dos poderosos males: una facción violenta en el interior y el peligro de una invasión desde el exterior por parte de un enemigo muy poderoso. Por lo que se refiere al primero, debéis entender que desde hace más de setenta lunas, en este imperio existe un conflicto entre dos partidos respectiva y característicamente denominados *Tramecksan* y *Slamecksan* por los tacones altos y bajos de sus zapatos. Se dice que los tacones altos están más de acuerdo con nuestra antigua Constitución; pero, por lo que fuera, Su Majestad ha determinado emplear solo a los tacones bajos en la administración del gobierno y en todos los cargos dependientes de la corona, como sin duda no habréis dejado de observar; y que, particularmente, los tacones imperiales son al menos un *drurr* más bajos que cualquiera de los de la corte (el *drurr* equivale aproximadamente a la catorceava parte de una pulgada). La animosidad entre estos dos partidos llega al extremo de no comer ni beber juntos y de ni siquiera hablarse. Calculamos que los *Tramecksan* o tacones altos nos superan en número, pero nosotros tenemos todo el poder. Sospechamos que el heredero de la corona, Su Alteza Imperial, tiene propensión hacia los tacones altos; por lo menos, distinguimos con claridad que uno de sus tacones es más alto que el otro, lo que le hace cojear un poco al andar.

»Ahora bien, en medio de estas inquietudes internas, nos amenaza una invasión desde la isla de Blefuscu, que es el otro gran imperio del universo, casi tan extenso y poderoso como el de Su Majestad. Porque, por lo que se refiere a vuestras afirmaciones, a saber, que existen reinos y Estados en el mundo habitados por seres de vuestro tamaño, nuestros filósofos albergan serias dudas y más bien suponen que habéis bajado de la luna o de una de las estrellas porque, sin duda, cien mortales de vuestro tamaño destruirían en poco tiempo todos los frutos y rebaños de los dominios de Su Majestad. Además, nuestra historia de seis mil lunas no hace mención alguna de otras regiones aparte de los dos grandes imperios de Lilliput y Blefuscu. Y, como os iba a explicar, estas dos fuertes potencias están enzarzadas en una encarnizada guerra desde hace treinta y seis lunas. Empezó de la manera siguiente. En todas partes se admite que el modo original de cascar los huevos para comérselos es hacerlo por el extremo más ancho; pero el abuelo de Su Majestad, cuando era niño, se dispuso una vez a comer un huevo y, al romperlo a la antigua usanza, se cortó un dedo. Ante este hecho, su padre, el emperador, publicó un edicto ordenando a todos sus súbditos que rompieran los huevos por el extremo más estrecho so pena de sufrir grandes castigos. Tan a mal se tomó el pueblo esta ley que, por esta causa, ha habido seis rebeliones a lo largo de nuestra historia; y en ellas, un emperador perdió la vida y otro la corona. Estos disturbios domésticos estaban constantemente fomentados por los monarcas de

Blefuscu; y cuando eran sofocados, los exiliados huían siempre hacia aquel imperio en busca de refugio. Se ha calculado que, en diversas épocas, unas once mil personas han preferido morir antes que someterse a romper los huevos por el extremo más estrecho. Muchos centenares de volúmenes se han publicado sobre esta controversia; pero, desde hace mucho tiempo, los libros de los partidarios del extremo ancho están prohibidos y todos los miembros del partido están legalmente incapacitados para acceder a un empleo. En el transcurso de estos disturbios los emperadores de Blefuscu han protestado con frecuencia a través de sus embajadores acusándonos de provocar un cisma religioso, al atentar contra un dogma fundamental de nuestro gran profeta Lustrog en el capítulo cincuenta y cuatro del *Brundecral* [que es su Corán]. Sin embargo se piensa que esto es solo una mera deformación del texto, ya que las palabras son estas: “Que todos los verdaderos creyentes rompan los huevos por el extremo adecuado”; el determinar cuál es este extremo parece quedar, en mi humilde opinión, a la conciencia de cada hombre o, por lo menos, al arbitrio del primer magistrado. Ahora bien, los exiliados partidarios del extremo ancho han encontrado tanto apoyo en la corte del emperador de Blefuscu y tanta ayuda y aliento secretos en su partido aquí que desde hace treinta y seis lunas se libra una sangrienta guerra entre los dos imperios, con dispar fortuna. Durante su transcurso hemos perdido cuarenta grandes naves y un número mucho mayor de navíos más pequeños, junto con treinta mil de nuestros mejores marinos y soldados, y se calcula que los daños sufridos por el enemigo son algo más importantes que los nuestros. En estos momentos, sin embargo, han organizado una escuadra numerosa y se están preparando para atacarnos; y Su Majestad Imperial, que ha depositado gran confianza en vuestro valor, me ha ordenado que os pusiera al corriente de estos asuntos.»

Pedí al secretario que presentara mis humildes respetos al emperador y le transmitiera mi opinión de que, como extranjero, no debería inmiscuirme entre las dos partes; pero que estaba dispuesto a defender su persona y Estado contra cualquier invasor, aun a riesgo de mi vida.

V

*El autor impide una invasión con una estratagema poco usual. Se le concede una elevada dignidad honorífica.
Llegan embajadores del emperador de Blefuscu para pedir la paz. Incendio accidental de los aposentos de la emperatriz.
Interviene el autor para salvar el resto del palacio.*

El imperio de Blefuscu es una isla ubicada al nornordeste de Lilliput, separada únicamente por un canal de ochocientas yardas de ancho. Aún no la había visto, y al enterarme del proyecto de invasión evité aparecer por esa zona costera pues temía ser descubierto por algún barco del enemigo, que desconocía mi existencia. Pues estaba estrictamente prohibido, bajo pena de muerte, toda comunicación entre los dos imperios mientras durase la guerra; y se había aplicado un embargo a todos los barcos, sin excepción, por orden de nuestro emperador. Comunicué a Su Majestad un proyecto para apresar a toda la flota enemiga, la cual, según aseguraban nuestros exploradores, estaba anclada en el puerto, lista para zarpar al primer viento favorable. Consulté a los marinos más expertos cuál era la profundidad del canal que ellos habían sondeado con frecuencia; me informaron de que la parte central con la marea alta era de setenta *glumgluffs*, lo que en Europa equivaldría a seis pies; en el resto, la profundidad no rebasaba los cincuenta *glumgluffs*. Me encaminé hacia la costa nordeste, frente a Blefuscu, donde tendido detrás de un montículo saqué mi pequeño catalejo de bolsillo y observé a la flota enemiga anclada, compuesta por unos cincuenta barcos de guerra y un gran número de cargueros. Entonces regresé a casa y encargué, con licencia especial, una gran cantidad de cable solidísimo y barras de hierro. El cable era del grosor de un cordel de cáñamo, y las barras, largas y grandes como una aguja de punto. Trencé tres cuerdas para hacerlas más resistentes y por la misma razón uní las barras de hierro de tres en tres, doblando los extremos en forma de gancho. Así pues, provisto de cincuenta ganchos con sus correspondientes cables, volví a la costa nordeste y, después de quitarme la casaca, zapatos y calcetines, penetré andando mar adentro con el jubón de cuero, una media hora antes de que subiese la marea. Vadeé con la máxima rapidez y, ya en el centro del canal, nadé unas treinta yardas hasta que hice pie y alcancé la flota en menos de media hora. Al verme,

el enemigo se asustó tanto que la tripulación de los barcos saltó por la borda y ganó a nado la orilla donde no podía haber menos de treinta mil almas. Entonces cogí mis aparejos, y, luego de fijar un gancho en el agujero de cada proa, até todas las cuerdas por el otro cabo. Mientras realizaba esta operación, el enemigo disparó millares de flechas, que en su mayoría me alcanzaron en manos y cara, cosa que, aparte de un intenso dolor, me perturbaba mucho en la operación. Temía especialmente por mis ojos, que podría haber perdido irremisiblemente de no haberseme ocurrido una repentina solución. En un bolsillo secreto guardaba, entre otros pequeños útiles, unas gafas que no habían descubierto los emisarios del emperador cuando me registraron, según he apuntado anteriormente. Las saqué y las sujeté a mi nariz tan fuerte como pude y, así protegido, continué impertérrito la operación, a pesar de las numerosas flechas enemigas que se estrellaban contra los cristales de mis gafas, pero sin más consecuencia que un mínimo desarreglo. Cuando tuve fijados todos los ganchos, agarré el nudo de las cuerdas y comencé a estirar, pero ni un barco se movió porque todos estaban demasiado bien anclados. Faltaba realizar lo más arriesgado de la operación. En consecuencia, solté la cuerda pero dejé los ganchos sujetos a los barcos y, sin pensarlo, corté apresuradamente con mi navaja los cables que fijaban las anclas, a costa de recibir más de doscientos flechazos en cara y manos. Entonces agarré el extremo anudado de las cuerdas a los que estaban sujetos los ganchos y con gran facilidad conseguí mover cincuenta de los mayores barcos de guerra enemigos.

Los blefuscuítas, que no imaginaban lo que yo pretendía, al principio quedaron atónitos de confusión. Me habían visto cortar los cables y pensaron que intentaba llevar los buques a la deriva o bien hacer que chocaran entre sí. Pero cuando vieron que toda la flota se desplazaba de un modo ordenado y que yo tiraba por un extremo, lanzaron indescriptibles e inimaginables gritos de dolor. Cuando salí del peligro, me paré un momento para arrancarme las flechas que tenía clavadas en el rostro y manos y para frotarme con el ungüento que me habían dado al llegar a Lilliput, como he mencionado anteriormente. Entonces me quité las gafas y después de esperar cerca de una hora a que la marea bajara un poco, crucé el centro del canal con mi cargamento y llegué a salvo al real puerto de Lilliput.

El emperador y toda su corte permanecían en la orilla esperando el resultado de esta gran empresa. Veían cómo los barcos se aproximaban en forma de una gran media luna, pero a mí no me podían divisar porque el agua me llegaba hasta el pecho. Cuando llegué al centro del canal aún sufrieron más, puesto que el agua me cubría hasta el cuello. El emperador dedujo que me había ahogado y que la flota enemiga se acercaba con propósitos bélicos; pero se tranquilizó pronto porque, a cada paso que yo daba, la profundidad disminuía, y en cuanto me pudo oír alcé el cabo de la cuerda que mantenía sujeta a la flota y grité con voz potente: «¡Viva el muy poderoso

emperador de Lilliput!». Este gran príncipe acogió mi llegada con grandes elogios, y en aquel mismo lugar me concedió el título de *nardac*, su honor máximo.

Su Majestad quería que realizara otra salida para capturar y llevar a puerto el resto de la flota enemiga. La ambición de los príncipes es tan desmesurada que parecía pensar solo en convertir el imperio de Blefuscu en provincia suya, bajo el mando de un virrey, destruir a los exiliados favorables al extremo ancho y obligar a los blefuscuistas a romper el huevo por el extremo angosto, con lo cual él se convertiría en el único monarca del universo, pero procuré disuadirle de su propósito con numerosos argumentos, tanto de índole política como de justicia. Y protesté abiertamente diciendo que yo nunca sería el instrumento para esclavizar a un pueblo libre y valiente. Los miembros más sensatos del Consejo compartieron mi opinión cuando se debatió este asunto.

La sinceridad y franqueza de mi declaración era tan opuesta a los proyectos y la política de Su Majestad Imperial que no me lo perdonó nunca. Ante el Consejo —se me dijo que algunos de los miembros más sensatos me apoyaban al menos con su silencio— mencionó el tema de una manera muy astuta. Pero otros, que parecían ser mis enemigos secretos, no pudieron reprimir algunas indirectas dirigidas contra mí. A partir de entonces, se fraguó una intriga entre Su Majestad y una fracción de ministros maliciosamente inclinados contra mí y que estalló en menos de dos meses y probablemente me habría aniquilado por completo. ¡Qué poco pesan los grandes servicios prestados a los príncipes, cuando se contrapesan con la negativa a satisfacer sus pasiones!

Unas tres semanas después de aquella hazaña, se presentó una solemne embajada de Blefuscu con humildes propuestas de paz. Esta fue ratificada con rapidez mediante un tratado en condiciones ventajosas para nuestro emperador que, para no aburrir al lector, no voy a enumerar. La embajada se componía de seis delegados y un séquito de unas quinientas personas, que efectuaron una entrada esplendorosa como correspondía a la grandeza de su señor y a la importancia del asunto. Una vez firmado el tratado, al que yo había efectuado algunas buenas aportaciones haciendo uso del crédito que entonces tenía o parecía tener en la corte, Sus Excelencias, que habían sido secretamente informados de cuánto les había favorecido, me hicieron una visita protocolaria. Empezaron por alabar mi valor y generosidad. Me invitaron a visitar su reino en nombre del emperador y me pidieron que les demostrara mi fuerza prodigiosa sobre la que se contaban maravillas; a todo ello accedí gustoso, pero no voy a molestar al lector con más detalles.

Después de haber agasajado a su entera satisfacción y sorpresa a Sus Excelencias durante un buen rato, les pedí que me concedieran el honor de presentar mis más humildes respetos al emperador, su señor, que había justamente colmado de admiración al mundo entero con la fama de sus cualidades, y a cuya real persona había

decidido visitar antes de regresar a mi país. Por consiguiente, en la primera ocasión que tuve el honor de visitar a nuestro emperador, pedí autorización para ver al monarca de Blefuscu, a lo que, según pude palmariamente notar, accedió con mucha frialdad. No conseguí descubrir el motivo de semejante actitud, hasta que cierto personaje me hizo llegar el rumor de que Flimnap y Bolgolam habían interpretado mi trato con aquellos embajadores como una muestra de desafecto, de lo que puedo asegurar que mi alma estaba totalmente libre. Y así, por vez primera, empecé a darme cuenta de la imperfección de las cortes y sus ministros.

Tengo que puntualizar que aquellos embajadores y yo nos comunicábamos a través de un intérprete, ya que las lenguas de ambos imperios diferían tanto como dos europeas entre sí. Cada nación se enorgullecía de la antigüedad, belleza y fuerza de sus respectivos idiomas, mostrando un claro desdén hacia el del vecino. Sin embargo, nuestro emperador, apoyándose en la ventaja adquirida por la captura de la flota enemiga, obligó a los embajadores de Blefuscu a presentar sus credenciales y a pronunciar sus discursos en la lengua liliputiense. Debe manifestarse que, debido a la relación comercial entre ambos reinos, a la mutua y continua llegada de exiliados de los dos lugares, y a la común costumbre de enviar a los jóvenes nobles y a los ricos acomodados al otro país para refinarse viendo mundo y tener contacto con gente y costumbres nuevas, había pocas personas importantes, comerciantes, marinos y habitantes de las zonas costeras que no conocieran las dos lenguas. Esto lo descubrí poco tiempo después, cuando fui a presentar mis respetos al emperador de Blefuscu, momento que, en medio de grandes desgracias, por la malicia de mis enemigos, resultó una aventura feliz para mí, como contaré en su lugar adecuado.

El lector podrá recordar que cuando firmé las cláusulas de mi liberación había algunas que me desagradaban por ser demasiado serviles y a las que, de no haber sido por una necesidad extrema, no me habría sometido nunca. Pero siendo ahora un *nardac*, el más alto rango de aquel imperio, tales oficios estaban por debajo de mi dignidad, y para ser justos, el emperador nunca me los mencionó.

Sin embargo, no mucho después tuve oportunidad de prestar a Su Majestad lo que yo consideré un gran servicio. Una noche, me despertaron repentinamente los gritos de una multitud ante mi puerta y me invadió una especie de terror. Oí repetir incesantemente la palabra *burglum*. Unos cuantos enviados del emperador se abrieron paso a través de la multitud y me suplicaron que fuera inmediatamente a palacio porque los aposentos de la emperatriz, debido a un descuido de una dama de honor que se había dormido mientras leía una novela, estaban en llamas. Me levanté enseguida. Gracias a que se había dado la orden de abrirme paso y a que era una noche de luna, me las arreglé para llegar a palacio sin aplastar a nadie. Encontré que ya habían apoyado las escaleras en los muros de los aposentos y que tenían cubos en abundancia, pero que el agua estaba apartada de aquel lugar. Los cubos eran como

dedales grandes; me los pasaban con la máxima rapidez posible pero las llamas eran tan violentas que no servía prácticamente de nada. Podía haberlas amortiguado fácilmente con mi casaca, pero desgraciadamente me la había dejado atrás con las prisas y solamente llevaba puesto el jubón de cuero. La situación parecía totalmente desesperada y deplorable. El palacio se habría quemado y derruido sin remisión de no haber sido por una feliz idea que de repente —cosa poco frecuente en mí— se me ocurrió. La noche anterior había bebido abundantemente de un vino llamado *glimigrin* —el mismo que los blefuscuistas llaman *flunec*, aunque el nuestro se considera mejor—, que además es muy diurético. Por la más feliz casualidad aún no lo había descargado en ningún lado. El calor de las llamas y el esfuerzo que hice para sofocarlas hicieron que el vino empezara a obrar en la orina, que vacié en tal cantidad que, dirigido el chorro acertadamente sobre los puntos más críticos, el fuego quedó, en tres minutos, totalmente apagado, evitándose así la destrucción de aquel edificio que tantos siglos había costado erigir.

Era de día cuando regresé a casa sin esperar que el emperador me felicitara, porque aunque le había prestado un gran servicio, no sabía cómo habría podido tomar el modo de llevar a cabo la operación, ya que, según las leyes fundamentales del reino, estaba prohibido orinar dentro del recinto del palacio. Pero me alivió algo un mensaje de Su Majestad de que daría órdenes al primer magistrado para que redactase el acta de perdón, merced que, a pesar de todo, nunca obtuve. Se me informó en secreto de que la emperatriz detestaba tanto lo que yo había hecho que se había trasladado al otro extremo del terreno con el firme propósito de no reparar esos edificios y de no ocuparlos jamás. También me enteré de que en presencia de sus mejores confidentes no podía menos de jurar venganza.

VI

*De los habitantes de Lilliput; sus saberes, leyes, costumbres,
y el sistema educativo de sus hijos. Modo de vida del autor
en aquel país. Alegato por una gran dama.*

Aunque tengo el propósito de describir este imperio en un tratado específico, entretanto deseo satisfacer al lector curioso con algunas ideas generales. Siendo la estatura media de los nativos un poco por debajo de las seis pulgadas, también se da una proporción exacta en los demás animales, al igual que en las plantas y árboles. Por ejemplo, los caballos y los bueyes más altos miden de cuatro a cinco pulgadas, y las ovejas una y media, aproximadamente; los gansos son como gorriones y así sucesivamente con todos los niveles inferiores de la escala animal, hasta llegar a los seres más pequeños, casi invisibles para mí. Pero la naturaleza ha adaptado convenientemente la vista de los liliputienses a todos los objetos. Ven con gran exactitud, pero no a mucha distancia. Y para mostrar su agudeza visual con respecto a objetos cercanos, tuve la satisfacción de observar cómo un gallo cogía una alondra menor que una mosca común; y cómo una joven enhebraba una aguja invisible con hilo de seda también invisible. Los árboles más altos miden unos siete pies (me refiero a los del gran parque real, a cuyas copas llegaba justo con la mano). El resto de los vegetales están en la misma proporción, cosa que dejo a la imaginación del lector.

Poco es lo que comentaré ahora acerca de su saber, que, durante muchos años, ha florecido en todas las ramas. De todos modos, su forma de escribir es muy especial, ya que no es ni de izquierda a derecha, como entre los europeos; ni de derecha a izquierda, como hacen los árabes; ni de arriba abajo, como los chinos; ni de abajo arriba, como los cascagios, sino oblicua, de un ángulo a otro del papel, al estilo de las damas inglesas.

Entierran a sus muertos en dirección vertical, la cabeza hacia abajo, porque creen que al cabo de cien mil lunas volverán a levantarse, y durante este período la Tierra (que consideran plana) dará la vuelta; de esta forma, cuando resuciten, estarán preparados de pie. Las personas cultas reconocen lo absurdo de esta doctrina que, por deferencia a la gente sencilla, siguen aplicando.

Hay en este imperio algunas leyes y costumbres muy particulares. Y si no fueran tan directamente opuestas a las de mi querido país me sentiría tentado a decir algo en su favor. Desearía solamente que fueran llevadas a la práctica igualmente bien. La primera que mencionaré está relacionada con los delatores. Todo crimen contra el Estado es castigado aquí con la máxima severidad; pero si el acusado demuestra claramente ante los tribunales que es inocente, el acusador sufre una muerte ignominiosa; y además de sus bienes y tierras, el inocente se verá cuádruplemente recompensado por la pérdida de tiempo, el peligro al que se vio expuesto, las penalidades del encarcelamiento, y los gastos que su defensa han comportado. Además, en caso de insuficiencia de fondos, la Corona suple con magnanimidad. También, el emperador le otorga alguna distinción pública y se lee un bando en que se declara su inocencia, por toda la ciudad.

Consideran el fraude como un crimen más grave que el robo y por eso casi siempre es castigado con la muerte. Porque, con mucho sentido común, alegan que la precaución y vigilancia pueden preservar de los ladrones los bienes de una persona, pero que la honradez carece de defensa contra la astucia superior. Y ya que es necesaria la existencia de una relación continua de compraventa y de crédito, si el fraude se tolera o encubre, o si no hay ley que lo castigue, el comerciante honrado se arruina, y el bribón sale ganando. Recuerdo que en cierta ocasión intercedí ante el monarca por un criminal que había emprendido la huida tras apropiarse de una importante suma que su amo le había confiado. Resultó que yo dije a Su Majestad, a modo de atenuante, que aquello era a lo sumo un abuso de confianza. El emperador consideró monstruoso el que yo presentase como atenuante la circunstancia más agravante de todas. En verdad, poco más pude replicar excepto la respuesta vulgar de que cada nación tiene sus costumbres. Confieso que quedé profundamente abochornado.

Aunque el premio y el castigo son los dos pivotes sobre los que gira cualquier gobierno, no he podido ver que esta máxima se ponga en práctica en nación alguna excepto en Lilliput. Cualquiera que demuestre haber cumplido estrictamente las leyes del país durante setenta y tres lunas adquiere derecho a ciertos privilegios, según su calidad y condición de vida; asimismo se hace merecedor de una suma proporcional de dinero, proveniente de un fondo especial dispuesto para este fin. Además adquiere el título de *snilpall* o *legal*, que se añade al nombre, pero que no heredarán sus descendientes. Cuando les dije que imponíamos leyes únicamente mediante castigos, sin ninguna mención de premios, aquella gente lo consideró un defecto enorme del sistema. Por este motivo la imagen de la justicia viene representada en los tribunales con seis ojos: dos delante, igual número detrás, y uno por lado, lo que representa circunspección. Lleva además una bolsa de oro abierta en la mano derecha, y una

espada envainada en la izquierda, para demostrar que está más dispuesta a premiar que a castigar.

A la hora de seleccionar al personal para los empleos se fijan más en los principios morales que en su gran capacidad. Porque, como la humanidad precisa de gobierno, tienen la convicción de que el nivel medio de conocimientos humanos sirve siempre para desempeñar algún papel en la sociedad, y que la Providencia jamás pretendió convertir la dirección de los asuntos públicos en un misterio que pudiera ser entendido solo por unos pocos y sublimes genios, tres de los cuales son difíciles de encontrar en una misma generación; pero suponen que la verdad, la justicia, la moderación y tantas otras virtudes están al alcance de todos. La práctica de estas virtudes, ayudada por la experiencia y recta intención, capacitaría a cualquier hombre para el servicio de su país, excepto si se requieren estudios. Pero ellos opinaban que era tan difícil sustituir la ausencia de virtudes morales por unas dotes mentales superiores que los empleos no podían ponerse en manos de personas tan altamente cualificadas, por ser demasiado peligrosas. Por lo menos las equivocaciones cometidas por ignorancia, pero con disposición al bien, nunca tendrían tan fatales consecuencias para el bienestar público como las prácticas de un hombre a quien sus inclinaciones llevaran a la corrupción, y tuviera posibilidad de dirigirla, incrementarla y defenderla.

De la misma forma, el hecho de no creer en la Divina Providencia descalifica a una persona para el desempeño de un cargo público, pues, dado que los reyes se consideran enviados por la Providencia, los liliputienses piensan que lo más absurdo que un príncipe podría hacer sería emplear hombres que pusieran en entredicho la autoridad bajo la cual él actúa.

Al relacionar estas y las siguientes leyes me refiero únicamente a las instituciones originales y no a la escandalosa corrupción en la que esta gente ha caído debido a la degeneración de la naturaleza humana. Porque tanto esa infame práctica de conseguir empleos importantes danzando sobre una cuerda como la de ostentar distintivos especiales por saltar unos bastones y deslizarse bajo ellos el lector observará que fueron introducidas por el abuelo del emperador actual y, debido al gradual aumento de intereses y facciones, fueron creciendo hasta el presente estado.

La ingratitud constituye para ellos, como leemos que era en otros países, un crimen capital. Porque opinan que aquel que hace algún daño a su benefactor, de quien no ha recibido sino beneficios, se convierte necesariamente en un enemigo del resto de la humanidad. Así pues, tal persona no es apropiado que viva.

Las ideas relacionadas con los deberes entre padres e hijos difieren en gran manera de las nuestras. Porque, ya que la conjunción de macho y hembra para propagar y continuar la especie se funda en la gran ley natural, los liliputienses sostienen que los hombres y mujeres se unen, como los demás animales, por motivos de concupiscencia. Y que la ternura mostrada hacia sus pequeños procede del mismo principio natural:

por esta razón no aceptarían nunca que un niño tenga ninguna obligación para con su padre por haberlo engendrado o con su madre por haberlo traído al mundo. Lo cual, considerando las miserias de la vida humana, no era un beneficio *per se*, ni tal era la intención de sus padres, quienes albergaban otras ideas muy diferentes en sus encuentros amorosos. Por estos y los consiguientes razonamientos opinan que los padres son los últimos en quienes se puede confiar para la educación de sus propios hijos. En consecuencia, tienen jardines de infancia en todas las ciudades, donde los padres, excepto los aldeanos y labriegos, están obligados a enviar a sus hijos de ambos sexos, al llegar a la edad de veinte lunas, para que sean criados y educados cuando se supone que tienen un mínimo de docilidad. Hay varios tipos de escuelas, según el sexo y la condición social. Tienen profesores con gran experiencia que preparan a los niños para su vida futura de acuerdo con el rango familiar, su capacidad e inclinaciones. Primero diré algo sobre los colegios masculinos y luego de los femeninos. Las escuelas para muchachos de elevada o noble alcurnia tienen profesores serios y doctos y varios auxiliares. Los vestidos y alimentos de los niños son naturales y sencillos. Se les educa en los principios de honor, justicia, valor, modestia, clemencia, religión y amor a su patria. Están continuamente ocupados en algo, salvo en las pausas para la comida y descanso, que son muy breves, y las dos horas de recreo se dedican a ejercicios físicos. Son vestidos por hombres hasta los cuatro años y luego se les obliga a vestirse solos, por noble que sea su alcurnia. Las ayudantes femeninas, que en proporción a nuestras mujeres tienen unos cincuenta años, realizan solamente las tareas domésticas más bajas. A los niños no se les tolera que conversen con los criados, y se reúnen en grupos más o menos numerosos en las horas de recreo, siempre en presencia de un profesor o alguno de sus suplentes. De esta forma evitan las tiernas y nocivas impresiones a las que nuestros chiquillos están expuestos. A sus padres se les permite solamente dos visitas al año; estas no pueden durar más de una hora. Pueden besar a su hijo al saludarse y despedirse; pero el profesor, siempre presente en tales circunstancias, no les tolera que cuchicheen, utilicen expresiones cariñosas, o traigan regalos, juguetes, golosinas y demás.

Si una familia deja de pagar la pensión por la educación y manutención de sus hijos, los oficiales del emperador le recaban dicho pago.

Las escuelas para hijos de los caballeros corrientes, comerciantes, hombres de negocios y artesanos funcionan de un modo proporcional y parecido. A los siete años se coloca como aprendices a los que van a dedicarse a un oficio, mientras que los otros continúan en el colegio hasta los quince, que corresponden a nuestros veintiún años; pero en los tres últimos años, sin embargo, les van dando más libertad.

En las escuelas de niñas, las muchachas de la nobleza reciben casi la misma educación que los muchachos, salvo que las visten disciplinadas criadas de su propio sexo, siempre en presencia de un profesor o ayudante, hasta que a los cinco años

empiezan a hacerlo solas. Y si se descubre que estas criadas intentan alguna vez distraer a las niñas contándoles historias de miedo, necesidades o las típicas tonterías de nuestras niñeras, se las azota tres veces en público, se las encarcela durante un año y se las confina de por vida a las zonas más desoladas del país. Así las jóvenes se avergüenzan tanto como los hombres de ser cobardes e imprudentes, y desprecian cualquier tipo de adorno personal que no sea decente o pulcro. Tampoco observé diferencia alguna en su educación debida a la división de sexos, solo que los ejercicios físicos de las chicas no eran tan fuertes y se les daban algunas normas relacionadas con la vida doméstica, y se les exigía una formación cultural inferior; porque son partidarios, entre la gente de rango, de que la mujer sea una compañera razonable y agradable, ya que no puede mantenerse siempre joven. A los doce años, edad casadera entre ellos, sus padres o tutores se las llevan a casa, expresando efusivamente su gratitud a los profesores, rara vez sin lágrimas por parte de la chica y sus compañeras. En las escuelas femeninas de rango inferior, las chiquillas son instruidas en todas las labores propias de su sexo y de acuerdo con su nivel: las que han de aprender algún oficio abandonan el centro a los siete años; el resto, a los once.

Las familias más humildes con hijos en estos colegios tienen la obligación de entregar al administrador, además de la pensión anual, que es lo más baja posible, una parte de su salario mensual a modo de peculio para el niño. Ya que los liliputienses piensan que nada podría ser más injusto que el hecho de que la gente trajera niños al mundo como servidumbre de sus apetitos y dejara su manutención a cargo del erario público. Y las personas de calidad aseguran a cada uno de sus hijos, según su posición, una cantidad adecuada. Estos fondos siempre se administran de forma prudente y justa.

Los aldeanos y labriegos se quedan con sus hijos, ya que su profesión será la labor y cultivo de la tierra, por lo que su educación tiene poca incidencia para la nación. Los hospitales mantienen a los viejos y enfermos, porque la mendicidad es práctica desconocida en este imperio.

Quizá sea del agrado del curioso lector que comente aquí algo de mi vida doméstica y mis costumbres durante la estancia de nueve meses y trece días en aquel país. Como tenía cierta facilidad para las labores artesanas, forzado además por la necesidad, me construí una mesa y una silla bastante cómodas con los mayores árboles del parque real.

Doscientas costureras se dedicaron a hacerme camisas y juegos de cama y mesa, todo en el tejido más fuerte y basto que pudieron encontrar. De todas formas, hubieron de acolcharlo en varias capas, porque el tejido más recio resultó ser más delgado que el más fino lino. Su tejido tiene generalmente un ancho de tres pulgadas, y tres pies hacen una pieza. Las costureras me tomaron las medidas mientras yo estaba tumbado en el suelo; una estaba de pie en mi cuello, y otra en mi muslo; cada una

sostenía el extremo de una cuerda, mientras una tercera medía la longitud de la misma con una regla de una pulgada. Luego me midieron el pulgar derecho, y eso fue todo; porque mediante un cálculo matemático sabían que dos veces el perímetro del pulgar equivale a la medida de la muñeca; y el mismo sistema sirve para calcular el cuello y la cintura; les fue también de utilidad mi camisa vieja, que extendí en el suelo para que les sirviera de patrón; y así me vistieron perfectamente a medida. Trescientos sastres trabajaron en hacerme ropa; pero se inventaron otros sistemas para tomarme las medidas. Me arrodillé, y levantaron una escalera desde el suelo hasta mi cuello; subieron por ella y dejaron caer una plomada desde el cuello de mi camisa, y así obtuvieron la longitud de la casaca. Yo mismo me tomé las medidas de cintura y brazos. Hicieron el trabajo en mi casa (no habría habido suficiente espacio en las más grandes de las suyas), y cuando las prendas estuvieron terminadas parecían las ropas por piezas que hacen las damas inglesas, solo que las mías eran todas del mismo color.

Para aderezar la comida tenía trescientos cocineros que, juntamente con sus familias, vivían en unas pequeñas y cómodas barracas cerca de mi casa, y me preparaban dos platos cada uno. Cogía veinte camareros en mi mano, y los colocaba encima de mi mesa; cien más esperaban en el suelo, algunos con platos de carne, otros con barriles de vino, o con otras bebidas que traían a hombros; los camareros de arriba me subían cuanto yo quería, de forma muy ingeniosa, utilizando cuerdas, de la misma forma que en Europa subimos el cubo de un pozo. Un plato de carne era un buen bocado, y un barril de su bebida, un trago razonable. Su cordero desmerece ante el nuestro, pero el buey es excelente. Una vez me sirvieron un solomillo tan grande que tuve que dividirlo en tres trozos; pero esto no era lo normal. Mis sirvientes se asombraban de que me comiera incluso los huesos, tal como hacemos en mi país con una pata de alondra. Generalmente me comía los patos y pavos de un bocado, y confieso que son superiores a los nuestros. Podía ensartar en mi cuchillo veinte o treinta de sus aves más pequeñas.

Un día Su Majestad Imperial, que estaba informado de mi estilo de vida, deseó tener la satisfacción (como quiso llamarla), junto con su real consorte y los principitos de sangre de ambos sexos, de cenar conmigo. Por tanto vinieron, y los coloqué en sitiales regios en mi mesa, con los guardias a su alrededor; Flimnap, el gran tesorero, estaba allí con su distintivo blanco, y observé que a menudo me miraba con semblante agrio: fingí no darme cuenta y comí más de lo normal para honrar a mi querido país y llenar de admiración a la corte. Tengo razones personales para creer que esta visita de Su Majestad dio a Flimnap la oportunidad de hablar mal de mí a su amo. Aquel ministro había sido siempre mi enemigo secreto, aunque exteriormente cuidaba las formas más de lo que corresponde a una naturaleza hosca como la suya. Hizo ver al emperador las precarias condiciones en las que se hallaba el Tesoro Público; que estaba obligado a tomar dinero con grandes descuentos; que los bonos del Tesoro no

podían circular al nueve por ciento por debajo del valor nominal; que Su Majestad llevaba ya gastados conmigo más de un millón y medio de *sprugs* (su mayor moneda de oro, aproximadamente como una lentejuela); y, en conjunto, que sería aconsejable que el emperador aprovechara la primera ocasión que tuviera para expulsarme.

En este punto me siento obligado a reivindicar la reputación de una excelente e inocente dama que sufrió por mi culpa. Al tesorero le dio por estar celoso de su mujer, debido a la malicia de algunas bocas endiabladas; estas le informaron de que Su Alteza sentía violento afecto por mi persona, y malas lenguas en la corte propalaron durante algún tiempo que una vez había visitado mis aposentos. Solemnemente declaro que es la más infame de las falsedades, sin lugar a dudas; además Su Alteza se mostraba encantada de tratarme con todos los signos inocentes de libertad y amistad. Debo decir que vino a menudo a mi casa, pero siempre públicamente, y nunca sin al menos tres personas más en el coche (generalmente su hermana, su hijita, y alguna amistad). Pero esto también ocurría con muchas otras damas de la corte. Y todavía apelaría a mis criados, ya que siempre que se paraba un coche en mi puerta sabían quién venía en él. En aquellas ocasiones, cuando el criado me había informado, solía ir inmediatamente a la puerta; y después de ofrecer mis respetos, coger cuidadosamente el coche y los dos caballos en mi mano (porque, si había seis caballos, el postillón siempre desguarnecía cuatro), los colocaba en una mesa, donde había puesto un aro móvil circular de cinco pulgadas de altura, para prevenir accidentes. Y a menudo tenía cuatro coches a la vez de visita, mientras estaba sentado en mi silla, y reclinado hacia ellos; y cuando estaba ocupado con una visita, el cochero conducía educadamente a los demás hasta la mesa. Pasé tardes muy agradables con estas charlas. Pero desafío al tesorero, o a sus dos informadores (diré sus nombres, y que se las arreglen como puedan) Clustril y Drunlo, a que demuestren si alguien vino a verme alguna vez de incógnito, aparte del secretario Reldresal, enviado por deseo expreso de Su Majestad Imperial, como he dicho antes. No habría tratado este tema tan prolijamente si no hubiera estado en entredicho la reputación de una gran dama, por no decir la mía; aunque tenía el honor de ser un *nardac*, el tesorero no lo era, ya que solo tiene el título de *clumglum*, un grado inferior, lo mismo que un marqués es a un duque en Inglaterra, aunque, merced a su puesto, le cedía el derecho de precedencia. Estas falsas informaciones, de las que me enteré más tarde, y por un incidente que no viene al caso relatar, hicieron que el tesorero mostrara durante algún tiempo un ceño enojado hacia su dama, y todavía peor hacia mí; y aunque al final se dio cuenta de su error y se reconcilió con su mujer, perdí todo crédito ante él, y vi cómo el emperador, dominado por este favorito, perdía interés hacia mi persona.

VII

*El autor, sabedor de que querían acusarle de alta traición,
huye a Blefuscu. Recibimiento que allí le tributan.*

Antes de narrar al lector mi partida de este reino, sería apropiado informarle de una intriga secreta que durante dos meses se había estado tramando contra mí.

Mi vida se había desarrollado hasta entonces lejos de los ambientes cortesanos, inadecuados a mi humilde condición. Desde luego, ya había oído hablar y leído bastante sobre los caprichos de los grandes príncipes y ministros, pero nunca esperé encontrar tan terribles efectos en un país remoto, gobernado, según creía, por principios muy diferentes de los europeos.

Justo cuando me preparaba para complimentar al emperador de Blefuscu, una persona muy apreciada en la corte (a quien yo le había hecho un gran favor con motivo de haber caído en desgracia con Su Majestad Imperial) vino a mi casa de riguroso incógnito de noche, en una silla de mano cerrada y, sin revelar su nombre, pidió audiencia y despidió a los portadores. Guardé la silla, con su señoría dentro, en el bolsillo de la casaca y, dando órdenes a un criado de confianza para que dijese que estaba indispuesto y me había ido a dormir, eché el cerrojo de la puerta de mi casa, puse la silla de mano encima de la mesa, como de costumbre, y me senté. Tras los saludos de rigor, observando que el rostro de su señoría reflejaba honda preocupación, le pregunté la causa, y él me pidió que le escuchara pacientemente acerca de este asunto que concernía en mucho a mi vida y honor.

He aquí lo que me dijo, pues tomé notas tan pronto como se marchó.

—Habéis de saber —dijo él— que sobre vuestro caso se han celebrado recientemente varias reuniones secretas del Consejo y hace solo dos días que Su Majestad adoptó una solución definitiva.

»Sabéis muy bien que Skyresh Bolgolam (*galbet* o el almirante en jefe) ha sido, desde que llegasteis, vuestro mortal enemigo; desconozco los auténticos motivos de tal postura, pero desde vuestra gran victoria contra Blefuscu su odio se acrecentó y su prestigio como almirante ha disminuido considerablemente. Este señor, junto con Flimnap, el tesorero mayor, cuya enemistad contra vos es notoria a causa de su esposa; Limtoc, el general; Lalcon, el chambelán, y Balmuff, el magistrado supremo,

han redactado un acta de inculpación contra vos, por traición y otros crímenes capitales.

Este alegato me llenó de impaciencia. Cuando iba a interrumpirle, tan consciente era de mis méritos e inocencia, él me rogó que guardara silencio y prosiguió así:

—Movido por la gratitud de los favores que me habéis hecho, busqué información sobre todo el proceso, y una copia de los artículos, con lo que arriesgo mi cabeza en servicio vuestro.

ACTA DE ACUSACIÓN CONTRA QUINBUS FLESTRIN (EL HOMBRE-MONTAÑA)

Artículo I. Que, en un decreto promulgado durante el reinado de Su Majestad Imperial, Calin Deffar Plune dispone que quien orine dentro del recinto del palacio real incurrirá en el delito de alta traición; sin embargo, el citado Quinbus Flestrin, enfrentándose abiertamente a dicha ley, con la excusa de extinguir el fuego surgido en los aposentos de la muy amada consorte de Su Majestad, maliciosa, traidora y diabólicamente, descargó allí su orina, apagando el fuego que se había originado en dicho aposento, que está dentro del recinto del mencionado palacio real, quebrantando así el decreto ya promulgado, etc.; faltando a su deber, etc.

Artículo II. Que el citado Quinbus Flestrin, habiendo traído la flota imperial de Blefuscu al puerto real, y habiendo después recibido orden de Su Majestad Imperial de que capturara todos los barcos restantes de dicho emperador de Blefuscu, y que redujera aquel imperio a una provincia, que sería gobernada por un virrey nuestro, y destruyera y diera muerte no solo a todos los desterrados partidarios del extremo ancho, sino asimismo a toda la gente de aquel imperio que no abjurase inmediatamente de la herejía del extremo ancho; él, el citado Flestrin, como un falso traidor contra Su Muy Benévola y Serena Majestad Imperial, pidió se le exonerase de dicho servicio, bajo el pretexto de ser contrario a forzar las conciencias y a destruir la libertad y las vidas de gente inocente.

Artículo III. Que ciertos embajadores llegaron de la corte de Blefuscu para solicitar la paz en la corte de Su Majestad; el citado Flestrin, como un inicuo traidor, ayudó, incitó, alentó y agasajó a dichos embajadores, aunque él sabía que eran servidores de un príncipe que recientemente había sido un enemigo declarado de Su Majestad Imperial, y estaba en guerra abierta contra Su Majestad.

Artículo IV. Que el susodicho Quinbus Flestrin, en contra de las obligaciones de un súbdito fiel, se está preparando en la actualidad para hacer un viaje a la corte e imperio de Blefuscu, para lo cual él ha recibido solo permiso verbal de Su Majestad Imperial; y bajo el pretexto de dicho permiso, intenta de forma falsa y traidora emprender dicho viaje y con ello ayudar, alentar y apoyar al emperador de Blefuscu, un enemigo tan reciente, en guerra declarada con Su Majestad Imperial.

»Hay otros artículos, pero estos que he leído extractados son los más importantes.

»Durante varios debates sobre el proceso inculpatório se tiene que reconocer que Su Majestad dio muchas pruebas de su gran magnanimidad, mencionando a menudo los servicios que vos le habíais prestado y tratando de atenuar la gravedad de vuestros delitos. El tesorero y el almirante insistieron en que deberíais ser sometido a la más dolorosa e ignominiosa muerte, prendiendo fuego a vuestra casa por la noche, a la vez que el general a la cabeza de veinte mil hombres armados con flechas envenenadas os dispararían a la cara y manos. Algunos de vuestros criados recibirían órdenes secretas de verter líquido venenoso en vuestras camisas y sábanas, que pronto os harían desgarraros la carne y morir en medio de los más atroces sufrimientos. El general era de la misma opinión, así que durante largo tiempo la mayoría estaba en contra de vos. Pero Su Majestad, decidido como estaba, en la medida de lo posible, a salvaros la vida, consiguió por fin el voto del chambelán.

»En esta ocasión, Reldresal, secretario de Estado para Asuntos Privados, que siempre se declaró un verdadero amigo vuestro, fue requerido por el emperador a que expresara su opinión sobre este asunto. Así lo hizo, y con ello justificó la buena estima que vos tenéis de él. Él aceptaba que vuestros delitos eran grandes, pero opinaba que todavía debía haber pie para la misericordia, la más loable de las virtudes en un príncipe y por la que Su Majestad era tan merecidamente célebre. Dijo que la amistad entre vos y él era tan conocida de todos que quizá haría que el tribunal más honorable lo tomara por parcial. Sin embargo, obedeciendo el mandato que había recibido, expondría sus sentimientos con franqueza. Si Su Majestad en consideración a vuestros servicios y siguiendo su natural propensión a la clemencia se dignara salvaros la vida, y solamente ordenara sacaros los ojos, él suponía humildemente que, con estas medidas, la justicia quedaría satisfecha y todos aplaudirían la benignidad del emperador, al igual que la justa y generosa conducta de los que han tenido el honor de ser sus consejeros. La pérdida de vuestros ojos no sería impedimento para que vuestra fuerza física pudiera ser útil todavía a Su Majestad. Que la ceguera aumenta el valor, ocultándonos los peligros; y que el temor que tuvisteis de perder vuestros ojos constituyó la mayor dificultad al traer la flota enemiga, y que os sería suficiente ver a través de los ojos de los ministros, ya que los más grandes príncipes no hacen otra cosa.

»Esta propuesta fue rechazada de plano por el Consejo. Bolgolam, el almirante, no pudo contener su enojo; se levantó enfurecido y dijo que se maravillaba de cómo el secretario tenía el atrevimiento de optar por mantener con vida a un traidor. Que los servicios que habíais prestado constituían, según todas las verdaderas razones de Estado, un serio agravante de vuestros delitos; que vos, que habíais podido sofocar un incendio orinando sobre los aposentos de la reina (cosa que mencionó con horror), podríais, con el mismo procedimiento, en otra circunstancia, ocasionar una inundación

que anegaría todo el palacio; que la misma fuerza que os permitió traer a toda la flota enemiga podría servir para llevárola de nuevo, al menor descontento; que tenía buenas razones para pensar que en vuestro corazón erais realmente partidario del extremo ancho; y que la traición comienza en el corazón antes de manifestarse abiertamente en los actos. Así que os acusó de traidor, y por este motivo, insistía en que se os debería condenar a muerte.

»El tesorero opinaba lo mismo. Expuso las estrecheces que Su Majestad tenía que soportar porque vuestra manutención mermaba el presupuesto y que pronto la situación se haría insostenible. El recurso del secretario de sacaros los ojos, más que un remedio contra el mal, probablemente lo aumentaría, como lo demostraba la práctica común de dejar ciegas a ciertas aves, ya que comen más y engordan con mayor rapidez. Su Sagrada Majestad y el Consejo, que eran vuestros jueces, estaban en el fondo convencidos de vuestra culpabilidad, y esto era un argumento suficiente para condenaros a muerte sin las pruebas formales requeridas por la letra estricta de la ley.

»Pero Su Majestad Imperial, enemigo acérrimo de la pena capital, se dignó graciosamente expresar que, si el Consejo pensaba que la ceguera era un castigo demasiado suave, podría añadirse algún otro. Y vuestro amigo el secretario, pidiendo humildemente la palabra de nuevo, en contestación a lo que el tesorero había objetado en cuanto a la gran carga que para Su Majestad suponía vuestra manutención, dijo que Su Excelencia, responsable de las rentas del emperador, podría fácilmente prevenir este mal disminuyendo gradualmente vuestro presupuesto; con lo cual, por falta de suficientes alimentos, os quedaríais cada vez más débil, perdiendo el apetito, y os consumiríais en pocos meses. El hedor de vuestro cadáver no sería tan peligroso, pues estaría reducido a menos de la mitad; e inmediatamente después de vuestra muerte cinco o seis mil súbditos de Su Majestad podrían, en dos o tres días, cortar la carne de vuestros huesos, llevársela a carretadas, enterrarla en zonas remotas para evitar infecciones, y dejar el esqueleto como admirable monumento para la posteridad.

»Así que, gracias a la gran amistad del secretario, todo el asunto quedó arreglado. Se dieron órdenes estrictas de mantener en secreto el plan de dejaros morir de hambre lentamente, pero la sentencia de sacaros los ojos sería anotada en los libros. Nadie discrepó, excepto Bolgolam, el almirante, quien, por ser esbirro de la emperatriz, estaba siempre instigando a su favor para que insistiese en vuestra muerte, ya que desde que apagasteis el fuego de sus aposentos de forma tan ilegal e infame, ella siempre alimenta una perenne animadversión en contra de vos.

»Dentro de tres días, se le indicará a vuestro amigo el secretario que se persone en vuestra casa y os lea el acta de acusación; y luego subraye la gran generosidad e indulgencia de Su Majestad y su Consejo, gracias a la cual solo se os condena a la ceguera, cosa a la que Su Majestad no duda que os someteréis con humildad y

agradecimiento. Esto será realizado por veinte cirujanos de Su Majestad; y para que la operación se lleve a cabo de forma correcta, yaciendo vos en el suelo, dispararán flechas de punta muy afilada a vuestras pupilas.

»Dejo a vuestra prudencia las medidas a tomar; y para evitar sospecha, debo regresar inmediatamente de forma tan discreta como he venido.

Así lo hizo su señoría, y yo quedé solo, sumido en mil dudas y mentalmente perplejo.

Era costumbre introducida por este príncipe y su gobierno (muy diferente, según me han asegurado, de las prácticas de otros tiempos) que después de que la corte decretara una cruel ejecución, bien para satisfacer el resentimiento del monarca o la maldad de algún favorito, el emperador siempre pronunciara un discurso ante todo el Consejo, subrayando su gran benevolencia y ternura, cualidades estas universalmente reconocidas y proclamadas. Este discurso era inmediatamente publicado en todo el reino. Nada aterraba tanto al pueblo como estos encomios a la misericordia de Su Majestad; pues se había observado que cuanto más aumentaban estas alabanzas y se insistía en ellas, más inhumanos eran los castigos, y más inocentes las víctimas. Aunque con respecto a mí, que nunca, debo confesarlo, bien por nacimiento bien por educación, había sido predestinado para la vida cortesana, estaba poco preparado para juzgar estos acontecimientos; y no podía descubrir ni la magnanimidad ni el favor de la sentencia, sino que la consideraba (quizá erróneamente) más rigurosa que suave. A veces pensaba someterme a ella, y aunque no podía negar alguno de los hechos que se alegaban en varias cláusulas, esperaba que ellos admitirían algunos atenuantes; pero habiendo presenciado en mi vida muchos procesos de Estado, y habiéndolos visto resueltos según les parecía correcto a los jueces, no me atreví a confiarme a tan peligrosa decisión, en momentos tan críticos y ante enemigos tan poderosos. En una ocasión me sentí fuertemente inclinado a oponerles resistencia, ya que mientras estaba en libertad, difícilmente podrían reducirme con todas las fuerzas del imperio, y fácilmente podría, solo con piedras, destruir la capital; pero pronto rechacé con horror este proyecto, al recordar el juramento que le había hecho al emperador, los favores de él recibidos, y el alto honor de *nardac* que me había concedido. Tampoco había aprendido tan deprisa la gratitud de los cortesanos para persuadirme de que la actual severidad de Su Majestad me desligaba de todas las obligaciones anteriores.

Al fin adopté una resolución que es posible me aporte alguna censura, y no injusta; pues confieso que debo la conservación de mi vista, y en consecuencia mi libertad, a mi gran temeridad y falta de experiencia. Porque si yo hubiera conocido entonces la naturaleza de los príncipes y ministros, como más tarde he podido observar en otras cortes, y sus métodos de tratar a los criminales menos peligrosos que yo, me habría sometido con gran júbilo y prontitud a tal castigo; pero impulsado por una precipitación juvenil y disponiendo del permiso de Su Majestad Imperial para visitar al

emperador de Blefuscu, aproveché esta oportunidad antes de que transcurrieran los tres días. Así, envié una carta a mi amigo el secretario, explicándole mi decisión de partir aquella mañana para Blefuscu, gracias al permiso que tenía, y, sin esperar respuesta, me dirigí al lado de la isla donde estaba nuestra flota. Me apoderé de un gran buque de guerra, até un cable a la proa y, después de levar anclas, me desnudé, puse mis ropas (que junto con mi manta tenía bajo el brazo) en el buque, y tirando de él, unas veces caminando, otras nadando, llegué al real puerto de Blefuscu, donde hacía tiempo que los habitantes me esperaban; ellos me prestaron dos guías que me condujeron a la capital, del mismo nombre. Yo los llevaba en las manos hasta que llegamos a unas doscientas yardas de la puerta y les rogué que comunicasen mi llegada a uno de los secretarios y le hicieran saber a Su Majestad que quedaba a sus órdenes. Transcurrida una hora me trajeron la respuesta de que Su Majestad, acompañado por la familia real y altos oficiales de la corte, venía a recibirme. Avancé cien yardas. El emperador y su séquito bajaron de sus monturas, la emperatriz y sus damas de los carruajes, y no advertí que sintieran temor o preocupación. Me tumbé en el suelo, para besar la mano de Su Majestad y de la emperatriz. Le dije a Su Majestad que había venido cumpliendo mi promesa, y con el permiso del emperador mi señor, para tener el honor de ver a un monarca tan poderoso y ofrecerle cualquier servicio que estuviera en mi poder, en consonancia con mis obligaciones para con mi propio príncipe; no mencioné ni una palabra de mi caída en desgracia, ya que no tenía información oficial de ella y podía aparentar que la ignoraba por completo; ni era razonable concebir que el emperador pudiera revelar el secreto mientras yo estuviera fuera de su poder. Sin embargo, pronto se verá cuán engañado estaba.

No molestaré al lector con el relato detallado de la acogida de esta corte, adecuada a la generosidad de tan gran príncipe; ni de las dificultades que tuve por necesitar cobijo y lecho, y cómo, al carecer de ambos, me vi forzado a tumbarme en el suelo envuelto en mi manta.

VIII

*El autor, gracias a un afortunado accidente, encuentra el
medio de abandonar Blefuscu y volver, tras algunas
dificultades, sano y salvo a su país natal.*

Tres días después de mi llegada, caminando por curiosidad hacia la parte norte de la isla, observé como a media legua mar adentro, algo que parecía un bote volcado. Me quité los zapatos y las medias, y, vadeando doscientas o trescientas yardas, noté que el objeto iba aproximándose por la fuerza de la marea, y entonces vi claramente que era un bote de verdad, que supuse podría haber sido arrebatado de algún barco por un temporal. Regresé inmediatamente a la ciudad y pedí a Su Majestad Imperial que me dejara veinte de los mayores bajeles que le quedaban después de la pérdida de su flota, y tres mil marineros, a las órdenes de su vicealmirante. Esta flotilla se hizo a la mar; mientras, yo regresé por un atajo al lugar de la costa donde había localizado el bote. Noté que la marea lo había acercado todavía más. Los marineros iban provistos de cordaje que yo había trenzado con anterioridad para darle mayor consistencia. Cuando llegaron los barcos, me desnudé y anduve hasta llegar a unas cien yardas del bote y desde allí lo alcancé a nado. Los marineros me tiraron un cabo de la amarra que yo até por una parte a un agujero, en la popa de la barca, y até el otro extremo a un buque de guerra. Pero mi esfuerzo resultó de poca utilidad, porque al no hacer pie, no podía tirar con fuerza. Ante este contratiempo, me vi forzado a nadar por detrás del bote, e ir empujándolo hacia delante cuanto pude, con una de mis manos. Al fin, con la marea a mi favor, avancé lo suficiente hasta tocar el suelo, con la barbilla fuera del agua. Descansé dos o tres minutos y luego le di al bote otro empujón y continué así hasta que el agua me llegaba solo a los sobacos. Lo más duro estaba hecho. Saqué los otros cables, que estaban apilados en uno de los barcos; primero los amarré al bote y después a nueve de las naves que me acompañaban. El viento era favorable, los marineros remolcaron y yo empujé hasta que llegamos a cuarenta yardas de la costa. Bastó esperar a que bajara la marea para poner el bote en seco, y con la ayuda de dos mil hombres, provistos de cuerdas y máquinas, conseguí dar la vuelta a la barca dejándola sobre su quilla, y encontré que estaba poco dañada.

No molestaré al lector relatando las dificultades en que me encontré para —con la ayuda de unos improvisados remos que me costaron unos diez días de trabajo— llevar mi bote hasta el puerto real de Blefuscu, donde se había aglomerado gentío ante mi llegada, lleno de asombro ante la visión de una nave tan prodigiosa. Le dije al emperador que mi buena suerte había cruzado este barco en mi camino, que me llevaría a algún lugar desde donde yo podría regresar a mi país natal, y le pedí a Su Majestad impartiese órdenes al efecto de conseguir los materiales necesarios para arreglar mi barco, al igual que su licencia para partir, lo que después de unas amables protestas se dignó concederme.

Me asombraba mucho no haber sabido en todo este tiempo de ningún mensaje referente a mí, enviado por nuestro emperador a la corte de Blefuscu. Pero más tarde se me dio a entender que Su Majestad Imperial, al no imaginarse que yo tuviera la más mínima noticia de sus intenciones, creyó que había ido a Blefuscu solo para cumplir mi promesa, según el permiso concedido (lo cual era bien sabido en nuestra corte), y que regresaría a los pocos días cuando la ceremonia hubiera finalizado. Pero al fin llegó a inquietarse por mi larga ausencia, y, después de consultar con el tesorero y el resto de aquella camarilla, despachó a una persona de prestigio con la copia de los capítulos de inculpación dictados contra mí. Este enviado llevaba instrucciones de resaltar ante el monarca de Blefuscu la gran clemencia de su señor, quien se contentaba con castigarme solo con la pérdida de mis ojos, comunicarle que yo había huido de la justicia, y que si no regresaba en el plazo de dos horas, me vería privado de mi título de *nardac*, y sería culpable de alta traición. El enviado añadió, además, que para mantener la paz y amistad entre ambos imperios, su señor esperaba que su hermano de Blefuscu diera órdenes de que se me devolviera a Lilliput atado de pies y manos, para ser castigado como traidor.

El emperador de Blefuscu, después de tres días de consultas, envió una respuesta llena de numerosas cortesías y excusas. Decía que, como su hermano sabía, era imposible enviarme amarrado; que aunque yo le había privado de su flota, se sentía obligado conmigo por los buenos servicios que le había prestado concertando la paz; que, no obstante, ambas majestades pronto quedarían satisfechas, ya que yo había encontrado en la costa una nave prodigiosa, capaz de llevarme por mar, que él había dado la orden de repararla, bajo mi dirección y ayuda, y así él esperaba que en pocas semanas ambos reinos se verían liberados de carga tan insoportable.

El enviado regresó a Lilliput con esta contestación, y el monarca de Blefuscu me relató todo lo que había pasado ofreciéndome a la vez (si bien bajo el más estricto secreto) su graciosa protección, si yo continuaba a su servicio. Pero aunque creí en su sinceridad, decidí no depositar nunca más mi confianza en príncipes o ministros, si me era posible evitarlo; y sí, agradeciéndole cumplidamente sus buenas intenciones, pedí humildemente que me excusara. Le dije que ya que la fortuna, por bien o por mal,

había puesto una embarcación en mi camino, estaba decidido a aventurarme en el océano, antes que ser motivo de discordia entre dos monarcas tan poderosos. El emperador no pareció descontento e incluso descubrí, por un incidente, que él, como la mayoría de los ministros, se sentía muy satisfecho con mi decisión.

Estas consideraciones me impulsaron a apresurar mi partida para antes de lo que yo pensaba, a lo que la corte, impaciente por verme marchar, me ayudó diligentemente. Se emplearon quinientos hombres para fabricar dos velas para mi bote, siguiendo mis indicaciones, reforzando con trece dobleces el más fuerte de sus tejidos. Me costó grandes esfuerzos hacer cuerdas y cables, trenzando diez, veinte, o treinta de los más fuertes que tenían. Una piedra muy pesada, que encontré después de una larga búsqueda por la orilla del mar, me sirvió de ancla. Necesité el sebo de trescientas vacas para calafatear el bote y para otros usos. Tuve que hacer esfuerzos increíbles para cortar algunos de los mayores árboles a fin de fabricar remos y mástiles. En todo ello fui ayudado por los carpinteros de Su Majestad, quienes me echaron una mano para alisarlos una vez que yo había hecho el trabajo más basto.

Después de un mes, cuando todo estaba preparado, envié recado al emperador de que estaba a sus órdenes y esperaba licencia para partir. El emperador y la familia real salieron de palacio; yo me tumbé boca abajo para besar su mano, que graciosamente me ofrecía, al igual que la emperatriz y los jóvenes de sangre real. Su Majestad me obsequió con cincuenta bolsas de doscientos *sprungs* cada una, junto con un retrato de cuerpo entero, que puse inmediatamente dentro de uno de mis guantes, para que no se estropeará. Las ceremonias que se celebraron a mi partida fueron tantas que evito detallarlas para no molestar al lector.

Aprovisioné el bote con un centenar de bueyes y trescientas ovejas, con el pan y vino correspondiente y toda la carne en salazón que pudieron proporcionarme cuatrocientos cocineros. Me llevé seis vacas y dos toros vivos, así como muchas ovejas y carneros con la intención de propagar la especie en mi país. Y para alimentarlos a bordo, cogí un buen haz de heno y un saco de grano. Me habría llevado, de buena gana, una docena de nativos, pero esto era algo que el emperador no habría permitido de ningún modo; y además de un minucioso registro en mis bolsillos, Su Majestad me hizo prometer que no me llevaría a ninguno de sus súbditos, ni siquiera con su propio consentimiento y deseo.

Una vez preparado todo lo mejor que pude, icé velas el 24 de septiembre de 1701, a las seis de la mañana; cuando había avanzado alrededor de cuatro leguas hacia el norte, con viento del sureste, a las seis de la tarde, descubrí una pequeña isla a media legua al noroeste. Avancé hacia ella y eché el ancla en la parte de sotavento, que parecía estar desierta. Después de tomar un breve refrigerio me fui a descansar. Dormí bien, por lo menos unas seis horas según mis cálculos, ya que empezó a romper el día dos horas después de haberme despertado. La noche era clara. Desayuné antes de

que saliera el sol y levando ancla con el viento a favor, puse el mismo rumbo que el día anterior, guiándome por mi brújula de bolsillo. Mi intención era, a ser posible, alcanzar una de esas islas, que tenía razones para creer se encontraba al noreste de la tierra de Van Diemen. No descubrí nada en todo el día, pero al siguiente, alrededor de las tres de la tarde, cuando según mis cálculos estaba a veinticuatro leguas de Blefuscu, divisé un velero que se dirigía al sureste; mi rumbo era hacia el este. Llamé a voces, pero no obtuve respuesta; sin embargo, vi que iba acortando distancias pues el viento amainaba. Desplegué la vela cuanto pude y, a la media hora, me divisaron; entonces enarbolaron su pabellón y dispararon un cañonazo. No es fácil expresar la alegría que sentí ante la inesperada esperanza de volver a ver mi amado país y las queridas prendas que allí había dejado. El barco amainó las velas, y lo abordé entre las cinco y las seis de la tarde del 26 de septiembre. El corazón me dio un salto al ver la bandera inglesa. Puse las vacas y las ovejas en el bolsillo de mi casaca, y subí a bordo con todo mi pequeño cargamento de provisiones. El navío era un mercante inglés que volvía del Japón por los mares del Norte y del Sur. Su capitán, el señor John Biddel, de Deptford, era hombre muy cortés y experto marino. Nos encontrábamos ahora en una latitud de treinta grados sur. El barco llevaba alrededor de unos cincuenta hombres; y entre ellos encontré a un antiguo compañero mío, un tal Peter Williams, quien me describió al capitán como persona de buen carácter. Este caballero me trató con amabilidad, y pidió que le dijera cuál era mi último lugar de procedencia, y adónde me dirigía, lo que hice en pocas palabras; pero pensó que yo deliraba y que los peligros que había tenido que afrontar me habían trastornado. Entonces saqué del bolsillo mis vacas y ovejas, cosa que, después de mostrar un profundo asombro, le convenció meridianamente de mi veracidad. A continuación le enseñé el oro, que me había dado el emperador de Blefuscu, junto con el retrato de cuerpo entero de Su Majestad y algunas otras curiosidades de aquel país. Le di dos bolsas con doscientos *sprugs* cada una, y le prometí que al llegar a Inglaterra le regalaría una vaca y una oveja preñada.

No molestaré al lector con un relato detallado de esta travesía que fue en su mayor parte muy feliz. Llegamos a las Downs el 13 de abril de 1702. Mi único contratiempo fue que las ratas de a bordo se llevaron una de mis ovejas: encontré sus restos en un agujero, los huesos completamente limpios de carne. El resto de mi preciado ganado lo llevé sano y salvo a tierra firme y lo puse a pastar en una bolera de Greenwich, donde la finura de la hierba les hizo alimentarse a gusto, aunque yo siempre había temido lo contrario. Tampoco me habría sido posible conservarlo en una travesía tan larga, si el capitán no me hubiera permitido tomar un poco de su mejor bizcocho que, desmenuzado en polvo y mezclado con agua, fue su constante alimento. Durante el poco tiempo que permanecí en Inglaterra, obtuve importantes beneficios al exhibir mi ganado ante numerosas personas de clase alta —y otras—; y antes de empezar mi segundo viaje, lo vendí por seiscientas libras. En ocasión de mi último regreso he

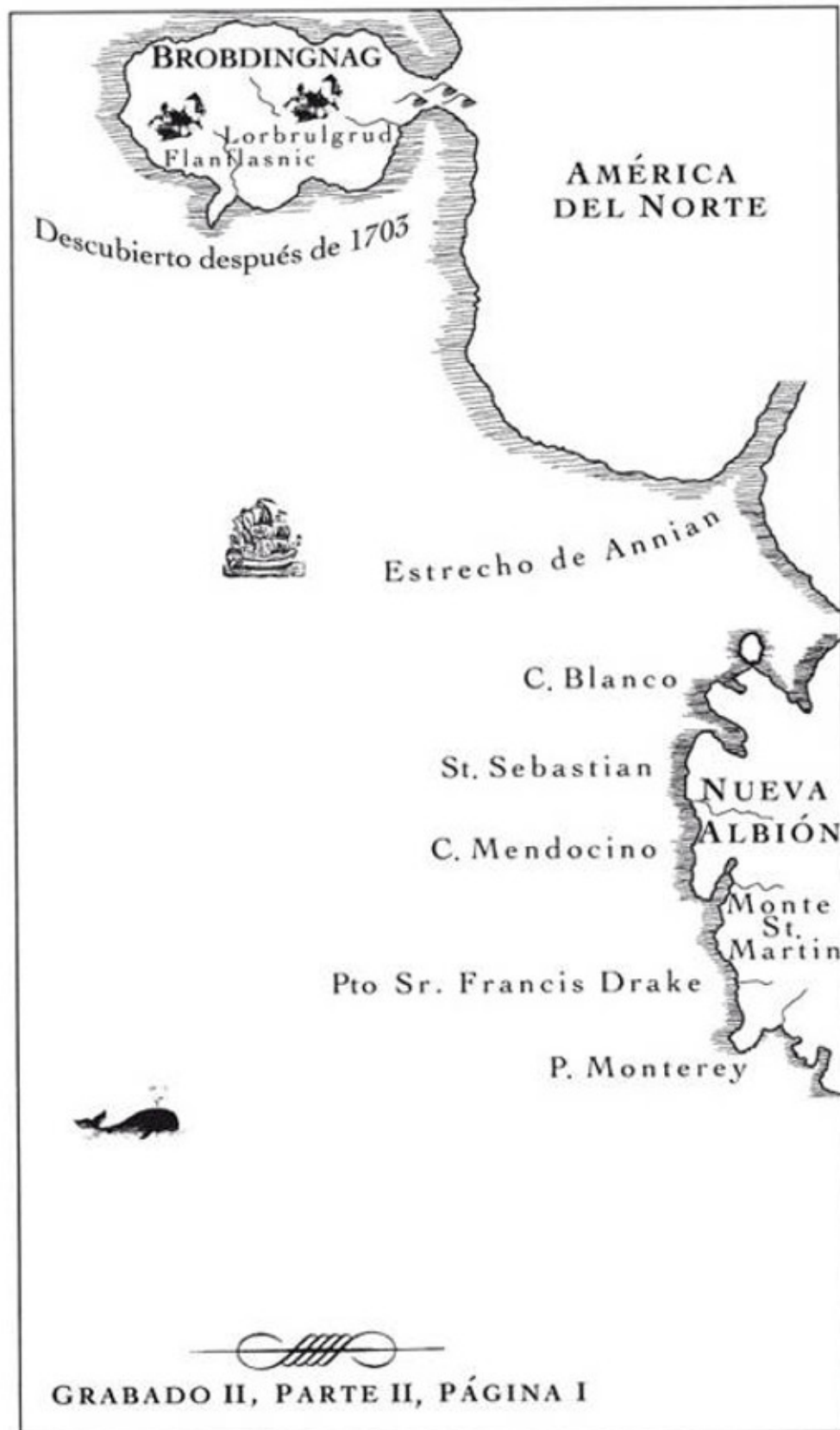
encontrado que la raza, especialmente las ovejas, se había multiplicado considerablemente. Espero que esto, por la finura de sus vellones, aportará una ventaja notable a la manufactura lanera.

Solo me quedé dos meses con mi esposa y mi familia, porque mi deseo insaciable de ver países extraños no me permitía continuar allí más tiempo. Le dejé mil quinientas libras a mi esposa y la instalé en una buena casa en Redriff. El resto de mis fondos los llevé conmigo, parte en metálico y parte en mercancía, con la esperanza de mejorar mi fortuna. El mayor de mis tíos, John, me había dejado en herencia unas tierras, cerca de Epping, que daban unas treinta libras al año, yo tenía el arrendamiento a largo plazo del «Black Bull» en Fetter Lane, que me rendía otro tanto; de este modo no corría el peligro de dejar a mi familia únicamente bajo el amparo de la caridad parroquial. Mi hijo Johnny, que así se llamaba por su tío, iba a la escuela secundaria y era un muchacho aplicado. Mi hija Betty (hoy bien casada y con hijos) se dedicaba entonces a sus labores de aguja. Me despedí de mi esposa, hijo e hija, con lágrimas por ambas partes, y embarqué en el *Adventure*, mercante de trescientas toneladas, que se dirigía a Surat, a las órdenes del capitán John Nicholas de Liverpool. Pero la narración de este viaje corresponde a la segunda parte de mis viajes.

SEGUNDA PARTE

VIAJE A BROBDINGNAG





Descripción de una gran tempestad. Se envía la chalupa a tierra en busca de agua; también va el autor para explorar el país. Es abandonado en la costa, recogido por un nativo y llevado a una granja. Cómo se le recibe allí y diversas aventuras que le acontecen. Descripción de los habitantes.

La naturaleza y el destino me habían condenado a una vida activa e inquieta. A los dos meses de mi regreso volví a abandonar mi patria embarcándome en las Downs el 20 de junio de 1702 en el *Adventure*, comandado por el capitán John Nicholas, un oficial nativo de Cornualles, con destino a Surat. Tuvimos viento muy favorable hasta que llegamos al cabo de Buena Esperanza, donde desembarcamos para aprovisionarnos de agua potable; pero habiéndose descubierto una vía de agua, descargamos las mercancías y pasamos el invierno allí; además, al haber enfermado el capitán de paludismo, no pudimos abandonar el cabo hasta finales de marzo. Zarpamos entonces y tuvimos un placentero viaje hasta que cruzamos los estrechos de Madagascar; pero al norte ya de aquella isla, y a unos cinco grados de latitud sur, los vientos que, según se ha observado, soplan del noroeste en aquellos mares con una intensidad igual y constante desde principios de diciembre hasta primeros de mayo el 19 de abril comenzaron a hacerlo con mucha mayor violencia y más del poniente de lo habitual, durante veinte días seguidos; esto nos llevó un poco al este de las islas Molucas y a unos tres grados al norte del ecuador, tal como estableció nuestro capitán por una observación que realizó el 2 de mayo. En tal fecha cesó el viento y quedó el mar en completa calma, por lo que sentí un regocijo enorme. Pero siendo él como era un hombre experto en la navegación de aquellos mares, nos ordenó a todos que nos preparáramos para un temporal. Este, en efecto, tuvo lugar al día siguiente, pues un viento del sur, el monzón, empezó a soplar con fuerza. Al darnos cuenta de que iba a arreciar hasta el punto de impedir al navío el llevar las gavias, desmontamos la cebadera y nos preparamos para bajar la vela de mesana. Hacía un tiempo tan infernal que aseguramos todos los cañones firmemente y alargamos la mesana. Escoraba mucho el barco, por lo que consideramos que era preferible navegar de cara al temporal que temporejar con todas las velas arriadas. Arrizamos la vela trinquete y la

desplegamos. Tiramos hacia popa la escota del trinquete y el timón todo a barlovento. Guiñaba el barco con bravura. Aseguramos un cabo para arriar una vela trinquete, pero estaba desgarrada y bajamos la verga. La introdujimos en la nave y la apartamos de todo aquello que estorbaba. El temporal era violentísimo. El mar rompía con inusitada peligrosidad. Tiramos fuerte de la cuerda de la barra destinada a hacer girar el timón y ayudamos al timonel. No bajamos el mastelero dejándolo completamente alzado, puesto que se deslizaba muy bien frente al mar y sabíamos que con el mastelero en la arboladura el navío gozaba de más estabilidad y se desplazaba mejor por las aguas, viendo como veíamos que disponía de espacio en ellas. Pasaba la tempestad, ajustamos la vela trinquete y la mayor y pusimos el barco en facha. Ajustamos entonces la mesana, la gavia principal y la del trinquete. Llevábamos rumbo este nordeste con el viento del sudeste. Subimos a bordo las amuras de estribor. Lanzamos las brazas y botavaras de barlovento, reforzamos las brazas de sotavento y tiramos de ellas hacia delante mediante las bolinas de barlovento apretándolas bien y amarrándolas. Tiramos fuerte a barlovento de la amura de mesana y la mantuvimos lo más estirada y alargada posible hacia el viento.

Durante aquella tormenta, a la que siguió un fuerte viento del oeste-sudoeste, fuimos desplazados, según mis cálculos, a unas quinientas leguas al este, con el resultado de que el marinero más viejo de a bordo era incapaz de decir en qué parte del mundo nos encontrábamos. Las provisiones se mantenían bien, el barco permanecía firme y seguro; toda la tripulación gozaba de buena salud pero, respecto al agua, la situación era poco menos que desesperada. Opinamos que lo mejor era mantener el rumbo en lugar de desviarnos más hacia el norte, lo que podría habernos llevado hacia las zonas occidentales de la gran Tartaria y al mar helado.

El 16 de junio de 1703 un grumete avistó tierra desde el palo mayor. El 17 aparecía ante nosotros una gran isla o continente (pues no sabíamos qué era) en cuyo lado sur había un pequeño istmo que se adentraba en el mar y una ensenada no lo bastante profunda para que recalara un navío que sobrepasaba las cien toneladas. Echamos anclas a menos de una legua de la misma y el capitán envió a una docena de hombres bien armados en la chalupa y con recipientes por si encontraban agua. Le pedí permiso para ir con ellos, pues así podría tal vez ver el país y hacer cuantos descubrimientos me fuera posible. Al desembarcar, no vimos ningún río ni manantial ni tampoco señal alguna de habitantes. Nuestros hombres, por lo tanto, recorrieron la costa en busca de agua potable, mientras yo, por mi cuenta, caminaba alrededor de una milla por el otro lado, percatándome de que se trataba de una región absolutamente estéril y rocosa. El desánimo empezó entonces a hacer mella en mí, y al no ver nada con que saciar mi curiosidad, descendí lentamente de regreso en dirección a la ensenada, pero cuando divisé toda la zona, vi que los hombres ya habían embarcado en el bote y que remaban desesperadamente hacia el barco. Iba a

llamarles a gritos, pero de poco me habría servido puesto que observé una gigantesca criatura que caminaba tras ellos por el mar con toda rapidez. No le llegaba el agua muy por encima de las rodillas y daba unas zancadas impresionantes. Pero nuestros hombres le llevaban media legua de ventaja y, al encontrarse el mar en aquel lugar erizado de rocas puntiagudas, no consiguió el monstruo dar alcance al navío. De esto me enteré yo después, porque no me atreví a presenciar el desenlace del incidente, sino que corrí cuanto pude en la dirección que había seguido antes, para ascender luego por una empinada cuesta que me dio alguna perspectiva del paraje. Estaba totalmente cultivado, aunque lo primero que me sorprendió fue la altura de la hierba, que, en esos terrenos, al parecer reservados para heno, sobrepasaba los veinte pies.

Fui a parar a lo que yo tomé por un camino principal, que resultó ser para los habitantes un simple sendero que atravesaba un campo de cebada. Anduve un rato por él, aunque poco podía ver a ambos lados; la siega estaba próxima y el trigo alcanzaba por lo menos los cuarenta pies de altura. Tardé una hora en cruzar todo el campo; tenía un seto que le servía de valla y medía, como mínimo, ciento veinte pies de altura. Tan enormes eran los árboles que me fue imposible calcular su altura. Había cuatro peldaños para pasar de aquel campo al contiguo y el superior estaba rematado por una losa para cruzar al otro lado. Me resultó también imposible ascender por ellos porque cada uno medía seis pies de altura, y la losa, más de veinte. Trataba por todos los medios de encontrar algún resquicio en el seto, cuando descubrí a uno de los habitantes en el campo contiguo, que avanzaba hacia los escalones y que era del mismo tamaño que el que había perseguido a nuestro bote por el agua. Parecía tan alto como la aguja de un campanario y daba pasos que yo estimé de unas diez yardas cada uno. Fui presa del mayor de los espantos y asombros y corrí a esconderme entre la cebada, desde donde le vi en lo alto de aquellos escalones mirando al campo de al lado, el de la derecha, y llamando a alguien con una voz mucho más potente que un altavoz marino, aunque el sonido se producía a tal altura que creí, en un principio, que se trataba de un trueno. Acto seguido se le acercaron siete monstruos como él empuñando hoces del tamaño de unas seis guadañas cada una. No iban tan bien vestidos como el primero, de quien parecían ser criados o braceros, puesto que, tras dirigirles él unas palabras, se encaminaron a segar la cebada del campo donde me encontraba. Me mantenía lo más lejos posible de ellos, pero me veía forzado a moverme con extraordinaria dificultad, dado que los tallos del cereal se encontraban a veces a no más de un pie de distancia el uno del otro, de manera que apenas podía escurrirme entre ellos. No obstante, hice un esfuerzo para seguir adelante, hasta que llegué a una parte del campo en la que había sido abatida la cebada por la lluvia y el viento y me fue imposible ya dar un paso más, pues los tallos estaban tan entrelazados que no podía pasar a través de ellos y las aristas de las espigas caídas eran tan fuertes y puntiagudas que se me clavaban en la carne a través de la ropa. Al mismo tiempo oía

a los segadores a no más de cien yardas detrás de mí. Muy desalentado por la fatiga y totalmente vencido por la angustia y la desesperación me tendí entre dos caballones y llegué a desear con todas mis fuerzas el acabar allí mis días. Pensaba con tristeza en mi desolada viuda y en mis hijos huérfanos. Me echaba en cara mi locura y obstinación en emprender un segundo viaje contra el parecer de todos mis parientes y amigos. Entre aquella agitación mental no pude por menos de pensar en Lilliput, cuyos habitantes me habían mirado como el mayor prodigio que el mundo jamás hubiera contemplado y donde fui capaz de arrastrar con la mano toda una flota imperial y llevar a cabo aquellas otras proezas que quedarán registradas para siempre en las crónicas de aquel imperio y la posteridad se resistirá a creer aunque estén atestiguadas por millones de seres. Medité en lo penoso que sería para mí aparecer tan insignificante en aquella nación, como un liliputiense entre nosotros. Y esta, consideré, sería la menor de mis desgracias, puesto que siendo los humanos, tal como se ha comprobado, más salvajes y crueles cuanto mayor es su tamaño, ¿qué podía esperar yo que no fuera el convertirme en un simple bocado en las fauces del primero de aquellos enormes bárbaros que me atrapara? Sin lugar a dudas, tienen razón los filósofos cuando nos dicen que nada es grande ni pequeño si no lo es por comparación. Quizá podría placer a la fortuna dejar que los liliputienses encontraran alguna vez una nación en la que las personas sean tan diminutas con respecto a ellos como ellos lo eran con respecto a mí. ¿Y quién sabe si incluso esta prodigiosa raza de mortales podría verse sobrepasada igualmente en algún distante y todavía ignoto lugar del mundo?

Asustado y confundido como estaba, no podía evitar el proseguir con estas reflexiones, cuando uno de los segadores, al acercarse a menos de diez yardas del caballón donde me encontraba, me hizo temer que, al siguiente paso, moriría aplastado bajo sus pies o cortado en dos por su hoz, por lo que, cuando estaba él a punto de moverse otra vez, grité con toda la fuerza que el miedo me infundía. Tras esto, la gigantesca criatura acortó el paso y, mirando un rato a su alrededor y por debajo de él, logró verme por fin echado en el suelo. Dudó unos instantes con la precaución del que se esmera por atrapar un animal pequeño y peligroso de forma que no le vaya a morder o arañar, como yo he hecho a veces en Inglaterra con una comadreja. Por fin se decidió a cogerme y a levantarme por la cintura entre el índice y el pulgar y llevarme a menos de tres yardas de sus ojos para poder contemplar mejor mi aspecto. Adiviné su intención y mi buena estrella me proporcionó tal presencia de ánimo que decidí no revolverme lo más mínimo mientras él me sostenía en el aire a unos sesenta pies del suelo, aunque me apretaba dolorosamente los costados temiendo que pudiera deslizarme de entre sus dedos. A todo lo que me atreví fue a alzar los ojos al cielo, juntar las manos en ademán suplicante y decir algunas palabras en un humilde tono de ruego, adecuado a la situación en la que en aquel momento me encontraba, pues me veía ya lanzado por él contra el suelo, como solemos hacer

con cualquier animal pequeño y repugnante que pensamos destruir. Mas mi buena estrella hizo que le gustara, al parecer, oír mi voz y ver mis gestos y empezó a contemplarme como algo curioso, intrigándole mucho el que yo articulara palabras, aunque él no las entendiera. Al mismo tiempo no podía yo dejar de emitir gemidos, derramar lágrimas y volver la cabeza hacia los lados, haciéndole ver, lo mejor que podía, el fuerte dolor que me producía la presión de sus dedos. Pareció entender lo que le pretendía decir puesto que, alzando la doblez de su casaca, me colocó suavemente en ella para dirigirse rápidamente hacia su amo, que era un acaudalado agricultor y la misma persona que había visto al principio en el campo.

El agricultor, una vez recibida información sobre mí por parte de su criado, tal como deduje por su modo de hablar, tomó un trocito de paja del tamaño aproximado de un bastón y levantó con él las solapas de mi casaca, que a él le parecieron algún tipo de cobertura que la naturaleza me había proporcionado. Me echó el pelo a los lados de un soplo para verme mejor la cara. Llamó a sus operarios para preguntarles (según me enteré más tarde) si habían visto alguna vez en los campos alguna pequeña criatura que se me pareciera. Me colocó entonces con cuidado en el suelo a gatas, pero me levanté inmediatamente para caminar despacio de un lado para otro a fin de darles a entender que no tenía intención de escapar. Se sentaron todos en círculo a mi alrededor para observar mejor mis movimientos. Me quité el sombrero e hice una profunda reverencia al agricultor. Me hiqué de rodillas, alzando la vista y las manos para decir algunas palabras lo más alto que pude. Me saqué del bolsillo una bolsa llena de oro y se la presenté humildemente. La tomó en la palma de la mano, acercándosela luego a los ojos para ver de qué se trataba y dándole vueltas después varias veces con la punta de un alfiler (que sacó de la manga), pero sin entender nada. Tras esto, le hice señas para que pusiera la mano en el suelo, cogí la bolsa, la abrí y le vacié todo su contenido en la mano. Había seis monedas españolas de plata, de cuatro «pistolas», además de veinte o treinta monedas de menor tamaño. Vi que se humedecía con la lengua la yema del dedo meñique y cogía una de las monedas mayores y luego la otra, aunque parecía no entender lo que eran. Me hizo señas para que volviera a ponerlas en la bolsa y esta en el bolsillo, cosa que, después de habérselas ofrecido varias veces, pensé que era lo mejor para mí.

El agricultor, para entonces, estaba convencido de que yo debía de ser una criatura racional. Me hablaba a menudo, pero su voz me perforaba los oídos como el estruendo de un molino de agua, y, sin embargo sus palabras estaban bien articuladas. Yo contesté con todas mis fuerzas en varios idiomas poniendo él el oído a menudo a menos de dos yardas de mí. Mas todo fue en vano, pues no nos entendíamos en absoluto. Mandó entonces a sus trabajos a los criados y sacándose el pañuelo del bolsillo, lo desdobló y extendió sobre la mano izquierda, que colocó plana en el suelo y con la palma hacia arriba. Me hizo señas de que me pusiera sobre ella, lo que logré

hacer con facilidad, puesto que no sobrepasaba un pie de espesor. Pensé que me correspondía obedecer y, temiendo caer, me eché a lo largo del pañuelo, con el resto del cual él me envolvió hasta la cabeza para mayor seguridad y, de este modo, me llevó a su casa. Llamó allí a su mujer y me mostró a ella, pero esta dio un alarido y salió corriendo como hacen las mujeres en Inglaterra cuando ven un sapo o una araña. Sin embargo, tras haber contemplado un rato mi comportamiento y lo bien que observaba las señas que me hacía su marido, perdió pronto el miedo y llegó a sentir, paso a paso, una gran ternura hacia mí. Eran alrededor de las doce, y un criado trajo la comida. Esta consistía en un plato, único pero sustancioso, de carne, digno de la mesa de un buen labriego, servido en un plato de veinticuatro pies de diámetro. Los comensales eran el granjero, su mujer, tres hijos y una anciana abuela. Cuando se hubieron sentado, el labriego me colocó frente a él sobre la mesa, de treinta pies de altura. Estaba despavorido y me mantuve lo más alejado posible del borde por miedo a caer. La mujer cortó en picadillo un poco de carne, desmigajó pan en una tabla de cortar y me colocó la comida delante. Hice una profunda reverencia, saqué mi cuchillo y tenedor, y me dediqué a comer, lo que les produjo un tremendo regocijo. La dueña ordenó a la criada que trajera una copita de unos dos galones de capacidad, y la llenó de bebida; levanté el recipiente apuradamente con ambas manos y bebí con todo respeto a la salud de la señora. Pronuncié las palabras inglesas del brindis, todo lo fuerte que pude: los comensales rieron tan a gusto que por poco me dejaron sordo. Esta bebida sabía a sidra floja y no era desagradable. Luego, el amo, por señas, hizo que me aproximase a su tabla de trinchar; mientras caminaba por la mesa, profundamente sorprendido como el lector adivinará y excusará con facilidad, tropecé con una migaja y caí de bruces, pero no me lastimé. Me levanté en el acto y al comprobar cuán preocupada estaba aquella buena gente, cogí mi sombrero (que por educación mantenía bajo el brazo) y, mientras lo agitaba sobre mi cabeza, lancé tres hurras para demostrar que había salido indemne de la caída. Pero al aproximarse a mi amo (así lo llamaré a partir de ahora), el más joven de sus hijos, un diablillo de unos diez años, me agarró por las piernas y me izó a tal altura que me entró un tembleque en todo el cuerpo. Su padre me arrancó de sus manos y le propinó tal bofetón en el oído izquierdo que habría descabalgado a un pelotón europeo de caballería, ordenándole a la vez que se retirase de la mesa. Pero temiendo que el muchacho me guardara rencor, y al recordar la crueldad instintiva de nuestros muchachos con los gorriones, conejos, gatitos y cachorros, me hiqué de rodillas y, señalando al muchacho, le hice comprender a mi amo, del mejor modo que pude, que imploraba su perdón. El padre cedió, y el muchacho se sentó de nuevo a la mesa, y me acerqué a él para besarle la mano que su padre tomó en la suya e hizo que me diera suaves golpecitos con ella.

En medio de la comida, el gato favorito de mi ama saltó sobre su regazo. Oí a mis espaldas un ruido comparable al de una docena de calceteras en plena faena y, al girar

la cabeza, vi que procedía del ronroneo de este animal. Su tamaño era tres veces mayor que un buey, a juzgar por su cabeza y una de sus zarpas que emergían mientras su ama lo alimentaba y acariciaba. La ferocidad de su aspecto me aterrizó, a pesar de encontrarme en el extremo opuesto de la mesa, a más de cincuenta pies, y de que mi ama lo sujetaba fuertemente por temor a que pudiera saltar y agarrarme con sus zarpas. Pero resultó que no corría peligro alguno, pues el gato no me prestó la menor atención cuando mi amo me colocó a tres yardas de él. Y como siempre se me ha dicho —y mi experiencia viajera así lo confirma— que el escaparse o aparentar miedo ante un animal salvaje es el método más seguro para que este nos ataque o persiga, ante esta peligrosa situación aparenté una total indiferencia. Me paseé como cinco o seis veces con intrepidez por delante de sus mismas narices y me acerqué a menos de media yarda haciendo que retrocediera, como si estuviera más asustado que yo. Con los perros tuve menos miedo, cuando tres o cuatro de ellos entraron en la sala —cosa corriente en una casa de labriegos—. Uno de ellos era un mastín del tamaño de cuatro elefantes; un galgo era un poco más alto, pero no tan corpulento.

Cuando casi habíamos terminado de comer entró la nodriza llevando en brazos a un niño de un año. Este me vio en el acto y lanzó unos chillidos que habrían podido oírse desde el Puente de Londres hasta Chelsea, en la habitual oratoria de los niñitos, para conseguirme como juguete. La madre cedió por pura debilidad y me ofreció al niño, que al instante me cogió por el tronco e introdujo mi cabeza en su boca; pero lancé tal alarido que el niño se asustó y me dejó caer; y me habría desnucado sin remedio si la madre no llega a extender su delantal por debajo de mí. La nodriza, para calmar al niñito, agitó un sonajero, una especie de recipiente hueco lleno de grandes piedras y sujeto con un cable a la cintura del niño. Todo fue en vano, de modo que se vio obligada a aplicar el remedio supremo, darle de mamar. Confieso que nada me ha repugnado tanto como el ver aquel pecho monstruoso. No encuentro comparación posible para proporcionar al lector curioso una idea de su tamaño, forma y color. Formaba una protuberancia de seis pies y su base tenía un perímetro de dieciséis cuando menos. Su color y el del pezón, que era como la mitad de mi cabeza, estaba salpicado de botones, marcas y señales muy repugnantes. En pie, sobre la mesa, pude verlo todo con detalle, ya que la nodriza se sentó para darle el pecho con más comodidad. Esto me hizo pensar en el hermoso cutis de nuestras damas inglesas, que nos parecen tan bellas porque están hechas a nuestra misma escala, y cuyos defectos no han de verse a través de lentes de aumento; la experiencia nos enseña que la piel más fina y blanca parece áspera, desigual y mal coloreada.

Recuerdo que cuando estaba en Lilliput los rostros de aquellos diminutos seres me parecían los más bellos del universo; hablando en cierta ocasión sobre este tema con un sabio —uno de mis amigos íntimos— de aquel país, me confesó que mi rostro le parecía mucho más bello y liso cuando me contemplaba desde el suelo que si le

tomaba en la mano para aproximarse a mí, cosa que —reconoció— resultaba un espectáculo chocante. Me dijo que veía grandes hoyos en mi piel, que los pelos de mi barba eran diez veces más fuertes que las cerdas de jabalí, y que mi tez se componía de diversos colores muy desagradables. Sin embargo, permítame el lector que le diga que soy tan rubio como la mayoría de los compatriotas de mi propio sexo y que estoy muy poco bronceado por mis viajes.

Por otra parte, al hablar sobre las damas de la corte imperial él solía comentar que una tenía pecas; otra, la boca demasiado grande; una tercera, la nariz muy ancha: yo era incapaz de ver estos defectos. Reconozco que estas reflexiones resultan obvias, pero, sin embargo, no he podido dejar de hacerlas, por temor a que el lector crea que estas criaturas gigantescas eran deformes en realidad. Al contrario, debo afirmar, en justicia, que son una raza muy hermosa; particularmente, los rasgos de mi amo (que era un sencillo la briego) me parecían muy proporcionados cuando los contemplaba a sesenta pies de distancia.

Después de comer, mi amo regresó al campo junto a sus jornaleros y, por lo que pude deducir de sus gestos y voz, encareció a su mujer que tuviera el mayor cuidado conmigo. Estaba muy cansado y con ganas de dormir. Al notarlo, mi ama me colocó en su cama y me cubrió con un pañuelo, limpio y blanco, pero más grande y burdo que la vela mayor de un barco de guerra.

Dormí unas dos horas y soñé que estaba en casa con mi mujer e hijos. Esto acrecentó mi aflicción cuando, al despertar, me encontré solo en un espacioso aposento de dos a trescientos pies de ancho y de más de doscientos de alto, tendido en una cama de veinte pies de anchura. Mi ama me había dejado encerrado mientras ella se ocupaba de las faenas domésticas. De la cama al suelo había ocho yardas de altura. No me atreví a llamar; si lo hubiese hecho, habría sido en vano, dada la debilidad de mi voz y la gran distancia entre el cuarto donde estaba acostado y la cocina donde se hallaba la familia. En esta situación, dos ratas treparon por las cortinas y empezaron a corretear por la cama husmeándome. Una de ellas casi me tocó el rostro, por lo que me incorporé muy asustado y desenvainé mi sable para defenderme. Estas horrendas bestias tuvieron la osadía de atacarme por ambos flancos, y una de ellas me puso las patas anteriores en el cuello, pero tuve la suerte de abrirle el vientre antes de que me pudiera lastimar. Se desplomó a mis pies, y la otra, al ver la suerte de su compañera, se escapó no sin antes recibir un buen sablazo en el dorso, dejando, al mismo tiempo, un reguero de sangre. Después de esta hazaña caminé lentamente a lo largo y ancho de la cama para recobrar el aliento y el ánimo. Estas bestias eran del tamaño de un corpulento mastín, pero mucho más ágiles y feroces, de modo que si me hubiese quitado el sable para dormir, habría sido despedazado y devorado sin remisión. Medí la cola de la rata muerta y resultó tener dos yardas menos una pulgada de longitud. Pero sentía demasiada repugnancia para echar el cadáver de la cama

donde seguía sangrando. Comprobé que aún respiraba y la rematé con un profundo tajo en el cuello.

Poco después mi ama, al entrar al cuarto, me vio todo ensangrentado y corrió a tomarme en su mano. Le señalé sonriente a la rata muerta y le hice ver con signos que estaba ileso. Se regocijó ella en extremo; llamó a la criada para que cogiese el cadáver con unas pinzas y lo tirase por la ventana. Luego me puso sobre la mesa donde le mostré mi ensangrentado sable antes de secarlo con el faldón de mi casaca y envainarlo. Me veía urgido a hacer más de una cosa que nadie puede realizar por mí y, por consiguiente, intenté hacer comprender a mi ama que me bajase a tierra, cosa que hizo. Mi modestia no me permitía más explicaciones: le indiqué la puerta haciendo varias inclinaciones de cabeza. La buena mujer acabó por comprender mis propósitos no sin cierta dificultad. Me tomó suavemente en la mano, me hizo bajar al jardín, y me colocó en tierra. Avancé unas doscientas yardas y, haciendo gestos para que no me siguiera ni me mirara, me escondí entre dos hojas de acedera para hacer mis necesidades.

Espero que el lector me disculpe por entrar en semejantes detalles; por insignificantes que parezcan a espíritus viles y prosaicos, ayudarán sin duda a enriquecer la mente e imaginación de más de un pensador, y a aplicarlos en beneficio general y privado, lo que constituía mi único propósito al presentar este y otros relatos de mis viajes al público. En ellos me he interesado principalmente por la verdad, desembarazada de cualquier artificio de erudición o estilo. Pero todas las peripecias de este viaje se han grabado en mi espíritu tan profundamente y permanecen tan vivas en mi memoria que, al transcribirlas, no omití ninguna circunstancia material. Sin embargo, tras una rigurosa revisión, taché diversos pasajes de menor interés que había en mi primera redacción, para evitar ser tildado de tedioso y superficial, tal como se acusa a menudo a los viajeros, no siempre, quizá, injustamente.

II

*Descripción de la hija del labriego.
Llevan al autor a un pueblo con mercado y,
después, a la capital. Detalles del viaje.*

Mi ama tenía una hija de nueve años, una niña aventajada para su edad, muy diestra con la aguja y hábil en vestir a su muñeca. Madre e hija acordaron prepararme la cuna de la muñeca para dormir. Colocaron la cuna en un pequeño cajón de un escritorio y lo pusieron sobre una repisa colgada por temor a las ratas. Este fue mi lecho durante el tiempo que pasé con aquella gente, aunque conseguí más comodidades a medida que aprendía su idioma y podía comunicar mis necesidades. Esta muchachita era tan habilidosa que, después de haberme desvestido un par de veces ante ella, fue capaz de vestirme y desvestirme, aunque yo nunca le causaba esa molestia cuando me permitía que lo hiciese yo mismo. Me hizo siete camisas y otras prendas interiores del lienzo más fino que pudo encontrar; aun así, este resultaba más tosco que la tela de saco; me las lavaba ella muy a menudo personalmente. Además fue mi maestra en el aprendizaje del idioma. Cuando yo señalaba algo, ella me decía su nombre en su lengua, así que en pocos días fui capaz de decir lo que se me ocurría. Era verdaderamente de carácter bondadoso; no rebasaba los cuarenta pies, siendo pequeña para su edad. Me dio el nombre de *Grildrig* que también adoptó la familia y después el reino entero. Grildrig es lo que los latinos llaman *Nanunculus*, los italianos *Homuncelino*, y los ingleses *Mannikin*. A ella le debo casi por completo mi subsistencia en aquel país, y durante mi estancia, nunca nos separamos. Yo la llamaba mi *Glumdalclitch*, es decir, amita, y pecaría de ingrato si dejase de mencionar aquí su cuidado y afecto. Desearía de corazón que estuviera en mi mano poder compensarla adecuadamente en lugar de ser el desventurado —aunque inocente— instrumento de su desgracia, pues no me faltan razones para creer que así ha sido.

Comenzó a saberse y a comentarse entre los vecinos que mi amo había encontrado un extraño animal en el campo, del tamaño de un *splacknuck*, pero semejante a una criatura humana por sus actos y constitución. Parecía ser que hablaba una lengüecita peculiar y que había aprendido ya algunas palabras del país; que caminaba sobre las dos piernas, era manso y delicado, atendía cuando se le llamaba, hacía lo que se le

mandaba, y tenía los miembros mejor formados del mundo; su cutis era más blanco que el de una niña de tres años de la nobleza. Otro labriego que no vivía lejos y era amigo íntimo de mi amo vino a visitarnos expresamente para indagar la verdad de esta historia. Enseguida me presentaron y me pusieron sobre una mesa por donde caminé como se me ordenaba, desenvainé y envainé mi sable, rendí pleitesía al convidado de mi amo, me interesé por su salud en su propia lengua y le di la bienvenida, todo según las instrucciones de mi amita. Este hombre, que era anciano y corto de vista, se caló las gafas para verme mejor. No pude evitar el reírme abiertamente pues sus ojos se asemejaban a la luna llena proyectando sus rayos en una alcoba por dos ventanas. Los de casa, que se dieron cuenta de la causa de mi risa, también lo hicieron y por ello el viejo, con muy poco sentido del humor, se enfadó y se puso fuera de sí. Era un anciano de natural avaro. Para mi desgracia merecía tal calificativo, pues aconsejó a mi amo que me exhibiese en un día de mercado en la ciudad más próxima, que distaba unas veintidós millas —media hora a caballo— de nuestra casa. Adiviné que estaban tramando algo malo cuando observé que mi amo hablaba en secreto con su amigo y que de vez en cuando me señalaban; debido al temor que me infundían pensé que había oído y captado su conversación. Pero Glumdalclitch, mi amita, me lo contó todo a la mañana siguiente: se lo había sonsacado a su madre de un modo sutil. La desgraciada muchacha me recostó en su regazo y se echó a llorar de vergüenza y pesar. Temía que la gente grosera y vulgar me hiciera daño; al tomarme en sus manos bien podrían romperme algún miembro o estrujarme mortalmente. También había observado ella mi natural modestia, y con cuánta delicadeza cuidaba de mi honor y la indignidad que sentiría al verme expuesto en público por dinero, ante una chusma envilecida. Me confesó que sus padres le habían prometido que el Grildrig sería de ella, pero ahora comprobaba que solo pretendían hacer lo mismo que el año anterior: le regalaron un cordero y cuando estuvo cebado se lo vendieron al carnicero. Puedo confesar que, por mi parte, estaba menos preocupado que mi amita. Tenía la firme e inquebrantable esperanza de que un día volvería a ser libre. Respecto a la ignominia de ser exhibido por ahí como un monstruo, consideré que era un perfecto desconocido en el país, y que tal deshonra nunca habría de reprochárseme si alguna vez volvía a Inglaterra; el propio rey de Gran Bretaña habría sido igualmente humillado en parecidas circunstancias.

Mi amo siguió el consejo de su amigo y me llevó en una caja al siguiente día de mercado a la ciudad vecina; también se llevó con él a su hijita, mi ama, en la grupa del caballo. La caja estaba cerrada por todos lados, pero tenía una puertecita de entrada, y unos agujeros de ventilación que facilitaban la renovación del aire. La niña se había cuidado de poner el edredón de la cama de su muñeca para que yo pudiera echarme. A pesar de todo, durante el trayecto de media hora, recibí terribles golpes y baqueteos. Como el caballo avanzaba a cuarenta pies por paso y se elevaba tanto al

trotar, se parecía a las subidas y bajadas de un barco en medio de una gran tormenta, solo que con más frecuencia. El trayecto fue algo más largo que la distancia entre Londres y St. Albans. Mi amo se apeó en una posada que solía frecuentar. Después de consultar un rato con el posadero y de hacer los preparativos necesarios, alquiló al *grultrud* o pregonero para divulgar por la ciudad la presencia de una extraña criatura que se exhibiría en el ÁguilaVerde; era menor que un *splacnuck* (un animal de aquel país, muy bien formado y de unos seis pies de longitud), sus miembros se parecían a los de una criatura humana y además podía hablar algunas palabras y realizar un centenar de divertidos trucos.

Me colocaron, dentro de la posada, sobre la mesa de la sala más espaciosa, de cerca de trescientos pies cuadrados. Mi amita se puso en un taburete al lado de la mesa para cuidarme y decirme lo que debía hacer. Mi amo, para evitar las aglomeraciones, solo me exhibía en turnos de treinta personas. Cuando la niña me lo ordenaba, yo me paseaba por la mesa; me hacía preguntas asequibles a mi comprensión del idioma y yo las respondía tan alto como podía. Algunas veces me dirigía al público, le ofrecía mis humildes respetos, le daba la bienvenida y pronunciaba otras frases que me habían enseñado. A modo de vaso tomaba un dedal lleno de bebida que Glumdalclitch me había dado y bebía a su salud. Sacaba mi sable y lo esgrimía al estilo de los espadachines ingleses. Me daba mi ama un trozo de paja que yo blandía como una lanza, habilidad que había aprendido en mi juventud. Aquel día me exhibí ante doce grupos y el esfuerzo de repetir una y otra vez las mismas florituras fue tan considerable que acabé casi muerto de cansancio y de humillación. Como el público saliente contaba maravillosos relatos de mí, el gentío estaba dispuesto a forzar la puerta para conseguir entrar. Mi amo, interesadamente, no permitía que nadie, excepto mi ama, me tocara y, para evitar riesgos, se colocaron bancos alrededor de la mesa a cierta distancia para que quedara fuera del alcance del público. Con todo, un malévolo colegial me lanzó una avellana que casi me dio en la cabeza, y si no hubiera errado me la habría abierto irremisiblemente, pues el proyectil era casi del tamaño de un melón y venía con gran fuerza; pero tuve la satisfacción de ver cómo le zurraban y le expulsaban de la habitación.

Mi amo puso un cartel para general conocimiento de que me exhibiría igualmente al siguiente día de mercado; mientras tanto, preparó otro carruaje más cómodo. Tenía buenas razones para hacerlo, pues estaba yo tan fatigado de este primer viaje y de la repetición de mis habilidades durante ocho horas seguidas para divertir al público que casi no podía ponerme en pie o proferir palabra. Pasaron por lo menos tres días antes de que recuperase fuerzas. Para colmo, tampoco me fue posible descansar en casa. Todos los caballeros de la vecindad en cien millas a la redonda, cuando se enteraron de mi fama, acudían a casa de mi amo para verme. Con sus mujeres e hijos no sumaban menos de treinta (aquella región estaba densamente poblada). Cuando me

exhibían en su casa, aunque fuese ante una sola familia, mi amo exigía el precio del aposento lleno; así que, por algún tiempo, aunque no me llevaba a la ciudad, tuve poco sosiego entre semana (excepto el miércoles, que era su día de descanso).

Cuando mi amo descubrió lo rentable que le resultaba, determinó llevarme a las ciudades más importantes del reino. Así, se proveyó de todo lo necesario para un largo viaje; arregló todos los asuntos domésticos, se despidió de su esposa y el 17 de agosto de 1703 —aproximadamente dos meses después de mi llegada a aquel país— partimos hacia la capital, que está situada casi en el centro de aquel imperio, a unas tres mil millas de distancia de nuestra vivienda. Mi amo puso a su hija en la grupa de su caballo, mientras que ella me llevaba en su regazo dentro de un cajón sujeto a su cintura. Ella había recubierto todas las paredes del paño más fino que había podido encontrar, lo acolchó y luego colocó la cama de su muñeca; además me proporcionó la ropa blanca y demás cosas necesarias e hizo cuanto pudo para que yo gozase de las máximas comodidades. No llevábamos más compañía que un chico de la casa que nos seguía con el equipaje.

La idea de mi amo era exhibirme en todas las ciudades que caían de camino y desplazarse del trayecto de cien a cincuenta millas para ir a cualquier aldea o villa de prestigio con posible clientela. Hacíamos cómodas jornadas de ciento cuarenta a ciento sesenta millas diarias, porque Glumdalclitch, atenta siempre a mi comodidad, se quejaba de que no podía sufrir el trote del caballo y a menudo, cuando lo deseaba, me sacaba del cajón para que tomase el aire y viera el país. De todos modos, siempre me sujetaba fuertemente con una correa. Pasamos más de cinco o seis ríos de mayor anchura y profundidad que el Nilo y el Ganges y apenas había arroyuelo con menor caudal que el Támesis por el Puente de Londres.

Estuvimos diez semanas de viaje y durante este tiempo me exhibieron en público en dieciocho grandes ciudades, sin contar otras muchas aldeas y casas particulares. El 16 de octubre llegamos a la capital, llamada en su idioma *Lorbrulgrud*, «Orgullo del Universo». Mi amo tomó habitaciones en la avenida más importante, no lejos del palacio real, y como era costumbre, puso carteles en los que se describía mi persona y habilidades con exactitud. Alquiló una habitación espaciosa de trescientos a cuatrocientos pies de anchura, se proveyó de una mesa de setenta pies de diámetro sobre la que yo debía actuar y la cercó de una empalizada de tres pies de altura y a tres pies del borde para prevenir una posible caída. Con general admiración y satisfacción, tuve diez actuaciones diarias. Ya hablaba su idioma de forma aceptable y entendía perfectamente todo lo que me decían; también había aprendido su abecedario, al que podría recurrir para explicar alguna frase, pues Glumdalclitch había sido mi maestra en casa y en los momentos de descanso durante nuestro viaje. Para ello llevaba un librito, breve resumen de su religión y muy corriente entre las chicas,

algo más grande que el *Atlas* de Sanson, que informaba brevemente sobre su religión; con él me enseñó las letras y el sentido de las palabras.

III

*El autor es enviado a buscar por la corte. La reina
lo compra a su anterior dueño, el granjero, y lo ofrece al rey.
Discute con los grandes sabios de Su Majestad.
Se le asigna un apartamento en la corte. Goza del alto
favor de la reina. Sale valedor del honor de su país.
Se pelea con el enano de la reina.*

Las duras condiciones a las que fui a diario sometido provocaron en pocas semanas un cambio más que considerable en mi salud. Cuanto más conseguía mi amo de mí, más insaciable se volvía. Yo había adelgazado desmesuradamente y me había convertido casi en un esqueleto. El granjero se dio cuenta de ello y como llegó a la conclusión de que pronto moriría, resolvió sacar de mí el máximo partido posible.

Mientras mi amo estaba razonando y tratando de decidir, llegó un *slardral* o mensajero de la corte, con la orden de que, sin dilación, mi amo me llevara allá, para entretener a la reina y sus damas. Algunas de estas habían venido a verme y contaban cosas extrañas sobre mi hermosura, conducta y talento. Su Majestad y el séquito que la acompañaba quedaron agradabilísimamente sorprendidos de mi porte. Me arrodillé y solicité el honor de besar su imperial pie; sin embargo, la graciosa princesa me extendió su meñique y yo (tras ser colocado sobre una mesa) lo abracé con ambos brazos y con el máximo respeto besé la punta de su dedo. A continuación me hizo algunas preguntas de índole general sobre mi país y mis viajes, que contesté tan clara y escuetamente como pude. Me preguntó si me gustaría vivir en la corte. Yo le hice una profunda reverencia hasta la superficie de la mesa y le contesté humildemente que era esclavo de mi amo, pero que si pudiera disponer libremente de mi persona estaría orgulloso de dedicar mi vida al servicio de Su Majestad. Ella entonces preguntó a mi amo si estaría dispuesto a venderme por un buen precio y él, que temía que yo no aguantara vivo ni un mes, se aprestó a desprenderse de mí y pidió mil monedas de oro que le fueron abonadas en el acto, siendo cada una de ellas del tamaño de ochocientos *moidores*, aunque teniendo en cuenta la proporción entre las cosas de aquel país y las europeas y el elevado valor que el oro tenía para ellos, la suma equivalía apenas a unas mil guineas inglesas.

Enseguida le dije a la reina que, puesto que ahora era ya su servidor, el más humilde de los vasallos de Su Majestad, pedía el favor de que Glumdalclitch, que siempre me había tratado con tanto cuidado, amabilidad y comprensión, pudiera ser admitida a su servicio, continuando así como mi niñera e instructora. Su Majestad accedió a mi petición y logró con facilidad el consentimiento del granjero, que estaba más que contento de poder introducir a su hija en la corte, y la pobre chica tampoco podía ocultar su alegría. Mi antiguo amo se retiró despidiéndose de mí, y diciendo que me dejaba en buenas manos, a lo cual yo no contesté, limitándome a hacerle una ligera reverencia.

La reina se dio cuenta de mi frialdad y cuando el granjero hubo salido de los aposentos me preguntó la razón. Me armé de valor para decirle a Su Majestad que no tenía más obligaciones para con mi anterior amo, excepto las que se derivaban del hecho de que no hubiera machacado el cerebro de una inofensiva criatura que fue encontrada por casualidad en sus campos y que tal obligación había sido ampliamente recompensada por las ganancias que había obtenido exhibiéndome por todo el reino y por el precio de mi venta ahora. Añadí que la vida que había llevado desde que me tomó a su cargo había sido lo suficientemente dura para matar a un animal diez veces más fuerte que yo y que mi salud estaba muy deteriorada por el continuo esfuerzo que suponía entretener al populacho y que si mi amo no hubiera pensado que mi vida peligraba, quizá Su Majestad no me habría conseguido a tan bajo precio. Pero puesto que ya no sentía ningún temor a ser maltratado estando bajo la protección de tan gran y bondadosa emperatriz, adorno de la naturaleza, adoración del mundo, alegría de sus súbditos y fénix de la creación, esperaba que los temores de mi anterior amo parecieran sin fundamento, pues ya sentía que mi espíritu revivía por el influjo de su serenísima presencia.

Este fue el meollo de mi discurso, pronunciado con mucha imprecisión y vacilación; el final estuvo configurado totalmente en el característico estilo de aquellas gentes, del cual yo había aprendido algunas frases de Glumdalclitch mientras ella me llevaba a la corte.

La reina, que fue muy indulgente con mi defectuoso modo de hablar, estaba, sin embargo, sorprendida de que un animal tan diminuto poseyera tan gran entendimiento y sentido común. Me tomó en su mano y me llevó hasta el rey, que se hallaba entonces retirado en su gabinete. Su Majestad el rey, un príncipe muy grave y de semblante austero, sin darse cuenta, a primera vista, de mi forma, preguntó fríamente a la reina desde cuándo se había encariñado con un *splacnuck*, pues por tal me había tomado mientras permanecía tumbado sobre mi pecho en la mano derecha de Su Majestad la reina. Pero esta princesa, que poseía humor e inteligencia infinitas, me depositó suavemente de pie sobre el escritorio y me ordenó que le explicara yo mismo quién era, lo que hice en pocas palabras; y Glumdalclitch, que esperaba en la

puerta del aposento, pues no podía soportar perderme de vista, al hacerla pasar, confirmó todo lo que había sucedido desde mi llegada a casa de su padre.

El rey, a pesar de ser una persona tan docta como cualquiera en sus dominios y de haber sido instruido en estudios de filosofía y sobre todo en matemáticas, al observar, antes de que yo comenzara a hablar, mi figura con detenimiento y verme caminar erguido, me tomó por un aparato de relojería (que en aquel país había alcanzado gran perfección) ideado por algún ingenioso artesano. Pero cuando oyó mi voz y encontró que lo que yo le decía era cabal y razonable, no pudo ocultar su asombro. No quedó del todo convencido con el relato que le hice acerca de mi llegada a su reino, sino que pensó que era una patraña urdida entre Glumdalclitch y su padre, que me habrían enseñado una serie de palabras para venderme por un precio más elevado. Con esta idea en mente, me hizo varias preguntas más, recibiendo, sin embargo, respuestas coherentes, sin más fallos que los debidos a mi imperfecto conocimiento del idioma, con algunas expresiones rústicas que había aprendido en la granja y no se correspondían con el pulido estilo cortesano.

Su Majestad llamó a tres grandes sabios que, de acuerdo con la costumbre de aquel país, hacían su turno semanal. Estos caballeros, después de haber examinado concienzudamente mi figura hasta el mínimo detalle, llegaron a diversas conclusiones sobre mí. Todos estaban de acuerdo en que yo no había sido formado según las leyes normales de la naturaleza, porque mi estructura orgánica carecía de capacidad para preservar la vida, bien fuera utilizando la rapidez, o escalando árboles o haciendo agujeros en tierra. Observaron por mis dientes, que examinaron con gran detenimiento, que era un animal carnívoro; sin embargo, siendo la mayor parte de los cuadrúpedos excesivamente grandes para mí y los ratones de campo, junto a otros animales, demasiado rápidos, no podían imaginar cómo podría mantenerme, a no ser que me alimentara de caracoles y otros animalillos, que citaron con muchos argumentos eruditos, para evidenciar que no podía hacerlo. Uno de los sabios parecía inclinado a pensar que yo era un embrión o aborto. Pero esta opinión fue rechazada por los otros dos, que veían que mis miembros eran perfectos y acabados y que, como evidenciaba mi barba, cuyos cañones examinaron detenidamente con una lupa, tenía varios años de edad. No admitían que fuera un enano, pues mi pequeñez superaba todos los límites comparativos, ya que el enano favorito de la reina, el más pequeño conocido en todo el reino, medía casi treinta pies. Tras amplio debate, concluyeron unánimemente que yo era un *relplum scalcath*, literalmente, un *lusus naturae*, un fenómeno de la naturaleza, término que concordaba exactamente con los de la moderna filosofía europea, cuyos profesores, desdeñando la antigua evasiva de causas ocultas con la cual los seguidores de Aristóteles intentaban en vano disimular su ignorancia, han inventado esa admirable y universal solución para los obstáculos al inefable avance del conocimiento humano.

Tras esa conclusión definitiva, solicité permiso para decir unas palabras. Me dirigí al rey y aseguré a Su Majestad que venía de un país que contaba con varios millones de seres de ambos sexos similares a mí y de mi propio tamaño, mientras que los animales, árboles y casas estaban todos en proporción; en consecuencia, yo era tan capaz de defenderme y encontrar sustento allí como cualquiera de los súbditos de Su Majestad aquí, considerando lo dicho anteriormente como una respuesta contundente a los razonamientos de aquellos caballeros. A esto, ellos solo replicaron con una sonrisa despectiva diciendo que el granjero me había enseñado muy bien la lección. El rey, que era más inteligente, despachó a sus sabios y envió por el labrador que, afortunadamente, todavía no había abandonado la ciudad; primero le interrogó a él a solas y después efectuó un careo conmigo y con la chica y comenzó a pensar que lo que yo le había dicho era probablemente cierto. Encargó a la reina que ordenara que se tuviera especial cuidado de mí y se mostró partidario de que Glumdalclitch continuara en su tarea de servirme, porque observó que nos teníamos gran afecto. Se le encontraron aposentos adecuados en la corte; se le asignó una especie de aya para que cuidara de su educación, una doncella para vestirla y otras dos criadas para las tareas serviles, pero el cuidado de mi persona le fue totalmente encomendado a ella. La reina ordenó a su propio ebanista que fabricara una caja que pudiera servirme de dormitorio según el proyecto que aprobáramos Glumdalclitch y yo. Este hombre era un hábil artesano y, de acuerdo con mis directrices, terminó en tres semanas un aposento de madera de dieciséis pies cuadrados de superficie y doce de altura con ventanas de guillotina y dos roperos al estilo de los dormitorios ingleses. El tablero que hacía de techo podía levantarse y cerrarse por medio de dos bisagras, para poner dentro, fabricada por el tapicero de Su Majestad la reina, una cama que Glumdalclitch sacaba cada día para que se aireara, la hacía con sus propias manos, la dejaba en la habitación por las noches y cerraba el techo sobre mí. Un famoso artesano en miniaturas tomó a su cargo el fabricar dos sillas con respaldos y brazos de un material parecido al marfil y dos mesas, con una cómoda para colocar mis enseres. La habitación estaba toda ella acolchada, así como el suelo y el techo, para evitar cualquier accidente por descuido de los que me transportaban y para amortiguar la violencia de los vaivenes cuando iba en coche. Quise una cerradura en la puerta para evitar que entraran las ratas y ratones; el herrero, tras varias tentativas, fabricó la cerradura más pequeña que se había visto en aquel país, pues yo he visto una mayor en la entrada de una mansión de un caballero inglés. Me las arreglé para guardar la llave en uno de mis bolsillos por temor de que Glumdalclitch pudiera perderla. Del mismo modo, la reina encargó las más finas sedas que se podían encontrar, y que no eran mucho más gruesas que una manta inglesa, para hacerme ropa, la cual me resultó bastante incómoda hasta que me acostumbré a ella. Era una indumentaria muy austera

y decente y estaba confeccionada según la moda de aquel reino, en parte semejante a la persa, en parte a la china.

La reina se aficionó tanto a mi compañía que no podía comer sin mí. Tenía mi mesa sobre aquella en que Su Majestad comía, a su izquierda, y una silla para sentarme. Glumdalclitch se ponía de pie sobre un taburete en el suelo, cerca de mi mesa, para servirme y cuidarme. Tenía una vajilla completa de platos y fuentes de plata y otros útiles que, en proporción con los de la reina, no eran mucho más grandes que los que he visto en las tiendas de juguetes de Londres para las casas de muñecas; mi pequeña niñera los guardaba en su bolsillo, en una caja de plata, y me los daba en la mesa a medida que los necesitaba, limpiándolos siempre personalmente. Nadie comía con la reina, excepto las princesas reales: la mayor, de dieciséis años, y la menor, que entonces tenía poco más de trece años y un mes. Su Majestad solía poner en uno de mis platos un poquito de carne que yo mismo trinchaba y se divertía viéndome comer en trozos minúsculos. Pues la reina —que tenía poco apetito— tomaba de un bocado lo que una docena de labradores ingleses podría tomar en una comida, lo que constituyó para mí durante algún tiempo un espectáculo repugnante. Trituraba, entre sus dientes el ala de una calandria con huesos y todo, a pesar de que era nueve veces mayor que la de un pavo adulto; y se ponía en la boca un trocito de pan del tamaño de dos hogazas de doce peniques. En una copa de oro se bebía alrededor de una barrica de un trago. Sus cuchillos eran el doble de largos que una guadaña enderezada. Las cucharas, tenedores y otros utensilios guardaban la misma proporción. Recuerdo que cuando Glumdalclitch me llevó por curiosidad a ver algunas de las mesas en la corte donde diez o doce de esos enormes cuchillos y tenedores se usaban a la vez, me pareció que nunca hasta entonces había contemplado un espectáculo tan terrible.

La costumbre requiere que todos los miércoles (que, como ya he observado con anterioridad, eran su día festivo), el rey y la reina, con toda su descendencia de ambos sexos, coman juntos en la estancia del primero. Yo me había convertido en su gran favorito, y en tales ocasiones mi mesita y mi sillita eran colocadas a su izquierda, delante de uno de los saleros. A este príncipe le encantaba conversar conmigo, preguntándome sobre las costumbres, religión, leyes, gobierno y cultura de Europa, de las cuales yo le daba las mejores explicaciones a mi alcance. Su perspicacia era tan clara y su juicio tan exacto que hacía sabias reflexiones y observaciones sobre todo lo que le decía. Pero debo confesar que, tras haberme excedido un tanto hablando de mi amado país, de nuestro comercio y nuestras guerras por tierra y mar, de nuestros cismas religiosos y de nuestros partidos políticos, los prejuicios de su educación pesaron tanto en él que no pudo evitar cogerme con la mano derecha y, acariciándome suavemente con la otra, después de haberse reído lo suyo, preguntarme si yo era *whig* o *tory*. A continuación, volviéndose a su primer ministro,

que estaba detrás de él con un bastón blanco, casi tan alto como el palo mayor del barco insignia regio, señaló cuán despreciables eran las grandezas humanas que podían ser imitadas por un insecto tan diminuto como yo; y sin embargo añadió: «Me atrevería a afirmar que estas gentes poseen títulos y distinciones honorables, ideanidos y madrigueras que denominan casas y ciudades, se preocupan del vestido y los carruajes, y que aman, luchan, riñen, engañan y traicionan». Y así continuó mientras mi rostro enrojecía y palidecía de indignación al escuchar cómo nuestra noble nación, señora de las artes y las armas, azote de Francia, árbitro de Europa, sede de la virtud, la piedad, el honor y la verdad, orgullo y envidia del mundo, era tratada con tanto desprecio.

Pero como no estaba en situación de considerarme agraviado, comencé a dudar, después de pensarlo más detenidamente, si había sido injuriado o no. Pues, acostumbrado ya tras varios meses de estancia a ver y tratar a esta gente y encontrando cada objeto que veía como proporcionado, el horror que al principio sentí ante su apariencia y corpulencia se había disipado de tal modo que, de haber contemplado a un grupo de damas y lores ingleses, con todas sus galas y vestidos de fiesta, representando del modo más cortesano sus respectivos papeles, pavoneándose, haciendo reverencias y parloteando, a decir verdad que habría estado tentado de reírme de ellos tanto como el rey y sus grandes se reían de mí. Por otra parte tampoco podía evitar sonreírme de mí mismo cuando la reina me ponía en su mano frente a un espejo, con lo cual nuestras dos figuras aparecían juntas ante mí en toda su extensión, y nada tan ridículo como la comparación entre ambas, hasta tal punto que realmente comencé a pensar que debía de haber disminuido mucho en mi primitivo tamaño.

Nada me enfurecía y molestaba tanto como el enano de la reina. Era de una estatura tan diminuta que jamás se había visto otra igual en aquel país (de hecho, creo que no llegaba a treinta pies). Se volvió tan insolente al ver a una criatura tan por debajo de su estatura que adoptaba aires de superioridad y arrogancia cuando pasaba a mi lado en la antecámara de la reina, y mientras yo estaba de pie sobre alguna mesa hablando con los caballeros o damas de la corte, raramente dejaba de soltar alguna palabra hiriente sobre mi pequeñez, contra lo cual yo solo podía vengarme llamándole «hermano», desafiándole a pelear y con otras agudezas de uso común entre los pajes de la corte. Un día, a la hora de cenar, este maldito enano estaba tan picado por algo que le había dicho que, subiéndose por el respaldo de la silla de Su Majestad la reina, me agarró, desprevenido como estaba, por la cintura, mientras me hallaba sentado, y me dejó caer en una gran ensaladera de plata llena de crema y a continuación echó a correr a toda velocidad. Caí de cabeza y, de no ser un buen nadador, lo habría pasado mal, pues, además, Glumdalclitch se encontraba en el otro extremo de la sala y la reina estaba tan asustada que le faltó presencia de ánimo para auxiliarme. Pero mi niñera

corrió a rescatarme y me sacó de allí cuando ya había tragado más de un azumbre de crema. Me llevaron a la cama, aunque el único daño que sufrí se limitó a la pérdida del traje, que quedó totalmente inservible. El enano fue severamente azotado y además forzado a beberse el recipiente de crema en el que me había arrojado, y nunca más recobró el favor de la reina, ya que poco después lo regaló a una dama de alto rango, por lo que, para satisfacción mía, ya no volví a verle, pues no podría decir a qué extremos habría llevado su resentimiento este malévolo bribón.

Ya antes me había gastado una pesada jugarreta que causó gracia a la reina, aunque al mismo tiempo la disgustó tanto que le habría despedido de inmediato de no haber sido yo lo bastante generoso para interceder por él. Su Majestad se había servido un hueso y cuando chupó el tuétano, lo colocó de nuevo en el plato, erecto como antes; el enano, al acecho de una oportunidad, aprovechando que Glumdalclitch había ido al aparador, se subió al taburete sobre el que ella se ponía de pie para atenderme durante las comidas, me levantó con las dos manos y juntándome las piernas me empotró en el hueco del hueso hasta más arriba de la cintura, donde quedé atascado un rato de forma harto grotesca. Creo que pasó casi un minuto antes de que alguien se percatara de lo que sucedía pues consideré que pedir socorro menoscababa mi dignidad. Pero como los príncipes casi nunca toman la comida caliente, mis piernas no se escaldaron y solo mis medias y mis calzones quedaron en un estado lastimoso. El enano, gracias a mis súplicas, no recibió otro castigo que unos buenos azotes.

Frecuentemente la reina se mofaba de mí a causa de mi cobardía y me preguntaba si las gentes de mi país eran tan cobardes como yo. He aquí por qué: este reino está infestado de moscas en verano y estos odiosos insectos, cada uno tan grande como una alondra de Dunstable, apenas me daban respiro mientras comía con su continuo zumbar alrededor de mis orejas. A veces se posaban en mi comida dejando en ella sus nauseabundos excrementos o huevos, lo que para mí era claramente visible; no así para los nativos de aquel país, cuya excelente visión no era, en cambio, tan aguda como la mía para observar objetos pequeños. A veces se colocaban sobre mi frente o mi nariz, donde me picaban, y me hacían daño; despedían un olor muy desagradable; y me era fácil seguir el rastro de aquella materia viscosa que según nuestros naturalistas permite a esas criaturas caminar por el techo. Me resultaba muy fatigoso defenderme de estos detestables animales y no podía evitar estremecerme cuando se me acercaban a la cara. El enano solía cazar alguno de estos insectos con la mano, como hacen nuestros escolares, y los soltaba de repente, con toda intención, bajo mi nariz para asustarme y divertir a la reina. Mi única defensa era destrozarlos con mi navaja mientras volaban, ejercicio en que se admiraba mucho mi destreza.

Una mañana Glumdalclitch me había colocado en mi caja en el alféizar de una ventana, como solía hacer en los días de buen tiempo para airearme (pues no permitía

que suspendieran mi caja de un clavo en la ventana como hacemos con las jaulas en Inglaterra). Tras levantar una de las guillotinas de las ventanas y sentarme a la mesa para comer un trozo de pastel como parte de mi desayuno, una veintena de avispas, atraídas por el olor, penetraron volando en la habitación zumbando tanto como los roncones de otras tantas gaitas. Algunas se apoderaron de mi pastel, llevándose diversos fragmentos, otras revolotearon sobre mi cara y cabeza, dejándome medio sordo y en el mayor espanto a causa de sus aguijones. Tuve el coraje, sin embargo, de levantarme y sacar el sable y atacarlas al vuelo. Despaché a cuatro; las demás huyeron e inmediatamente cerré la ventana. Estos insectos eran tan grandes como perdices; les arranqué los aguijones, que medían pulgada y media y eran tan afilados como agujas. Los conservé cuidadosamente, habiéndolos mostrado desde entonces, junto con otras curiosidades, en diversos puntos de Europa. Cuando regresé a Inglaterra, doné tres de ellos al Gresham College y me quedé con el cuarto.

IV

Descripción del país. Propuesta para la enmienda de los mapas modernos. Informe sobre la capital y el palacio real.

Modo de viajar del autor. Descripción del templo principal.

Me propongo ahora ofrecer al lector una breve descripción de las regiones por donde viajé, que nunca sobrepasaron las dos mil millas en torno a Lorbrulgrud, la capital, puesto que la reina, a quien siempre acompañaba, jamás las rebasaba cuando viajaba con el rey en sus salidas, y allí permanecía hasta que Su Majestad volvía de inspeccionar sus fronteras. La extensión total de los dominios de este príncipe es de unas seis mil millas de longitud y de tres a cinco mil de anchura, de lo cual no puedo sino concluir que nuestros geógrafos europeos están muy equivocados al suponer que no hay más que mar entre Japón y California; siempre he creído que debe de existir un equilibrio de tierras para contrapesar al gran continente de Tartaria y por ello deberían corregir sus mapas y cartas, añadiendo esta vasta zona de tierra al noroeste de América, para lo cual estoy dispuesto a prestarles mi colaboración.

El reino es una península coronada al nordeste por una cadena montañosa de treinta millas de altura, completamente infranqueable a causa de los volcanes en las cumbres. Ni los más eruditos saben qué clase de mortales habitan allende estas montañas, ni tan siquiera si están habitadas. Por los otros tres lados limita con el océano. No existe un solo puerto de mar en todo el reino, y las zonas costeras en las desembocaduras de los ríos están tan erizadas de rocas afiladas y el mar suele estar tan encrespado que no es cuestión de aventurarse en él con el más pequeño de los botes, de modo que esa gente queda completamente excluida de cualquier clase de trato con el resto del mundo. Pero los ríos caudalosos están llenos de navíos y hay en ellos tal abundancia de excelentes peces que raramente pescan en el mar, puesto que los peces marinos son del mismo tamaño que los europeos y, por lo tanto, no vale la pena capturarlos. Con esto queda demostrado que, por lo que respecta a la producción de plantas y animales de tan extraordinario tamaño, la naturaleza la ha limitado completamente a este continente; dejo a los filósofos el determinar las razones de este hecho. De vez en cuando, sin embargo, capturan una ballena que se ha estrellado ocasionalmente contra los arrecifes, y que la gente común come con

buen apetito. He visto ballenas tan grandes que un hombre apenas podía llevarlas sobre sus hombros, y, a veces, por curiosidad, son transportadas en carros a Lorbrulgrud: vi una de ellas considerada una rareza, en un plato en la mesa del rey, pero no observé que le gustara. Pienso que, en realidad, el gran tamaño le repugnó, aunque yo he contemplado un ejemplar mayor en Groenlandia.

El país está densamente poblado, pues tiene cincuenta y una ciudades, cerca de cien poblaciones amuralladas y un elevado número de pueblos. Para satisfacer a mi curioso lector, bastará con describir Lorbrulgrud. Esta ciudad se levanta sobre dos zonas prácticamente similares en ambos márgenes del río que la cruza. Tiene más de ochenta mil casas y unos seiscientos mil habitantes. Mide tres *glonglungs* de longitud (lo que equivale a unas cincuenta y cuatro millas inglesas) y dos y medio de anchura, como comprobé personalmente en el mapa real, dibujado por orden del rey, y que se extendió sobre el suelo expresamente para mí. Sobre dicho mapa, cuya longitud es de cien pies, medí descalzo varias veces, con gran exactitud y según la escala, el diámetro y la circunferencia de la ciudad a zancadas.

El palacio del rey no es un edificio singular sino una serie de construcciones con un perímetro de siete millas: las habitaciones o aposentos principales miden generalmente doscientos cuarenta pies de altura y su anchura y longitud guardan la debida proporción. A Glumdalclitch y a mí se nos adjudicó un carruaje en el que su institutriz la llevaba a menudo, bien a visitar la ciudad, bien a comprar; y yo, dentro de mi caja, siempre formaba parte del grupo; sin embargo, la muchacha solía sacarme de ella para satisfacer mi curiosidad y me sostenía en la mano a fin de que, durante estos paseos callejeros, pudiera contemplar las casas y la gente con más facilidad. Calculé que la superficie del carruaje era como la de Westminster Hall, aunque de menor altura; pero puede que no sea muy exacto a este respecto. Un día la institutriz ordenó a nuestro cochero que se detuviera en varias tiendas. Los mendigos, aprovechando la ocasión, se apiñaron a ambos lados de nuestro carruaje ofreciendo a mi vista el más horrible espectáculo que jamás ojos europeos pudieron contemplar. Había una mujer con cáncer en un pecho, hinchado hasta proporciones monstruosas, lleno de agujeros, en dos o tres de los cuales yo me habría podido deslizar perfectamente y haber quedado totalmente cubierto. Había un tipo con un quiste sebáceo en el cuello, mayor que cinco balas de lana, y otro con dos patas de palo, cada una de las cuales medía unos veinte pies de altura. Pero lo más odioso de todo eran los piojos que se paseaban por sus harapos. A simple vista y con claridad podía ver las articulaciones de los insectos mucho mejor que los de un piojo europeo a través de un microscopio, y asimismo sus hocicos, con los que hozaban como cerdos. Eran los primeros que veía y me parecieron lo bastante interesantes para disecar uno de ellos si hubiera tenido a mano el instrumental adecuado (que, por desgracia, me había dejado en el barco),

aunque el verlos resultaba tan nauseabundo que se me revolvía el estómago por completo.

Además de la gran caja en la que me solían transportar, la reina ordenó que me hicieran otra más pequeña, de unos doce pies cuadrados por diez de altura, para los viajes, porque la primera era demasiado grande para el regazo de Glumdalclitch y estorbaba mucho en el carruaje; se confió la fabricación al mismo artífice que, durante el proceso, estuvo a mis órdenes. Esta caja de viaje tenía la forma de un cubo perfecto con una ventana en el centro de tres de los paneles. Cada una de las ventanas tenía un enrejado exterior a fin de evitar accidentes en el curso de los trayectos largos. En el cuarto lado, que carecía de ventana, había dos recias anillas por las cuales la persona que me llevaba sujetaba la caja a un cinturón que se ceñía cuando yo tenía ganas de ir a caballo. Esto corría siempre a cargo de algún servidor serio y leal en el que yo podía confiar, tanto si acompañaba al rey y a la reina en sus salidas como si me apetecía ver los jardines o visitar a alguna dama importante o a un ministro de la corte, cuando Glumdalclitch no estaba disponible, ya que pronto empecé a ser conocido y apreciado entre los más altos dignatarios, debido, supongo, más al favor de Su Majestad que a mis propios méritos. En los viajes, cuando me cansaba del carruaje, un sirviente a caballo sujetaba mi caja a su cintura y la colocaba sobre un almohadón ante él; desde allí disponía yo de una panorámica completa del paisaje a través de mis tres ventanas. El mobiliario del recinto consistía en una cama de campaña y una hamaca colgada del techo, y de dos sillas y una mesa fijadas al suelo con tornillos, a fin de evitar las sacudidas del caballo o del carruaje. En realidad, al estar yo acostumbrado a los viajes por mar, estos movimientos, aunque a veces muy violentos, no me molestaban demasiado.

Siempre que me apetecía visitar la ciudad lo hacía en mi gabinete de viaje, que Glumdalclitch llevaba en su regazo en una especie de silla de mano abierta, según la moda del país, transportada por cuatro hombres y acompañada por otros dos, vestidos con la librea de la reina. La gente, que había oído hablar de mí, sentía gran curiosidad y se apiñaba alrededor de la silla, y la muchacha era lo suficientemente complaciente para hacer que se detuvieran los porteadores y tomarme en la mano, a fin de que se me pudiera ver con más facilidad.

Sentía grandes deseos de visitar el templo principal y particularmente su torre, que pasaba por ser la más alta del reino. Así pues, un día mi aya me llevó allí; pero puedo decir con sinceridad que regresé decepcionado, ya que su altura no sobrepasa los tres mil pies, desde el suelo hasta la punta del pináculo más elevado; lo que, teniendo en cuenta la diferencia de tamaño que existe entre estos seres y nosotros los europeos, no tiene nada de sorprendente ni de admirable y no guarda proporción (si la memoria no me falla) con la aguja de Salisbury. Pero, a fin de no restar méritos a una nación a la que debo eterno agradecimiento, es preciso reconocer que lo que a esta torre le falta

de altura queda ampliamente compensado por su belleza y solidez. Las paredes tienen un grosor de casi cien pies y están construidas con sillares labrados de cuarenta pies cuadrados cada uno; están adornadas por todos los lados con estatuas de dioses y emperadores, esculpidas en mármol de tamaño mayor que el natural, y colocadas en sus respectivas hornacinas. Medí un meñique que se había caído de una de estas estatuas y que yacía perdido entre unos escombros, y comprobé que medía exactamente cuatro pies y una pulgada de longitud. Glumdalclitch lo envolvió en un pañuelo y se lo llevó a casa en el bolsillo a fin de guardarlo entre otras chucherías a las que la muchacha, como suelen serlo las de su edad, era muy aficionada.

La cocina real es, en verdad, un edificio noble, con el techo abovedado y de unos seiscientos pies de altura. Al horno principal solo le faltan diez pasos para ser tan amplio como la cúpula de St. Paul; lo sé porque a mi regreso la medí para comprobarlo. Pero resultaría difícil que me creyeran si me pusiera a describir la parrilla de la cocina, los enormes pucheros y ollas, los cuartos de carne girando en los asadores, junto con otros muchos detalles; un crítico severo podría pensar, por lo menos, que yo exageraba un poco, como se sospecha a menudo de los viajeros. Me temo que, con el fin de evitar tales censuras, he caído demasiado en el extremo opuesto; y, si este tratado se tradujera a la lengua de Brobdingnag (que es el nombre genérico de este reino) y fuera enviado allí, el rey y su pueblo podrían quejarse con razón de que les he perjudicado al dar una imagen falsa y reducida de ellos.

Su Majestad no suele tener más de seiscientos caballos en sus caballerizas. Miden, por lo general, de cincuenta y cuatro a sesenta pies de altura. Cuando sale con ocasión de alguna solemnidad, va acompañado de una escolta de quinientos hombres a caballo; realmente pensaba yo que este era el espectáculo más espléndido que pudiera contemplarse hasta que vi a parte de ese ejército en orden de batalla; hablaré de este tema en una próxima ocasión.

V

Diversos incidentes ocurridos al autor. Ejecución de un criminal.

El autor muestra su destreza de navegante.

Mi felicidad en aquel país habría sido completa si mi pequeñez no me hubiera expuesto a ciertos ridículos y problemáticos incidentes. Me aventuraré a relatar alguno de ellos. Glumdalclitch me llevaba a menudo a los jardines de la corte en mi pequeña caja, y a veces me sacaba de ella y me sostenía sobre su mano o me dejaba en el suelo para que caminase. Recuerdo, antes de que la reina despidiera al enano, que en cierta ocasión este nos siguió a dichos jardines, y una vez depositado en tierra por mi ama, hallándonos juntos, él y yo, cerca de unos manzanos enanos, creí oportuno mostrar mi ingenio lanzándole una alusión tonta entre él y aquellos árboles, que, por casualidad, resulta en su lengua lo mismo que en la nuestra. El pícaro maligno esperó su oportunidad, y cuando me vio pasar bajo uno de los árboles, lo sacudió sobre mi cabeza y una docena de manzanas, cada una de ellas casi tan grande como un barril de Bristol, cayeron rozándome las orejas. Solamente recibí un impacto en la espalda cuando me agachaba para esquivar una y caí de bruces. Por deseo mío se perdonó al enano, ya que yo había sido el provocador.

Otro día Glumdalclitch me dejó en un mullido césped para que me entretuviera mientras ella y su institutriz daban un breve paseo. Entretanto cayó una granizada tan violenta y repentina que no tardó en derribarme por tierra. Ya en el suelo, las piedras de granizo me asestaron dolorosos golpes por todo el cuerpo como si me hubiesen acribillado a pelotazos de tenis. Sin embargo hice un esfuerzo, me arrastré a gatas, me puse a cobijo y me tendí de cara en el borde más resguardado de un tomillar, pero quedé tan magullado que no pude salir en diez días. Tampoco hay que extrañarse de todo esto, porque, como los fenómenos atmosféricos de aquel país guardaban las mismas proporciones en todas sus manifestaciones, cada piedra medía casi dos mil ochocientas veces la mayor de las nuestras en Europa. Mi propia experiencia personal lo asegura, ya que tuve cuidado de pesarlas y medirlas.

Otro incidente más peligroso me ocurrió en el mismo jardín cuando mi amita creyó que me había puesto en un lugar seguro, como yo a menudo le encarecía que hiciese, para poder disfrutar de mis pensamientos; había dejado la caja en casa a fin de

ahorrarse la molestia de transportarla. Se alejó con su institutriz y algunas señoras conocidas suyas a otro lugar del jardín. Durante su ausencia y fuera del alcance de mi voz, un pequeño perro de aguas perteneciente a uno de los jardineros mayores entró por casualidad en el jardín y se acercó a donde yo estaba echado. El perro, atraído por mi olor, vino directamente hacia mí, me tomó en la boca, corrió derecho en dirección a su amo y me depositó en el suelo con mucha delicadeza mientras agitaba la cola. Por fortuna estaba tan bien amaestrado que no experimenté el menor daño entre sus dientes: ni siquiera me desgarró la ropa. Pero el pobre jardinero, que me conocía bien y era muy amable conmigo, se llevó un tremendo susto. Me cogió con cuidado en sus manos y me preguntó cómo estaba; pero yo, sin aliento y muy asustado, no pude proferir palabra. Me recuperé en pocos minutos y el jardinero me dejó a salvo junto a mi amita, que ya había regresado al lugar donde me había dejado y estaba terriblemente angustiada al ver que yo no aparecía ni respondía a sus llamadas. Reprendió severamente al jardinero por culpa de su perro. El incidente, sin embargo, se ocultó, y nunca se supo en la corte: la chica temía que la reina se enojase; por lo que a mí respecta, pensé que verdaderamente no sería bueno para mi reputación que lo ocurrido se divulgase.

Este incidente determinó definitivamente a Glumdalclitch a no perderme nunca de vista en las salidas. Hacía tiempo que temía esta decisión y por eso le había ocultado algunas desafortunadas aventuras que me habían ocurrido cuando estaba solo. Una vez, un milano que merodeaba por el jardín se lanzó sobre mí, y de no haber yo desenvainado el sable resueltamente escudándome bajo un espeso seto, me habría apresado entre sus garras. Otra vez, trepando a lo alto de una topera reciente, me hundí hasta el cuello en el hoyo, desde el que el animal había arrojado la tierra. Para justificar los destrozos de mi vestimenta tuve que inventar alguna mentira que no vale la pena mencionar aquí. También me fracturé la tibia derecha al tropezar con la concha de un caracol mientras efectuaba un paseo en solitario y pensaba en mi pobre Inglaterra.

No puedo decir si experimentaba más pena que placer al observar durante estas salidas por mi cuenta que los pajarillos más pequeños no parecían tener miedo de mí, sino que brincaban a mi alrededor a menos de una yarda de distancia, a la caza de gusanos y otros alimentos, con tanta indiferencia y seguridad como si no hubiese criatura alguna viviente cerca de ellos. Recuerdo que un tordo tuvo la osadía de arrebatarme de la mano, con su pico, un trozo de pastel que Glumdalclitch me acababa de dar para desayunar. Si yo trataba de apresar alguno de estos pájaros, me plantaba cara con osadía, lanzándome picotazos a los dedos, por lo que no osaba ponerme a su alcance y él se volvía como antes despreocupadamente en busca de gusanos o caracoles. Pero un día agarré un grueso garrote y le propiné un golpe tan fuerte y certero a un pardillo que lo derribé; lo cogí por el cuello con ambas manos y lo

llevé triunfalmente a mi ama. Pero el pájaro, que solo estaba aturdido, volvió en sí y me descargó unos aletazos tan vigorosos en ambos lados de la cabeza y tronco que estuve a punto de soltarlo veinte veces. Había, sin embargo, tomado la precaución de agarrarlo con los brazos estirados y de no ponerme al alcance de sus garras. Finalmente un criado acudió en mi ayuda y retorció el pescuezo del pájaro que, por indicación de la reina, me sirvieron, al día siguiente, en mi mesa. Por lo que recuerdo, este pardillo parecía algo mayor que un cisne inglés.

Las damas de honor invitaban con frecuencia a Glumdalclitch a sus habitaciones y le pedían que la acompañase para tener la satisfacción de verme y tocarme. Con frecuencia me desnudaban de pies a cabeza y me colocaban completamente estirado entre sus pechos. La cosa me disgustaba mucho, pues, a decir verdad, su piel exhalaba un olor muy desagradable. Al mencionar esta circunstancia no intento ir en detrimento de estas excelentes damas, a las que profeso todo el respeto debido. Pero creo que la agudeza de mi olfato era directamente proporcional a mi pequeñez; así, estas ilustres personas no resultaban más desagradables ni a sus amantes ni a sus compañeros que a nosotros las personas de parecida calidad en Inglaterra.

De todas formas, su olor natural resultaba mucho más soportable que los perfumes que utilizaban, ya que estos me ocasionaban un desmayo fulminante. No puedo olvidar que uno de mis amigos íntimos en Lilliput se había tomado la libertad de quejarse —un día de mucho calor en que había hecho mucho ejercicio— del fuerte olor que exhalaba yo, aunque estoy tan poco sujeto a este inconveniente como cualquier otro de mi sexo. Pero supongo que su agudeza olfativa era tan sensible en relación conmigo como la mía con esta gente. A este respecto no puedo por menos que hacer justicia a mi señora la reina, y a Glumdalclitch, mi ama: sus personas poseían la fragancia de cualquier dama inglesa.

Lo que me producía incomodidad entre estas damas de honor, cuando mi ama me llevaba a visitarlas, era que no se molestaban en absoluto por mi presencia: me trataban como si no existiera. En efecto, se desnudaban por completo y se ponían la camisa mientras yo estaba sobre su tocador, delante mismo de su cuerpo desnudo. Este espectáculo —estoy seguro de ello— no me resultaba ni pizca tentador: solo provocaba en mí una sensación de disgusto y horror. Su piel me parecía extremadamente burda y desigual y de un color muy diversificado cuando la contemplaba de cerca, con lunares aislados de la anchura de platos, coronados de pelos gruesos como cordeles, por silenciar el resto de sus personas. Tampoco experimentaban rebozo alguno en desaguar en mi presencia lo que habían bebido, llenando al menos dos odres en un recipiente de más de tres toneles de capacidad. La más bella de estas damas de honor, una agradable y juguetona muchacha de dieciséis años, me hacía cabalgar a veces sobre uno de sus pezones, con otros jueguecitos sobre los que el lector me excusará que no me extienda demasiado. Pero me resultaba

tan desagradable que supliqué a Glumdalclitch que encontrase algún pretexto para no volver a ver más a esta damisela.

Un día nos visitó un joven, sobrino de la institutriz de mi amita, y las invitó insistentemente a las dos para que presenciaran una ejecución. El condenado había asesinado a uno de los mejores amigos de ese caballero. Glumdalclitch aceptó la invitación, muy a pesar suyo, ya que poseía un tierno corazón. Por lo que a mí respecta, aunque tales espectáculos me resultaban odiosos, fui impelido por la curiosidad de presenciar algo que juzgué debía de ser extraordinario. El reo fue amarrado a una silla sobre un patíbulo montado para la ocasión y le cortaron la cabeza de un tajo con una espada de unos cuarenta pies de longitud. El chorro de sangre que manó de sus venas y arterias sobrepasó en volumen y altura, el tiempo que duró, a las fuentes de Versalles, la cabeza cayó sobre el cadalso con tanta fuerza que me produjo un sobresalto, aunque yo estaba a una milla inglesa de distancia.

La reina, que escuchaba con frecuencia la narración de mis viajes por mar y que siempre trataba de distraerme cuando me veía triste, me preguntó si sabía manejar las velas y remos, y si no sería bueno para mi salud practicar un poco el ejercicio de remar. Le contesté que era un experto en ambas cosas. Porque, aunque mi verdadera ocupación era la de cirujano o médico de a bordo, a menudo me había visto obligado a trabajar como un simple marinero. Pero no comprendía cómo podría practicar esto en su país, donde el más insignificante barquichuelo poseía el tonelaje de un buque de guerra nuestro, y la barca que yo pudiera tripular no duraría mucho en sus ríos. Su Majestad me contestó que si yo dibujaba los planos de una barca, su propio ebanista la construiría, y ella se encargaría de proporcionarme un lugar para navegar. El individuo era un habilidoso artesano y en diez días, siguiendo mis indicaciones, terminó un velero de placer con todo su aparejo, capaz para viajar ocho europeos de forma holgada. Cuando hubo rematado esta obra, la reina quedó tan complacida que, con ella en su regazo, corrió a enseñársela al rey. Este ordenó colocarla en una gran cuba de agua conmigo dentro, a modo de prueba, aunque por falta de espacio no pude utilizar mis canaletes o pequeños remos. Pero la reina tuvo otra idea. Hizo construir a su carpintero una artesa de madera de trescientos por cincuenta pies y ocho de profundidad. Se la embreó a fondo para impedir que perdiese agua y se colocó en el suelo de una habitación exterior de palacio. Estaba el recipiente provisto de un desagüe que permitía vaciarla cuando empezaba a pudrirse y dos criados podían llenarla en media hora con facilidad. Allí solía remar con frecuencia para diversión propia y de la reina y sus damas, que se mostraban encantadas de mi destreza y agilidad. A veces izaba la vela y solo tenía que manejar el timón mientras las damas me proporcionaban el viento con sus abanicos; y cuando estas se cansaban, algunos pajes solían soplar a mis velas mientras yo demostraba mi habilidad y viraba a

capricho, bien a babor o a estribor. Cuando terminaba, Glumdalclitch siempre se llevaba la barca a su habitación y la colgaba de un clavo para que se secase.

Durante este ejercicio me ocurrió un incidente que pudo costarme la vida. Un día, uno de los pajes colocó la barca en la artesa, y la institutriz que cuidaba de Glumdalclitch me cogió, muy oficiosamente, para colocarme en el barco. Pero aconteció que me escurrí entre sus dedos; y me habría caído desde cuarenta pies de altura si por la más afortunada de las casualidades no me hubiese detenido un alfiler sujeto en la generosa faja de la dama; la cabeza de este se introdujo entre mi camisa y cinturón; así permanecí colgado por la cintura hasta que Glumdalclitch acudió a rescatarme.

En otra ocasión, uno de los criados, cuya misión consistía en llenar mi artesa con agua fresca cada tres días, tuvo el descuido de verter también una gigantesca rana que no había visto. Esta permaneció sumergida hasta que me pusieron en mi bote; al ver un lugar de descanso, trepó a él, y lo hizo ladear tanto por una borda que me vi obligado a contrabalancear con todo mi peso por la otra para impedir que volcase. Cuando la rana estuvo a bordo, recorrió de un salto la mitad de la lancha, y luego saltó varias veces sobre mi cabeza, ensuciando mi ropa y rostro con su asquerosa baba. Sus dimensiones hacían que pareciera el animal más deforme que imaginarse pueda. Sin embargo, pedí a Glumdalclitch que me dejara enfrentarme a ella yo solo. Con uno de mis remos le propiné una buena ración de golpes y, finalmente, la obligué a saltar de la barca.

Pero el mayor peligro que corrí en este país me vino de un mono que pertenecía a un pinche de cocina. Glumdalclitch me había encerrado en su cuarto mientras ella efectuaba un recado o visita. Como hacía mucho calor, había dejado abierta la ventana de la habitación, así como también las ventanas y puerta de mi caja grande; mi vivienda habitual por su comodidad y amplitud. Mientras estaba sentado a mi mesa, sumido en mis pensamientos, oí que algo entraba de un salto por la ventana y se deslizaba de uno a otro lado de la estancia. Aunque esto me alarmó en extremo, me atreví a mirar afuera, pero sin moverme de mi sitio. Entonces vi a ese animal juguetón que se movía y daba saltos. Finalmente se aproximó a mi caja, que pareció contemplar con gran contento y curiosidad, atisbando por todas las ventanas y la puerta. Retrocedí al rincón más alejado de mi habitáculo o caja; pero el mono, al escudriñar por todos lados, me infundió tal pavor que no tuve la presencia de ánimo de esconderme debajo de la cama, cosa que habría podido hacer con facilidad. Después de atisbar, hacer muecas y chillar durante un rato, me descubrió y, alargando una de las patas a través de la puerta, al igual que un gato cuando juega con un ratón, a pesar de que logré esquivarlo varias veces cambiando de lugar, consiguió finalmente asirme por los faldones de mi casaca —que, fabricada con seda del país, era gruesa y consistente— y sacarme del cajón. Me agarró con su pata delantera derecha al igual que una nodriza

que va a dar de mamar a un bebé, tal como he visto hacer en Europa a un mono con su cría recién nacida. Y como si ofrecía resistencia me apretaba con fuerza, juzgué que era más prudente someterme. Tengo mis motivos para creer que me confundió con un pequeño de su especie, ya que me acarició frecuentemente el rostro con mucha ternura con su otra pata. Mientras se entretenía con todo esto, lo interrumpió un ruido procedente de la puerta de la habitación: parecía que alguien fuese a abrirla. En consecuencia saltó de repente a la ventana por donde había penetrado y de allí trepó por las tuberías y canalones con tres patas, mientras me agarraba con la cuarta, hasta alcanzar un tejado próximo al nuestro. Oí que Glumdalclitch lanzaba un chillido al verme desaparecer con el mono. La pobre niña parecía al borde de la locura. Hubo una conmoción general en aquel sector del palacio. Los criados buscaron escaleras con rapidez; centenares de cortesanos divisaron al mono, sentado en el alero de un edificio, meciéndome como a un niño con una de sus patas delanteras y alimentándose con la otra, atiborrándose la boca con comida que sacaba de una de esas bolsas laterales de la quijada, y golpeándose si rehusaba. Ante esto la muchedumbre espectadora no pudo contener la risa. No creo que sean dignos de reproche: indiscutiblemente la situación era lo bastante cómica para todos menos para mí. Algunos se pusieron a tirar piedras con la esperanza de hacer bajar al mono; pero esto se prohibió tajantemente: con toda probabilidad algún proyectil me habría aplastado la cabeza.

Pronto se colocaron las escaleras y varios hombres se encaramaron por ellas. El mono, al darse cuenta y verse prácticamente rodeado, y al no poder escaparse utilizando solo tres patas, me dejó caer en el lomo de una teja y emprendió la huida. Permanecí allí un rato, a quinientas yardas del suelo, esperando en cada instante ser derribado por el viento o por un ataque de vértigo y rodar de mi posición al alero. Pero un joven valeroso —un lacayo de mi ama— se encaramó, me metió en un bolsillo de su pantalón, y me bajó sano y salvo.

Estaba casi atragantado por los infectos alimentos que el mono me había embutido en la garganta, pero mi querida amita me los extrajo de la boca con una aguja pequeña. A continuación me puse a vomitar, lo que me produjo un gran alivio. Sin embargo, había salido tan magullado y débil por los apretones que me había dado aquel repelente animal que me vi obligado a guardar quince días de cama. Los reyes y la corte se interesaron diariamente por mi salud y la reina me visitó varias veces durante mi enfermedad. Se dio muerte al mono y se impartió la orden de no tener en palacio semejantes animales.

Cuando después de mi curación visité al rey para agradecerle sus favores, se dedicó a bromear un buen rato sobre este incidente. Me preguntó qué pensamientos y reflexiones me habían embargado cuando estaba en las garras del mono, si me habían gustado los alimentos y el modo como me los había dado, y si el aire fresco del

tejado había agudizado mi apetito. Tenía interés en saber lo que habría hecho en semejantes circunstancias en mi país. Le respondí a Su Majestad que en Europa no teníamos monos, dejando aparte algunos ejemplares importados de otros países a título de curiosidad. Además, eran tan pequeños que podía enfrentarme a media docena de ellos en caso de ataque. Por lo que concernía al monstruo que me había capturado poco antes (ya que, en verdad, tenía el tamaño de un elefante), si el miedo no hubiera paralizado en mi mente la idea de hacer uso de mi sable —mientras hablaba adopté una postura arrogante y apoyé la mano en la empuñadura— cuando introdujo su pata en mi cubículo, quizá le habría propinado tal estocada que se habría apresurado a retirarla más rápido de lo que la había introducido. Pronuncié estas palabras con el tono firme de alguien que no admite que su valor sea puesto en entredicho. Sin embargo, lo único que produjo mi discurso fue una sarta de carcajadas. A pesar del respeto debido al monarca, nadie de su séquito pudo contenerse. Esto me hizo reflexionar qué vano es que un hombre intente conseguir honor entre los que están fuera de cualquier igualdad o comparación con él. Y, sin embargo, desde mi llegada a Inglaterra, he podido ver frecuentemente la lección moral de mi conducta de aquella ocasión en mis semejantes; un despreciable e insignificante malvado, sin la menor pretensión de cuna, ni distinción, inteligencia ni sentido común, se atreve a presumir de importante y a considerarse igual a los más altos dignatarios del reino.

Cada día proporcionaba a la corte algún motivo de regocijo. Glumdalclitch —que por otra parte me adoraba— tenía la malignidad suficiente para informar a la reina siempre que yo hacía alguna tontería que ella creía capaz de divertir a Su Majestad. En cierta ocasión que mi amita se encontraba indispuesta, la institutriz la llevó a airearse a una hora de camino, a unas treinta millas de la ciudad. Se apearon del coche en las proximidades de un sendero en un campo; Glumdalclitch colocó mi caja de viaje en el suelo y yo salí a dar una vuelta. Había una boñiga de vaca en el sendero y quise demostrar mi agilidad intentando franquearla de un salto. Tomé carrerilla, pero, por desgracia, mi salto resultó corto, y me encontré en medio, hundido hasta las rodillas. Me retiré con cierta dificultad, y uno de los lacayos me limpió como pudo con su pañuelo. Estaba impregnado de inmundicia y mi amita me encerró en mi caja hasta nuestro regreso. La reina recibió pronta información de lo ocurrido, y los lacayos lo propagaron por la corte, de modo que todos se rieron a mis expensas durante varios días.

VI

Diversas habilidades utilizadas por el autor para agradar al rey y a la reina. Demuestra su talento musical. El rey le interroga sobre las cosas de Europa y el autor le informa.

Comentarios del rey al respecto.

Tenía la costumbre de asistir al levantarse del rey un par de veces por semana y a menudo le había visto en manos del barbero, lo que, al principio, constituyó un espectáculo terrorífico: la navaja tenía casi el doble de la longitud de una guadaña normal. Según la costumbre del país, el rey solo se afeitaba dos veces por semana. En una ocasión, conseguí que el barbero me diera un poco de la espuma de afeitar; de ella extraje entre cuarenta y cincuenta de los más fuertes cañones de la barba regia. Cogí entonces un trozo de madera y lo corté en forma de mango de peine y, con la aguja más pequeña de Glumdalclitch, lo perforé a intervalos regulares. Con habilidad fijé en ellos los cañones igualándolos y afilándolos por la punta con mi cuchillo obteniendo así un peine muy aceptable. Este me vino muy bien, porque el mío tenía tantos dientes rotos que no me servía prácticamente para nada y no conocía en el país un artesano lo bastante diestro y preciso para fabricarme uno.

Esto me recuerda un pasatiempo al que consagré muchas horas de ocio. Pedí a la doncella de la reina que me recogiese los cabellos desprendidos al peinar a Su Majestad y así conseguí con el tiempo una buena cantidad de ellos. Consulté con mi amigo el ebanista, a quien se le había indicado hacer los trabajos que yo le mandara. Le encargué que me hiciera dos armazones de silla no mayores que las de mi caja, y que taladrase con una lezna fina el asiento y respaldo. Por estos agujeros pasé los cabellos más recios que encontré, tal como se hace con las sillas de mimbre inglesas. Cuando estuvieron terminadas las regalé a la reina, quien las colocó en su tocador y solía exhibirlas como curiosidades ante el asombro de todos los que las contemplaban. La reina quería a toda costa que me sentase en ellas, pero me negué en redondo: alegué que prefería morir mil veces a colocar mis posaderas en aquellos preciados cabellos que habían un día adornado la cabeza de Su Majestad. Como siempre he tenido habilidad para los trabajos manuales, fabriqué también con esos cabellos una bonita bolsita de unos cinco pies de longitud con el nombre de Su Majestad en letras

de oro y, con su permiso, la regalé a Glumdalclitch. A decir verdad era más bonita que útil, ya que era demasiado frágil para soportar el peso de las monedas grandes, de modo que mi amita solo guardaba los pequeños juguetes que tanto suelen gustar a las niñas.

El rey, gran aficionado a la música, daba frecuentes conciertos en la corte, a los que a veces asistía desde mi caja, colocada sobre una mesa; pero el estruendo era tan ensordecedor que a duras penas podía distinguir las melodías. Estoy seguro de que el repique de tambores y el clarín de las trompetas del ejército real sonando a la vez en mis oídos no armarían tanto fragor. Solía ordenar que colocasen la caja muy lejos de los músicos y luego cerraba las ventanas y corría las cortinas. Así no encontraba la música desagradable.

En mi juventud había aprendido a tocar un poco la espineta. Glumdalclitch tenía una en su habitación y su profesor de música venía dos veces por semana a darle clases. Lo denomino espineta porque era un instrumento semejante y se tocaba del mismo modo. Se me antojó utilizarlo para tocar una tonada inglesa al rey y a la reina. Pero la empresa se presentaba extremadamente ardua: la espineta medía casi sesenta pies de longitud, y cada tecla tenía un pie de anchura y al alargar los dos brazos no alcanzaba más de cinco teclas; además, para apretarlas, necesitaba propinar un formidable puñetazo, lo que significaba un esfuerzo excesivo para un menguado resultado. Entonces ideé el siguiente método. Me agencié dos bastones redondos del tamaño de una porra corriente; cubrí uno de los dos extremos, el más grueso, con piel de ratón, para no dañar las teclas ni interrumpir el sonido. Se dispuso un banco delante de la espineta, a unos cuatro pies de las teclas, y se me colocó en él. Corriendo velozmente, pues, de un lado a otro del instrumento, y golpeando las teclas con los bastones, conseguí ejecutar una jiga ante la inmensa satisfacción de Sus Majestades. Fue este ejercicio el más violento de mi vida. Sin embargo, no pude tocar más de dieciséis teclas y, en consecuencia, al no alcanzar los bajos y los trémolos de acompañamiento tal como hacen otros músicos, mi ejecución quedó extremadamente mermada.

El rey que, como antes indiqué, era un príncipe muy inteligente, ordenaba que me llevasen en mi caja a su despacho y que la colocasen sobre la mesa. Me hacía sacar una de mis sillas y sentarme a unas tres yardas de distancia, en la parte superior de su mesa, con lo que casi quedaba al nivel de su cara. En esta posición mantuve diversas conversaciones con él. En cierta ocasión me tomé la libertad de manifestarle que el desprecio que mostraba hacia Europa y el resto del mundo me parecía indigno de sus eminentes cualidades espirituales. Que la razón no se incrementaba con el volumen del cuerpo; por el contrario, se comentaba en nuestro país que las personas más altas eran las menos dotadas al respecto. Que las abejas y hormigas gozaban de mayor reputación por su laboriosidad, habilidad y sagacidad que otros animales de mayor

tamaño. Y que, por insignificante que yo le pareciera, esperaba vivir lo suficiente para prestarle algún señalado servicio. El rey me escuchó atentamente y pareció formarse de mí una opinión más favorable que antes. Me rogó que le describiese con la mayor exactitud posible el gobierno de Inglaterra pues, por adictos que suelen ser los príncipes a sus propias costumbres (así lo coligió por mis comentarios sobre otros monarcas), estaría encantado de escuchar algo que fuera digno de imitación.

Imagina, pues, amable lector, con qué frecuencia deseé poseer la elocuencia de Demóstenes o Cicerón para poder cantar las alabanzas de mi propio y querido país, en un estilo digno de sus méritos y felicidad.

Comencé mi discurso informando a Su Majestad de que nuestro territorio se componía de dos islas, que, junto con nuestras colonias americanas, formaban tres poderosos reinos bajo un solo monarca. Me extendí mucho sobre la fertilidad de nuestro suelo y la benignidad de nuestro clima. Luego hice un comentario general sobre la composición del Parlamento inglés, parcialmente formado por el ilustre cuerpo de la Cámara de los Lores, personas dignas de la más alta alcurnia, riqueza y sangre. Le relaté el minucioso cuidado que siempre se tomaba en su educación en las artes y las armas, para capacitarlos como consejeros natos del rey y la monarquía, para participar en la legislatura, para ser miembros de los más altos tribunales de justicia, que juzgan sin apelación posible, y para ser los adalides constantemente preparados para defender a su rey y a su patria con su valentía, comportamiento y fidelidad. Añadí que ellos eran el ornato y baluarte del reino, dignos sucesores de sus más famosos antepasados, cuyo honor era la recompensa de su virtud, conservada siempre intacta por sus sucesores. A estos lores se les añadían otras santas personas, con el título de obispos, cuya misión específica era ocuparse de la religión y de los que la enseñaban al pueblo. El príncipe y sus consejeros los reclutaban después de una minuciosa búsqueda por todo el país entre los sacerdotes más justamente destacados por la santidad de sus vidas y la profundidad de su saber, siendo, sin duda alguna, los padres espirituales del pueblo y del clero.

Seguí diciendo que la otra parte del Parlamento era una asamblea llamada Cámara de los Comunes. Sus miembros eran caballeros notables, libremente elegidos y acogidos por el propio pueblo, por sus grandes cualidades y patriotismo, para representar la sabiduría de toda la nación. Y ambas cámaras formaban, conjuntamente, la asamblea más augusta de Europa, y con el rey ostentaban el poder legislativo.

Descendí, a continuación, a los tribunales de justicia, presididos por los jueces, sabios y veraces intérpretes de la ley, cuya misión consiste en zanjar las disputas sobre los derechos y posesiones de los hombres, así como también castigar el vicio y proteger la inocencia. Le mencioné la prudente administración de nuestra hacienda, la valentía y hazañas de nuestras fuerzas por mar y tierra. Estimé el número de habitantes calculando cuántos millones de miembros podía haber de las distintas sectas religiosas

y partidos políticos. No omití tampoco el citar nuestros pasatiempos y diversiones ni todo lo que pudiera realzar el honor de mi país. Rematé todo con un breve relato histórico de los sucesos acaecidos en Inglaterra durante los últimos cien años.

Estos temas ocuparon no menos de cinco sesiones de varias horas de duración cada una, y el rey escuchó todo con suma atención, tomando frecuentes anotaciones de lo que le decía y apuntando las preguntas que deseaba efectuarme.

Cuando hube terminado esos prolongados discursos, Su Majestad, en el transcurso de una sexta sesión, consultando sus notas, me manifestó sus dudas y reservas, y me dirigió preguntas sobre cada uno de los puntos tratados. Me inquirió sobre los métodos empleados en la educación física e intelectual de nuestros jóvenes patricios, y en qué se ocupaban durante los años de formación, especialmente en los primeros años de su vida, más aptos para ser instruidos; de qué modo se proveía nuestra asamblea cuando una familia noble quedaba sin descendencia; qué cualidades se exigían en los que iban a ser nombrados nuevos lores; si el capricho de un príncipe, una cantidad en metálico regalada a una dama de la corte o a un primer ministro o bien el deseo de reforzar un partido opuesto al interés público no intervenían jamás en estos nombramientos. Qué grado de conocimiento de las leyes del país tenían estos lores, y cómo lo habían logrado, de modo que pudieran zanjar en última instancia las disputas sobre las posesiones de sus conciudadanos. Si estaban totalmente exentos de avaricias, favoritismos o necesidades, de forma que ni la corrupción ni cualquier otro factor vituperable se pudiera encontrar en ellos. Por lo que respecta a estos santos lores que había mencionado ¿debían siempre su promoción a su saber en cuestiones religiosas y a su santidad de vida? ¿No habían cedido al espíritu mundano cuando eran simples sacerdotes, ni se habían prostituido como serviles capellanes de un gran señor, cuyas opiniones seguían fielmente una vez admitidos en la cámara alta?

A continuación el rey quiso que le explicase el método de elección para la Cámara de los Comunes; si un advenedizo, con la bolsa repleta, no podía influir en el voto de los vulgares electores para elegir a los dueños de sus propias tierras, o al señor más importante del vecindario. ¿Cómo se explicaba que la gente tuviera tantos deseos de pertenecer a esta asamblea si a sus miembros, según mi propio testimonio, les acarreaba numerosos gastos y preocupaciones, corriendo incluso el riesgo de arruinar su patrimonio, sin obtener ni salario ni pensión? Porque Su Majestad albergaba dudas de que semejante espíritu cívico de esclarecida virtud pudiera ser siempre del todo sincero; y deseaba saber si tan celosos caballeros no considerarían la posibilidad de resarcirse de tales gastos y molestias, sacrificando el bien público a los designios de un príncipe débil y vicioso en connivencia con un ministerio corrompido. Multiplicaba las preguntas y cribaba todo lo que yo decía con innumerables interrogantes y objeciones que no considero prudente o conveniente repetir.

Respecto a lo que le conté sobre nuestros tribunales de justicia, Su Majestad me rogó le aclarase diversos puntos, cosa que estaba en condiciones de hacer, pues había estado a punto de quedarme arruinado hacía tiempo por un prolongado pleito en la Cancillería, teniendo que pagar las costas al perderlo. El rey me preguntó cuánto tiempo se tardaba en determinar quién tenía razón y quién no, y a qué precio; si los abogados y oradores gozaban de libertad para defender causas manifiestamente injustas, vejatorias y opresivas; si los partidismos políticos o religiosos daban la impresión de pesar en la balanza de la justicia. Si los abogados defensores eran personas educadas con un amplio espíritu de equidad, o solamente imbuidas de normas provinciales, nacionales o locales. Si ellos o los jueces habían participado de algún modo en la redacción de las leyes sobre las que se arrogaban la libertad de interpretar o glosar a su conveniencia. Si se había dado, en diversas ocasiones, el argüir en pro y en contra de una misma causa, citando precedentes para apoyar opiniones opuestas; si formaban una corporación rica o pobre. Si recibían retribuciones en metálico por litigar o emitir sus opiniones. Y en especial, si se les admitía como miembros de la cámara baja.

Pasó a continuación a la gestión de nuestras finanzas y me dijo que creía que mi memoria me había traicionado porque había calculado que nuestros impuestos ascendían a unos cinco o seis millones al año; y cuando había hablado de los gastos encontraba que a veces sumaban más del doble; las anotaciones efectuadas eran muy detalladas a este respecto porque esperaba, como me dijo, que nuestro modo de actuar pudiera serle útil, y no podía, pues, haberse equivocado en sus cálculos. Pero entonces, si lo que le había contado era cierto, se maravillaba de que un Estado pudiese, como un ciudadano corriente, gastar más de lo que ingresaba. Me preguntó quiénes eran nuestros acreedores y de dónde sacábamos el dinero para pagarlos. Se asombraba de oírme hablar de guerras tan costosas e interminables; ciertamente habíamos de ser un pueblo peleón o vivir rodeados de malévolos vecinos; y, sin duda, nuestros generales debían de ser más ricos que nuestros reyes. Inquirió qué asuntos teníamos entre manos fuera de nuestras propias islas, aparte de los comerciales y diplomáticos, o los de proteger nuestra costa con la flota. Sobre todo, se asombraba de oírme hablar de un ejército mercenario permanente en plena paz, en medio de un pueblo libre. Me dijo que si estábamos regidos por representantes elegidos con nuestro asentimiento, no podía concebir a quién temíamos o contra quién teníamos que combatir; me preguntó si, en mi opinión, la casa de un ciudadano particular no estaría mejor defendida por uno mismo, sus hijos y familia, que por media docena de rufianes escogidos al azar por las calles y con salario escaso: podían ganar cien veces más degollándonos.

Se rió de mis extraños cálculos de aritmética (tal es el término que empleó) al computar la cifra de habitantes contando las diferentes sectas políticas y religiosas del

país. No comprendía por qué se obligaba a cambiar a aquellos que mantenían opiniones perjudiciales al bien público y, por otra parte, por qué no se les obligaba a callar. Exigir lo primero es, en todo régimen, un acto de tiranía; no obligar a lo segundo sería debilidad. Se puede tolerar que alguien guarde veneno en sus armarios, pero no que lo venda como tónico.

Me señaló que había mencionado el juego como una de las distracciones de la nobleza. Deseaba enterarse a qué edad comenzaba a practicarse, cuándo se abandonaba, y cuánto tiempo le dedicaban, y si llegaba incluso a afectarles en su fortuna. ¿No sería posible que gente vil y corrupta llegara a ganar mucho dinero gracias a la habilidad en ese arte, y a mantener a los mismos nobles en dependencia, a la vez que acostumbrarlos a malas compañías? Descuidarían estos entonces completamente la mejora de sus mentes e, impulsados por las pérdidas sufridas, aprenderían y practicarían esa infame habilidad con otros.

Estaba completamente asombrado del relato histórico que yo le había proporcionado de nuestros asuntos en el curso del último siglo afirmando que no era sino una sarta de conspiraciones, rebeliones, asesinatos, matanzas, revoluciones y destierros. Todo ello, efecto desastroso de nuestra avaricia, partidismo, hipocresía, perfidia, crueldad, furor, locura, odio, envidia, lujuria, malicia y ambición.

Su Majestad, durante otra audiencia, se tomó la molestia de recapitular todo lo que le había dicho, comparando sus preguntas con mis respuestas. Acto seguido, me cogió en sus manos y acariciándome con suavidad se expresó en unos términos y de un modo inolvidables: «Mi pequeño amigo Gildrig, has hecho un elevadísimo panegírico de tu país. Has probado sin ambages que los requisitos de un legislador son la ignominia, el ocio y el vicio; y que nadie explica, interpreta o aplica las leyes tan bien como aquellos cuyos interés y capacidades residen en pervertirlas, confundirlas y eludirlas. Observo entre vuestras instituciones algunos rasgos posiblemente aceptables en sus orígenes, pero actualmente están unos medio borrados y el resto de ellos difuminados y manchados por los abusos. De todo lo que has dicho no se desprende que se requiera una sola virtud para la obtención de uno de esos cargos públicos, y aún menos que los sacerdotes sean promocionados por su piedad y saber, los soldados por su conducta y valor, los jueces por su integridad, los senadores por su patriotismo, o los consejeros por su prudencia. Por lo que a ti respecta —continuó el rey—, que has pasado la mayor parte de tu vida viajando, estoy dispuesto a conceder que hasta ahora bien puedes haberte librado de numerosos vicios de tu patria, pero, tal como he deducido de tu propio relato y de las respuestas que con gran dificultad he entresacado y extraído de ti, solo puedo llegar a una conclusión: el grueso de tu raza constituye, en su conjunto, la especie más maligna de odiosos y pequeños bichos a los que la naturaleza haya jamás permitido deslizarse por la superficie de la Tierra».

VII

*Amor del autor por su patria. El rey rechaza una
ventajosa propuesta. Gran ignorancia política del rey.
Limitada e imperfecta educación de aquel país. Leyes,
asuntos militares y partidos estatales.*

Nada sino un gran amor a la verdad me habría impedido ocultar esta parte de mi relato. Manifestar mis resentimientos, que siempre me dejaron en ridículo, resultó inútil; y me vi obligado a esperar pacientemente mientras mi noble y amantísimo país recibía trato tan injurioso. Me disgusté tanto como cualquiera de mis lectores lo habría hecho en semejantes circunstancias; pero sucedía que aquel príncipe tenía tanta curiosidad e interés por todo detalle que, para no mostrarme desagradecido ni descortés, no pude por menos de darle las satisfacciones a mi alcance. Sin embargo me permito decir en mi favor que supe eludir con ingenio muchas de sus preguntas y dar a cada cuestión un giro favorable, en más grados de lo que consentiría la estricta verdad. Porque siempre he tenido hacia mi patria esa laudable parcialidad que tan acertadamente recomienda Dionisio de Halicarnaso a cualquier historiador: ocultar las debilidades y las deformidades de la madre patria y resaltar al máximo sus virtudes y bellezas. Y esta fue mi sincera intención en todas aquellas —para mi desgracia infructuosas— conversaciones que mantuve con aquel poderoso monarca.

Pero se ha de tener mucha consideración con un rey que vive totalmente aislado del resto del universo y, consecuentemente, ignora por completo las costumbres y modas que prevalecen en otras naciones. Este desconocimiento produce siempre muchos prejuicios y cierta estrechez de miras, de que estamos libres tanto nosotros como los países más educados de Europa. Duro sería, en verdad, que se ofreciera como modelo para toda la humanidad los conceptos del bien y del mal de un príncipe tan remoto.

Para confirmar lo que acabo de decir y además para mostrar las desafortunadas consecuencias de una educación limitada, intercalo aquí un pasaje que apenas será creído. Con el deseo de ganarme un poco más la benevolencia de Su Majestad, le hablé de un invento descubierto hace unos trescientos o cuatrocientos años, una especie de polvo capaz de incendiar la montaña más alta con la mínima chispa que

cayera en un montoncito y de hacerla saltar por los aires con mayor estruendo y agitación que un trueno. También le dije que una cantidad adecuada metida a presión en un tubo hueco de latón o de hierro podía lanzar una bola de hierro o de plomo con tal fuerza y rapidez que nada la podría frenar; que las bolas más grandes disparadas de este modo no solo destruirían de un solo golpe filas enteras de soldados, sino que también derrumbarían las murallas más sólidas e incluso hundirían barcos cargados con miles de hombres hasta el fondo del mar; y que si se unían con una cadena podían romper mástiles y jarcias, y partir por la mitad centenares de cuerpos, de modo que a su paso solo dejarían destrozos. Asimismo le dije que nosotros llenábamos de pólvora grandes balas de hierro huecas y las lanzábamos por mediación de un artefacto a aquellas ciudades a que poníamos sitio, y destrozaban calles, hacían saltar las casas en mil pedazos y, al estallar, arrojaban metralla por todos lados, que despedazaba a quien encontrara a su paso. Añadí que conocía bien sus componentes, que eran baratos y corrientes. Había aprendido la fórmula de la mezcla y podía dirigir a sus hombres haciendo aquellos tubos de un tamaño proporcional a las otras cosas del reino de Su Majestad: el mayor no superaría los doscientos pies de longitud. Veinte o treinta de esos tubos, cargados con una cantidad apropiada de pólvora y bolas, derrumbarían las murallas de las ciudades más poderosas de sus dominios en pocas horas, o incluso podrían destruir toda la capital si esta osara alguna vez desacatar sus irrevocables órdenes. Ofrecí humildemente este pequeño tributo a Su Majestad como agradecimiento a las muchas muestras de ayuda y protección que había recibido de su real persona.

El rey quedó horrorizado de mi descripción de aquellos terribles artefactos y de mi proposición. Le sorprendió que un bichito tan impotente y servil como yo, para utilizar sus propias palabras, pudiera albergar ideas tan inhumanas y que lo hiciera con tanta naturalidad, sin mostrar ningún tipo de afectación ante escenas de sangre y desolación, consecuencia normal de aquellas máquinas destructivas, cuyo primer autor debía de ser, en su opinión, algún genio maldito, enemigo de la especie humana. Aseguró, por su parte, que aunque no había cosa que le complaciera más que los nuevos descubrimientos en el campo del arte o de la naturaleza, prefería perder la mitad de su reino antes que ser participante de semejante secreto, que me ordenó no mencionar nunca más si en algo apreciaba mi vida.

Es curioso el resultado de principios tan limitados y de visión tan estrecha como la de un príncipe con tantas cualidades dignas de veneración, amor y estima como la fortaleza, sabiduría y profunda cultura, dotado de un admirable talento para gobernar, casi adorado por sus súbditos, y que por honorables aunque inútiles escrúpulos, que desconocemos en Europa, dejara escapar de sus manos una oportunidad que le habría hecho dueño de las vidas, libertades y riquezas de sus gentes. No digo esto con la menor intención de desprestigiar las virtudes de aquel excelente monarca, cuya

reputación, y soy consciente de ello, se verá afectada en la opinión del lector inglés después de este relato, sino que considero tal defecto como producto de la ignorancia, por no haber reducido la política a una ciencia, como han hecho los genios más agudos de Europa. Recuerdo bien que en una conversación mantenida un día con el rey se me ocurrió decir que en Europa se habían escrito varios millares de libros acerca del arte de gobernar, y esto le mereció una opinión —totalmente contraria a la mía— muy baja de nuestro entendimiento. Él profesaba abominar y despreciar todo misterio, refinamiento e intriga, tanto si se trataba de príncipes como de ministros. Él no podía entender lo que yo quería decir con «secretos de Estado», cuando no se trataba de un enemigo o nación rival concreta. Él reducía el arte de gobernar a límites tan estrechos como el sentido común, la razón, la justicia y la indulgencia, la rápida resolución de las causas civiles y criminales y a otros tópicos obvios, no dignos de mención. Añadió que, en su opinión, cualquiera que hiciera crecer dos espigas de trigo o dos briznas de hierba donde antes había crecido una sola habría prestado mejor servicio a la especie humana y a su país que toda la raza de políticos juntos.

La educación de estas gentes tiene muchas deficiencias. Se basa únicamente en la moralidad, la historia, la poesía y las matemáticas, en las que debe reconocerse que destacan. Pero la última de estas materias se aplica totalmente a lo que puede ser útil para la vida, a la mejora de la agricultura y a todas las artes mecánicas, cosas de escaso interés para nosotros. Por lo que respecta a ideas, entidades, abstracciones y pensamientos transcendentales, nunca conseguí meterles en la cabeza el menor concepto.

Ninguna ley de aquel país debe exceder en palabras al número de letras de su alfabeto, que solo consta de veintidós. Pero, en realidad, muy pocas alcanzan ese número. Están redactadas en términos muy sencillos y claros, ya que aquella gente no es lo bastante despierta para encontrar más de una interpretación. Y escribir comentarios sobre alguna de las leyes es un crimen capital. Por lo que respecta a la jurisprudencia de causas civiles o procesos contra delincuentes, existen tan pocos precedentes en ese país que apenas pueden alardear de una sola habilidad extraordinaria en ninguno de los dos campos.

Conocen el arte de la imprenta, como los chinos, desde tiempo inmemorial. Pero sus bibliotecas no son muy grandes, ya que la del rey, que es considerada la mejor, no supera los mil volúmenes, colocados en una galería de mil doscientos pies de longitud, a la cual yo tenía acceso para pedir en préstamo cuantos libros quería. El carpintero de la reina había ideado para una de las habitaciones de Glumdalclitch un tipo de artefacto de madera de veinticinco pies de altura en forma de escalera de mano fija. Cada escalón tenía cincuenta pies de longitud; en realidad consistía en un par de escaleras móviles, cuyo peldaño inferior estaba colocado a diez pies de distancia de la pared de la habitación. El libro que yo pensaba leer se apoyaba, abierto, contra la

pared. Primero me subía al escalón más elevado y después me ponía de cara al libro y empezaba por la parte superior de la página. Entonces caminaba hacia la derecha y hacia la izquierda de ocho a diez pasos, según la longitud de las líneas hasta que alcanzaba por debajo del nivel de mi vista, y entonces descendía gradualmente hasta llegar abajo. Después de esto, volvía a subir y empezaba la página siguiente de la misma manera y pasaba la hoja, cosa harto fácil, usando las dos manos, ya que era gruesa y tiesa como el cartón, y en los infolios más grandes, no superaba los dieciocho o veinte pies de longitud.

El estilo de esta gente es claro, viril y suave, pero no florido; no hay nada que eviten con más cuidado que multiplicar innecesariamente las palabras o utilizar varias expresiones. He leído atentamente muchos de sus libros, especialmente aquellos que versan sobre historia y moralidad. Entre estos últimos me divertí mucho un pequeño y viejo tratado sobre la moralidad y devoción que estaba siempre en el dormitorio de Glumdalclitch y que pertenecía a su institutriz, una señora mayor y muy severa. El libro, que trataba de la debilidad del género humano, era poco apreciado excepto entre las mujeres y el vulgo. Sin embargo, sentía curiosidad por ver lo que un autor de aquel país podía decir sobre tal asunto. Este escritor pasaba revista a todos los tópicos más comunes de los moralistas europeos, demostrando lo diminuto, despreciable y desvalido que era, por naturaleza, un animal como el hombre; cuán incapaz de defenderse contra las inclemencias del tiempo o la furia de las bestias salvajes; cuánto le superaban otros seres en fuerza, velocidad, previsión y diligencia. Añadía que la naturaleza había degenerado en aquellas últimas épocas, y que ahora solamente era capaz de producir pequeños nacimientos abortivos, en comparación con los de otros tiempos. Decía que era muy razonable pensar que la especie humana en sus orígenes no solo era mucho mayor sino que debían de haber existido gigantes en tiempos remotos, quienes, según afirma la historia y la tradición y lo confirman los enormes huesos y cráneos encontrados casualmente en varias partes del reino, superaban en tamaño a la disminuida raza humana de nuestros días. Mantenía que las propias leyes de la naturaleza exigían de un modo absoluto que hubiésemos tenido al principio un tamaño mayor y más robusto, no tan fácil de lastimar al mínimo accidente como una teja cayendo de una casa, o una piedra tirada por un chiquillo o el ahogarse en un arroyuelo. De este razonamiento, el autor sacaba algunas explicaciones morales útiles para la vida, que no hace falta que repita yo ahora. Por mi parte no pude dejar de pensar en lo universalmente extendido que está el talento de obtener materia de discursos sobre moralidad o más quizá quejas y descontento, a partir de nuestras peleas con la naturaleza. Y yo creo que si se hiciera un examen detallado se demostraría que esas peleas tienen tan poco sentido entre nosotros como lo tenían entre aquella gente.

Por lo que respecta a los asuntos militares de aquel país, alardean de que el ejército del rey está formado por ciento setenta y seis mil soldados de a pie y treinta y dos mil de caballería, si es que a eso se le puede llamar ejército, pues está compuesto por comerciantes y labriegos de las respectivas ciudades y campos, cuyos jefes pertenecen solamente a la nobleza y la alta burguesía y no reciben ni paga ni recompensa. Ciertamente, están muy bien entrenados y se rigen por una buena disciplina, lo que yo no consideraba de mucho mérito, pues ¿cómo tenía que ser de otro modo si cada campesino estaba a las órdenes de su propio señor y cada ciudadano a las de los dirigentes de su propia ciudad, elegidos mediante votación, a la manera de Venecia?

A menudo veía salir a la milicia de Lorbrulgrud a hacer maniobras en un gran campo de unas veinte millas cuadradas cerca de la ciudad. No eran más de veinticinco mil soldados de a pie y seis mil de a caballo, aunque me es imposible precisar el número si se tiene en cuenta el terreno que ocupaban. Un jinete montaba sobre un gran corcel que debía de tener una altura de unos noventa pies. Vi cómo todo este cuerpo de caballería, al oír una voz de mando, sacaba las espadas a la vez y las blandía en el aire. La imaginación no puede concebir nada tan grande, sorprendente y asombroso. Parecía como si diez mil destellos de rayos se dispararan al mismo tiempo desde cada punto del firmamento.

Sentía curiosidad por saber cómo aquel príncipe, a cuyos dominios no tenía acceso ningún otro país, llegó a pensar en ejércitos o en enseñar a sus gentes la práctica de la disciplina militar. Pero pronto me enteré, tanto a través de conversaciones como leyendo sus libros de historia. En el transcurso de muchos años aquella gente había padecido la misma enfermedad a que toda la raza humana ha estado siempre sujeta: la nobleza luchando por el poder, la gente por la libertad y el rey por el poder absoluto. Estos estamentos, aunque afortunadamente equilibrados por las leyes de aquel reino, habían provocado luchas ocasionales entre los tres partidos, y en más de una ocasión habían dado lugar a guerras civiles, la última de las cuales acabó felizmente gracias a la intervención del abuelo de este príncipe mediante una solución de compromiso general. Y la milicia que se creó entonces por consenso de todos se había mantenido desde aquella ocasión en su más estricto deber.

VIII

*El rey y la reina efectúan una visita a las fronteras.
El autor los acompaña. Relación muy pormenorizada
de cómo sale del país. Su regreso a Inglaterra.*

Albergaba yo siempre la profunda convicción de que alguna vez recobraría la libertad, aunque me era imposible conjeturar por qué medios ni preparar algún intento con visos de éxito. El barco en que yo había llegado era el primero que se había avistado por aquella costa, y el rey había dado rigurosas órdenes para que si se divisaba otro, lo sacaran del agua y fuera conducido en una carreta a Lorbrulgrud con toda su tripulación y pasajeros. Tenía él grandes deseos de procurarme una mujer de mi propio tamaño con quien pudiera propagar la especie; pero creo que yo habría preferido morir antes que sufrir la desventura de dejar una descendencia enjaulada como los canarios, y quizá a veces vendida a los nobles por todo el reino como una curiosidad. Ciertamente se me trataba con mucha amabilidad y que era el favorito de unos poderosos reyes y el regocijo de la corte; pero todo ello en condiciones poco conformes con la dignidad humana. Nunca podría olvidarme de los recuerdos domésticos que había abandonado. Deseaba estar entre gentes con quienes pudiera conversar de tú a tú y andar por las calles y campos sin riesgo de ser aplastado como una rana o un cachorrillo. Pero mi liberación sobrevino antes de lo que yo esperaba y de una forma inusitada. Relataré fielmente la completa y circunstanciada historia.

Llevaba ya dos años en aquel país y, en los inicios del tercero, Glumdalclitch y yo acompañábamos al rey y a la reina en un viaje a la costa sur del reino.

A mí me llevaban, como de costumbre, en mi caja de viaje, que, como ya he descrito, era un cómodo habitáculo de doce pies de anchura. Yo había ordenado sujetar una hamaca con cuerdas de seda a los cuatro ángulos superiores para amortiguar los vaivenes cuando, a petición mía, un criado me llevaba en la parte delantera de su silla; y con frecuencia solía dormir en ella mientras viajábamos. Ordené al carpintero que practicase en el techo, precisamente sobre el centro de la hamaca, una abertura de un pie cuadrado para refrescarme cuando hacía calor mientras dormía, abertura que yo cerraba y abría a voluntad con un tablero que se deslizaba por un surco.

Al finalizar nuestro viaje, el rey consideró oportuno pasar unos días en un palacio ubicado cerca de Flanflasnic, ciudad que estaba a unas dieciocho millas inglesas del mar. Glumdalclitch y yo nos hallábamos muy fatigados. Yo me había resfriado un poco, pero la pobre niña se sentía tan mal que tuvo que quedarse en su habitación. Yo ansiaba ver el océano, que tenía que ser el único camino hacia la libertad, si es que alguna vez llegaba. Fingí estar peor de lo que realmente estaba y pedí permiso para ir a respirar el aire fresco del mar acompañado por un paje a quien yo apreciaba en gran manera y que ya algunas veces se había encargado de mí.

Nunca olvidaré con qué mala gana Glumdalclitch dio su consentimiento ni las severas órdenes que impartió al paje para que me cuidase, al mismo tiempo que se deshacía en lágrimas como si presintiera lo que iba a suceder. El muchacho me llevó en mi caja durante una media hora de camino desde el palacio hasta el acantilado. Le ordené que me pusiera en el suelo y levantando una de las guillotinas de las ventanas contemplé el mar con atención y melancolía.

Me encontraba indispuerto y comuniqué al paje que iba a echar una siesta en la hamaca y esperaba que me sentase bien. Me metí en la caja y el muchacho cerró cuidadosamente las ventanas para que no me enfriara. Pronto me dormí, y todo lo que puedo deducir es que mientras tanto el paje, pensando que no podía haber peligro, fue en busca de huevos de pájaros entre las rocas, pues antes había visto desde la ventana cómo cogía un par de las hendiduras. Sea como sea, me despertó de pronto un violento tirón de la anilla que tenía la caja en la parte superior para facilitar el transporte. Tuve la sensación de que esta era izada por los aires a gran altura y que luego se desplazaba con velocidad prodigiosa. La primera sacudida casi me lanzó fuera de la hamaca, pero después el movimiento fue bastante suave. Pedí auxilio varias veces con toda la fuerza de mis pulmones, pero no me sirvió de nada. Miré por la ventana y no vi sino nubes y cielo. Oía sobre mi cabeza un ruido como de batir de alas, y entonces empecé a darme cuenta de la peligrosa situación en que me hallaba; alguna águila había cogido la anilla con el pico y se proponía dejarla caer sobre una roca, como una tortuga dentro de su caparazón, y sacar luego mi cuerpo y devorarlo. Pues la sagacidad y el olfato de esta ave le permiten descubrir su presa a gran distancia aunque esté más escondida de lo que pudiera yo estar bajo una tabla de dos pulgadas.

Al poco rato advertí que el ruido y el aleteo aumentaban rápidamente, y mi caja se agitaba de arriba abajo como un letrero de caminos por el viento. Oía una serie de ruidos y golpes que juzgué serían dados al águila (pues estoy seguro de que ella era quien sostenía la anilla en su pico), y de pronto me sentí caer verticalmente por espacio de un minuto, a una velocidad tan increíble que casi perdí el aliento. Mi caída terminó en un chapuzón terrible, que resonó en mis oídos con más fuerza que las cataratas del Niágara; después quedé durante otro minuto sumido en la oscuridad, y

luego mi caja empezó a elevarse tanto que me permitió ver luz por la parte superior de las ventanas. Me di cuenta entonces de que había caído en el mar. Mi caja, por el peso de mi cuerpo, por los objetos que en ella había y por las anchas placas de hierro puestas como refuerzo en las cuatro esquinas de la tapa y del fondo, flotaba sumergida más de cinco pies en el agua. Supuse entonces y supongo ahora que el águila que se había ido volando con mi caja fue perseguida por dos o tres y obligada a soltarme mientras se defendía de las otras, que deseaban compartir el botín. Las planchas de hierro fijas en el fondo de la caja —eran las más recias— impidieron el vuelco durante la caída y que la caja se destrozara al chocar con el mar. Las junturas estaban bien ensambladas y la puerta no giraba sobre goznes, sino que subía y bajaba como una ventana de guillotina, manteniendo mi cuartito tan sellado que entró muy poca agua. Con gran dificultad pude salir de mi hamaca, después de haberme aventurado a correr el tablero del techo ya mencionado, para renovar el aire, pues me sentía casi asfixiado.

¡Cuántas veces deseé verme al lado de mi querida Glumdalclitch de quien tanto me había distanciado en solo una media hora! Y debo decir con verdad que en medio de todas mis desdichas no dejaba de lamentarme por mi pobre niñera, y por el daño que mi pérdida le podría acarrear: el disgusto de la reina y la ruina de su futuro. Quizá muchos viajeros no se han encontrado en semejantes desventuras como las que yo sufría en este trance, esperando a cada momento ver que mi caja se estrellase y se hiciera pedazos o al menos se volcara con la primera ráfaga violenta de aire o con una ola que se levantara. La rotura de un solo cristal habría significado una muerte segura. La única protección exterior de las ventanas consistía en una fuerte red de alambre para prevenir accidentes durante el transporte. Vi que el agua se filtraba por varias rendijas. Aunque estas filtraciones carecían de importancia, me afané por taponarlas del mejor modo posible. No conseguí levantar el techo de mi caja; en caso de haber podido, una vez abierta me habría sentado sobre él; así habría permanecido vivo unas horas más que permaneciendo encerrado en lo que puedo llamar mi bodega. Y si lograba sortear esos diversos peligros durante un par de días, no me cabía esperar sino una muerte miserable de hambre y frío. Por espacio de unas cuatro horas estuve sumido en esta situación esperando, e incluso, deseando, que cada momento fuera el último.

Ya he dicho al lector que el lado de la caja sin ventana estaba provisto de dos anillas fijas por las que el criado que me llevaba a caballo hacía pasar la correa de cuero que se abrochaba a la cintura. En situación tan desesperada, oí o creí oír unos arañazos por la pared donde estaban las argollas. Pronto se me empezó a antojar que la caja era arrastrada o remolcada por el mar; de vez en cuando esta sufría un tirón y las olas casi llegaban a cubrir las ventanas por completo dejándome prácticamente a oscuras.

Esto me proporcionó unas tenues esperanzas de liberación, aunque no alcanzaba a imaginar cómo podía sobrevenir. Me atreví a desatornillar una de las sillas, siempre sujetas al suelo, y tras lograr con gran esfuerzo atornillarla de nuevo debajo de la corredera que antes había abierto, me subí a la silla, y acercando la boca al máximo al respiradero, pedí socorro a grandes voces y en todos los idiomas que conocía. Luego até el pañuelo a un bastón que acostumbraba llevar y, sacándolo por el agujero, lo ondeé varias veces en el aire, a fin de que, si algún bote o barco estuviera cerca, pudiesen imaginar los marineros que dentro de aquella caja permanecía encerrado un infeliz mortal.

Nada de lo que hice surtió efecto alguno, pero yo advertí claramente que mi caja se desplazaba; y al cabo de algo más de una hora, la pared sin ventana, la de las argollas, chocó contra algo duro. Temí que sería una roca, y me encontré más sacudido que nunca. Oí claramente un ruido en el techo de mi gabinete, como el roce de un cable al pasar por la anilla. Luego me sentí gradualmente izado, al menos tres pies más arriba. Ante esto, saqué de nuevo el bastón con el pañuelo, pidiendo auxilio hasta casi quedarme ronco. En respuesta oí un fuerte grito, repetido por tres veces, que me produjo tal alegría que solo podría concebir quien lo hubiera experimentado. Percibí entonces pasos por encima de mi cabeza y que alguien, en voz sonora y en inglés, decía a través del respiradero que si había alguien abajo, hablase. Respondí que yo era un inglés sumido por la mala suerte en la mayor calamidad imaginable y rogué que me sacasen de aquel calabozo. Replicó la voz que estaba a salvo, porque mi caja estaba sujeta a su barco, y que inmediatamente llegaría el carpintero y serraría un agujero en el techo lo suficientemente grande como para liberarme. Contesté que era innecesario y llevaría demasiado tiempo, y que no había que hacer más sino que uno de la tripulación metiera el dedo por la anilla y subiese la caja del mar a bordo y luego al camarote del capitán. Algunos, oyéndome hablar tan disparatadamente, pensaron que estaba loco; otros se echaron a reír pues no había entrado en mi cabeza que estuviera ahora entre gentes de mi misma fuerza y estatura. Llegó el carpintero y en pocos minutos serró una abertura de unos cuatro pies cuadrados; por ella deslizaron una pequeña escalera, por la que subí, y de allí me llevaron al barco en un estado de extrema debilidad.

Los marineros, asombrados, me hicieron mil preguntas que yo no tenía ningunas ganas de responder. Estaba igualmente confundido a la vista de tantos pigmeos, pues tales parecían a mis ojos, acostumbrados por tanto tiempo a los gigantescos objetos que había dejado. Pero el capitán, el señor Thomas Wilcocks, un honrado y digno nativo de Shropshire, notando que yo estaba a punto de desmayarme, me llevó a su camarote, me dio un cordial para que me recuperara y me hizo acostar en su propia cama, aconsejándome que descansara un poco, ya que lo necesitaba. Antes de dormirme le di a entender que en mi caja tenía algunos muebles demasiado valiosos

para que se perdieran: una bonita hamaca, una hermosa cama de campaña, dos sillas, una mesa y un escritorio; que el gabinete estaba tapizado por todas partes con seda y algodón, y que si permitía a uno de los tripulantes meter la caja en su camarote, lo abriría y enseñaría mis muebles. El capitán, al oírme tales absurdos, pensó que yo deliraba y —para tranquilizarme, supongo— prometió ordenar que se hiciera lo que yo deseaba. Y, subiendo a cubierta, mandó a algunos hombres que entrasen en mi gabinete, de donde, según vi después, sacaron todos los muebles y arrancaron todo el acolchado; pero las sillas, el escritorio y la cama, por estar atornillados al suelo, sufrieron gran daño debido a la impericia de los marineros que los arrancaron por la fuerza. Después descuajaron a golpes algunas tablas para emplearlas en el barco, y cuando hubieron cogido todo lo que les vino en gana, tiraron al mar el armatoste que, a causa de las numerosas brechas del fondo y costados, se hundió rápidamente. Y por cierto que me sentí contento de no haber contemplado el estropicio que hicieron, pues tengo la seguridad de que me habría impresionado profundamente al traer a mi mente episodios pretéritos que prefería olvidar.

Dormí algunas horas, aunque intranquilo siempre por sueños del lugar que había dejado y de los peligros de que había escapado. Sin embargo, al despertar me sentí muy recuperado. Eran sobre las ocho de la noche y el capitán, suponiendo que llevaría demasiado tiempo en ayunas, encargó enseguida la cena. Me trató con gran amabilidad y observó que yo no tenía aspecto de extravió ni hablaba incoherentemente, y cuando quedamos solos me pidió que le efectuase un relato de mis viajes y del motivo por el cual me había visto flotando a la deriva en aquel enorme cofre de madera. Me dijo que a eso del mediodía estaba mirando con su catalejo y lo divisó a cierta distancia, y supuso que era un barco; tuvo el propósito de acercarse —ya que no estaba muy alejado de su ruta— con la esperanza de comprar algo de galleta, que empezaba a escasear. Que al aproximarse descubrió su error, y entonces envió su chalupa para descubrir lo que era. Que sus hombres volvieron asustados, jurando que habían visto una casa flotante. Que se rió de la simpleza y volvió él mismo en la chalupa, dando a sus hombres orden de que llevasen un cable fuerte. Que estando el mar en calma remó varias veces a mi alrededor y observó mis ventanas con su enrejado de alambre protector. Que descubrió dos argollas en un costado, que era todo de madera, sin ningún orificio para la luz. Entonces mandó a sus hombres remar hacia aquel lado, atando el cable a una de las anillas y les ordenó remolcar mi cofre —como él lo llamaba— en dirección al barco. Cuando estuvo allí, dispuso que atasen otro cable a la anilla de la tapa y que izaran mi cofre por medio de poleas, pero entre toda la tripulación no lograron elevarlo más de dos o tres pies. Dijo que habían visto mi bastón y mi pañuelo emerger por el respiradero, y pensaron que algún desventurado debía de estar encerrado en el receptáculo. Le pregunté si él o la tripulación habían visto en los aires alguna prodigiosa ave en el momento en que me

avistaron por primera vez. A ello me contestó que comentando este asunto con sus marineros, mientras yo dormía, uno de ellos dijo haber visto tres águilas que se dirigían hacia el norte; pero no observó nada en cuanto a que fuesen mayores del tamaño normal, lo cual supongo ha de atribuirse a que volaban a gran altura, y no acertaba a comprender la razón de mi pregunta. Al inquirirle entonces a qué distancia de tierra calculaba que estaríamos, me dijo que, según su mejor cómputo, a unas cien leguas por lo menos. Le aseguré que debía de estar equivocado casi en la mitad, puesto que cuando caí al mar no hacía más de dos horas que había salido del país de procedencia. Con esto él empezó a creer de nuevo que sufría alguna perturbación mental y me lo insinuó, aconsejándome que me fuera a acostar en un camarote que me había mandado preparar. Le aseguré que su buen trato y compañía me habían reconfortado mucho y que estaba tan en mis cabales como siempre. Entonces se puso serio y me preguntó francamente si no estaría yo perturbado por la conciencia de algún enorme delito por cuya causa, y por mandato de algún príncipe, se me hubiera castigado poniéndome en aquel cofre, al modo que en otros países se ha dejado a grandes criminales a merced del mar en un barco que hace aguas, sin provisiones; pues aunque sentiría haber recogido en su barco a un hombre tan malvado, me daría su palabra de dejarme sano y salvo en tierra en el primer puerto que tocáramos. Añadió que sus sospechas se habían incrementado por algunas palabras absurdas que yo había dirigido a los marineros primero, y luego a él mismo, en relación con mi gabinete o cofre, así como mi conducta y mi extraño comportamiento durante la cena.

Le supliqué que escuchara pacientemente el relato pormenorizado de toda mi historia, desde mi última salida de Inglaterra hasta el momento en que me encontró. Y como la verdad siempre se abre camino en seres racionales, este honrado y digno caballero, que tenía cierto barniz de saber y muy buen juicio, quedó enseguida convencido de mi franqueza y sinceridad. Pero, para confirmar mejor cuanto le había dicho, le rogué que diese orden de que trajeran mi escritorio, cuya llave guardaba yo en el bolsillo, pues ya me había contado cómo lo habían maltratado. Lo abrí en su presencia y le mostré la pequeña colección de curiosidades que yo había reunido en el país de donde tan extrañamente acababa de ser liberado. Estaba el peine que yo había hecho con cañones de la barba de Su Majestad, y otro del mismo material, pero sujeto a un recorte de uña del pulgar de Su Majestad la reina, que servía para sujetarlo. Había una colección de agujas y alfileres de un pie a media yarda de longitud, cuatro aguijones de avispa como clavos de carpintero, algunos cabellos desprendidos de la cabeza de la reina al peinarse, un anillo de oro que ella me regaló un día de la manera más delicada, quitandoselo del dedo meñique y pasándomelo por la cabeza a modo de collar. Pedí al capitán que aceptase este anillo en pago de sus amabilidades, pero rehusó de plano. Le mostré un callo que había cortado con mis propias manos del dedo gordo del pie de una dama de honor; venía a tener el tamaño de una manzana

de Kent y estaba tan duro que, a mi vuelta a Inglaterra, lo hice ahuecar en forma de copa y lo monté en plata. Finalmente, le rogué que mirase los pantalones de montar que llevaba puestos y que estaban confeccionados con la piel de un ratón.

No pude conseguir que aceptase nada excepto un diente de lacayo, que observé examinaba con gran curiosidad y comprendí que se había encaprichado de él. Lo recibió con numerosas expresiones de agradecimiento, muchas más de las que tal insignificancia pudiese merecer. Se lo había sacado un dentista poco hábil a uno de los servidores de Glumdalclitch que padecía dolor de muelas, pero estaba tan sano como cualquier otro de su boca. Lo había hecho limpiar y guardado en mi escritorio; medía un pie de longitud y cuatro pulgadas de diámetro.

El capitán quedó muy convencido con mi sincero relato, y me dijo que confiaba en que a mi regreso a Inglaterra daría satisfacción al mundo poniéndolo por escrito y haciéndolo público. Le respondí que, en mi opinión, ya estábamos saturados de libros de viajes, y que ahora no podría interesar nada que no fuese extraordinario, de donde sospechaba yo que algunos autores consultaban menos la verdad que sus vanidades o intereses o la diversión de sus ignorantes lectores. Que mi historia podría contener poca cosa fuera de sucesos comunes, sin esas descripciones ornamentales de extrañas plantas, árboles, aves y otros animales, o de las costumbres bárbaras y la idolatría de pueblos salvajes, en que abundan la mayor parte de los escritores. No obstante, le agradecí sus buenos propósitos y le prometí pensar en el asunto.

Me dijo que le había llamado mucho la atención el oírme hablar tan alto, y me preguntó si el rey o la reina de aquel país eran duros de oído. Le dije que me había acostumbrado a ello en los dos últimos años, y que su voz y la de sus hombres me chocaban otro tanto, pues, a pesar de oírles bastante bien, me parecía que solo cuchicheaban. Pero cuando yo hablaba en aquel país, era como un hombre que desde la calle hablase con otro en lo alto de un campanario, a menos que me tuviesen colocado sobre una mesa o en la mano de alguna persona. Le dije que también había observado otra cosa, y era que cuando por primera vez entré en el barco, y todos los marineros me rodearon, me parecieron las más pequeñas e insignificantes criaturas que había visto nunca. Pues, ciertamente, mientras estuve en las tierras de aquel príncipe jamás pude mirarme en un espejo una vez que mis ojos se acostumbraron a objetos tan enormes, porque, al compararme, me veía como un ser insignificante. El capitán dijo que, mientras cenábamos, observó que yo miraba todo con una especie de asombro y que a veces parecía que apenas podía contener la risa, lo cual él no sabía cómo tomar, aparte de atribuirlo a algún desorden de mi mente. Le respondí que era cierto, y que me maravillaba de cómo había podido contenerme al ver sus platos del tamaño de una moneda de tres peniques, un perrito de cerdo con que apenas tenía para un bocado, una taza más pequeña que una cáscara de nuez. Y así continué describiendo el resto de su menaje y sus viandas. Porque, aunque la reina, mientras

estuve a su servicio, hubiese encargado para mí un equipo diminuto de todas las cosas que necesitaba, mis ideas estaban completamente dominadas por todo lo que me rodeaba, y pasaba por alto mi propia pequeñez, como hace la gente con sus propios defectos. El capitán comprendió perfectamente mis burlas, y alegremente contestó con el antiguo proverbio inglés de que temía que mis ojos fueran mayores que mi barriga, pues, a pesar de llevar un día en ayunas, no había observado en mí buen apetito, y continuando con su broma, aseguró que habría dado gustosamente cien libras por ver mi gabinete en el pico del águila y luego su caída al mar desde tanta altura, lo que, sin duda, habría sido un espectáculo sorprendente, digno de ser transmitido a la posteridad. Y la comparación de Faetón era tan obvia que no pudo dejar de mencionarla, aunque yo no admiré mucho su chiste.

El capitán, que había estado en Tonkín, fue arrastrado a su regreso a Inglaterra hacia el nordeste, hasta los 44 grados de latitud y los 143 de longitud. Pero dos días después de estar yo a bordo sopló un alisio y navegamos hacia el sur largo tiempo, y costearo Nueva Holanda, mantuvimos rumbo al oeste-sudoeste, y luego al sudsudoeste hasta que doblamos el cabo de Buena Esperanza. Nuestra travesía fue muy feliz, pero no importunaré al lector con un diario de ella. El capitán hizo escala en uno o dos puertos y mandó la chalupa en busca de provisiones y agua potable, pero yo no desembarqué nunca hasta que llegamos a las Downs el 3 de junio de 1706, nueve meses después de mi liberación. Ofrecí dejar mis efectos personales en garantía del pago de mi viaje, pero el capitán aseguró que no aceptaría ni un céntimo. Nos despedimos como buenos amigos y le hice prometer que iría a visitarme a mi casa de Redriff; con cinco chelines que pedí prestados al capitán alquilé un caballo y un guía.

Conforme iba de camino, viendo la pequeñez de las cosas, los árboles, el ganado y las personas, empecé a pensar en Lilliput. Tenía miedo de pisar a los caminantes que encontraba, y muchas veces les conminaba a gritos a que se apartaran, de modo que, dos o tres veces, estuve a punto de que me partieran la cabeza por mi impertinencia.

Cuando llegué a mi casa, por la que tuve que preguntar, uno de los criados abrió la puerta, y yo me agaché para entrar, como un ganso bajo una valla, temeroso de golpearme la cabeza. Mi esposa corrió a abrazarme, pero yo me agaché hasta más abajo de sus rodillas, creyendo que, de otro modo, no podría alcanzar mis labios. Mi hija se arrodilló para que le diese la bendición, pero yo no la vi hasta que se puso en pie, por la costumbre de dirigir la cabeza y los ojos a más de sesenta pies, y después fui a levantarla por la cintura con una sola mano. Miraba de arriba abajo a los criados y a dos o tres amigos que había en casa, como si ellos fueran pigmeos y yo un gigante. Dije a mi esposa que había sido demasiado ahorrativa, pues había hecho pasar hambre a su hija y a ella misma. En resumen, me comporté de modo tan inexplicable que todos fueron de la opinión del capitán cuando me vio por primera vez, y llegaron a la

conclusión de que había perdido el juicio. Menciono esto como ejemplo del poderoso influjo de la costumbre y el prejuicio.

En poco tiempo llegué con mi familia y mis amigos a una buena comprensión; pero mi mujer aseguraba que yo nunca volvería al mar, aunque mi desafortunado destino dispuso las cosas de modo que, como verá el lector próximamente, ella fue incapaz de ponerme trabas. Entretanto, doy aquí por terminada la segunda parte de mis desventurados viajes.

TERCERA PARTE

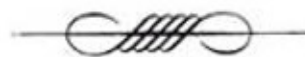
VIAJE A LAPUTA, BALNIBARBI, GLUBBDUBDRIB, LUGGNAGG Y AL JAPÓN



Parte Desconocida



Descubierto después de 1701



GRABADO III, PARTE III, PÁGINA I

*El autor emprende su tercer viaje. Cae en manos de
unos piratas. Maldad de un holandés. Llega a una isla.
Se le recibe en Laputa.*

No hacía más de diez días que estaba en casa cuando me visitó William Robinson, de Cornualles, capitán del *Buena Esperanza*, un sólido barco de trescientas toneladas. Con anterioridad yo había sido médico de a bordo en un viaje a Oriente en una nave en la que además de ser el capitán tenía la cuarta parte de la propiedad; siempre me había tratado más como hermano que como oficial subalterno; y enterado de mi regreso, me efectuó una visita de pura amistad, según colegí, pues no tratamos de nada más que de lo acostumbrado después de una ausencia tan larga. Pero sus visitas se repitieron a menudo; en ellas expresaba su alegría al ver que gozaba de buena salud; me preguntaba si ya me había instalado en casa definitivamente. En cuanto a él, añadió, tenía en proyecto efectuar un viaje a las Indias Orientales dos meses después. Finalmente me formuló una clara invitación, no sin algunas excusas, para que fuera médico de a bordo. Me dijo que tendría un médico auxiliar a mis órdenes, además de nuestros dos suboficiales, que mi salario sería el doble de lo usual; y que habiendo comprobado que mis conocimientos náuticos eran por lo menos equivalentes a los suyos, se comprometía a seguir mis consejos, como si yo compartiese el mando.

Dijo tantas otras cosas lisonjeras —yo sabía que era muy sincero— que no pude desestimar su oferta; el ansia que sentía de ver mundo, a pesar de mis anteriores desventuras, seguía tan ardiente como de costumbre. La única dificultad pendiente era convencer a mi mujer; sin embargo, obtuve su consentimiento gracias a las ventajosas perspectivas que ello podía acarrear a sus hijos.

Zarpamos el 5 de agosto de 1706 y llegamos a Fort St. George el 11 de abril de 1707. Permanecimos allí tres semanas para que se recuperara nuestra tripulación, pues muchos de sus miembros habían enfermado. De allí nos dirigimos a Tonkín, donde el capitán decidió quedarse algún tiempo, ya que muchas de las mercancías que se proponía adquirir no estaban preparadas y no las tendríamos disponibles hasta al cabo de varios meses. Por consiguiente, para hacer frente a estos gastos, adquirió una balandra, la cargó con diversas mercancías de las que los tonkineses suelen vender en

las islas vecinas, y poniendo a bordo catorce hombres, tres de ellos indígenas, me confi6 el mando y me otorg6 poderes para comerciar mientras 6l resolvía sus asuntos en Tonkín.

No llevábamos más de tres días de navegación cuando se desencadenó una gran tormenta; durante cinco días fuimos empujados al nornordeste, y a continuación hacia el este, y luego tuvimos buen tiempo, aunque todavía soplaba una brisa del oeste con bastante fuerza. Al décimo día fuimos perseguidos por dos naves piratas que pronto nos dieron alcance, pues nuestra balandra iba tan cargada que navegaba muy despacio y nosotros no estábamos en condiciones de defendernos.

Las dos naves nos abordaron a la vez y sus capitanes, a la cabeza de sus hombres, nos atacaron con fiereza; pero yo había dado la orden de permanecer postrados de bruces y en esta posición nos encontraron, nos sujetaron con fuertes cuerdas y, después de ponernos una guardia, efectuaron un registro de la balandra.

Observé entre ellos a un holandés que, a pesar de no ser capitán de ninguno de los dos barcos, parecía tener alguna autoridad. Por nuestro aspecto nos identificó como ingleses y, borboteando hacia nosotros en su lengua, juró que nos atarían espalda con espalda y nos arrojarían por la borda. Yo me defiendiendo en holandés; le dije quiénes éramos, y le supliqué que, dada nuestra condición de cristianos y protestantes de países vecinos y en estrecha alianza, intentara persuadir a los capitanes para que se apiadaran de nosotros. Esto le encolerizó, y repitió sus amenazas, y volviéndose hacia sus camaradas les habló con gran vehemencia, en japonés, según supuse, repitiendo a menudo la palabra «cristianos».

El mayor de los dos buques piratas estaba al mando de un capitán japonés que chapurreaba el holandés. Se me acercó y, tras diversas preguntas a las que respondí con gran humildad, dijo que no moriríamos. Le hice una profunda reverencia y dirigiéndome a continuación al holandés le dije cuánto lamentaba encontrar más compasión en un pagano que en un cristiano como yo. Pero pronto tuve ocasión de arrepentirme de estas necias palabras porque aquel malvado réprobo, aunque repetidamente intentó en vano convencer a los capitanes para que me arrojaran al océano (a lo que no accedieron después de haberme prometido que no moriría), pudo, sin embargo, persuadirles de que me infligiesen un castigo que es, a todas luces, peor que la muerte misma. Mis hombres fueron distribuidos a partes iguales en los dos buques piratas y pusieron una nueva tripulación en la balandra. Por lo que a mí respecta, decidieron abandonarme a la deriva en una pequeña lancha con remos, vela y provisiones para cuatro días, que el segundo capitán japonés tuvo la bondad de duplicar de las suyas propias, y no permitió que nadie me registrase. Bajé a la lancha mientras el holandés, desde la cubierta, me llenaba de cuantos improperios y maldiciones existían en su idioma.

Había efectuado una observación y averiguado, una hora antes de avistar a los piratas, que nos hallábamos en la latitud 46 grados norte y la longitud 183 este. Cuando me encontré a cierta distancia de los piratas, descubrí, gracias a mi catalejo de bolsillo, algunas islas al sudeste. Icé la vela —pues el viento era favorable— con el propósito de alcanzar la más próxima, objetivo que logré en unas tres horas. La isla era toda rocosa; sin embargo, cogí muchos huevos de ave, encendí una hoguera con matojos y algas secas y los asé. No cené nada más, ya que había decidido reservar mis provisiones al máximo. Pasé la noche refugiado bajo una roca en la que hice un colchón de matas y dormí bastante bien.

Al día siguiente navegué a otra isla, y luego a la tercera y a la cuarta, unas veces a remo, otras a vela. Pero para no cansar al lector con el relato pormenorizado de mis dificultades, bastará con decirle que al quinto día alcancé la última isla que había avistado, al sudsudeste de la anterior.

Esta isla se hallaba más lejos de lo que yo había pensado y tardé no menos de cinco horas en alcanzarla. Tuve que circunvalarla casi del todo antes de encontrar un lugar adecuado para atracar en una pequeña caleta solo tres veces más amplia que mi canoa. La isla era de roca viva, solo con algunas matas de hierba y plantas de suave aroma. Saqué mis escasas provisiones y después de haber comido, guardé el resto en una de las numerosas cavernas del lugar. Recogí huevos en abundancia entre las rocas y apilé algas y hierbajos secos con los que al siguiente día me proponía hacer una hoguera para asar los huevos (pues llevaba pedernal, eslabón, mecha y una lupa). Durante la noche me guarecí en la cueva de las provisiones. Con las algas y hierbas secas que pensaba quemar me hice un colchón. Dormí muy poco, porque la preocupación, superior a mi fatiga, me mantuvo desvelado. Pensé en la imposibilidad de salvar la vida en un lugar tan desolado, y en el triste final a que estaba condenado.

Me hallaba tan inquieto y abatido que no sentía deseos de levantarme, y cuando tuve ánimos para gatear fuera de la gruta era ya pleno día. Anduve un rato entre las rocas. El cielo estaba completamente despejado y el sol era tan fuerte que no podía mirarlo de frente, cuando de pronto quedó oscurecido de un modo muy distinto, según me pareció, que cuando lo oculta una nube. Me volví y percibí una gran masa opaca, entre el sol y yo, que avanzaba hacia la isla; parecía estar a unas dos millas de altura, y ocultó el sol durante seis o siete minutos, pero no encontré que el aire fuese mucho más fresco ni la luz menos viva que si estuviera a la sombra de una montaña. Cuando se acercó al lugar donde me hallaba, vi que se trataba de una sustancia sólida, cuya base era llana y lisa de modo que en ella reverberaba el mar con fuerte brillo. Yo estaba en un promontorio a unas doscientas yardas de la costa y vi cómo esta enorme masa descendía hasta colocarse aproximadamente a mi nivel, a menos de una milla inglesa. Saqué mi catalejo y pude distinguir con claridad a gente que subía y bajaba por los lados, al parecer en pendiente, aunque fui incapaz de discernir lo que hacían.

El natural amor a la vida me dio algunos impulsos interiores de alegría: estaba dispuesto a alimentar la esperanza de que esta aventura podría, de una u otra manera, liberarme del desolado lugar y situación en que me hallaba. Pero al mismo tiempo difícilmente imaginaré el lector mi asombro al ver una isla en el aire habitada por personas al parecer capaces de elevarla, bajarla y hacerla avanzar a su antojo. Pero como entonces me faltaba serenidad para filosofar sobre este portento, preferí observar la trayectoria que la isla tomaría, pues, por un momento, pareció quedarse inmóvil. Pronto se aproximó, y pude distinguir sus flancos, rodeados por galerías paralelas y unidas a intervalos por escaleras para bajar de unas a otras. En la galería inferior había gentes que pescaban con largas cañas y otros que observaban. Agité mi gorro (mi sombrero hacía tiempo que se había gastado) y mi pañuelo hacia la isla; cuando se acercó más, llamé y grité con todas mis fuerzas. Mirando con atención vi que se agolpaba un gentío en el flanco que yo divisaba mejor. Comprobé que me habían descubierto claramente porque, aunque no contestaron a mis gritos, me señalaban y se señalaban unos a otros. Pude distinguir cómo cuatro o cinco hombres corrían muy deprisa escaleras arriba hasta lo alto de la isla y desaparecían de mi vista. Acerté al conjeturar que, vistas las circunstancias, habían sido enviados en busca de órdenes de la autoridad competente.

El gentío aumentaba, y al cabo de media hora la isla se desplazó y subió de modo que la galería inferior se colocó a mi nivel a menos de cien yardas de la altura en que estaba yo. Adopté entonces las posturas más suplicantes y hablé en el más humilde de los tonos, pero no hallé respuesta. Los que estaban enfrente de mí, a juzgar por sus vestidos, parecían personas distinguidas. Hablaban entre ellos con animación y me miraban a menudo. Finalmente uno de ellos me habló con voz fuerte, en una lengua clara, bien educada y suave, no muy diferente del italiano; por eso respondí en este idioma, esperando al menos que su cadencia resultase agradable a sus oídos. Aunque no nos entendimos, se supo fácilmente lo que quería decir, ya que mi desolación era patente. Me hicieron señas de que bajase del promontorio y me encaminase a la orilla, cosa que hice; a continuación la isla flotante se colocó a nivel conveniente, con el borde justo sobre mí. Desde la galería inferior me lanzaron una cadena con un asiento sujeto al extremo, en el cual me situé bien firme, y me subieron con poleas.

II

*Descripción de los caracteres e ideas de los laputienses.
Relación de su cultura. Su rey y su corte. Acogida dispensada
al autor. Temores y preocupaciones de los habitantes.
Un informe sobre las mujeres.*

Al apearme fui rodeado por una muchedumbre, pero los más próximos parecían los más distinguidos. Me contemplaban con grandes y variadas muestras de asombro; y yo, por mi parte, no les iba a la zaga, pues hasta entonces nunca había visto criaturas de formas, vestidos y aspectos tan singulares. Todos llevaban la cabeza inclinada o a la derecha o a la izquierda; uno de los ojos vuelto hacia dentro, y el otro fijado en el cenit. Su vestimenta externa estaba adornada con figuras de soles, lunas y estrellas, entrelazados con violines, flautas, arpas, trompetas, guitarras, clavicordios y muchos otros instrumentos musicales desconocidos en Europa. Observé acá y allá muchos en librea de lacayos, que sostenían en la mano un mango corto rematado por una vejiga hinchada sujeta como un gallardete. Más tarde me enteré de que cada vejiga llevaba cierta cantidad de guisantes secos o pequeños guijarros. Con esas vejigas, golpeaban de vez en cuando la boca y orejas de sus amos, práctica cuyo significado no pude entonces descifrar; parece que la mente de esta gente está tan absorta en profunda especulación que no pueden ni hablar ni atender a lo que digan los demás, si un agente externo no mantiene despiertos los órganos de la palabra y del oído; por tal motivo, las personas que se lo pueden permitir tienen siempre en la familia un sacudidor (en su idioma lo llaman *climenole*) y nunca salen ni efectúan visitas sin su compañía. La misión de este sirviente, cuando dos o más personas están reunidas, consiste en golpear suavemente con la vejiga la boca de quien ha de hablar y el oído derecho de aquel o aquellos a quienes el orador se dirige. Tiene también a su cargo el vigilar atentamente a su amo mientras se pasea y, si se tercia la ocasión, le da un ligero toque en los ojos, porque está siempre tan abstraído en sus pensamientos que corre el riesgo evidente de caer en cualquier precipicio, de darse de cabeza contra cualquier poste; y, en la calle, de dar empujones a los demás o que le empujen a él mismo al arroyo.

Era preciso proporcionar esta información al lector, pues, sin ella, no habría entendido mejor que yo el comportamiento de esta gente mientras me llevaban escaleras arriba hasta la parte superior de la isla y de allí al palacio real. Mientras subíamos olvidaron varias veces el asunto que traían entre manos, dejándome solo hasta que sus sacudidores activaron su memoria. Pues parecían completamente indiferentes a mi vestido y porte de extranjero al igual que a los gritos del vulgo, cuyo espíritu y mente estaban más liberados.

Por fin entramos en el palacio real y se nos condujo a la sala de audiencias donde vi al rey sentado en su trono y rodeado de dignatarios. Delante del trono había una gran mesa repleta de esferas, globos e instrumentos matemáticos de toda índole. Su Majestad no nos prestó la menor atención, a pesar de que nuestra entrada se efectuó con suficiente ruido, con toda la gente de la corte allí reunida. El rey estaba absorto en un problema y esperamos al menos una hora a que lo solucionase. A cada lado del trono se encontraba un joven paje con una vejiga en la mano, y cuando vieron que estaba libre, uno de ellos le dio un golpe suave en la boca, y el otro en la oreja derecha; ante esto se sobresaltó como si se hubiera despertado de repente, y mirándome a mí y a mis acompañantes, recordó esta llegada, de la que ya había sido previamente informado. Dijo unas palabras, tras las cuales un joven con una vejiga se me acercó y golpeó mi oreja derecha con suavidad; pero de la mejor manera que pude hice gestos de que no precisaba semejante instrumento; más tarde descubrí que esta reacción produjo en Su Majestad y en la corte una pobre impresión de mi inteligencia. Por lo que pude colegir, el rey me hizo varias preguntas y yo le contesté en todos los idiomas que sabía. Cuando se cercioró de que yo no podía ni entender ni ser entendido, por orden suya, se me condujo a uno de los aposentos de palacio (este príncipe se destaca de sus predecesores por su hospitalidad con los extraños), donde pusieron dos criados a mi disposición. Me trajeron la comida y cuatro de los dignatarios que yo recordaba haber visto muy cerca del rey me hicieron el honor de compartir mi mesa. Hubo dos servicios de tres platos cada uno. En el primero nos dieron espalda de cordero cortada en triángulo equilátero, un pedazo de buey en forma de romboide y una tarta en forma de cicloide. El segundo servicio constaba de dos patos, ensartados en forma de violín; salchichas y tartas parecidas a flautas y óboes y un pecho de ternera en forma de arpa. Los criados cortaron el pan en conos, cilindros, paralelogramos y otras diversas figuras geométricas.

Mientras comíamos me atreví a preguntar cómo se llamaban en su lengua diversos objetos y estos dignatarios, con la ayuda de sus sacudidores, se complacían en contestarme con la esperanza de suscitar mi admiración por su gran talento cuando pudiera conversar con ellos. Pronto aprendí a pedir pan, vino o cualquier otra cosa que quisiera.

Después de comer, mis comensales se retiraron y siguiendo órdenes regias se presentó ante mí otra persona acompañada por un sacudidor. Traía consigo pluma, tinta y papel y tres o cuatro libros, y me hizo entender por señas que lo enviaban para enseñarme la lengua. Durante una sesión de cuatro horas escribí en columna largas listas de palabras con la traducción al lado. También aprendí algunas frases cortas, pues mi tutor ordenaba a uno de los criados que trajese algo, que diese media vuelta, se inclinase o se sentase, permaneciera en pie, caminara y otras cosas por el estilo. A continuación yo escribía la frase. También me mostró en uno de sus libros dibujos del Sol, la Luna y las estrellas, el zodíaco, los trópicos, los círculos polares, así como el nombre de diversas figuras de planos y sólidos. Me nombró y describió todos los instrumentos músicos y los términos técnicos para tocarlos. Cuando se fue clasifiqué por orden alfabético las palabras en los dos idiomas. Gracias a este método y a mi feliz memoria, en pocos días tuve alguna comprensión de la lengua.

La palabra que yo traduzco por *Flotante* o *Isla Flotante* corresponde a *Laputa* en el original, cuya verdadera etimología nunca fui capaz de descubrir. *Lap*, en la antigua lengua ya obsoleta, significa «alto», y *untuh* equivale a «gobernador»; por lo que dicen que la forma *Laputa* es una corrupción de *Lapuntuh*. Pero no me gusta esta interpretación, que parece algo forzada. Me atreví a ofrecer a los eruditos nativos una conjetura personal: *Laputa* era *quasi Lap outed*; significando *Lap* exactamente «la reverberación de la luz solar en el mar», y *outed* «un ala». Pero no garantizo esta etimología: la someto al juicio del lector.

Aquellos a quienes me había confiado el rey observaron el mal estado de mis ropas y llamaron a un sastre para que me tomara medidas con objeto de hacerme un traje. Este operario utilizaba procedimientos distintos de los usuales en Europa. Determinó, en primer lugar, mi altura con ayuda de un cuadrante; a continuación con regla y compases, observó las dimensiones y forma geométrica de todo mi cuerpo; consignó todo por escrito y al cabo de seis días se presentó con un traje pésimamente confeccionado y deforme, por haber equivocado una cifra en sus cálculos. Pero me consoló ver que semejantes incidentes eran cosa frecuente y no se tomaban en consideración.

Mi diccionario se incrementó en gran manera los días en que permanecí recluso por falta de ropas y por una indisposición; cuando al fin aparecí de nuevo en la corte, comprendía bastante bien muchas de las cosas que el rey decía y fui capaz de contestar más o menos bien a sus preguntas. Su Majestad había ordenado que la isla se desplazase hacia el nordeste y al este, sobre la vertical de Lagado, la capital de todo el reino abajo en tierra firme. Estaba a unas noventa leguas de distancia, y el viaje duró cuatro días y medio. Yo no notaba en absoluto el movimiento de la isla en el espacio. Sobre las once de la segunda mañana, el rey hizo preparar los instrumentos músicos y él personalmente, junto con la nobleza, los cortesanos y dignatarios, los

tocaron durante tres horas seguidas, de modo que el ruido me aturdió. No habría podido descifrar su significado sin los informes de mi tutor: la gente de la isla tiene los oídos adaptados a la música de las esferas que siempre se hacía sentir en un período determinado, y cada uno de los cortesanos sabía acompañar la música celeste con su instrumento favorito.

Durante el trayecto hacia Lagado, la capital del reino, Su Majestad hacía parar la isla sobre ciertas ciudades y poblaciones para recibir las peticiones de sus súbditos. A este efecto se dejaban caer cuerdas con pequeños pesos en el extremo. La gente sujetaba las peticiones, que se izaban como los pedazos de papel que los colegiales atan al extremo de la cuerda que sujeta su cometa. A veces recibíamos vino y víveres que se subían mediante poleas.

Mis conocimientos matemáticos me sirvieron de gran ayuda para aprender su fraseología, profundamente fundamentada en la ciencia y la música; en esta última no soy un advenedizo. Sus ideas tratan constantemente de líneas y figuras. Si, por ejemplo, quieren elogiar la belleza de una mujer o de cualquier otro animal la describen con rombos, círculos, paralelogramos, elipses y otros términos de la geometría, o si no, recurren a términos técnicos musicales que no requieren repetirse aquí. En la cocina regia observé toda clase de instrumentos musicales y matemáticos que se utilizaban como modelo para cortar la carne que se servía en la mesa de Su Majestad.

Las casas están pésimamente construidas, las paredes achaflanadas, sin un ángulo recto en aposento alguno; este defecto reside en su menosprecio hacia la geometría práctica, que rechazan por vulgar y artesanal; las indicaciones que dan a los artesanos son fuentes de continuos errores, ya que son excesivamente sofisticadas para la inteligencia de estos. Y aunque son bastante diestros sobre el papel en el manejo de la regla, lápiz y escuadra, no he visto jamás gente tan torpe y poco hábil e incapaz en las acciones de la vida diaria, ni mentes tan lentas y dubitativas sobre cualquier tema que no sea matemático o musical. Sus razonamientos son muy pobres, y suelen contradecirse con vehemencia, a menos que dé la casualidad de que sostengan una opinión acertada, lo que raramente ocurre. Son totalmente ajenos a la inventiva, imaginación y fantasía, de forma que su lengua carece de términos para expresar estas ideas; su pensamiento e intelecto viven circunscritos a las dos ciencias anteriormente citadas.

La mayoría de ellos, y particularmente los especializados en astronomía, creen firmemente en las virtudes de la astrología, aunque confesarlo en público les avergüenza. Pero lo que más admiré y a decir verdad me pareció inconcebible fue la vigorosa propensión que observé en ellos hacia las noticias y la política. Se interesan sin cesar por los asuntos públicos, manifestando su opinión en los asuntos de Estado, y defendiendo con pasión cada pulgada de una tesis de partido. En verdad que he

comprobado esta misma propensión entre la mayoría de los matemáticos europeos que he conocido, aunque nunca he podido descubrir la más mínima analogía entre estas dos ciencias; a no ser que esta gente piense que ya que el más pequeño círculo tiene los mismos grados que el mayor, el gobierno del mundo no requiere mayor habilidad que el manejar y hacer girar una esfera. Más bien veo en esta manía un vicio muy común de la naturaleza humana: lo que más despierta nuestro interés y nos apasiona es lo que menos nos importa y para lo que, por saber o naturaleza, estamos menos preparados.

Esa gente vive en continuo sobresalto, sin disfrutar un minuto de sosiego, y sus turbaciones se originan en motivos que prácticamente no afectan al resto de los mortales. Sus aprensiones se derivan del temor a que los cuerpos celestes experimenten ciertos cambios. Por ejemplo, que, al disminuir constantemente la distancia entre el Sol y la Tierra, el primero absorba o trague a la segunda; que la superficie solar se cubra poco a poco de una corteza a causa de sus efluvios y deje de iluminar al mundo; que la Tierra ha evitado por muy poco un encuentro con la cola del último cometa, que la habría reducido irremediamente a cenizas; y que el próximo, que han calculado para dentro de treinta y un años, probablemente nos destruirá. Porque, si en su perihelio se aproxima a cierta distancia del Sol (como, de acuerdo con sus cálculos, hay motivo para temer) alcanzará un grado de calor diez mil veces superior al del hierro al rojo vivo; y al alejarse del Sol llevará una cola incandescente de un millón y catorce millas, de modo que si la Tierra pasara a una distancia de cien mil millas del núcleo o cuerpo principal del cometa, se inflamaría y quedaría reducida a cenizas; afirman también que si el Sol gasta diariamente sus rayos sin tener fuente de aprovisionamiento, al final será consumido y enteramente aniquilado, lo que supondría la destrucción de la Tierra y de todos los planetas que él ilumina.

Estas y semejantes reflexiones les hacen vivir en tal estado de perpetua alarma que no pueden dormir con tranquilidad en su lecho ni encontrar gusto en los placeres o diversiones ordinarias de la vida. Cuando encuentran a un amigo por la mañana la primera pregunta es sobre la salud del Sol, el aspecto que presentaba al salir y al ponerse, y las posibilidades de evitar el choque con el cometa que se aproxima. Mantienen tales conversaciones con ánimo similar al de los niños que escuchan cuentos de duendes y apariciones: les encanta escucharlos pero, acto seguido, no se atreven a ir a la cama, por miedo.

Las mujeres de la isla poseen una vivacidad desbordante; desprecian a sus maridos y estiman mucho a los extraños, de los que siempre hay un número considerable en la corte llegados de tierra firme, bien para asuntos de sus ciudades y pueblos, bien para asuntos privados, pero se les desprecia grandemente porque no poseen sus cualidades intelectuales. Entre ellos las damas eligen a sus galanes: pero lo lamentable es la facilidad y seguridad con que actúan: el marido está siempre tan absorto en sus

especulaciones que la mujer y su amante se entregan a las más íntimas familiaridades ante sus propias barbas, con tal que el marido tenga papel y otros instrumentos y el sacudidor no se halle a su lado.

Las esposas e hijas deploran su cautiverio en la isla. El lugar me parece, sin embargo, el más delicioso del mundo; y aunque viven rodeadas del lujo más extraordinario y pueden hacer lo que quieren, ansían ver mundo y disfrutar de las diversiones de la capital, cosa que no pueden hacer sin una licencia regia especial; y esta no se obtiene con facilidad, porque los dignatarios han comprobado por frecuente experiencia lo difícil que resulta hacer volver a sus mujeres de tierra firme. Me explicaron que una gran señora de la corte, con varios hijos y casada con el primer ministro, el súbdito más acaudalado del reino, una persona muy noble que la ama tiernamente y vive en el más hermoso palacio de la isla, descendió un día a Lagado pretextando estar enferma, y permaneció escondida abajo varios meses, hasta que el rey emitió una orden de busca y captura. La encontraron en una oscura taberna, cubierta de harapos: había empeñado sus vestidos para mantener a un lacayo viejo y deforme que la golpeaba a diario, y de cuya compañía la arrancaron muy a pesar suyo. Y aunque su marido la acogió con la máxima bondad y sin proferir el menor reproche, poco después consiguió volverse a escapar allá abajo con todas sus joyas; se juntó con el mismo amante, y no se ha vuelto a hablar de ella.

El lector tendrá quizá la impresión de que esta historia es más propia de Europa o Inglaterra que de un país remoto. Pero puede considerar que los caprichos femeninos son mucho más generalizados de lo que cabe imaginar: no se circunscriben ni al clima ni a la raza.

Al cabo de un mes aproximadamente había alcanzado un conocimiento aceptable de su idioma y, cuando se me dispensó el honor de presentarme ante el rey, pude contestar la mayoría de las preguntas que este me dirigía. Su Majestad no mostró la menor curiosidad por las leyes, instituciones, historia, religión y costumbres de los países donde yo había estado: se limitó a preguntarme sobre el estado de las matemáticas y acogió mi relato con gran desprecio e indiferencia, aunque los sacudidores a cada lado suyo le despertaban a menudo.

III

Un fenómeno solucionado gracias a la filosofía y astronomía modernas. Grandes avances de los laputienses en esta última ciencia. Método de reprimir insurrecciones que emplea el rey.

Solicité permiso de este príncipe para visitar las curiosidades de la isla. Tuvo la bondad de concedérmelo y me hizo acompañar por mi mentor. Lo que más me interesaba era averiguar por qué fenómeno de la naturaleza o de la técnica se desplazaba esta masa. Sobre esto voy a facilitar al lector un informe filosófico.

La Isla Flotante o Voladora es exactamente circular. Su diámetro es de 7. 837 yardas, aproximadamente cuatro millas y media, y por lo tanto su superficie es de diez mil acres. Su espesor es de trescientas yardas. Su fondo o superficie inferior, la visible para los que la contemplan desde abajo, está formado por una capa lisa como de diamante, de unas doscientas yardas de espesor. Sobre ella se cimentan los diversos minerales en su orden habitual y todo está recubierto por una capa de rica tierra vegetal de diez a doce yardas de profundidad. El declive de la superficie superior va del perímetro al centro de modo que el agua que cae sobre la isla en forma de rocío o lluvia es conducida por arroyuelos al centro, donde se vierten en cuatro grandes estanques, cada uno de media milla de circunferencia y situados a doscientas yardas del centro. La evaporación cotidiana producida por los rayos solares impide que estos se desborden. Además, el monarca puede elevar la isla por encima de la zona de nubes y bruma, impidiendo así cuando le plazca la caída de rocío o de lluvia. Pues, según todos los naturalistas, las nubes más altas nunca rebasan las dos millas de altitud (al menos así sucede en aquella nación).

En el centro de la isla hay un abismo de unas cuarenta yardas de diámetro por donde bajan los astrónomos hasta una gran cripta, llamada en su honor *Flandona Gagnole* o Gruta del Astrónomo, ubicada en la capa diamantina a cien yardas bajo la superficie. Veinte lámparas arden allí continuamente y el reflejo diamantino difunde luz intensa por doquier. La gruta está provista de gran número de sextantes, cuadrantes, telescopios, astrolabios y otros aparatos astronómicos. Pero lo más admirable de contemplar, y de lo que depende la suerte de la isla, es un imán de dimensiones prodigiosas, en forma de lanzadera de tejedor. Tiene seis yardas de longitud y no

menos de tres en su parte más ancha. Este imán está sostenido por un robustísimo eje de diamante que lo atraviesa de parte a parte por el centro, lo que le permite girar sobre sí mismo, y está tan exactamente equilibrado que la mano más débil puede hacerlo girar. Está rodeado por una especie de corona cilíndrica hueca de diamante, de cuatro pies de profundidad, igual espesor y doce yardas de diámetro, colocado en posición horizontal sobre ocho soportes diamantinos de seis pies de altura. En el centro de la cara cóncava hay un surco de doce pulgadas de profundidad donde se encajan los extremos del eje que se hace girar a voluntad.

No hay fuerza que pueda desalojar el imán de su lugar, pues el cilindro y sus pilares están tallados de un solo bloque con la masa de diamante que constituye el fondo de la isla.

La isla se eleva, desciende y se desplaza de uno a otro lado, gracias a este imán. Pues, por lo que respecta a la parte de la tierra donde gobierna el monarca, esta piedra está dotada en uno de sus extremos de una fuerza de atracción y por el otro de un poder de repulsión. Si se coloca el imán erguido con un polo de atracción orientado hacia tierra firme, la isla desciende, mientras que cuando se orienta el polo repulsivo hacia abajo la isla sube verticalmente. Cuando la piedra está en posición oblicua, el movimiento de la isla también es oblicuo. En este imán las fuerzas actúan siempre en líneas paralelas a su orientación.

La isla se desplaza hacia las diversas regiones de los dominios de este soberano mediante este movimiento oblicuo. Para dar una idea del avance, sea AB una línea que divide el Estado de Balnibarbi en dos partes iguales; sea la línea cd el imán, d el polo negativo, c el positivo, y la posición de la isla, C ; coloquemos el imán en la posición cd con su polo repulsivo hacia abajo; entonces la isla ascenderá oblicuamente hacia D . Cuando llegue a D , giremos el imán sobre su eje hasta que el polo positivo señale a E : la isla se desplazará oblicuamente hacia E ; mientras que si el imán se gira sobre su eje hasta adoptar la posición EF , con su polo negativo hacia abajo, la isla ascenderá oblicuamente hacia F ; dirigiendo el polo positivo hacia G , la isla se desplazará hacia G , y de G a H girando el imán de modo que el polo repulsivo señale directamente hacia abajo. Y así, al cambiar la posición del imán con la frecuencia requerida, la isla sube y baja de modo alterno en dirección oblicua. Y mediante estas subidas y bajadas alternas (la oblicuidad no es excesiva) la isla se desplaza de una a otra zona de los dominios.

Pero es preciso señalar que la isla no puede desplazarse más allá de los límites de los dominios de abajo, ni puede elevarse por encima de las cuatro millas de altitud. Los astrónomos que han dedicado innumerables tratados al imán fundamentan estos fenómenos en las razones siguientes: la fuerza magnética no alcanza más allá de las cuatro millas; el mineral que actúa sobre el imán desde las entrañas de la tierra, y en el mar a unas seis millas de la costa, no se encuentra en todo el globo, sino solamente en

los confines de los dominios del soberano; y ante la gran ventaja de una situación tan superior, resultaba muy fácil para un príncipe someter a su jurisdicción cualquier país sensible a la fuerza magnética del imán.

Descubierto después de 1703



GRABADO IIII, PARTE III, PÁGINA 39

Cuando el imán se coloca paralelamente al horizonte, la isla permanece inmóvil; pues, en esta circunstancia, los polos, al estar equidistantes de tierra firme, actúan con igual fuerza, de atracción la primera, de repulsión la segunda, y en consecuencia las dos se anulan y no existe posibilidad de movimiento.

Un equipo de astrónomos cuida del imán al que, de tanto en tanto, hacen tomar la posición que fija el monarca. Pasan la mayor parte de la vida estudiando los cuerpos celestes, mediante la ayuda de telescopios muy superiores a los nuestros. Porque a pesar de que sus mayores telescopios no rebasan los tres pies de longitud, aumentan mucho más que los nuestros de cien pies y al mismo tiempo muestran las estrellas con mayor precisión. Estas ventajas les han permitido superar en mucho los descubrimientos de los astrónomos europeos. Han catalogado diez mil estrellas fijas, mientras que los nuestros apenas rebasan el tercio de este número. Asimismo han descubierto dos estrellas menores o «satélites» que giran alrededor de Marte, de los cuales, uno traza la órbita más corta que dista exactamente tres diámetros del centro del planeta principal; el otro, cinco diámetros. El primero tarda diez horas en describir una órbita; el segundo, veintiuna horas y media, de modo que el cuadrado de su tiempo de revolución es aproximadamente proporcional al cubo de sus distancias al centro de Marte, lo que patentiza que están gobernados por la misma ley de gravitación que rige los otros cuerpos celestes.

Han observado noventa y tres cometas diferentes y establecido su periodicidad con una gran precisión. Si esto es cierto (y lo afirman con gran seguridad) sería de desear que tales estudios se publicasen de modo que la teoría de los cometas, hasta hoy incompleta y defectuosa, adquiriera la misma solidez que otras ramas de la astronomía.

El rey sería el monarca más absoluto del universo si pudiera convencer a un gabinete de ministros para que se uniera a él. Pero los que tienen sus posesiones en tierra firme, y saben, por otra parte, que los favoritos gozan de una posición poco estable, no consentirán jamás en reducir su país a la esclavitud.

El rey tiene dos medios de reducir a obediencia una ciudad que se rebela o amotina, se entrega a graves desórdenes o se niega a pagar los tributos ordinarios. El primero y más suave consiste en mantener la isla flotando sobre la ciudad y sus tierras, privándolas de las ventajas del sol y la lluvia y así infligiendo a sus habitantes privaciones y enfermedades. Y si su infracción lo merece se le arrojan a la vez desde lo alto grandes piedras; no tienen defensa posible contra estas, y solo les queda refugiarse en sótanos y grutas mientras los tejados de las casas saltan en mil pedazos. Si persisten en su obstinación o amenazan con la insurrección el rey utiliza entonces el último recurso: deja caer la isla encima mismo de los recalcitrantes, con la consiguiente destrucción de edificios y moradores. Sin embargo, raras veces se llega a tal extremo porque ni el príncipe accede gustosamente, ni sus ministros le aconsejan tal medida,

que los haría odiosos a los ojos del pueblo y ocasionaría mucho daño a sus propiedades, que están en tierra firme, ya que la isla es patrimonio regio.

Pero existe un motivo aún más poderoso por el que los reyes de este país son adversos a adoptar tan terrible medida, salvo en caso de extrema necesidad. En efecto, si la ciudad condenada a la destrucción tiene promontorios rocosos, como generalmente sucede en las ciudades importantes, que se edifican en lugares elegidos para protegerse de tales catástrofes, o abundan en campanarios y obeliscos de piedra, un súbito descenso podría dañar el fondo o superficie inferior de la isla. Pues, aunque esta consiste, como ya he dicho, en un bloque de diamante de doscientas yardas de espesor, podría resquebrajarse con un impacto excesivamente violento, o al aproximarse excesivamente a los fuegos de las casas en tierra firme, como sucede con las bases de hierro o piedra de nuestros hogares. La gente es consciente de todo esto, y sabe hasta qué punto debe llegar en su obstinación en asuntos que afectan a sus libertades o propiedades. Y cuando se le provoca hasta este límite, y el rey decreta la destrucción de una ciudad, él mismo ordena que la isla descienda con gran suavidad, con el pretexto de mostrarse clemente con su pueblo, pero, en realidad, por miedo a romper el fondo de diamante, pues todos sus filósofos opinan que, en este caso, el imán no podría mantenerla en el aire y toda la masa se estrellaría en el suelo.

Unos tres años antes de mi llegada, con motivo de un viaje del rey por sus dominios, se produjo un acontecimiento extraordinario que habría podido poner término al destino de esta monarquía al menos tal como está actualmente constituida. Lindalino, la segunda ciudad del reino, fue la primera etapa del viaje. Tres días después de la salida del rey, sus habitantes, que se habían quejado a menudo de grandes opresiones, cerraron las puertas de la ciudad, apresaron al gobernador y con increíble celeridad y trabajo erigieron cuatro grandes torres, una en cada vértice del cuadrado que formaba la ciudad, tan elevadas como un afilado promontorio rocoso que se yergue en el centro mismo de la ciudad. Sobre cada torre y sobre el promontorio colocaron una gran piedra magnética, y por si su plan fallaba, habían almacenado una gran cantidad de materias altamente inflamables con la esperanza de hacer estallar el fondo diamantino de la isla si los imanes resultaban ineficaces.

Ocho meses transcurrieron antes de que el rey recibiera noticias fidedignas de esta rebelión de los lindalinianos. Ordenó que la isla se colocase sobre la ciudad. Los rebeldes apoyaban unánimemente la causa y habían hecho acopio de provisiones. Un gran río divide la ciudad en dos partes iguales. El rey flotó sobre la ciudad varios días para privarles de la lluvia y el sol. Mandó hacer bajar numerosos cordeles, pero nadie se dignó atar a ellos la más mínima súplica. Por el contrario, todo fueron reclamaciones muy insolentes, la reparación de sus agravios, grandes autonomías, la libre elección de gobernador, y otras enormidades parecidas. Ante esto Su Majestad ordenó a todos los habitantes de la isla que lanzaran grandes piedras a la ciudad desde la galería inferior;

pero los ciudadanos habían previsto tal contingencia y se habían instalado con sus personas y bienes en las cuatro torres y otros edificios sólidos y en grutas bajo tierra.

El rey, resuelto a someter a esta orgullosa gente, dio orden de que la isla descendiese suavemente a unas cuarenta yardas de la parte superior de las cuatro torres y del promontorio. La orden se ejecutó, pero los oficiales responsables de la maniobra vieron que el descenso era mucho más rápido de lo normal. Cuando hicieron girar el imán consiguieron pararla no sin gran dificultad: la isla tenía tendencia a caerse. Informaron al rey inmediatamente de este asombroso suceso y le solicitaron permiso para elevarla un poco más; el rey asintió, se reunió el consejo general y se ordenó que los oficiales del imán estuvieran presentes. Uno de ellos, de los más viejos y expertos, obtuvo permiso para efectuar un experimento. Tomó una recia cuerda de unas cien yardas, y, estando la isla sobre la ciudad fuera del campo de atracción que habían notado, ató al extremo de la cuerda un fragmento de diamante con mezcla del mineral de hierro que compone el fondo o cara inferior de la isla, y la hizo bajar lentamente hacia la parte superior de las torres. No había descendido el diamante cuatro yardas cuando el oficial sintió que era atraído con tal fuerza que a duras penas lo pudo remontar. Lanzó entonces varios pequeños trozos del mineral diamantino y observó que eran atraídos violentamente por la parte superior de la torre. Efectuó el mismo experimento con las otras tres torres y con el promontorio y obtuvo el mismo resultado.

Este incidente echó por tierra los planes del rey, quien (para no alargarme en otros pormenores) se vio obligado a ceder a las exigencias de la ciudad.

Un ministro importante me aseguró que si la isla se hubiera acercado tanto a la ciudad de modo que no hubiese podido elevarse de nuevo, los ciudadanos estaban resueltos a anclarla para siempre, matar al rey y a todo su séquito y cambiar todo el gobierno.

Una ley fundamental del reino impide al rey y a sus dos hijos mayores abandonar la isla. Tampoco puede hacerlo la reina mientras esté en edad de concebir.

IV

El autor abandona Laputa, se le conduce a Balnibarbi, llega a la capital. Descripción de la capital y los alrededores.

Generosa hospitalidad de un gran señor. Su trato con él.

Aunque no puedo afirmar que me trataran mal en esta isla debo, sin embargo, confesar que me parecía vivir en medio de una gran indiferencia no exenta de cierto menosprecio. Pues ni el príncipe ni sus vasallos demostraban interés alguno por otro conocimiento que no fueran las matemáticas y la música, y como yo les era muy inferior en ambas, no me tenían por ello en consideración alguna.

Por otra parte, ya había visitado todas las curiosidades de la isla y deseaba ardientemente abandonarla, porque sus habitantes se me hacían insoportables. Ciertamente que sobresalían en dos ciencias a las que yo tengo en alta estima y en las que no soy un novato, pero al mismo tiempo estaban tan distraídos y absortos en sus especulaciones que se me antojaban los más desagradables compañeros del mundo. Durante los dos meses que residí allí solo conversé con mujeres, comerciantes, sacudidores y pajes de la corte, por lo que al fin me volví sumamente despreciable, pero, con todo, aquellos eran los únicos de los que podía obtener respuestas razonables.

Gracias a un duro esfuerzo había conseguido un buen dominio de su lengua; estaba cansado de estar confinado en una isla donde se me consideraba tan poco y decidí abandonarla en la primera ocasión.

Había en la corte un gran señor, pariente próximo del rey, y respetado únicamente por este motivo, pues todos le consideraban el más ignorante y estúpido de los habitantes de la isla. Había prestado muchos y eminentes servicios a la corona; poseía grandes talentos naturales o adquiridos, adornados por la integridad y el honor; pero tenía tan poco oído para la música que sus detractores le acusaban de haber perdido el compás con frecuencia; y sus tutores solo con suma dificultad podían demostrarle la más sencilla de las proposiciones matemáticas. Le complacía darme grandes muestras de favor, con frecuencia me hacía el honor de visitarme, mostraba interés por la situación de Europa, sus leyes y costumbres, y también las maneras y saber de las diversas naciones por las que yo había viajado. Me escuchaba con gran atención y

hacía comentarios muy atinados a todas mis palabras. Tenía dos sacudidores a su lado, debido a su rango: pero no los empleaba nunca, excepto en la corte y en las visitas oficiales, y siempre los despedía cuando estábamos solos.

Supliqué a tan ilustre personaje que intercediera a mi favor ante Su Majestad para que me dejara partir, lo que hizo, con pesar, como tuvo la bondad de confesarme, pues me había hecho incluso diversas proposiciones muy ventajosas que, sin embargo, rechacé con expresiones del agradecimiento más profundo.

El 16 de febrero me despedí de Su Majestad y de la corte. El rey me hizo un regalo de unas doscientas libras inglesas, y su pariente y mi protector, otras tantas, junto con una carta de recomendación para un amigo suyo de Lagado, la capital; la isla flotaba entonces a unas dos millas de una montaña y se me descendió de la galería inferior del mismo modo que había sido izado.

La zona continental sometida al rey de la Isla Flotante recibe el nombre general de Balnibarbi y la capital, como ya dije anteriormente, se llama Lagado. Mi satisfacción por hallarme en tierra firme de nuevo no fue poca. Me encaminé hacia la ciudad sin preocupación alguna, vestido como estaba como cualquier nativo y con suficiente conocimiento de su idioma para poder conversar. Pronto encontré la casa de la persona a quien iba recomendado; le hice entrega de la carta de su amigo, el dignatario isleño, y se me acogió con gran amabilidad. Este gran señor, cuyo nombre era Munodi, me hizo preparar una habitación en su propia casa. Allí viví durante mi estancia y fui tratado con la mayor hospitalidad.

A la mañana siguiente de mi llegada, me llevó en su coche a visitar la ciudad, que es como la mitad de Londres aproximadamente pero con las casas de construcción muy extraña, la mayoría casi en estado ruinoso. La gente por las calles caminaba deprisa, tenía un aspecto huraño, la mirada fija y sus vestidos eran, por lo general, harapientos. Atravesamos una de las puertas de la ciudad y nos internamos unas tres millas por la campiña, donde vi a muchos campesinos cultivando la tierra con diversas clases de instrumentos, pero no pude colegir lo que hacían, y, aunque la tierra parecía muy fértil, no vi promesa alguna de grano o hierba. No pude reprimir mi sorpresa ante el extraño aspecto de la ciudad y del campo y me atreví a pedir a mi anfitrión que tuviera la amabilidad de explicarme qué podían significar tantas cabezas, manos y caras atareadas en las calles y en los campos, porque no veía qué buenos efectos producían. Al contrario, yo nunca había visto campos tan mal cultivados, casas tan mal construidas y en estado tan ruinoso, o gente que reflejase tanta miseria y penuria en su aspecto y vestimenta.

Lord Munodi era un personaje de alto rango. Había tenido el cargo de gobernador de Lagado durante varios años; pero había sido destituido por incapacidad, merced a una intriga ministerial. El rey, sin embargo, le trataba con afecto, como a un hombre bienintencionado pero de inteligencia despreciablemente limitada.

Cuando hice esta franca crítica del país y sus habitantes se limitó a contestar, junto con otros tópicos parecidos, que no llevaba tiempo suficiente con ellos para poder juzgar y que cada nación tiene sus costumbres peculiares. Pero cuando regresamos a su palacio me preguntó si me gustaban los edificios, qué cosas absurdas había observado y cuál era mi disconformidad con el atuendo y aspecto de su servidumbre. No se exponía a nada, ya que todo lo que le rodeaba era magnífico, regular y refinado. Yo le contesté que la prudencia, distinción y fortuna de Su Excelencia le había ahorrado los defectos que la locura y miseria había engendrado en otros. Me dijo que si le acompañaba a su casa de campo, ubicada en medio de sus propiedades, a unas veinte millas de la ciudad, estaríamos más cómodos para abordar estos temas. Contesté a Su Excelencia que estaba a su entera disposición. Nos pusimos, pues, en camino a la mañana siguiente.

Durante el trayecto me hizo observar los diferentes métodos de los labriegos en el cultivo de sus tierras que a mí me parecieron poco productivos, porque excepto en unos pocos lugares, no pude descubrir ni una espiga o brizna de hierba. Pero a las tres horas de camino el panorama varió totalmente. Nos adentramos en una hermosísima campiña; había casas de campesinos, a poca distancia y de buena construcción, los campos cercados con viñedos, campos de trigo y praderas. No recuerdo haber visto jamás un cuadro tan encantador. Su Excelencia vio que mi rostro se iluminaba. Me dijo con un suspiro que estábamos entrando en sus propiedades y que había los mismos cultivos hasta llegar a su casa. Sus compatriotas, continuó, le ridiculizaban por gobernar tan mal sus asuntos, y por constituir tan mal ejemplo para el reino; ejemplo seguido por muy pocos, todos tan anticuados, torpes y pusilánimes como él.

Llegamos, al fin, a la casa, que era efectivamente un edificio noble, construido de acuerdo con las mejores normas de arquitectura antigua. Las fuentes, jardines, paseos, avenidas y arboledas estaban dispuestos con criterio exacto y buen gusto. No escatimé elogios para todo lo que veía. Su Excelencia no pareció haberlos entendido hasta que acabamos de cenar. Entonces, al estar solos, me dijo, con un aspecto muy melancólico, que temía verse obligado a derribar sus casas de la ciudad y del campo, reconstruirlas de acuerdo con el uso moderno, destruir todas sus plantaciones, y cultivarlas de nuevo de acuerdo con la normativa actual, y dar las mismas órdenes a sus aparceros, a menos que quisiera soportar las censuras por su orgullo, singularidad, afectación, ignorancia, capricho y quizá incrementar el descontento de Su Majestad.

Que la admiración que yo parecía sentir cesaría o disminuiría cuando me informase de algunos detalles que probablemente nunca había oído mencionar en la corte, ya que los cortesanos están demasiado absortos en sus especulaciones para ocuparse de lo que sucedía aquí abajo.

He aquí, en resumen, su relato: que hace unos cuarenta años, ciertas personas habían subido a Laputa, bien por negocios o por diversión, y después de cinco meses,

regresaron con un ligero tinte matemático, pero con la cabeza repleta de rumores volátiles que se adquieren en esas regiones etéreas. Que estas personas a su regreso habían empezado a detestar el gobierno de las cosas terrenas y concibieron el proyecto de poner en una nueva base todas las artes, ciencias, lenguas y técnicas. Obtuvieron a este efecto una carta real que instituía en Lagado una Academia de Planificadores; y este humor prevaleció entre la gente de tal manera que no hay ciudad que se precie de tal en el reino sin su correspondiente academia. En esos colegios, los profesores organizan nuevas reglas y métodos para la agricultura y la construcción; nuevas herramientas o instrumentos para todas las artes y oficios, gracias a los cuales, afirmaban, un hombre hará el trabajo de diez; un palacio puede construirse en una semana con materiales tan duraderos que no precisan reparación alguna. Todos los frutos de la tierra madurarán en la estación que creamos conveniente y la producción se incrementará cien veces más; y así con muchas otras prometedoras proposiciones. El único defecto es que ninguno de los proyectos ha sido terminado todavía, y entretanto, todo el país se ha hundido en la miseria: las casas están en ruinas, y las gentes sin alimentos ni vestido. Pero lejos de desanimarse, se empeñan con un ardor cincuenta veces mayor, empujados por la esperanza no menos que por la desesperación; por lo que a él respecta, no siendo persona de iniciativa, se contentaba con seguir las costumbres antiguas, vivir en las casas que sus antepasados habían construido y actuar como ellos, sin innovar nada, en todos los aspectos de la vida. Esto mismo habían hecho otras pocas personas nobles y acomodadas, pero se las miraba con menosprecio y malquerencia, como enemigas de la ciencia, ignorantes, poco interesadas en el bien común, que anteponían su propia comodidad y pereza al progreso de su país.

Su Señoría no me proporcionó otros detalles para que, dijo, no empañasen la satisfacción que sin lugar a dudas experimentaría cuando acudiese a la Gran Academia que había decidido que yo visitase. Solo deseaba que me percatase de un edificio en ruinas ubicado a unas tres millas, en la falda de la montaña sobre el que me facilitó el siguiente informe: que él tuvo en otro tiempo, a media milla de su casa, un excelente molino movido por la corriente de un caudaloso río, suficiente para las necesidades de su familia así como también las de un gran número de sus granjeros. Que hacía unos siete años un grupo de aquellos planificadores le visitaron proponiéndole destruir este molino y construir otro en la ladera de la montaña en cuya larga cresta se excavaría un canal hasta un enorme depósito, adonde, con ayuda de tubos y maquinaria, se bombearía el agua para alimentar el molino porque el agua que ha sido removida por el viento y por el aire de las cumbres posee mucha fuerza motriz y además, si llega al molino después de un pronunciado descenso, lo hará girar con la mitad de la corriente de un río cuyo curso sea menos pendiente. Como sus relaciones con la corte no eran muy buenas, dijo, y presionado por muchas de sus amistades, aceptó la propuesta, y,

después de emplear a cien obreros durante dos años, las obras salieron mal y los ingenieros se marcharon echándole a él toda la culpa y llenándole de sarcasmos a partir de entonces. Y cuando se puso a otros para la misma experiencia, las mismas seguridades de éxito terminaron en idéntico fracaso.

Regresamos a la ciudad al cabo de unos días, y Su Excelencia, consciente de lo poco que en la Academia le apreciaban, no quiso acompañarme personalmente, sino que me confió a un amigo suyo para que lo hiciera. Ese lord tuvo la bondad de presentarme como un gran admirador de proyectos y espíritu muy curioso y crédulo; a decir verdad, esto no era del todo falso, pues yo mismo había sido una especie de planificador en mi juventud.

V

*El autor recibe autorización para visitar la Gran
Academia de Lagado. Detallada descripción de la misma.
Trabajos en que se ocupan los profesores.*

La Academia no se compone de un edificio único, sino de una serie de edificaciones a ambos lados de una calle dedicada a tal fin, después de haber sido comprada en estado de ruina.

Me recibió el director con gran amabilidad y volví durante muchos días a ella. En cada habitación hay uno o más planificadores y no creo que entrase en menos de quinientas salas.

El primer académico que vi presentaba un aspecto macilento, con rostro y manos cubiertas de hollín, pelos y barba crecidos, andrajoso y chamuscado en diversos puntos. Su traje, camisa y piel eran del mismo color. Llevaba ocho años dedicado al proyecto de extraer rayos de sol de los pepinos, encerrarlos en recipientes sellados herméticamente y sacarlos para caldear el aire en veranos crudos y lluviosos. Me dijo que no dudaba que dentro de ocho años proporcionaría luz solar a los jardines del gobernador a un precio razonable; pero se quejó de que sus existencias eran muy escasas y me suplicó que le diese algo como estímulo al ingenio, sobre todo porque los pepinos iban muy caros aquella temporada. Le entregué un pequeño óbolo, ya que mi anfitrión, sabedor de lo pedigüeños que los inventores son con sus visitantes, me había proporcionado dinero a tal efecto.

Entré en otra habitación, pero me preparé a salir con rapidez, medio asfixiado por un hedor insoportable. Mi guía me incitó a seguir, conjurándome en un cuchicheo que no cometiera una incorrección, que se tomaría muy a mal, por lo que ni siquiera pude taparme la nariz. El inventor que vivía en esta celda era el miembro más antiguo de la Academia. Su tez y barba tenían un color amarillo pálido; sus manos y vestimenta estaban cubiertos de inmundicia. Tras la presentación me dio un estrecho abrazo, efusión que bien podría haberse ahorrado. Desde su llegada a la Academia investigaba cómo convertir los excrementos humanos en el alimento original, aislando sus diferentes elementos, eliminando el tinte que les proporciona la bilis, haciendo

exhalar el olor, y suprimiendo la mucosidad. Cada semana recibía de la sociedad un recipiente del tamaño de un barril de Bristol, lleno de excrementos humanos.

Vi a otro tratando de calcinar hielo en pólvora y que igualmente me mostró un tratado que había escrito con vistas a su publicación sobre la maleabilidad del fuego.

Había también un ingenioso arquitecto que había diseñado un nuevo método para construir las casas comenzando por el tejado y siguiendo de allí a los cimientos, lo cual me justificó diciendo que se inspiraba en la misma técnica de esos dos insectos inteligentes, la abeja y la araña.

Había un hombre con diversos aprendices, ciegos de nacimiento como él. Su trabajo consistía en mezclar los colores para los pintores: su maestro les enseñaba a distinguirlos por el tacto y el olor. Tuve la mala suerte de encontrarlos cuando no habían asimilado las lecciones muy bien; por otra parte el mismo profesor solía equivocarse con frecuencia. Este artista gozaba de gran predicamento y apoyo por parte de toda la fraternidad.

Me agradó mucho encontrar en otra celda a un inventor que había descubierto una técnica para arar la tierra con cerdos y así ahorrarse el gasto de arados, ganado y mano de obra. El método era el siguiente: en un acre de terreno se entierran, a intervalos de seis pulgadas, y a ocho de profundidad, cierto número de dátiles, nueces, bellotas y otros frutos o vegetales de los que gustan a estos animales; luego se sueltan seiscientos o más cerdos por el campo; a los pocos días habrán excavado toda la tierra en busca de alimento y la dejarán preparada para la siembra y abonada con sus excrementos. A decir verdad, la experiencia había mostrado que el procedimiento era costoso, difícil de poner en práctica y poco productivo, con una cosecha nula o escasa. Sin embargo, no había duda de que ese invento podía ser susceptible de grandes perfeccionamientos.

Penetré en otra sala, cuyas paredes y techo estaban repletos de telarañas excepto un angosto pasillo para que el artista circulara. Apenas hube entrado, este me gritó que no molestase a sus arañas. Se lamentaba del error fatal de la humanidad en utilizar gusanos de seda cuando existe tanta abundancia de insectos domésticos que superan con mucho a los primeros, ya que sabían tejer además de hilar. Por añadidura, gracias al empleo de arañas, el coste de teñir la seda sería nulo. De ello me convencí totalmente cuando me mostró un gran número de moscas de bellísimos colores con las que alimentaba a las arañas, asegurándome que las telarañas adquirirían un tinte de ellas; y como las tenía de todas las tonalidades, esperaba satisfacer el gusto de todos, tan pronto como encontrase alimento adecuado para las moscas a base de ciertas gomas, aceites y otras sustancias aglutinantes a fin de dar a los hilos la fuerza y consistencia requeridas.

Había un astrónomo que pretendía colocar un reloj de sol en la veleta principal del ayuntamiento, ajustando los movimientos anuales y diarios de la Tierra y el Sol a todos los cambios accidentales del viento.

Yo tenía un ligero ataque de colitis, por lo que mi guía me llevó al cuarto donde residía un gran médico, famoso por curar esta dolencia mediante operaciones contrarias del mismo instrumento. Tenía un gran fuelle con una punta de marfil delgada y alargada. La introducía ocho pulgadas en el ano, y, cuando aspiraba el aire, afirmaba que los intestinos se volvían tan delgados como una vejiga seca. Pero cuando la dolencia era más aguda y pertinaz, una vez el fuelle estaba lleno de aire, colocaba la punta en su sitio, y a continuación introducía una carga de aire en el cuerpo del paciente, y retiraba el fuelle para cargarlo de nuevo mientras con el pulgar cerraba herméticamente el ano. La operación se repetía tres o cuatro veces hasta que el aire introducido saliese con gran violencia arrastrando consigo las sustancias dañinas (como el agua limpia los conductos de una bomba) y dejando al enfermo curado. Observé cómo este científico aplicaba ambos procedimientos a un perro. El primero no tuvo efectos perceptibles. Por lo que respecta al segundo puso al perro a punto de estallar y provocó una descarga tan violenta que mis compañeros y yo mismo sufrimos las consecuencias. El perro murió al instante y dejamos al doctor tratando de que se recuperara mediante la misma operación.

Visité otras muchas salas pero, amante como soy de la brevedad, no quiero cansar al lector con todas las peculiaridades que observé.

Hasta entonces había visitado solo un lado de la Academia. El otro estaba reservado a los pioneros de las ciencias especulativas, pero antes de tratarlas, quiero citar todavía a un ilustre inventor, el llamado entre ellos «Artista universal». Nos dijo que había pasado treinta años de su vida meditando sobre la mejora de la vida humana. Disponía de dos grandes salas repletas de curiosidades admirables y de cincuenta hombres trabajando. Algunos condensaban el aire en una sustancia seca y tangible, extrayendo el nitrógeno y filtrando las partículas acuosas o fluidas; otros ablandaban el mármol para hacer almohadas y acericos; otros petrificaban los cascos de un caballo vivo para que no se lastimase. A la sazón este artista se ocupaba en dos grandes proyectos: el primero consistía en sembrar la tierra con la cáscara, que, afirmaba, contenía la verdadera fuerza germinadora del grano, como lo demostró con diversos experimentos que no fui bastante capaz de comprender. El otro era un preparado de gomas, minerales y vegetales que, aplicado externamente a una pareja de corderillos recientes, impediría que les creciera la lana; así esperaba, en un plazo prudente, propagar por todo el reino una raza de ovejas sin lana.

Cruzamos un paseo y nos dirigimos a la otra parte de la Academia, donde, como ya he mencionado, residían los proyectistas de las ciencias especulativas.

El primer profesor que vi estaba en una amplia sala, rodeado de cuarenta discípulos. Nos saludamos y al observar que miraba con interés un artefacto que ocupaba el aposento en casi toda su longitud, dijo que quizá me parecería raro que se dedicase a hacer progresar el conocimiento especulativo por procedimientos prácticos y mecanizados. Pero pronto el mundo comprendería su utilidad, y se vanagloriaba de que jamás mente humana alguna había concebido un pensamiento más noble y enaltecedor. De todos es conocido cuán laborioso es el proceso del aprendizaje de las artes y las ciencias, mientras que, gracias a su invento, la persona más ignorante podría ser por un precio módico, y con un pequeño esfuerzo muscular, capaz de escribir libros de filosofía, poesía, política, derecho, matemáticas y teología sin la menor ayuda de genio o estudio. Me condujo ante el armatoste en cuyo alrededor se alineaban sus discípulos. Tenía veinte pies por veinte y estaba colocado en medio de la sala. La superficie se componía de pequeños trozos de madera, de dimensiones variables, aunque por término medio como un dado. Estaban unidos por un fino alambre. Cada una de las caras de los trozos llevaba pegado un papel donde estaban escritas todas las palabras del léxico del lenguaje laputiense sin orden alguno, en sus diversos modos, tiempos o casos. El profesor me rogó prestase atención porque iba a poner en funcionamiento la máquina. Cuando lo ordenó, cada uno de los alumnos empuñó uno de los cuarenta mangos de hierro fijados en los lados del chasis y dio una vuelta repentina, de suerte que el orden de las palabras experimentó un cambio completo. Luego ordenó a treinta y seis de los muchachos que leyesen las diferentes líneas lentamente tal como aparecían en la máquina, y cuando encontraban tres o cuatro palabras que yuxtapuestas podían ser parte de una frase, las dictaban a los cuatro jóvenes restantes que actuaban de secretarios. La operación se repitió tres o cuatro veces y cada vez la máquina estaba organizada de tal modo que, al moverse arriba o abajo los trozos cuadrados de madera, las palabras se desplazaban a nuevos sitios.

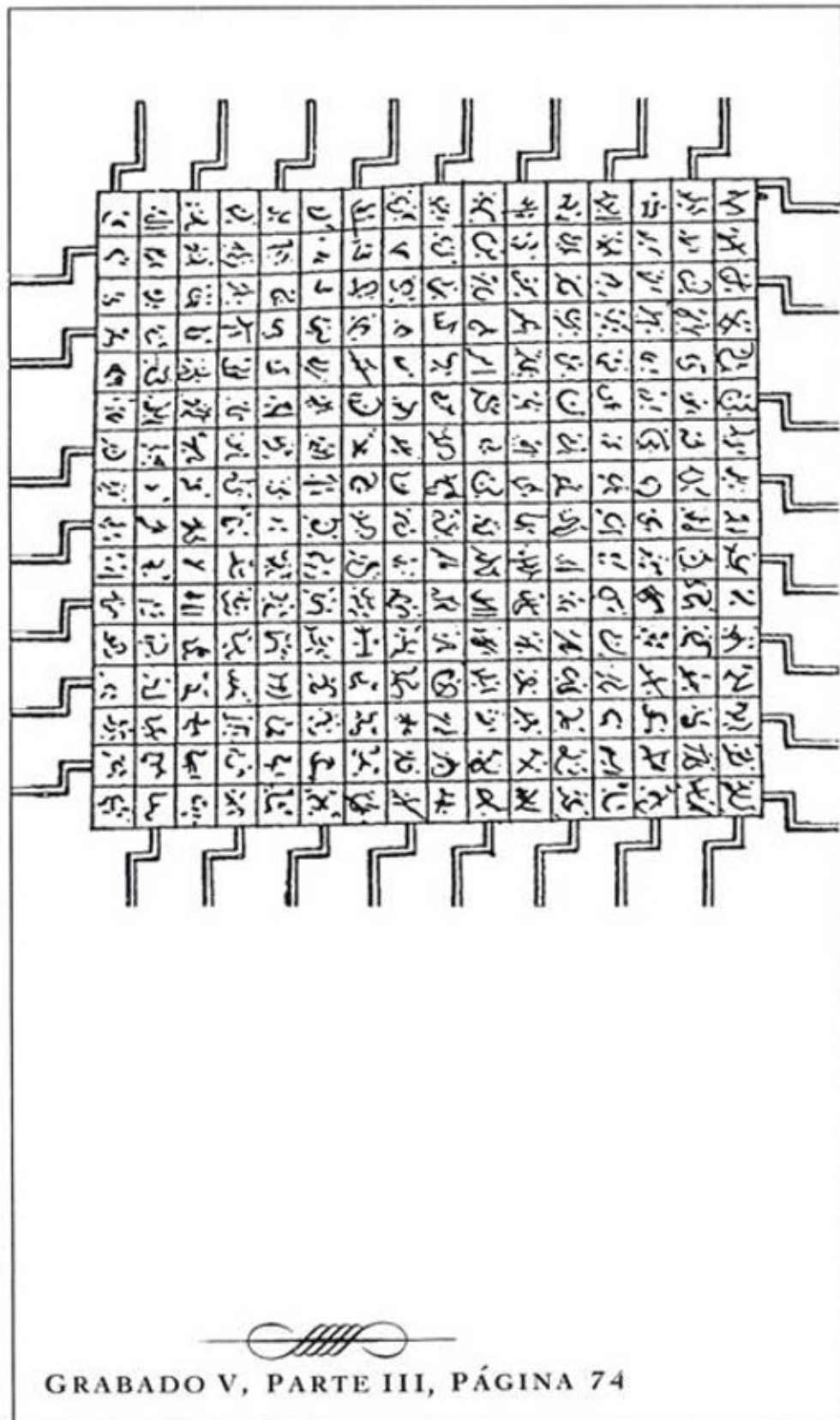
Los jóvenes estudiantes dedicaban seis horas diarias a esta tarea; y el profesor me mostró diversos volúmenes, tamaño folio grande, donde estaban recopiladas frases inconexas que él tenía intención de unir. De este rico material acumulado esperaba presentar al mundo un cuerpo completo de todas las artes y las ciencias, que, sin embargo, podría mejorarse rápidamente si se crease un fondo público para construir quinientas máquinas como esta en Lagado y emplearlas obligando a los usuarios a aportar sus diversas colecciones a un fondo común.

Me aseguró que había empleado en aquel invento todos sus pensamientos desde su juventud, que había vaciado todo el léxico en esta máquina y que había efectuado el más riguroso de los cálculos de la proporción general que existe en los libros entre los números de partículas, sustantivos, verbos y otras partes de la oración.

Agradecí vivísimamente a este ilustre personaje su gran comunicatividad y le prometí que, de tener la fortuna de regresar un día a mi patria, le haría justicia

presentándole como el único inventor de tan maravilloso artefacto cuya forma y estructura pedí permiso para delinear sobre el papel, como en la figura aquí adjunta. Le dije que, aunque en la erudita Europa es usual robarse los inventos unos a otros, lo que tiene al menos la ventaja de suscitar una controversia sobre quién es el verdadero inventor, sabría tomar todas las precauciones necesarias para que ningún rival le arrebatara el honor de este descubrimiento.

Pasamos a continuación a la escuela de lenguas, donde tres profesores discutían los medios de perfeccionar el idioma del país.



El primer proyecto consistía en condensar la frase reduciendo los polisílabos a monosílabos, dejando fuera verbos y participios, ya que en realidad todas las cosas imaginables son solo nombres sustantivos.

El otro proyecto proponía la abolición total y absoluta de las palabras: la salud y la brevedad saldrían ganando enormemente. Es evidente que todas las palabras que pronunciamos ocasionan cierto deterioro por corrosión de nuestros pulmones y por consiguiente contribuyen a acortar nuestra vida. Se propuso, pues, una solución: ya que las palabras son solo nombres de cosas, valdría más que cada cual llevase consigo las cosas que le hicieran falta para expresar la cuestión sobre la que fuera a discutir. Y este invento se habría ciertamente impuesto, para el mayor bienestar físico y comodidad del sujeto, si las mujeres, de acuerdo con el bajo pueblo y los iletrados, no hubiesen amenazado con amotinarse a menos que se les permitiese conservar el derecho a hablar con sus lenguas, como sus antepasados; hasta tal punto el vulgo es un irreconciliable enemigo de la ciencia. Sin embargo, muchos de los más sabios y eruditos se han adherido al nuevo sistema de expresarse con cosas, lo cual solamente tiene un inconveniente: cuando los asuntos de uno son abundantes y variados, se ve obligado a llevar sobre los hombros un fardo mayor de cosas, a no ser que tenga medios para disponer de uno o dos fuertes criados a tal efecto. He visto a menudo a un par de estos eruditos casi aplastados bajo el peso de sus fardos, como nuestros buhoneros; cuando se cruzaban por la calle solían descargar sus fardos, abrirlos y conversar durante una hora; luego volvían a guardar los objetos, se ayudaban a cargarse el fardo y se despedían.

Pero para conversaciones breves se pueden llevar los objetos en el bolsillo o bajo el brazo. En casa este problema no existe; el salón donde se reúnen las visitas está lleno de todas las cosas dispuestas, a mano para dar materia a este tipo de conversación artificial.

Este sistema comporta otra ventaja muy importante, que sería un lenguaje universal, comprendido en todos los países civilizados, pues los utensilios e instrumentos son generalmente idénticos, o muy parecidos, de modo que al usarlos todos captan su significado. Y de este modo los embajadores, aunque desconozcan completamente su lengua, podrían tratar con los príncipes extranjeros o sus ministros de Estado.

Visité la escuela matemática, donde el profesor seguía un método didáctico que resultaría prácticamente inconcebible en Europa. Las tesis y demostraciones se escribían en limpio sobre una delgada oblea con tinta compuesta de un líquido encefálico. Los estudiantes debían engullir las obleas en ayunas y no tomar nada, excepto pan y agua, durante tres días. Una vez digerida, el cerebro absorbía la tintura de la oblea llevando consigo la correspondiente demostración. Pero hasta entonces el éxito había sido más bien menguado; en parte por los errores en el *quantum* o la

composición; en parte también por la indisciplina de los muchachos, para quienes este preparado es tan repugnante que lo ocultan en la boca y lo escupen o vomitan antes de que surta efecto; además, todavía no se ha logrado convencerles para que se sometan a una norma de ayuno tan prolongado.

VI

Continuación de la descripción de la Academia. El autor sugiere ciertas mejoras que son favorablemente acogidas.

En la escuela de proyectistas políticos fui mal recibido. En mi opinión los profesores estaban completamente desquiciados, escena que me sume infaliblemente en la melancolía. Aquellos desgraciados presentaban planes para persuadir a los monarcas de que escogiesen a sus favoritos por su prudencia, capacidad y virtud; para enseñar a los ministros a preocuparse del bien común; a que se recompensara el mérito, los grandes talentos y los servicios eminentes; a que se enseñara a los príncipes a colocar al mismo nivel su propio interés y el de su pueblo; a que se escogiera a personas capacitadas para ejercer los cargos; además de muchas otras quimeras irrealizables que jamás cupieron en mente humana. Todo esto me confirmó cuán verdadero es el antiguo adagio de que no existe nada tan extravagante e irracional que no se encuentren filósofos dispuestos a defenderlo.

Pero, sin embargo, sería injusto con esta sección de la Academia si afirmase que todos sus miembros eran visionarios. Había un doctor de grandísimo talento que parecía muy competente en toda la naturaleza y sistema del gobierno. Este ilustre científico había utilizado su saber en descubrir remedios efectivos para todas las enfermedades y corrupciones de las diversas clases de administración pública, tanto por los vicios o enfermedades de los gobernantes como por los desórdenes de los gobernados. Por ejemplo: ya que todos los escritores y pensadores están de acuerdo en afirmar que existe una semejanza total y estricta entre el cuerpo humano y el político, ¿puede haber algo más evidente que la posibilidad de preservar la salud de ambos y curar sus enfermedades con las mismas recetas? Se admite que los senados y altas asambleas son agitados por humores redundantes, ebullentes y diversamente perniciosos; por numerosos trastornos de cabeza y más aún del corazón; que están sujetos a fuertes convulsiones, a serias contracciones de los nervios y tendones de la mano, especialmente de la derecha; con postración, flato, vértigo y delirio, tumores escrofulosos llenos de sustancia fétida, purulenta, eructos amargos y espumosos, apetito voraz seguido de pesadas digestiones, además de muchas otras que no es preciso mencionar aquí. Este doctor proponía, pues, que al reunirse un senado, unos

médicos deberían estar presentes en las sesiones de los tres primeros días y al término de los debates diarios tomar el pulso de todos los senadores; tras lo cual, después de una consulta médica sobre la naturaleza de las diferentes enfermedades y sus métodos de curación, deberían volver al senado el cuarto día, junto con los farmacéuticos provistos de las adecuadas medicinas; y antes de que los parlamentarios ocupasen su sitio, distribuirían los calmantes, aperitivos, abstergentes, corrosivos, astringentes, paliativos, laxantes, purgantes, analgésicos, ictéricos, antihistéricos o acústicos según el correspondiente diagnóstico; y según el efecto conseguido se repetirían, cambiarían o suprimirían en la siguiente sesión.

Este proyecto no sería de mucho gasto público, y, en mi modesta opinión, podría ser utilísimo en la gestión de los asuntos en aquellas naciones donde el senado tiene parte en las responsabilidades legislativas; se obtendría unanimidad, los debates serían más breves, abriría bocas que ahora permanecen cerradas y cerraría otras que siempre están abiertas, las más numerosas por cierto; la petulancia de los jóvenes se doblegaría y la suficiencia de los viejos se encauzaría; se estimularía a los estúpidos y se moderaría a los impertinentes.

Además, como está muy extendida la queja acerca de la débil e infeliz memoria de los validos de los príncipes, el mismo doctor proponía que cualquier visitante de un primer ministro, una vez expuesto su asunto con la máxima brevedad y las palabras más sencillas, al despedirse de dicho ministro debía retorcerle la nariz, propinarle un puntapié en el vientre, pisarle los callos del pie, o darle tres tirones de orejas, plantarle una aguja en las posaderas, o dejarle el brazo morado de un pellizco para que el ministro se acordase de él. Esta acción debía repetirse cada día de recepción hasta que el asunto se solucionase definitivamente de una u otra forma.

Asimismo defendía que todos los senadores de la asamblea nacional, una vez emitida y defendida su respectiva opinión, deberían votar abiertamente en contra; si así se hiciera, esta medida surtiría efectos muy beneficiosos para el bien público.

Cuando en un Estado los partidos se tornaran violentos, él ofrecía un prodigioso modo de reconciliación. El método es este: se toman cien cabecillas de cada partido. Se les empareja con los adversarios por el parecido tamaño de su cabeza; a continuación dos expertos cirujanos sierran simultáneamente los occipucios a la pareja en cuestión, de modo que el cerebro quede igualmente dividido en dos. Se intercambian ambas mitades fijándolas en la cabeza del adversario político. Ciertamente, esta operación requiere mucha precisión, pero el profesor nos aseguró que el remedio era infalible si se ejecutaba con habilidad. Pues argumentaba de la siguiente manera; que los dos medios cerebros discutirían el asunto entre sí dentro de un mismo cráneo, lo que produciría rápidamente una mutua comprensión y la consiguiente moderación, a la vez que regularidad de pensamiento, como es de desear en la cabeza de aquellos que se creen nacidos para vigilar y regir los

movimientos del mundo. Este doctor aseguraba conocer personalmente que la diferencia cuantitativa o cualitativa de cerebros entre los directivos de las facciones era prácticamente insignificante.

Asistí a un debate muy acalorado entre los profesores acerca del modo más cómodo y efectivo de recaudar dinero sin oprimir a los súbditos. El primero sostenía que el método más justo sería poner un tributo sobre los vicios e idioteces de cada individuo; un jurado de vecinos sería el encargado de fijar la cantidad del modo más objetivo posible. El segundo sostenía la opinión enteramente opuesta; quería que cada persona tributase por las cualidades físicas o espirituales de las que se enorgullecía; cuanto en más alta estima uno se tuviese, más elevado sería el impuesto; el importe sería dejado enteramente a su propia decisión. El impuesto más elevado recaería sobre los hombres de mayor éxito con las mujeres y variaría según el número y naturaleza de los favores recibidos; el cómputo se fijaría por las declaraciones del propio interesado. El ingenio, el valor, y la cortesía estarían también sujetos a severo tributo; se recaudaba del mismo modo: la cantidad dependía de las declaraciones del propio contribuyente. Pero en cuanto al honor, justicia, prudencia y saber, estarían totalmente exentos de impuestos, porque son calificaciones tan singulares que nadie las admitirá en los demás ni las valorará en sí mismo.

Las mujeres tributarían por su belleza y elegancia en el vestir, otorgándoles el mismo privilegio masculino: el de fijar ellas mismas la cantidad. Pero la constancia, la castidad, el sentido común y la bondad no se calculaban, porque no cubrirían los costes recaudatorios.

Para mantener a los senadores fieles a la corona se proponía que los cargos se distribuyesen por sorteo. Con anterioridad deberían jurar y prometer que votarían siempre a favor de la corte, saliesen ganadores o no; los perdedores podrían participar en el siguiente sorteo. Así se alimentaban la esperanza y el interés y nadie podría quejarse de promesas incumplidas, pues todas las decepciones se deberían enteramente a la Fortuna, cuyas espaldas son más fuertes y anchas que las de un gobierno.

Otro profesor me mostró un voluminoso documento con la normativa para descubrir complots y conspiraciones contra el gobierno. Aconsejaba a los grandes estadistas que inspeccionasen la dieta de todos los sospechosos, su horario de comidas, sobre qué lado dormían, con qué mano se limpiaban las posaderas y qué particular aspecto tenían sus excrementos: a partir de su color, olor, gusto, crudeza o madurez de digestión se pueden vislumbrar sus pensamientos e intenciones. Porque los hombres jamás están tan serios, pensativos y concentrados como cuando se hallan sentados en un retrete; su propia experiencia así lo atestiguaba. Se entretenía, a título de ensayo cuando estaba en esta postura, en imaginar el mejor medio de asesinar al

rey; entonces, sus excrementos adquirirían tonalidades verdosas; pero si pensaba solamente en provocar una insurrección o incendiar la capital, el aspecto era diferente.

Todo el discurso revelaba una gran agudeza y contenía numerosas observaciones tan curiosas como útiles para un político. Sin embargo yo las encontraba incompletas y así se lo hice saber a su autor proponiéndole, si le parecía bien, facilitarle datos complementarios. Aceptó mi ofrecimiento con una amabilidad poco corriente entre los escritores, los proyectistas en especial, confesándome que le gustaría recibir más información.

Le dije que en el reino de Tribnia, al que los nativos llamaban Langden, donde yo había permanecido largo tiempo en el transcurso de mis viajes, el grueso de la población se componía esencialmente de investigadores, testigos, informadores, delatores, persecutores, testigos de cargo y juramentados, con sus correspondientes instrumentos serviles y subalternos, todos bajo el estandarte, disposición y sueldo de los ministros y sus ayudantes. Las conjuras de aquel reino son normalmente el fruto de las personas que tratan de imponerse como políticos eminentes o de vigorizar de nuevo una administración corrupta o de sofocar o desviar el descontento general, llenar los bolsillos estatales según convenga a su particular interés. Comienzan siempre por ponerse de acuerdo sobre el número de sospechosos a los que acusar de complot; a continuación se les confiscan sus cartas y documentos y se los encarcela. Estos documentos se ponen en manos de especialistas en descifrar el significado misterioso de palabras, sílabas y letras. Por ejemplo, saben descifrar que una silla agujereada significa el consejo privado; una bandada de gansos es el senado; un perro cojo, un invasor; una cabeza de bacalao, un [rey]; la peste, un ejército permanente; un majadero, un primer ministro; la gota, un prelado; el patíbulo, un secretario de Estado; el orinal, un comité de nobles; una criba, una dama de la corte; una escoba, una revolución; una ratonera, un cargo; un pozo sin fondo, el tesoro; una ciénaga, una corte; un gorro de bufón, un favorito; una caña rota, un tribunal; una barrica vacía, un general; una llaga purulenta, la administración.

Si este método falla, tienen otros dos más efectivos, cuyos eruditos denominan acróstico y anagramático. Primeramente descifran todas las iniciales dándoles significado político. Así N significa conspiración; B, un regimiento de caballería; L, una armada en el mar. En segundo lugar, al efectuar una transposición de las letras del alfabeto en cualquier documento sospechoso, pueden desenmascarar los significados más profundos de una persona descontenta. Por ejemplo, si en una carta a un amigo escribo: «Nuestro hermano Tomás sufre de hemorroides», un criptógrafo verá que esta frase se reconstruye de la siguiente manera: «Resiste —se prepara un complot— el viaje». En esto consiste el método anagramático.

El profesor me dio las gracias más efusivas por todas estas observaciones y me prometió mencionarme en un lugar honroso en su tratado.

Empecé a pensar en volver a Inglaterra al no haber nada que me animase a prolongar mi estancia en aquel país.

VII

*El autor abandona Lagado y llega a Maldonada.
No hay barco listo para zarpar. Realiza un corto viaje
a Glubbudbrib. Recepción en casa del gobernador.*

Tengo fundamento para pensar que el continente de que es parte este reino se extiende al este hasta las regiones inexploradas de América situadas al oeste de California y en dirección norte hasta el océano Pacífico, que no está a más de ciento cincuenta millas de Lagado, donde hay un buen puerto con un intenso tráfico con la gran isla de Luggnagg, situada al noroeste a unos 29 grados de latitud norte y 140 de longitud. La isla de Luggnagg está ubicada al sudeste del Japón a unas cien millas de distancia. Existe una estrecha alianza entre el emperador del Japón y el rey de Luggnagg, que regula el tráfico marítimo entre una y otra isla. Determiné, pues, encaminar mis pasos en esa dirección para regresar a Europa. Alquilé un guía con dos mulas para que me enseñase el camino. Me despedí de mi noble protector que tan bien me había recibido y que, al despedirme, me hizo un espléndido regalo.

El trayecto transcurrió sin incidente o aventura digno de mención. Cuando llegué a Maldonada (pues así se llama) no había en el puerto barco alguno con destino a Luggnagg ni probablemente lo habría durante cierto tiempo. La ciudad tiene una extensión aproximada a la de Portsmouth. Pronto trabé nuevas amistades y fui recibido con mucha hospitalidad. Un distinguido caballero me dijo que no sería mal entretenimiento si hiciera una visita a la pequeña isla de Glubbudbrib, a cinco millas de distancia de la costa del sudoeste, puesto que hasta dentro de un mes no zarparía barco alguno para Luggnagg. Él personalmente y uno de sus amigos se ofrecieron a acompañarme y a proporcionar la embarcación para la travesía.

Si interpreto exactamente la palabra, Glubbudbrib significa Isla de los Hechiceros o de los Magos. Esta isla, extremadamente fértil, es como la tercera parte de la isla de Wight. Está gobernada por el jefe de una tribu cuyos componentes son magos. Solo se casan entre ellos y el de más edad es nombrado príncipe o gobernador. Este vive en un gran palacio con un parque de unos tres mil acres, rodeado por una muralla de piedra labrada de veinte pies de altura. En el interior del parque hay otros recintos menores, vallados para el ganado, campos de trigo y jardines.

Los criados que sirven y cuidan al gobernador y su familia son de una índole particular. Este príncipe, merced a sus talentos en necromancia, tiene el poder para llamar a los que quiere de entre los muertos y confiarles cualquier tarea durante no más de veinticuatro horas una vez cada tres meses, excepto en casos verdaderamente excepcionales.

Cuando arribamos a la isla, alrededor de las once de la mañana, uno de los caballeros que me acompañaban solicitó al gobernador audiencia para un extranjero, que llegaba a la isla con el propósito de presentarle sus respetos. La audiencia nos fue concedida de inmediato y los tres penetramos por la puerta del palacio entre dos hileras de guardias armados y equipados de una manera rara, y algo en su aspecto me produjo un horror que no puedo expresar. Cruzamos diversos aposentos, entre criados de idéntica especie, situados, como los anteriores, en dos hileras, hasta que llegamos al salón de audiencias, donde después de tres profundas reverencias y un breve interrogatorio general, se nos autorizó a ocupar tres escabeles junto al peldaño inferior del trono de Su Alteza. Aunque era diferente del lenguaje de la isla, él comprendía el de Balnibarbi. Me invitó a que le hiciera un somero relato de mis viajes; y para que viese que me trataba sin ceremonia, despidió a toda la servidumbre con un movimiento de un dedo, ante lo cual, con gran asombro mío, todos se esfumaron en un instante, como las visiones en un sueño interrumpido bruscamente. Tardé unos instantes en recuperarme, pero las palabras tranquilizadoras del gobernador y la despreocupada actitud de mis compañeros, para quienes no era su primera visita, hicieron que recobrase el ánimo. Le hice a Su Alteza un breve compendio de mis aventuras, no sin ciertos titubeos y volviendo la cabeza con frecuencia hacia el lugar que habían ocupado los fantasmagóricos sirvientes. Tuve el honor de comer con el gobernador, y allí un nuevo equipo de espectros sirvió la comida. Era consciente de que mi susto matinal había decrecido. Permanecí allí hasta el atardecer, pero entonces me excusé humildemente ante Su Alteza por no poder aceptar su invitación de pernoctar en el palacio. Con mis amigos pasé la noche en una casa particular de la vecina ciudad, la capital de la pequeña isla; a la mañana siguiente regresamos para visitarle de nuevo, tal como nos lo había indicado.

Los diez días de permanencia en esta isla transcurrieron en palacio gran parte del día, y la noche en nuestro alojamiento. La presencia de los espíritus me resultó tan pronto familiar que a la tercera o cuarta vez no me produjeron emoción alguna; o, al menos, si me inspiraban ciertos temores, mi curiosidad los ahogaba. Su Alteza el gobernador se puso a mi completa disposición para que evocase a los difuntos que quisiera sin importar el número, desde el principio del mundo hasta la época presente, y ordenarles que contestasen a las preguntas que yo quisiera; con una condición, que mis preguntas debían ceñirse al período en que los difuntos habían vivido. Y de una

cosa podía estar cierto: que me dirían la verdad con toda seguridad, pues la mentira es una artimaña inútil en el mundo de ultratumba.

Agradecí humildemente a Su Alteza este grandísimo favor. Estábamos en una sala desde la que se divisaba una hermosa panorámica del parque. Y como mi primer antojo era entretenerme con escenas de pompa y esplendor, mi primer deseo fue ver a Alejandro Magno al mando de su ejército inmediatamente concluida la batalla de Arbela. Con un movimiento del dedo del gobernador, este emperador apareció en un vasto campo debajo de la ventana en que nos encontrábamos. Alejandro fue llamado al cuarto. Comprendí su griego con gran dificultad, mientras que con el mío no podía ir muy lejos. Me aseguró por su honor que no había muerto envenenado, sino de una fiebre por beber demasiado.

A continuación vi a Aníbal cruzando los Alpes; me dijo que no tenía una gota de vinagre en su campamento.

Vi a César y Pompeyo al mando de sus ejércitos, listos para entrar en combate. Vi a aquel en su último gran triunfo. Pedí que el Senado romano apareciese en una amplia sala y que en otra contigua saliera un parlamento moderno para completar el cuadro. El primero parecía una asamblea de héroes y semidioses; el segundo, un grupo de buhoneros, rateros, atracadores y rufianes.

A petición mía el gobernador ordenó a César y a Bruto que se aproximaran. Al ver a Bruto sentí profunda veneración y pude fácilmente descubrir en su rostro la virtud más consumada, la intrepidez y constancia sumas, el patriotismo más sincero y un gran amor hacia la humanidad. Observé con gran complacencia que los dos personajes parecían entenderse bien y César me confesó abiertamente que las mayores gestas de su vida palidecían abiertamente ante la hazaña del hombre que se la había quitado. Tuve el honor de platicar extensamente con Bruto. Me reveló que su antepasado Juno, Sócrates, Epaminondas, Catón el joven, sir Thomas More y él mismo formaban un grupo de inseparables, un sextunvirato al que los otros períodos de la historia no pueden añadir un séptimo miembro.

Resultaría aburrido cansar al lector con el relato de la amplia lista de personajes ilustres que evocamos para gratificar el insaciable apetito que tenía de ver ante mis ojos todos los períodos de la Antigüedad. El espectáculo que más satisfacción me produjo fue el evocar a los héroes que habían destronado a los tiranos y usurpadores y a los que habían devuelto la libertad a las naciones oprimidas e injuriadas. Este deleite espiritual interior resulta difícil de explicar de modo adecuado y divertido para el lector.

VIII

Más pormenores sobre Glubbudubdrib.

Rectificaciones a la historia antigua y moderna.

Deseando ver los personajes de la Antigüedad más famosos por su talento y saber decidí consagrar un día a este propósito. Pedí que Homero y Aristóteles aparecieran a la cabeza de todos sus comentaristas; pero estos eran tan numerosos que algunos centenares tuvieron que esperar en el patio o en las antecámaras del palacio. Al primer golpe de vista reconocí y distinguí a estos dos héroes no solo entre la multitud sino entre sí. Homero era el más alto y elegante de los dos, andaba muy erguido para un hombre de su edad; y tenía los ojos más vivos y penetrantes que jamás había visto. Aristóteles avanzaba encorvado y con ayuda de un bastón. Tenía el rostro demacrado, el cabello lacio y ralo, cavernosa la voz. Pronto descubrí que los dos eran totalmente desconocidos para sus comentaristas y que nunca se habían encontrado o hablado con ellos. Y un fantasma, cuyo nombre ha de silenciarse, me susurró al oído que ellos, en efecto, siempre permanecían lo más apartados posible de los autores que glosaban, por un sentimiento de vergüenza o culpabilidad, ya que habían desfigurado el mensaje de estos autores de modo tan horrible para la posteridad. Presenté a Dídimo y a Eustaquio a Homero y conseguí que los tratara con mayor amabilidad de la que quizá se merecían, pues pronto descubrí que carecían de talento suficiente para captar la inspiración de un poeta. Aristóteles, por el contrario, cuando le presenté a Escoto y Ramus y le mencioné sus tratados, se puso fuera de sí y les preguntó si los otros miembros de su tribu eran tan idiotas como ellos.

Supliqué al gobernador que convocase a Descartes y a Gassendi y les convencí para que explicasen sus sistemas a Aristóteles. El gran filósofo reconoció abiertamente sus propios errores en filosofía natural, ya que había procedido, como todos, a base de hipótesis y declaró superados tanto a Gassendi, que había hecho accesible al máximo la doctrina de Epicuro, como a Descartes con sus *vórtices*. Predijo que la *atracción*, defendida tan acaloradamente por los actuales sabios, conocería igual muerte. Afirmó que los nuevos sistemas de la naturaleza son únicamente modas efímeras que cambian en cada época. Incluso los que aparentemente se cimentan en principios matemáticos solo florecen por breve tiempo, pero después pierden la vigencia.

Dediqué cinco días a conversar con muchos otros eruditos de la Antigüedad. Vi a la mayoría de los primeros emperadores romanos. Convencí al gobernador para que llamara a los cocineros de Heliogábalo para que nos preparasen un banquete pero, al carecer de materia prima, no pudieron acreditar su fama. Un ilota de Agesilao preparó un plato de potaje espartano, pero no pude pasar de la primera cucharada.

Consagré los últimos tres días de nuestra estancia en la isla —mis dos mentores debían regresar por motivos personales— a entrevistarme con los muertos de la época moderna, con aquellos que durante el transcurso de los tres últimos siglos habían desempeñado un importante papel en Inglaterra o en otros países europeos. Como soy un profundo admirador de las familias de rancio abolengo, pedí al gobernador que evocase una docena o dos de reyes, acompañados de sus antepasados en ocho o nueve generaciones, debidamente ordenadas. Pero sufrí una profunda e inesperada decepción. En vez de una extensa fila de diademas regias, vi en una dinastía dos violinistas, tres petimetres cortesanos y un prelado italiano. En otra, un barbero, un abad y dos cardenales. Mi veneración por las testas coronadas es muy grande para extenderme demasiado en tema tan delicado. No fui tan escrupuloso al referirme a condes, marqueses, duques y otros grandes señores. Y confieso que experimenté no poca satisfacción cuando pude remontar a sus orígenes los rasgos peculiares que son típicos de ciertas familias. Pude descubrir con claridad el origen de la barbilla prominente de cierta familia; por qué en otra existe tal abundancia de rufianes en dos generaciones y de idiotas en las dos siguientes; por qué una tercera tenía la cabeza trastornada y una cuarta estaba llena de estafadores. Así se comprende lo que Virgilio Polidoro afirmó de una gran familia: *Nec vir fortis, nec faemina casta*. Y por qué el rasgo característico de ciertas familias se basaba tanto en la crueldad, perfidia y cobardía como en su escudo de armas. Me enteré de quién introdujo la viruela en una familia noble, que se transmitió de generación en generación en forma de pústulas escrofulosas. No me podía extrañar de todo esto al ver tantos linajes interrumpidos por pajes, lacayos, mayordomos, cocheros, jugadores profesionales, capitanes y rateros.

La historia moderna llevó mi repugnancia al colmo. Pues habiendo examinado con gran esmero a todos los personajes de renombre que habían vivido en las cortes regias durante el último siglo, descubrí que la opinión pública había sido engañada por escritores prostituidos al adjudicar a cobardes las grandes gestas bélicas, a locos los consejos más sabios, la sinceridad a los aduladores, la virtud romana a los traidores a su patria, la piedad a los ateos, la castidad a los sodomitas, la veracidad a los testigos falsos. ¡Cuántos inocentes y hombres de bien han sido condenados a muerte o desterrados por la presión de los altos cargos sobre jueces corrompidos y la rivalidad de los partidos! ¡Cuántos villanos han sido elevados a los más altos cargos de verdad, poder, dignidad y provecho! ¡Qué gran participación en el quehacer y sucesos de la corte han tenido alcahuetes, prostitutas, chulos, parásitos y bufones! ¡Qué opinión tan

mezquina tuve del talento e integridad humanos al serme descubiertos los resortes y motivos reveladores de las grandes hazañas y revoluciones del mundo y los despreciables incidentes a los que debían su éxito!

Allí se me reveló la mala fe e ignorancia de los que pretenden escribir *anécdotas* o historia secreta, que con una copa de veneno envían tantos reyes a la tumba; que repiten la conversación secreta de un príncipe con su primer ministro, donde no había testigos; que desvelan los secretos de la mente y archivos de embajadores y secretarios de Estado y tienen la perpetua desgracia de equivocarse. Allí descubrí los motivos secretos de variados e importantes acontecimientos que han sorprendido a la opinión pública: cómo una prostituta puede gobernar a una camarilla, una camarilla al Consejo y el Consejo al Senado. Un general me confesó que había vencido solamente gracias a la cobardía e indisciplina; y un almirante que, por falta de información adecuada, había derrotado al enemigo cuando iba a traicionar a su propia flota. Tres reyes afirmaron ante mí que, en el transcurso de su reinado, no habían promocionado jamás a una persona de mérito, a no ser por un malentendido o por error o falsedad de los ministros en quienes habían depositado su confianza. Obrarían igual si volviesen a vivir de nuevo; y me demostraron con toda clase de argumentos que el trono real no se puede conservar sin corrupción, ya que el carácter de seguridad, firmeza e inflexibilidad que emanan de la virtud causa gran impedimento en los asuntos de Estado.

Tuve la curiosidad de interrogar de modo particular sobre el método seguido por tantos para acaparar altos títulos honoríficos y fabulosas riquezas. Limité mi pregunta a una época muy reciente, sin referirme a la actual porque quería estar seguro de no ofender a nadie, extranjeros incluidos (espero que el lector no precisará que le recuerde que nada de lo que aquí se dice tiene que ver con mi propio país). Interrogué, pues, a numerosos personajes, y sin hacerse rogar, revelaron cosas tan infames que me resulta imposible pensar en ello sin cierta preocupación. El perjurio, la opresión, corrupción, fraude, mediación y otros males eran algunos de los medios más disculpables que mencionaron y tuve para ellos, obviamente, mucha indulgencia. Pero cuando algunos reconocieron que debían su grandeza y prosperidad a la sodomía o al incesto, otros a que habían prostituido a su mujer e hijas, o que habían utilizado veneno, o incluso —cosa muy frecuente— habían sobornado a un tribunal para condenar a inocentes, espero que se me perdonará si semejantes revelaciones me han hecho perder un poco la profunda veneración que naturalmente me inspiran las personas de alto rango que deben ser tratadas, por nosotros, sus subordinados, con respeto infinito.

Había leído con frecuencia acerca de ciertos grandes servicios prestados a los príncipes y estados y quise conocer a sus ejecutores. En respuesta a mi petición, se me dijo que sus nombres no se conocían, salvo algunos a quienes la historia presenta

como los más viles bribones y traidores. Los restantes me resultaban del todo desconocidos. Todos tenían un aspecto abatido e iban vestidos con harapos. La mayoría de ellos me confesaron que habían muerto en la pobreza y deshonor, y el resto en la horca o en el cadalso.

El caso de uno de estos personajes me pareció, entre otros, singular. Tenía a su lado a un joven de dieciocho años. Me dijo que había sido durante muchos años capitán de barco y que en la batalla naval de Actium tuvo la suerte de romper la principal línea de batalla enemiga, hundir tres de sus barcos más importantes y capturar un cuarto, lo que fue el único motivo de la huida de Antonio y la subsiguiente victoria; el joven que le acompañaba era su hijo único, que murió en combate. Añadió que, una vez terminada la guerra y creyendo haber hecho méritos suficientes, fue a Roma y en la corte de Augusto solicitó que se le confiase el mando de un barco mayor, cuyo capitán había muerto. Pero, sin prestar la menor atención a su petición, se concedió el mando a un joven que jamás había visto el mar, el hijo de una tal Libertina, criada de una de las queridas del emperador. De regreso a su barco, se le acusó de negligencia de servicio y se concedió el mando del barco al paje favorito de Publícola, el vicealmirante. Entonces se retiró a una pobre casa de campo, muy alejada de Roma, y allí terminó su vida. Tuve tanto interés en conocer la verdad de esta historia que solicité ver a Agripa, el almirante vencedor en Actium. Apareció y me confirmó el relato, pero con mayor mérito para el capitán, cuya modestia me lo había ocultado o disminuido en gran parte.

Quedé sorprendido de la fuerza y rapidez con que creció la corrupción en aquel imperio, a causa de la tardía introducción del lujo. Esto hizo que me sorprendieran menos muchos casos semejantes en otros países, donde los más diversos vicios están en pleno apogeo desde hace mucho tiempo y donde los comandantes en jefe se han llevado las alabanzas y la parte del león en el botín, cuando quizá eran los que menos derecho tenían a ambos.

El hecho de que todos los personajes convocados presentaran el mismo aspecto que habían tenido en vida me produjo pensamientos melancólicos al ver cómo había degenerado la raza humana entre nosotros en los últimos cien años; cómo la sífilis, bajo todas sus consecuencias y denominaciones, había desfigurado todos los rasgos de los ingleses, disminuyendo el tamaño de los cuerpos, adormilando los nervios, relajando los músculos y tendones, palideciendo los colores del rostro y volviendo la carne flácida y corrupta.

Caí tan bajo como para pedir que se presentase algún pequeño terrateniente inglés de la vieja estirpe, de los antaño famosos por la sencillez de sus modales y su modo de alimentarse, por su probidad en los negocios, por su verdadero espíritu de libertad, por su valor y amor patrios. Al comparar los vivos con los difuntos no pude dejar de conmoverme: vi cómo estas puras virtudes nativas se habían prostituido por un poco

de dinero en sus descendientes que, al vender sus votos y manipular las elecciones, habían adquirido todos los vicios y corrupciones que cabe aprender en una corte.

IX

*El autor regresa a Maldonada. Embarca para el reino de
Luggnagg. Su arresto. Se le envía a la corte. Recibimiento.
Gran benignidad del rey con sus súbditos.*

Al llegar el día de nuestra partida, me despedí de Su Alteza el gobernador de Glubbubdrib y regresé con mis dos acompañantes a Maldonada, donde, después de esperar un par de semanas, hubo un barco listo para zarpar a Luggnagg. Aquellos dos caballeros y algunos más tuvieron la generosidad y amabilidad de avituallarme para el viaje y despedirme a bordo. El viaje duró un mes. Tuvimos un violento temporal y nos vimos precisados a navegar hacia el oeste para aprovechar los vientos alisios, que se mantuvieron durante sesenta leguas. El 21 de abril de 1709 entramos en el río de Clumegnig, puerto de mar, al sudeste de Luggnagg. Anclamos a una legua de la ciudad y, por señales, pedimos un piloto. En media hora escasa subieron a bordo y nos guiaron por un peligroso paraje lleno de rocas y arrecifes hasta alcanzar una amplia ensenada que puede cobijar con seguridad toda una flota, a menos de un cable de las murallas de la ciudad.

Bien fuera por descuido o traición, algunos de nuestros marineros informaron a los pilotos de que yo era un extranjero y un gran viajero. Los prácticos dieron aviso a un aduanero que al desembarcar me sometió a un completo interrogatorio. Este funcionario se me dirigió en el idioma de Balnibarbi, que está muy difundido en la ciudad en virtud del tráfico comercial, especialmente entre la clase marinera y los aduaneros. Le hice un somero relato de mis aventuras esforzándome en que fuera lo más verosímil y coherente posible, pero juzgué prudente encubrir mi nacionalidad y dije que era holandés, porque tenía intención de dirigirme al Japón y sabía que los holandeses son los únicos europeos del mundo con permiso de entrada en aquel reino. Por consiguiente, dije al aduanero que habiendo naufragado en la costa de Balnibarbi y sido arrojado a un arrecife, se me había dejado subir a la Isla Flotante o Laputa (de la cual había oído hablar a menudo), y que mi propósito actual era llegar al Japón, desde donde probablemente encontraría un medio de transporte para regresar a mi propio país. El aduanero dijo que debía permanecer bajo arresto hasta que recibiera órdenes de la corte, a cuyo efecto escribiría inmediatamente. Esperaba tener

respuesta en el plazo de dos semanas. Se me llevó a un alojamiento decoroso, con un centinela a la puerta; sin embargo, podía utilizar un jardín exterior y fui tratado de modo muy humano y mi sustento corrió a cargo de la corona. Recibí a diversos visitantes, principalmente por curiosidad, porque había corrido el rumor de que venía de países muy lejanos y completamente desconocidos para ellos.

Contraté de intérprete a un joven que había llegado en el mismo barco; era natural de Luggnagg, pero había vivido varios años en Maldonada y dominaba ambos idiomas a la perfección. Gracias a su ayuda pude conversar con mis visitantes aunque el diálogo se reducía a responder a sus preguntas.

Las instrucciones de la corte llegaron en el plazo previsto. En ellas se ordenaba que, juntamente con mi séquito, fuese conducido a Traldragdubb o Trildrogdrib (creo recordar que se pronuncia de las dos maneras) con una escolta de diez jinetes. Todo mi séquito se componía del pobre muchacho que me servía de intérprete y al que había persuadido de que permaneciera a mi servicio. Ante mi humilde petición, nos proporcionaron una mula para cada uno. Un correo, que nos precedía medio día de camino, fue encargado de notificar nuestra llegada al rey y rogarle que tuviera a bien designar un día y hora para concederme el honor de «lamer el polvo ante su escabel». Esta era la fórmula cortesana y pronto comprobé que era algo más que un mero formulismo. Pues cuando dos días después de mi llegada fui admitido en palacio, se me ordenó tenderme de bruces y lamer el suelo mientras avanzaba; pero gracias a mi condición de extranjero se había barrido el suelo tan cuidadosamente que el polvo no molestaba mucho. Con todo, este es un favor particular que solo se concede a personas del más elevado rango cuando solicitan audiencia. A veces sucede incluso que, cuando la persona que va a ser recibida tiene enemigos influyentes en la corte, se echa polvo sobre el suelo a propósito. Yo he visto a un gran señor con la boca tan repleta que, cuando se hubo arrastrado hasta la distancia reglamentaria del trono, no pudo articular palabra alguna. Y no tiene solución, porque escupir o limpiarse la boca en presencia de Su Majestad durante una audiencia significa la pena capital. Hay otra costumbre con la que no puedo estar del todo conforme. Cuando el rey tiene intención de condenar a muerte a un miembro de la nobleza de un modo suave e indulgente, ordena que se espolvoree el suelo con cierto polvo oscuro, de mortífera composición, que al lamerse mata sin remedio en un plazo de veinticuatro horas. Pero haciendo justicia a la gran clemencia de este príncipe y a su solicitud por la vida de sus súbditos (mucho sería de desear que los monarcas europeos le imitaran en esto) se debe mencionar en su honor que, después de cada ejecución, se dictan severas órdenes para limpiar concienzudamente las zonas envenenadas del suelo; en caso de descuido, la servidumbre corre el riesgo de caer en desgracia. Yo mismo le he oído dar orden de azotar a uno de los pajes que, estando encargado de vigilar que se fregara el suelo después de una ejecución, lo omitió por malicia, y en virtud de tal negligencia,

un joven señor de gran porvenir que llegaba para una audiencia murió desgraciadamente envenenado aunque el rey no albergaba propósito alguno contra su vida. Pero este buen príncipe fue tan clemente como para perdonar al paje los azotes bajo promesa de no hacerlo de nuevo sin órdenes especiales.

Pero basta de digresiones. Cuando me hube deslizado a cuatro yardas del trono me incorporé suavemente sobre las rodillas y luego, golpeando el suelo siete veces con la frente, pronuncié las siguientes palabras —tal como me enseñaron la noche anterior—:

«lckpling gloffthrobb squutserumm blhiop mlashnalt zwin tnodbalkguffh slhiophad gurdlubh asht», tal es la fórmula establecida por las leyes del país para las personas que son admitidas ante la presencia real. Esta puede ser la traducción: «Que la vida de Vuestra Celestial Majestad sea once lunas y media más duradera que la del Sol». A esto el rey respondió algo, a lo cual aunque no lo pude entender, contesté según me habían instruido: «Fluft drin yalerick dwuldom prastrad mirpush», cuya traducción es: «Mi lengua está en la boca de mi amigo», y por esta fórmula se expresaba que solicitaba autorización para que acudiera mi intérprete; por lo que se introdujo el joven anteriormente mencionado y por su mediación respondí a todas las preguntas que Su Majestad me hizo durante una buena hora. Yo hablaba en la lengua de Balnibarbi y mi intérprete traducía a la de Luggnagg.

El rey quedó encantado de la conversación y ordenó a su *Bliffmarklub* o gran chambelán que se nos adjudicase habitación en palacio, con una asignación diaria para comer y una gran bolsa de oro como dinero de bolsillo.

Permanecí tres meses en este país en perfecta obediencia a Su Majestad, que se había dignado concederme su favor y me hizo ofertas muy halagadoras. Pero me parecía más prudente y justo pasar el resto de mis días junto a mi esposa e hijos.

X

Elogio de los lugnaggianos. Descripción detallada de los struldbruggs. Conversaciones que el autor mantiene con varias personas eminentes sobre este tema.

Los lugnaggianos son una gente educada y generosa. Y aunque no carecen del peculiar orgullo de todos los pueblos orientales se muestran muy atentos con los extranjeros, en especial con los que gozan del favor de la corte. Trabé mucha amistad con las personas de la mejor sociedad, y, yendo siempre acompañado por mi intérprete, la conversación no dejaba de ser agradable.

Un día, durante una reunión con gente muy distinguida, uno de ellos me preguntó si había visto a alguno de sus *struldbruggs* o inmortales. Le respondí que no y sentía curiosidad por saber el significado de tal apelativo aplicado a una criatura mortal. Me contestó que, a veces, aunque en raras ocasiones, nacía en una familia un niño con una pequeña señal, roja y circular, en la frente, justo sobre el párpado izquierdo, lo que constituía un signo infalible de que nunca moriría. Esta mancha, tal como me la describió, era aproximadamente del tamaño de una moneda de plata de tres peniques, pero crecía y cambiaba de color a medida que transcurría el tiempo; a los doce años se volvía verde y así continuaba hasta los veinticinco, que se convertía en azul oscuro. A los cuarenta y cinco se tornaba negra como el carbón y del tamaño de un chelín inglés, sin que sufriera ulterior cambio. Dijo que estos nacimientos son tan raros que no creía que hubiese más de mil cien *struldbruggs* de ambos sexos en todo el reino; cincuenta de ellos, según sus cálculos, estaban en la capital; entre los restantes había una niña de tres años. Me dijo que tales nacimientos no son privativos de ciertas familias, sino el mero resultado de la casualidad; los hijos de los mismos *struldbruggs* eran tan mortales como el resto de la gente.

Confieso abiertamente que al escuchar tal relato me sentí embargado de una alegría inexplicable. La persona que me informó entendía el idioma de Balnibarbi, que tan bien hablaba yo, por lo que no pude por menos de proferir algunas exclamaciones tal vez un poco exageradas. Exclamé, pues, en un raptó de entusiasmo:

«¡Feliz la nación donde todo niño nace con al menos una probabilidad de ser inmortal! ¡Feliz el pueblo que disfruta de tantos ejemplos vivientes de virtud anciana, y

que encuentra maestros capaces de enseñar la sabiduría de todos los tiempos pretéritos! Pero ¡más felices aún, fuera de toda comparación, son esos excelentes struldbuggs que han nacido exentos de esta universal calamidad de la naturaleza humana y poseen un espíritu libre, sin la opresión y depresión de la mente originadas por el continuo terror a la muerte!». Expresé mi sorpresa por no haber observado a ninguno de estos ilustres personajes en la corte: la mancha negra en la frente es tan evidente que no habría dejado de reconocerla con facilidad. Y resultaba imposible que Su Majestad, un príncipe tan juicioso, no se hubiese rodeado de un buen número de tales sabios y competentes consejeros. Sin embargo, quizá la virtud de estos sabios venerables era demasiado austera para las corruptas y libertinas costumbres de una corte. Y a menudo encontramos que los jóvenes son demasiado obstinados e inconstantes para dejarse guiar por los buenos consejos de sus mayores. En todo caso, ya que el rey se dignaba admitirme en su real entorno adopté la resolución de, a la primera ocasión, y con ayuda de mi intérprete, manifestarle abierta y extensamente mi opinión sobre este asunto; y siguiera mi consejo o no, a una cosa estaba resuelto: ya que Su Majestad había ofrecido frecuentemente que me estableciera en su país, aceptaría este favor muy agradecido y pasaría mi vida en conversación con los struldbuggs, si estos seres superiores se dignaban admitirme en su círculo.

El caballero a quien yo había dirigido mis palabras —como ya he dicho con anterioridad hablaba el idioma de Balnibarbi— me contestó, con esa especie de sonrisa que produce normalmente la compasión hacia un ignorante, que se sentía muy dichoso por mi decisión de permanecer en su país, fuese cual fuese el motivo, y me pidió autorización para traducir mis palabras a los demás. Así lo hizo y ellos hablaron entre sí durante un rato en su idioma, del que yo no entendía ni palabra; y no pude leer en sus rostros la impresión que mis palabras les habían producido. Después de un breve silencio, el mismo caballero me respondió que esos amigos suyos y míos (tal es la fórmula que se dignó utilizar) estaban muy complacidos con los juiciosos comentarios que habían formulado sobre la gran felicidad y ventajas de la vida inmortal y deseaban saber con detalle cómo habría organizado mi vida si me hubiera tocado en suerte nacer struldbugg.

Le contesté que me sería fácil tratar con elocuencia un tema tan rico y seductor, especialmente en mi caso, que con frecuencia me había entregado a imaginar lo que haría si fuera rey, general o un gran señor. Y este tema, el cómo actuaría y cómo pasaría el tiempo si fuese inmortal, lo había ya considerado con frecuencia.

Si me hubiera tocado en suerte nacer struldbugg, en cuanto hubiese sido consciente de mi privilegiada situación al comprender la diferencia entre la vida y la muerte, habría procurado primero acumular riquezas por todas las artes y métodos. Y podría esperar razonablemente que al cabo de aproximadamente doscientos años de esfuerzos en esa dirección, junto con un sentido del ahorro y de buena administración,

podría convertirme en el hombre más acaudalado del reino. En segundo lugar, me dedicaría desde muy joven al estudio de las artes y las ciencias, a fin de, con el tiempo, sobre pasar a todos en sabiduría. Finalmente anotaría con cuidado todos los hechos y acontecimientos importantes ocurridos en público, trazaría de modo imparcial la personalidad de los diferentes príncipes y grandes ministros de Estado, añadiendo en todos los casos mis observaciones. Anotaría con precisión los diversos cambios de costumbres, lenguajes, modas en el vestir, alimentación y diversiones. Con todas estas aportaciones me convertiría en un tesoro viviente de conocimiento y sabiduría, y sin duda llegaría a ser el oráculo de la nación.

No me volvería a casar después de los sesenta, sino que viviría de modo hospitalario, pero tendiendo a ahorrar. Me consagraría a educar y dirigir las mentes de jóvenes prometedores, convenciéndoles, merced a mis recuerdos, vivencias y experiencia apoyados en numerosos ejemplos, de cuán útil resulta la virtud tanto en la vida pública como en la privada. Pero la elección de mis compañeros predilectos recaería en un grupo de mi hermandad inmortal, de los cuales elegiría una docena, desde los más antiguos hasta mis propios coetáneos. Si alguno de ellos careciera de fortuna le proporcionaría adecuado alojamiento en torno a mi propia hacienda; siempre tendría a alguno de ellos sentado a mi mesa, mezclando solo algunos de los mortales a quienes el paso del tiempo me avezaría a perder con poco o ningún disgusto y trataría de semejante manera a vuestra posteridad; como quien se alegra al ver brotar de nuevo cada año los claveles y tulipanes en su jardín, sin deplorar la desaparición de las flores que se marchitaron el año anterior.

Esos *struldruggs* y yo intercambiaríamos nuestras experiencias y recuerdos durante el transcurso del tiempo; observaríamos los distintos grados de corrupción que minan el mundo y lucharíamos contra ella punto por punto, prodigando a los hombres nuestras advertencias y consejos. Todo ello, junto con el poderoso influjo de nuestro ejemplo, contribuiría posiblemente a impedir esa incesante degeneración del género humano que, no sin razón, se deplora a través de los siglos.

Añádase a esto el placer de presenciar las diversas revoluciones de estados e imperios; las transformaciones en el mundo inferior y superior, antiguas ciudades en ruinas, y la transformación de villorrios en sedes de la realeza, de ríos famosos en riachuelos, de océanos inundando una costa y dejando seca otra, y el descubrimiento de países ignotos; la recaída en la barbarie de las naciones más civilizadas y la transformación de la más bárbaras en civilizadas. Presenciaría el descubrimiento de la longevidad, el movimiento continuo, la medicina universal y el perfeccionamiento máximo de muchos otros grandes inventos.

Los descubrimientos en el campo de la astronomía serían asombrosos, sobreviviendo a nuestras predicciones para confirmarlas mediante el estudio del paso y

regreso de los cometas, con los cambios de movimiento en el Sol, la Luna y las estrellas.

Me extendí en otros temas que me ofrecía fácilmente el natural deseo de vida inmortal y felicidad terrenal. Cuando terminé y el sentido de mi discurso se tradujo como antes, se pusieron a discutir animadamente en su idioma no sin algunas risas a costa mía. Finalmente, el mismo personaje que había sido mi intérprete fue invitado por el resto a corregirme en unos pocos errores en los que había incurrido debido a la general debilidad de la naturaleza humana, lo que constituía motivo suficiente para excusarlos. Esta raza de struldbruggs era peculiar de este país y no existía ni en Balnibarbi ni en Japón, donde él había tenido el honor de ser embajador de Su Majestad, encontrando que los naturales de estos dos reinos a duras penas creían en la posibilidad de este hecho y se echaba de ver por las expresiones más de asombro la primera vez que se me mencionó este asunto, que yo lo había recibido como algo enteramente novedoso y difícilmente creíble. Durante su misión en los dos reinos antes mencionados mantuvo muchas conversaciones en que se veía que la larga vida era el deseo y ansia universal de la humanidad. El que tenía un pie en la tumba procuraba mantener el otro atrás el mayor tiempo posible. Los más ancianos todavía abrigaban la esperanza de vivir un día más y consideraban que la muerte era el peor de los males, del que la naturaleza siempre les invitaba a huir. Solamente en esta isla de Luggnagg este deseo no sigue tan vivo, debido a que tienen constantemente ante sí el ejemplo de los struldbruggs.

El sistema de vida que yo había pensado era injusto y absurdo porque suponía una duración eterna de la juventud, salud y fortaleza que nadie sería tan necio como para esperar por grandes que fueran sus deseos.

La cuestión radicaba, por consiguiente, no tanto en si alguien optaría por vivir en una temprana juventud próspera y saludable a la vez, sino en cómo viviría una vida inmortal con todos los acostumbrados inconvenientes inherentes a la vejez. Porque aunque pocas personas confesarían su deseo de inmortalidad bajo condiciones tan duras, él había observado en los dos reinos de Balnibarbi y Japón, anteriormente mencionados, que todos deseaban aplazar su muerte por un tiempo, cuanto más largo mejor, y solo en raras ocasiones había oído que alguien hubiera muerto de buen grado, excepto incitado por situaciones de tortura o dolencia extremas. Y me preguntó si en el transcurso de mis viajes o en mi país no había observado esta análoga disposición generalizada.

Tras este preámbulo, me hizo un informe pormenorizado sobre sus struldbruggs. Hasta los treinta años suelen actuar como el resto de los mortales; después de esta edad, poco a poco, empiezan a sentirse melancólicos y deprimidos cada vez más hasta los ochenta. Sabía estos detalles por confidencias personales, ya que su número es muy escaso para someterlos a un estudio generalizado (no nacen más de dos o tres

por generación). Al llegar a los ochenta años, que se calcula que es el máximo de vida en el país, ya tienen no solo todos los achaques físicos y mentales de los ancianos, sino muchos otros ocasionados por la horrorosa perspectiva de no morir jamás. No solo son testarudos, malhumorados, codiciosos, susceptibles, vanidosos y habladores, sino incapaces de toda amistad y muertos para todo afecto natural, que nunca baja más allá de sus nietos. Sus pasiones dominantes son la envidia y los deseos imposibles. Los objetivos más directos de su envidia lo constituyen los vicios de la juventud y la muerte de los ancianos. Al pensar en los primeros, se encuentran privados de cualquier posibilidad placentera; y cuando contemplan un funeral se lamentan y gimen porque otros se han ido al puerto del descanso al que ellos mismos jamás tendrán la esperanza de llegar. No recuerdan nada sino lo que han aprendido o visto en su juventud y madurez y aun así de modo imperfecto. Y es más seguro basarse en la tradición popular que en el más lúcido de sus recuerdos para averiguar la veracidad o detalles de un hecho. Los menos desgraciados entre ellos parecen ser los que se entregan a la chochez y pierden por completo sus recuerdos. Estos cuentan con más piedad y ayuda por no tener los numerosos defectos de los restantes.

Si un *struldbugg* se casa con alguien de su especie, el matrimonio es disuelto de oficio por la cortesía del reino al alcanzar el más joven los ochenta años. La ley considera que es una concesión razonable que los condenados sin culpa propia a una vida terrena inmortal no vean doblada su condición miserable con el peso de una esposa.

A esta edad se les considera muertos a efectos legales; sus bienes pasan a manos de sus herederos y solo disponen de una pequeña asignación para su sustento (los pobres la reciben del erario público). A partir de entonces están también incapacitados para el desempeño de cualquier empleo de confianza o renumerado, no pueden adquirir posesiones ni tenerlas en arriendo, ni testificar en juicio civil o criminal, ni en cuestiones de regadío o lindes.

A los noventa se les caen los cabellos y dientes y no distinguen el sabor de los alimentos: comen o beben lo que sea, sin experimentar gusto ni apetito. Las enfermedades a las que están sujetos continúan sin aumentar ni disminuir. Al hablar se olvidan del nombre ordinario de las cosas y los nombres de las personas, incluso los de sus parientes y amigos más íntimos. Por el mismo motivo no se entretienen con lecturas, porque cuando acaban de leer una frase no se acuerdan del principio. Este fallo les priva de la única diversión con la que se habrían podido entretener.

Los *struldbuggs* de una generación no entienden a los de otra, ya que el idioma de esta nación evoluciona constantemente. A partir de los doscientos años son incapaces de conversar con los mortales que los rodean (salvo unas pocas palabras comunes); así tienen la desgracia de vivir como forasteros en su propio país.

Esta es la descripción, por lo que recuerdo, que se me hizo de los struldbruggs. Después vi a cinco o seis de diversas edades que en distintas ocasiones me trajeron algunos de mis amigos; el más joven no rebasaba los doscientos años. Aunque habían sido advertidos de que yo era un gran viajero y que había recorrido el mundo, no sentían la menor curiosidad de interrogarme. Solo deseaban que les diese un *slumskudask*, un pequeño recuerdo, lo que constituye una forma disimulada de mendicidad, cosa terminantemente prohibida por la ley, ya que se les mantiene con los fondos públicos aunque a decir verdad su asignación es muy pequeña.

Todos los odian y desprecian. El nacimiento de uno de ellos se considera de mala suerte y se consigna con mucho cuidado la fecha de nacimiento de modo que se pueda saber su edad consultando el registro público, que sin embargo no se remonta más allá del milenio: el tiempo o los desórdenes públicos han destruido el resto. El modo usual de comprobar su edad es preguntarles los reyes o personajes que recuerdan y comprobarlo con la historia pues infaliblemente el último rey que recuerdan empezó a reinar cuando ellos no habían alcanzado los ochenta años.

Jamás había visto nada de aspecto tan repugnante, aunque las mujeres eran aún más horribles. Además de las usuales deformidades de la edad avanzada adquirían un adicional aspecto de espectros, proporcional a su edad. Pronto distinguí a la más vieja —a pesar de no haber entre ellas más de un siglo o dos de diferencia— de entre media docena.

El lector creerá con facilidad que, ante lo presenciado y visto, mi ardiente deseo de perpetuidad de vida se había enfriado considerablemente. Me sentía avergonzado de mis placenteras quimeras y consideré que ningún tirano sería capaz de concebir una muerte a la que yo no me arrojara gustosamente para huir de semejante vida. El rey se enteró de todo lo sucedido entre sus amigos y yo sobre este asunto y me tomó el pelo de modo muy amistoso, deseando que enviase a un par de struldbruggs a mi propio país para curar a mis conciudadanos del temor a la muerte. Pero esto parece que lo prohíben las leyes fundamentales del reino. En caso contrario, yo habría corrido complacido con todos los gastos y molestias del transporte.

Me fue preciso reconocer que las leyes del reino referentes a los struldbruggs se cimentaban en poderosísimas razones. En semejantes circunstancias cualquier otra nación habría necesariamente adoptado las mismas medidas. De otro modo, al ser la avaricia secuela lógica de la ancianidad, con el tiempo estos inmortales se adueñarían de toda la nación y conquistarían el poder. Y, dada su incapacidad, llevarían al Estado a la ruina.

XI

*El autor abandona Luggnagg y zarpa para el Japón.
De allí regresa a Amsterdam en un barco holandés
y luego a Inglaterra.*

He creído que este relato sobre los struldbruggs podría resultar de interés para el lector, pues se sale de lo corriente. Al menos, no he encontrado nada parecido en ningún libro de viajes que haya caído en mis manos, y si estoy equivocado tengo una excusa: cuando los viajeros describen el mismo país, muy a menudo destacan los mismos detalles sin que se les pueda tildar de transcribir o plagiar a los escritores precedentes.

Hay, ciertamente, un tráfico continuo entre este reino y el gran imperio japonés, y es muy probable que los autores japoneses hayan escrito algo sobre los struldbruggs; pero mi estancia en Japón fue tan breve y mi desconocimiento del japonés tan grande que no pude informarme debidamente. Espero que ante esta sugerencia mía, los holandeses sean lo bastante capaces y curiosos para investigarlo.

Su Majestad me había ofrecido con reiteración un cargo en la corte, pero ante el firmísimo propósito de regresar a mi país natal, se dignó concederme la autorización de salida y tuvo a bien entregarme una carta de presentación, de su puño y letra, para el emperador del Japón. Asimismo me regaló cuatrocientas cuarenta y cuatro monedas de oro (les gusta utilizar números con la misma cifra) y un diamante rojo que vendí por cien mil libras en Inglaterra.

El 6 de mayo de 1709 me despedí con toda solemnidad de Su Majestad y de todos sus amigos. El príncipe tuvo la amabilidad de darme escolta hasta Glanguenstald, que es el puerto real en la zona sudoeste de la isla. Al cabo de seis días encontré un barco que zarpaba para el Japón, adonde llegué después de quince días de viaje. Desembarcamos en Xamoschi, pequeña ciudad marítima al sudeste del Japón. La ciudad se extiende al oeste de un estrecho que domina la entrada sur de un brazo de mar en cuyo extremo, y en la costa noroeste, se encuentra la capital del imperio, Yedo. Al desembarcar mostré a los aduaneros mi carta de presentación escrita por el rey de Luggnagg a Su Majestad Imperial. Identificaron el sello fácilmente: era ancho como la palma de mi mano. El lema era: *Un rey ayudando a levantarse del suelo a un mendigo*

tullido. Los magistrados de la ciudad, al enterarse de mi carta, me recibieron como un legado oficial, me asignaron servidores y un medio de transporte hasta Yedo, donde se me concedió audiencia en la que entregué mi carta, que se abrió con gran ceremonia y su contenido fue explicado al emperador por un intérprete. Este, por indicación de Su Majestad, me comunicó que hiciera las súplicas que quisiera, y me serían concedidas por amor hacia su real hermano de Luggnagg. Esta persona, que también trabajaba de intérprete en las transacciones comerciales con los holandeses, pronto adivinó por mis facciones que era europeo y, por consiguiente, repitió las órdenes de Su Majestad en bajo holandés, que hablaba a la perfección. Le contesté (tal como ya había decidido) que era un mercader holandés, que había naufragado en un país muy lejano, de donde había llegado por tierra y mar a Luggnagg y de allí embarcado para el Japón. Sabía que mis paisanos comerciaban a menudo con este país y esperaba aprovechar uno de estos viajes para regresar a Europa. En consecuencia supliqué muy humildemente a Su Majestad que dictase las órdenes pertinentes de conducirme a salvo a Nagasaki. A continuación le supliqué también que en atención a mi protector, el rey de Luggnagg, me dispensase de la obligación impuesta a mis compatriotas de *pisotear el crucifijo*, pues había ido a parar al Japón por lances desafortunados, sin propósitos comerciales. Cuando se le tradujo esta última petición, el emperador pareció sorprenderse un poco y me contestó que creía que yo era el primero de mis conciudadanos que había puesto objeciones a este punto y que comenzaba a dudar que fuese un verdadero holandés; sospechaba que más bien debía de ser cristiano. Sin embargo, por los motivos que había expuesto y, sobre todo, para dar satisfacción al rey de Luggnagg con una prueba especial de su predilección, estaba dispuesto a satisfacer este singular capricho. Pero debía hacerse con habilidad y sus oficiales debían simular olvido pues me aseguró que si la verdad se descubría, mis compatriotas holandeses me degollarían durante el viaje. A través del intérprete le di las gracias por este favor tan inusitado. Y como se encontraban en aquellos días unas tropas en marcha hacia Nagasaki, su jefe recibió la orden de llevarme allí sano y salvo; sobre el tema del crucifijo recibió instrucciones específicas.

Llegué a Nagasaki el 9 de junio de 1709, después de un largo y desagradable viaje. Pronto me topé con un grupo de marinos holandeses enrolados en el *Amboyna* de Amsterdam, un sólido mercante de 450 toneladas. He vivido mucho tiempo en Holanda mientras estudiaba en Leyden y hablaba holandés correctamente. Los marinos pronto se enteraron de la última etapa de mi viaje y me hicieron numerosas preguntas acerca de mi vida y mis viajes. Inventé una historia lo más corta y verosímil posible, pero les oculté casi todo. Conocía a mucha gente en Holanda y fui capaz de inventar nombres para mis padres, que aseguré eran gente humilde de la provincia de Guelderland. Estaba dispuesto a dar al capitán (un tal Theodorus Vangrult) lo que me pidiera por el pasaje a Holanda; pero al enterarse de que era médico se contentó con

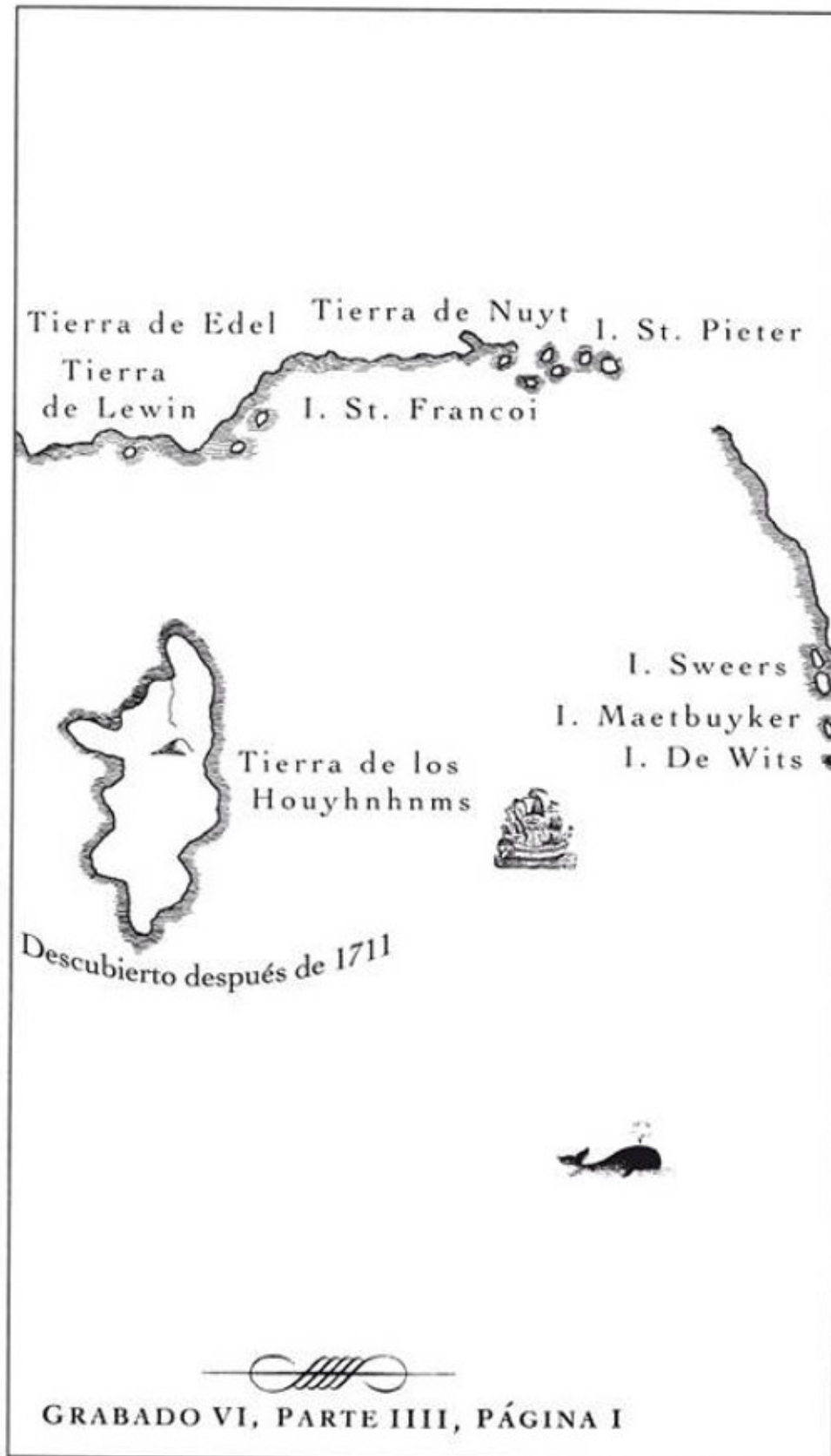
la mitad de la tarifa normal a condición de que les prestase mis servicios. Antes de zarpar, algunos de los tripulantes me preguntaban a menudo si había ejecutado la formalidad antes mencionada. Eludí la pregunta con respuestas generales diciendo que me había doblegado a las exigencias del emperador y la corte en todos los puntos. Sin embargo, un contraamaestre malicioso y pícaro abordó a un funcionario japonés y, señalándome con el dedo, le dijo que yo todavía *no había pisoteado el crucifijo*. Pero este, que había recibido instrucciones de franquearme el paso, propinó al granuja veinte golpes en la espalda con una caña de bambú. Después de esto nadie me importunó con tales preguntas.

Nada digno de mención durante la travesía. Navegamos con viento favorable hasta el cabo de Buena Esperanza, donde nos detuvimos solo para aprovisionarnos de agua potable. El 16 de abril llegamos a Amsterdam sin novedad; solamente habíamos perdido cuatro hombres: tres murieron de enfermedad y el cuarto cayó del palo de mesana al mar, no lejos de las costas de Guinea. Pronto encontré un pequeño navío, del mismo Amsterdam, que me llevó de este puerto a Inglaterra.

El 20 de abril de 1710 recalamos en las Downs. Desembarqué al día siguiente: de nuevo veía mi país natal, después de una ausencia de exactamente cinco años y seis meses. Me encaminé directamente a Redriff, adonde llegué el mismo día a las dos de la tarde: mi mujer e hijos gozaban de buena salud.

CUARTA PARTE

VIAJE AL PAÍS DE LOS HOUYHNHNMS



*El autor emprende un viaje al mando de un barco.
La tripulación conspira contra él, le encierra en su camarote
durante mucho tiempo y lo abandona en una tierra
desconocida. Se adentra en el país. Se describen
los yahoos, una especie animal. El autor se encuentra
con dos houyhnhnms.*

Si hubiera aprendido la lección de saber lo que es el bienestar, los casi cinco meses que permanecí en casa con mi mujer e hijos habrían sido de total felicidad. Dejé a mi pobre mujer esperando un hijo y acepté el ventajoso ofrecimiento de ser capitán del *Adventure*, un sólido barco mercante de trescientas cincuenta toneladas. Yo era un navegante experto y, cansado como estaba de ser médico de a bordo, enrolé en mi barco a un tal Robert Purefoy, un joven y habilidoso conocedor del oficio. Partimos de Portsmouth el 7 de septiembre de 1710; el 14 nos reunimos en Tenerife con el capitán Pocock, de Bristol, que se dirigía a la bahía de Campeche, para cortar palo campeche. El 16, una tormenta nos separó; a mi regreso me enteré de que su barco se había ido a pique y que un grumete había sido el único superviviente. Era un hombre honrado y un buen marino, pero aferrado en exceso a sus ideas, lo cual ocasionó su muerte y la de los demás. Porque si hubiera seguido mis consejos, estaría actualmente sano y salvo en casa con su familia, como yo.

Varios miembros de mi tripulación murieron a causa de fiebres, de modo que me vi obligado a reemplazarlos en las islas Barbados y en las de Sotavento, lugares donde recalé por indicación de los comerciantes que me habían contratado. De ello tendría pronto buena ocasión de arrepentirme, pues más tarde me enteré de que habían sido bucaneros en su mayoría. Llevaba cincuenta hombres a bordo y tenía órdenes de comerciar con los indios de los mares del Sur y efectuar todos los descubrimientos posibles. Los rufianes que había contratado corrompieron a los otros tripulantes y conspiraron para apresarme y apoderarse del barco, lo cual hicieron una mañana, irrumpiendo violentamente en mi camarote; me ataron de pies y manos, amenazándome con tirarme por la borda si ofrecía resistencia. Yo les dije que era su prisionero, doblegándome a su voluntad. Me pidieron que lo jurase y a continuación

me desataron; amarraron una de mis piernas con una cadena a mi cama y colocaron un centinela delante de mi puerta con su arma cargada y con órdenes de matarme a tiros si intentaba escapar. Los amotinados me trajeron comida y bebida y tomaron a su cargo el gobierno del barco. Su plan era hacerse piratas y desvalijar barcos españoles, cosa que no podían hacer hasta que tuvieran más hombres. En consecuencia, decidieron vender primero el cargamento y luego ir a Madagascar para reclutar más gente, ya que durante mi cautiverio habían muerto varios de ellos. Navegaron varias semanas y comerciaron con los indios, pero yo no sabía adónde íbamos, pues me tenían severamente confinado en mi camarote. Ante sus frecuentes amenazas, morir asesinado era lo único que me cabía esperar de ellos.

El 9 de marzo de 1711 un tal James Welch bajó a mi camarote y me dijo que el capitán le había ordenado desembarcarme. Traté en vano de discutir con él; ni siquiera me comunicó el nombre del nuevo capitán. Me obligaron a subirme a la chalupa, me permitieron vestirme con mi mejor ropa, prácticamente nueva, y un hatillo de ropa interior, con mi sable por única arma y fueron tan corteses como para no registrar mis bolsillos, donde guardaba todo mi dinero y otros enseres imprescindibles. Bogaron cosa de una legua y me soltaron en una playa. Supliqué que me dijese qué país era aquel, pero todos me juraron que lo sabían tanto como yo, y añadieron que el denominado por ellos capitán había decidido desembarazarse de mí en la primera tierra firme que avistasen, una vez vendido el cargamento. Mientras se alejaban y despedían de mí, me advirtieron que debía apresurarme si no quería ser arrastrado por la marea.

En tan precaria situación avancé y pronto llegué a tierra firme. Me senté en un talud para descansar y considerar lo que debía hacer. Cuando hube recuperado un poco las fuerzas me interné por el país, resuelto a entregarme a los primeros salvajes que encontrara y a comprar mi vida por algunos brazaletes, cuentas de cristal, y otras baratijas de las que un marino siempre lleva consigo en sus viajes, como era mi caso. La tierra aparecía dividida por largas hileras de árboles que no habían sido plantados simétricamente, sino que crecían espontáneamente. Había abundancia de pastos y algunos campos de avena. Avanzaba con mucha cautela ante el temor de un ataque por sorpresa o de un flechazo por la espalda o por los flancos. Llegué a un camino donde vi numerosas huellas de pies humanos y de algunas vacas, y especialmente de caballos. Finalmente divisé diversos animales en un campo, y uno o dos de su misma especie encaramados a los árboles. El aspecto de estos animales era muy peculiar y deforme, lo que me intranquilizó un poco, de modo que me agazapé detrás de una espesura para observarlos mejor. Como algunos se aproximaron a mi escondite, tuve la oportunidad de observar su cuerpo con claridad. Tenían las cabezas y pechos cubiertos de una espesa pelambrera, rizada en unos casos, lacia en otros. Llevaban barbas de chivo y una abundante cabellera les caía por la espalda, y por la parte

anterior de sus patas y pies. El resto de su cuerpo estaba desnudo, y pude divisar su piel, de color marrón oscuro. Carecían de cola y sus nalgas estaban peladas, excepto alrededor del ano. Supongo que la naturaleza se lo había dado así como protección para sentarse en el suelo, pues era esa una postura que solían adoptar, así como tenderse y a menudo erguirse sobre sus patas traseras. Se encaramaban a los árboles más altos tan ligeros como ardillas, pues sus patas delanteras y traseras estaban equipadas de recias garras, rematadas por encorvadas y afiladas uñas. Brincaban a menudo y saltaban con una agilidad prodigiosa. Las hembras eran de menor tamaño que los machos. Llevaban la cabeza cubierta de largo pelo liso y solo una especie de plumón por el resto del cuerpo salvo alrededor del ano y de las partes vergonzosas. Sus excrementos les colgaban entre las patas traseras, y a menudo rozaban el suelo mientras caminaban. El pelo de ambos sexos era de color variable: castaño, rojo, negro y amarillo. En conjunto, en ninguno de mis viajes había encontrado animal más desagradable y que produjera un rechazo tan instintivo. Considerando que había visto lo suficiente, me incorporé, lleno de desprecio y aversión, y proseguí por el camino abierto con la esperanza de que me llevara a la choza de algún indio. Apenas había adelantado unos pasos, me encontré en pleno camino con una de esas criaturas que avanzaba directamente hacia mí. Este monstruo espantoso, al verme, deformó de diversos modos todas las facciones y me contempló fijamente como algo que no había visto nunca. Luego se aproximó y levantó la pata delantera, no podía decir si por curiosidad o con aviesas intenciones. Pero yo desenvainé mi sable y le asesté un golpe de plano, pues no me atrevía a utilizar el filo temiendo que los habitantes se sintieran provocados si mataba o mutilaba a su ganado. Cuando sintió el impacto, retrocedió y lanzó un enorme chillido, de modo que una manada de al menos cuarenta de su especie salieron del prado contiguo y me rodearon, aullando y haciendo horribles muecas, pero corrí a apoyar la espalda en el tronco de un árbol y los mantuve a raya con unos cuantos molinetes de sable. Varios miembros de esta raza maldita saltaron a las ramas traseras del árbol y desde allí empezaron a defecar sobre mi cabeza. Con todo, salí bastante bien librado al pegarme muy de cerca al tronco, aunque el olor de la suciedad que llovía por todos lados casi me asfixiaba.

En medio de ese apuro, vi que todos echaban súbitamente a correr. Me atreví a dejar mi cobijo y proseguir mi camino preguntándome por la causa de ese espanto. Al mirar a mi izquierda, vi que un caballo avanzaba por el campo tranquilamente: mis perseguidores habían echado a correr en cuanto lo habían divisado. Cuando se me aproximó, el caballo se mostró un poco sorprendido, pero pronto se recuperó y me miró directamente a los ojos con muestras inequívocas de asombro. Contempló mis pies y manos, y dio varias vueltas a mi alrededor. Yo iba a proseguir mi camino, pero se cruzó en medio, sin ofrecer aspecto amenazador y con una actitud pacífica. Así permanecimos mirándonos cara a cara durante un rato. Finalmente me atreví a

alargarle la mano para acariciarle el cuello con los gestos y silbidos que utilizan los jockeys cuando han de vérselas con un caballo extraño. Pero este animal pareció recibir con desprecio mis cortesías, arrugó el entrecejo y, levantando su pata delantera izquierda, apartó mi mano con suavidad. A continuación lanzó tres o cuatro relinchos de tan diferente cadencia que tuve la impresión de que hablaba consigo mismo en un lenguaje propio.

En esta situación estábamos, cuando otro caballo se nos aproximó. Saludó al primero con exquisita formalidad, y luego se entrechocaron con suavidad el remo anterior derecho, intercambiando relinchos de tonos diferentes que parecían casi articulados. Se alejaron unos pasos, como si quisieran conferenciar, paseando uno al lado del otro, de un punto a otro varias veces, como personas que deliberan sobre un asunto importante, pero lanzándome frecuentes miradas, como vigilando para que no me escapara. El comportamiento y las maneras de estos brutos animales me dejó atónito y llegué a la conclusión de que si la inteligencia de los habitantes de aquel país era proporcional a la de sus caballos, debían de ser necesariamente los más sensatos sobre la faz de la tierra. Este pensamiento me reconfortó enormemente, de modo que decidí proseguir hasta que avistara algún caserío o pueblo, o encontrara a alguno de los nativos, dejando que los caballos siguieran platicando el rato que quisieran. Pero el primero, que era de color gris moteado, al ver que me iba, me siguió con un relincho tan expresivo que imaginé que lo entendía. En consecuencia, volví atrás y me aproximé a él, en espera de nuevas órdenes, intentando ocultar mis temores, ya que empezaba a abrigar cierta preocupación sobre el desenlace de este incidente. No le resultará difícil al lector creer que aquella situación no me gustaba demasiado.

Los dos caballos se me acercaron, contemplando mi cara y mis manos con gran interés. El caballo gris frotó mi sombrero con su casco delantero derecho, dejándolo tan deformado que me vi precisado a darle forma de nuevo, antes de volvérmelo a colocar, ante lo cual tanto él como su compañero —un bayo castaño— se mostraron enormemente sorprendidos. El segundo palpó los faldones de mi casaca y, al descubrir que colgaban sueltos alrededor de mí, dieron ambos nuevas muestras de asombro. Dio golpecitos a mi mano derecha, pareciendo admirar su color y suavidad; pero me la apretó con tal fuerza entre sus cuartillas y sus cascos que no pude dejar de lanzar un grito; tras lo cual me palparon con toda la suavidad posible. Mis zapatos y medias les intrigaban enormemente; los palpaban con frecuencia intercambiando relinchos y gesticulando como un filósofo que intenta solucionar un enigma nuevo y difícil.

En conjunto, el proceder de estos animales era tan ordenado y racional, tan sagaz y sesudo, que llegué a la conclusión de que debían de ser unos magos, que por uno u otro motivo así se habían transformado, y que al ver a un extraño en el camino, habían decidido divertirse a su costa; o quizá experimentaban un sincero asombro al

contemplar a un hombre de vestimenta, complexión y semblante tan diferente de los que probablemente vivían en una tierra tan remota. Apoyándome en la fuerza de mi razonamiento, me aventuré a hablarles de la siguiente manera: «Caballeros, si sois magos (tengo mis buenos motivos para creerlo), podéis entender cualquier idioma. Por consiguiente me atrevo a comunicar a Sus Señorías que soy un pobre inglés desamparado, arrojado a vuestras costas por sus infortunios. Suplico que uno de vosotros se deje montar sobre su lomo, como si de un verdadero caballo se tratara, hasta un caserío o pueblo donde me puedan socorrer. En pago a este favor os regalaré este cuchillo y este brazalete», y los saqué de mi bolsillo. Mientras yo hablaba, estas dos criaturas parecieron escucharme muy atentamente. Cuando hube terminado, intercambiaron relinchos como si mantuvieran una conversación importante. Observé abiertamente que su lenguaje reflejaba a la perfección las pasiones y que con un pequeño esfuerzo las palabras se podrían transcribir en un alfabeto más fácil que el chino.

Pude distinguir el término *yahoo* que los dos repitieron varias veces y, aunque me resultara imposible descifrar su significado, mientras los dos caballos estaban conversando, traté de ensayar esa palabra en mi lengua y cuando callaron exclamé «yahoo» con atrevimiento y en voz alta, imitando a la vez, lo más aproximadamente posible, el relincho de un caballo. Esto los sorprendió visiblemente y el gris moteado me repitió dos veces la misma palabra, como si quisiera enseñarme el acento correcto; la repetí lo mejor que pude, y cada vez noté una mejora perceptible, aunque distase mucho de la perfección. Entonces el bayo me propuso otra palabra mucho más difícil de pronunciar y cuya transcripción en ortografía inglesa sería aproximadamente *houyhnhnm*. No salí con esta tan bien librado como con la primera, aunque tuve algo más de éxito después de dos o tres tentativas, y ambos parecieron sorprendidos de mi inteligencia.

Después de un posterior intercambio de palabras —conjeturo que se referían a mí— se despidieron, con el mismo ceremonial de entrechocarse los cascos. El gris moteado me hizo señas de que caminase delante de él: juzgué oportuno obedecerle mientras no encontrara mejor directivo. Cuando aminoraba el paso, él gritaba:

«Hhuun, hhuun». Adiviné su significado e intenté explicarle, como pude, que estaba muy fatigado y que no podía caminar más rápido; entonces se paró un rato para que descansara.

II

El autor es llevado a casa de un houyhnhnm. Descripción de la misma. Acogida al autor. El alimento de los houyhnhnms. Dificultades del autor por falta de comida al fin resueltas. Su modo de alimentarse en aquel país.

Al cabo de unas tres millas llegamos a una especie de edificio alargado, construido a base de vigas empotradas en tierra y entrelazadas entre sí. El techo era bajo y de paja. Empecé a sentirme un poco más animado y saqué algunas de las baratijas que llevan los viajeros para regalarlas a los indios salvajes de América o de otros lugares, esperando que me dispensarían un amistoso recibimiento los habitantes de la casa. El caballo me indicó que entrase el primero. La habitación era amplia con suelo liso de arcilla. A lo largo de una de las paredes se extendía un pesebre con su comedero. Había tres caballitos y dos yeguas. No comían, sino que algunos estaban sentados sobre sus ancas, lo que me llenó de asombro, pero me sorprendió aún más el ver cómo los otros se dedicaban a las ocupaciones domésticas. Tenían aspecto de ganado ordinario, lo que no hizo sino confirmar mi primera impresión de que el pueblo que podía civilizar hasta tal punto a animales irracionales debía sobrepasar en inteligencia a todas las naciones del universo. El caballo gris penetró detrás de mí, con lo que impidió cualquier posible mal trato por parte de los restantes. Les relinchó varias veces en estilo autoritario y ellos le contestaron.

A continuación de aquel cuarto había otros tres, que ocupaban la casa en toda su longitud. Se pasaba de uno a otro a través de tres puertas alineadas, lo que proporcionaba una bella perspectiva. Atravesamos el segundo cuarto en dirección al tercero, y aquí el caballo gris me indicó que esperase y entró primero. Aguardé, pues, en el segundo cuarto y mientras tanto preparé los regalos para el dueño y la dueña de la casa, es decir: dos cuchillos, tres pulseras de perlas falsas, un pequeño espejo y un collar de cuentas. El caballo dio tres o cuatro relinchos y yo esperé escuchar la respuesta en forma de voz humana, pero las únicas contestaciones se dieron en igual dialecto, solo que una o dos eran un poco más agudas que la suya. Comencé a creer que esa casa debía de pertenecer a una persona de elevado rango, pues la concesión de audiencia iba precedida de tan largo ritual. Pero que una persona de categoría

tuviese caballos como únicos criados superaba mi comprensión. Temía que mi cerebro se hubiese trastornado a causa de las pruebas y reveses de la fortuna. Traté de volver en mí y recorrí con la vista la sala donde me habían dejado solo: estaba arreglada como la primera, si bien un poco más elegante. Me froté los ojos varias veces, pero seguía viendo los mismos objetos. Me di pellizcos en los brazos y costados esperando despertar de un sueño y llegué a una conclusión definitiva: todo aquello no era sino cosa de magia o nigromancia.

Pero no tuve ocasión de proseguir con estas reflexiones. El caballo gris se acercó a la puerta y me hizo señas de que lo siguiera a la tercera habitación, donde vi a una hermosísima yegua, acompañada de un potro y una potranca, sentados todos sobre sus ancas en esteras de paja, confeccionadas no sin arte y enteramente limpias y ordenadas.

Apenas hube entrado, la yegua se levantó de su esterilla y acercándoseme examinó con atención mis manos y cara y me lanzó una mirada sumamente despectiva; luego se volvió al caballo y oí que ambos repetían la palabra *yahoo* con frecuencia. No pude comprender entonces su significado, aunque era la primera que había aprendido a pronunciar, pero, para mi tormento, pronto la comprendí con claridad. El caballo me hizo gestos con la cabeza y repitió como en el camino la expresión *hhunn, hhunn*, que interpreté como que debía seguirlo, y me condujo a una especie de patio donde había otro edificio a cierta distancia de la casa. Entramos en él y vi a tres de las horrendas criaturas que había encontrado apenas llegar, comiendo raíces y la carne de unos animales (después descubrí que era de perros o de asnos; a veces también les dan una vaca muerta por accidente o enfermedad). Todos estaban sujetos por el cuello a una viga mediante gruesas lianas; sostenían la comida entre las garras de las patas delanteras y la desgarraban con los dientes.

El caballo amo ordenó a un rocín alazán, uno de sus criados, que desatase al mayor de dichos animales y lo llevara al patio. A esa bestia y a mí nos colocaron uno al lado del otro y a continuación amo y criado compararon nuestro aspecto punto por punto, tras lo cual ambos repitieron varias veces la palabra *yahoo*. Mi horror y estupefacción fueron indescriptibles cuando descubrí, en ese inmundo animal, una figura humana perfecta. Ciertamente, su rostro era plano y ancho, la nariz achatada, los labios gordos y la boca grande. Pero estas características son comunes a todas las naciones salvajes, donde las facciones del rostro están desfiguradas por la costumbre indígena de dejar a los niños de bruces en el suelo o de aplastarles el rostro contra los hombros de la madre que los lleva a sus espaldas. Las patas delanteras del *yahoo* solo diferían de mis manos en la longitud de las uñas, la callosidad y el tono oscuro de las palmas, y el espeso vello del dorso. Existía la misma semejanza y diferencia en nuestros pies —los caballos no lo advertían por mis zapatos—. Lo mismo podía decirse del resto del

cuerpo, que únicamente se distinguía, tal como he dejado anteriormente expuesto, por la pelambrera y el color.

La gran dificultad que parecía preocupar a estos dos caballos consistía en ver que el resto del cuerpo era bien distinto del de los yahoos, hecho que agradecí a mis vestidos, pues no sabían lo que eran. El rocín alazán me ofreció una raíz que sostenía (a su manera, que describiré en su momento) entre las cuartillas de los cascos. La cogí con la mano y, después de olerla, se la devolví tan educadamente como pude. Sacó del comedero de los yahoos un trozo de carne de burro, pero apestaba tanto que la aparté con asco; él lo arrojó al yahoo, que lo engulló con avidez. Me ofreció luego un haz de heno y un cuenco lleno de avena, pero sacudí la cabeza para que comprendiera que ninguna de esas dos cosas eran alimento para mí. Y en efecto entonces supe que si no encontraba a gente de mi especie moriría de hambre. Por lo que respecta a aquellos asquerosos yahoos —aunque pocos contemporáneos míos amaban más que yo a la humanidad— he de confesar, sin embargo, que jamás he visto seres vivientes más detestables bajo cualquier punto de vista. Y cuanto más los contemplaba durante mi estancia en aquel país, más odiosos se me hacían. El amo de la casa lo dedujo por mi comportamiento, y mandó llevar al yahoo a su cuchitril. Luego se acercó el casco a la boca, cosa que me extrañó mucho, aunque se manejó con facilidad y con movimientos sumamente naturales, y me hizo otras señas para saber lo que deseaba comer. Fui incapaz de contestarle de modo comprensible, y si lo hubiera hecho, no veía cómo habría logrado encontrarme alimento. Mientras estábamos así enfrascados, acerté a ver una vaca que pasaba y la señalé y manifesté con gestos mi deseo de ordeñarla. Esto tuvo efectos, pues me hizo entrar de nuevo en la casa y ordenó a una yegua sirviente que abriera una habitación donde había grandes reservas de leche en vasijas de madera y barro muy limpias y ordenadas. Ella me dio un gran cuenco lleno, que bebí con gran avidez y que me reconfortó.

Hacia mediodía vi que se aproximaba a la casa una especie de vehículo, parecido a un trineo, tirado por cuatro yahoos. Transportaba a un caballo viejo, que parecía noble; se apeó apoyando primero en tierra las patas traseras, ya que se había lesionado la pata anterior izquierda en un accidente. Venía a comer a casa de nuestro caballo, que lo acogió con exquisita cortesía. Comieron en el mejor cuarto y el segundo plato consistió en avena hervida con leche, que el caballo viejo comió caliente, pero los demás, fría. Los pesebres estaban colocados en forma circular en medio de la estancia, divididos en diversos compartimentos. Los comensales se sentaban alrededor sobre sus ancas en montones de paja. En el interior del círculo había particiones en forma de ángulos que correspondían a cada compartimento. Así cada yegua y caballo comían su propio heno y sopa de avena y leche con mucha limpieza y educación. El potrillo y la potranca se comportaban con gran urbanidad y los dueños se mostraron muy cordiales y complacientes con su invitado. El caballo gris

moteado me ordenó que permaneciera a su lado; y fui objeto de larga conversación entre mi amo y su amigo, como deduje por las frecuentes miradas que el forastero me dirigía y por la repetición de la palabra yahoo.

Por casualidad llevaba guantes, y al observarlo, el dueño de la casa pareció perplejo. Por sus gestos asombrados vi que se preguntaba qué había hecho con mis patas delanteras; colocó su casco tres o cuatro veces en los guantes como si quisiera decirme que los devolviera a su primer estado, lo que hice al instante, quitándomelos y guardándolos en el bolsillo. Este episodio provocó nuevos comentarios; vi que el grupo estaba satisfecho de mi comportamiento, lo que pronto surtió beneficiosos efectos. Se me ordenó que dijera las pocas palabras que entendía y, en el transcurso del banquete, el dueño me enseñó los nombres de la avena, leche, fuego, agua y algunos más. Como desde joven tenía una gran facilidad para aprender idiomas, pronto pude pronunciarlas como él.

Terminada la comida, el caballo amo me llevó aparte y con gestos y palabras me dio a entender lo preocupado que estaba porque yo no tenía nada que comer. En su lengua avena se llama *hlunnh*. Pronunció esta palabra dos o tres veces; aunque la había rechazado en principio, pensándolo mejor, pensé que era factible hacer con ella una especie de pan, que junto con la leche bastarían para mantenerme, hasta que tuviera la oportunidad de escaparme a otro país con los de mi misma especie. El caballo indicó de inmediato a una yegua blanca, criada de la casa, que me trajera una buena ración de avena en una especie de bandeja de madera. La calenté en el fuego como mejor pude y la restregué con las manos hasta que la cáscara saltó; a continuación separé el grano, lo trituré y aplasté con la ayuda de dos piedras. Cogí agua e hice una masa o torta que tosté al fuego y tomé, caliente, con leche. Al principio esta dieta me resultó muy insípida, aunque en muchas regiones de Europa es bastante común. Pero con el tiempo acabé por habituarme, y como había experimentado con frecuencia en mi vida momentos difíciles, no era la primera vez que había comprobado con qué facilidad se satisface a la naturaleza. Y no puedo dejar de observar que nunca tuve ninguna enfermedad durante mi estancia en esta isla. Verdad es que a veces cazaba un conejo o un pájaro con lazos fabricados con pelo de yahoo y que a menudo recogía hierbas saludables que hervía o comía como hojas de ensalada con mi pan. De tanto en tanto, hacía un poco de mantequilla o bebía el suero. Al principio echaba mucho de menos la sal, pero pronto me acostumbré a pasar sin ella; y estoy convencido de que el uso frecuente de sal entre nosotros es un lujo y se introdujo principalmente para estimular la sed, salvo cuando es necesaria para conservar la carne en el transcurso de largas travesías o en lugares alejados de los grandes mercados. Pues observo que el hombre es el único animal a quien le gusta la sal. Por lo que a mí respecta, cuando dejé aquel país, me pasé mucho tiempo sin poder soportar su sabor en nada de lo que comía.

No me extenderé más sobre mi régimen alimenticio. Hay muchos viajeros que llenan las páginas de sus libros con este tema, como si los lectores tuvieran interés personal en saber si nos alimentábamos bien o mal. Sin embargo, era preciso mencionar el tema para que nadie crea que me fue imposible encontrar sustento durante los tres años que pasé en tal país y entre tales habitantes.

Al anochecer, el caballo amo indicó que me preparasen un alojamiento, a unas seis yardas de la casa, y apartado del establo de los yahoos. Encontré allí paja y, abrigándome con mis ropas, dormí profundamente. Sin embargo, pronto tuve mejor acomodo, como el lector se enterará luego, cuando le describa con más detalle mi género de vida.

III

*El autor estudia la lengua del país. El houyhnhnm, su dueño,
le ayuda en el aprendizaje. Descripción de la lengua.
Diversos houyhnhnms de la alta sociedad vienen a visitar
al autor por curiosidad. Él le hace a su dueño
una breve descripción de su viaje.*

Mi principal esfuerzo fue el aprendizaje del idioma, que mi amo (así lo llamaré a partir de ahora), sus hijos y toda la servidumbre estaban encantados de enseñarme. Consideraban prodigioso el hecho de que un bruto animal mostrase tales indicios de racionalidad. Yo indicaba todos los objetos con el dedo y preguntaba su nombre, y cuando estaba solo, lo anotaba en mi diario de viaje, y corregía mi mal acento suplicando a los componentes de la familia que repitieran a menudo las palabras. En estos menesteres recibí gran ayuda de un alazán, uno de los criados inferiores.

Al hablar, pronuncian con nariz y garganta, su idioma se parece muchísimo más al alto holandés o alemán que a cualquiera de las lenguas europeas que conozco; pero es mucho más gracioso y expresivo. El emperador Carlos V había efectuado un análogo comentario, cuando dijo que si tuviera que hablar a su caballo, lo haría en alto holandés.

La curiosidad e impaciencia de mi amo eran tan notorias que empleaba muchas de sus horas libres en instruirme. Estaba convencido (como más tarde me confesó) de que yo era un yahoo, pero mi capacidad de comprensión, educación y limpieza le dejaban estupefacto por ser cualidades diametralmente opuestas a las de aquellos animales. Estaba sumamente intrigado por mi ropa. A menudo se preguntaba si formaría parte o no de mi cuerpo, ya que nunca me desnudaba hasta que todos dormían y siempre me vestía antes de que se despertasen por la mañana. Mi amo ansiaba saber de dónde venía yo y cómo había adquirido aquellos indicios racionales que evidenciaban mis actos. Quería oírlo de mi propia boca y, dados mis grandes progresos en la pronunciación, vocabulario y sintaxis, esperaba que pronto estaría en condiciones de hacerlo. Para ayudarme a memorizar, yo anotaba todo lo que aprendía en notación inglesa y hacía listas de palabras con su correspondiente traducción. Al cabo de cierto tiempo realizaba esta tarea abiertamente delante de mi amo. Me costó mucho trabajo

explicarle lo que hacía, pues no tienen la menor noción acerca de los libros o la literatura.

En unas diez semanas ya estuve en condiciones de comprender la mayoría de sus preguntas, y al cabo de tres meses ya podía darle respuestas aceptables. Quería saber a toda costa de qué parte del país venía y cómo había aprendido a imitar a los seres racionales, porque los yahoos (con los que él veía que yo tenía un perfecto parecido en las únicas partes visibles del cuerpo, mi cara y manos), con apariencias de astucia y la más extremada propensión al mal, se veía que eran los más irreductibles de todos los brutos. Le contesté que venía de un país muy lejano, al otro lado del mar, con muchos otros seres como yo, en una gran vasija hecha de troncos de árboles, y que mis compañeros me habían obligado a desembarcar en esta costa y me habían abandonado a mi suerte. Conseguí hacerme entender con cierta dificultad y con la ayuda de muchos gestos. Me contestó que debía estar, sin duda, equivocado o que decía «la cosa que no era» (ya que su lengua carece del término que exprese mentira o falsedad). Sabía que resultaba imposible que pudiera existir un país al otro lado del mar, o que un grupo de animales pudiera dirigir a su arbitrio una vasija por el mar. Estaba convencido que ningún *houyhnhnm* viviente podía construir semejante recipiente, ni confiarlo a manos de un yahoo.

En su idioma, la palabra *houyhnhnm* significa «caballo» y etimológicamente, «perfección de la naturaleza». Le dije a mi amo que estaba perdido en cuanto a la expresión, pero que mejoraría tan deprisa como pudiera y esperaba en poco tiempo poder contarle maravillas. Tuvo, pues, la bondad de conminar a su propia yegua, su potro y su potranca, y a su servidumbre, para que aprovecharan todas las oportunidades para enseñarme el idioma; él mismo empleaba de dos a tres horas diarias en este menester. Diversos caballos y yeguas de la alta sociedad del vecindario nos efectuaban frecuentes visitas; se había propagado la noticia de que un maravilloso yahoo hablaba como un *houyhnhnm* y parecían vislumbrarse indicios de razón en sus palabras y actos. Estas visitas disfrutaban conversando conmigo; contestaba sus numerosas preguntas del mejor modo posible. Merced a estas circunstancias ventajosas, mis progresos fueron tan rápidos que a los cinco meses de mi llegada era capaz de entender todo lo que me decían y podía expresarme de modo bastante aceptable.

A los *houyhnhnms* que visitaban a mi amo para verme y conversar conmigo les costaba mucho creer que yo era un verdadero yahoo, ya que la cobertura de mi cuerpo difería de la de los demás de mi especie. Se maravillaban de que solo mi pelo y piel de la cabeza, de la cara y de las manos fueran como los de los otros; pero yo había descubierto mi secreto a mi dueño, quince días antes, a causa de un incidente.

Ya he comentado al lector que todas las noches, cuando todos se habían acostado, solía desnudarme y abrigarme con mis ropas. Sucedió que una mañana, a primera

hora, mi dueño envió en mi busca a su criado, el caballo alazán. Cuando entró, yo dormía profundamente, la ropa caída a un lado y la camisa arremangada sobre la cintura. El ruido que hizo me despertó y me di cuenta de que me daba su recado con cierta turbación. Regresó a mi amo y con gran susto le hizo un relato de lo que había presenciado. Pronto lo descubrí, porque, al ir a presentar mis respetos a Su Excelencia en cuanto me hube vestido, me preguntó qué significaba lo que le decía su criado de que no era lo mismo dormido que en otros momentos; su criado afirmaba que una parte de mi cuerpo era blanca, otra amarilla —a lo menos no tan blanca— y otra morena.

Hasta entonces había podido guardar el secreto de mis vestidos para diferenciarme lo más posible de la maldita raza de los yahoos, pero me pareció inútil fingir por más tiempo. Además consideré que mi calzado y vestidos, que ya estaban muy desgastados, pronto quedarían inservibles; me vería, pues, precisado a confeccionarme otros con piel de yahoo o de otros brutos y, entonces, todo mi secreto se revelaría. Por consiguiente, dije a mi amo que en el país de donde venía yo, mis congéneres cubrían su cuerpo con pelos de ciertos animales hábilmente preparados, tanto por decencia como para resguardarse del frío y del calor. Y por lo que a mí se refería, se lo demostraría inmediatamente, si me lo ordenaba, solo que le suplicaba que se sirviera excusarme si no le desvelaba las partes que la naturaleza nos ha enseñado a ocultar. Me dijo que mis palabras, especialmente las últimas, sonaban muy extrañas, pues no podía comprender por qué la naturaleza debía enseñarnos a ocultar lo que nos ha dado. Que ni él ni nadie de su familia sentían vergüenza de parte alguna de su cuerpo, pero que, con todo, hiciese como gustase. En consecuencia, primero me desabroché la casaca y me la quité. Hice lo mismo con mi chaleco, zapatos, calcetines y pantalones; dejé caer la parte alta de la camisa hasta la cintura, recogiendo la parte baja a modo de cinturón para esconder mi desnudez.

Mi amo observó toda la operación con grandes muestras de curiosidad y admiración. Tomó todas las prendas, pieza por pieza, entre sus cascos y las examinó detalladamente; golpeó luego mi cuerpo con suavidad y dio unas cuantas vueltas de inspección; después de todo esto declaró que, sin discusión posible, yo era un verdadero yahoo; pero que me diferenciaba mucho de mis congéneres en la blancura y suavidad de la piel, la falta de pelambrera en diversas zonas del cuerpo, en la forma y cortedad de mis uñas delanteras y traseras, y en mi manía de andar siempre sobre mis dos pies traseros. Como no quiso ver más me autorizó a que me vistiera de nuevo, pues tiritaba de frío.

Le manifesté que me resultaba muy penoso el que me llamara con tanta frecuencia *yahoo*, ese vil bruto al que yo profesaba tanto odio y desprecio. Le supliqué que renunciase a aplicarme este apelativo y obligase a hacer lo mismo a su familia y a los amigos que él permitía que me visitaran. Asimismo supliqué que se guardara el secreto

de que mi cuerpo tenía una falsa cobertura, al menos mientras mis ropas actuales durasen. Su Excelencia, por otra parte, podía ordenar al alazán que me había visto desnudo que mantuviera silencio.

Mi amo atendió muy bondadosamente a todas estas peticiones. Así, el secreto de mi ropa permaneció oculto hasta el día que quedó inservible y hube de sustituirla por diversos recursos que relataré más tarde. Entretanto, quería que prosiguiera el aprendizaje de la lengua con la máxima aplicación, porque admiraba más mi capacidad de hablar y razonar que mi aspecto físico, cubierto o no, y añadió que esperaba con cierta impaciencia oírme contarle las maravillas que le había prometido.

A partir de entonces me enseñó con celo redoblado. Me llevaba a todas las reuniones y hacía que me trataran cortésmente, porque, como les decía en privado, me pondría de buen humor y resultaría más divertido.

Todos los días, cuando estaba con él, no solo se preocupaba de enseñarme, sino que también solía preguntarme sobre mis asuntos personales y yo le respondía como podía; de este modo, ya tenía una idea general, aunque incompleta, de todo. Sería aburrido mencionar las diversas etapas de mis progresos hasta que llegué a mantener una conversación fluida; sin embargo, he aquí el primer informe ordenado y extenso que hice sobre mi persona:

Que había llegado de un país muy remoto, tal como ya había intentado decir, con unos cincuenta de mis congéneres. Que viajamos por mar, en un gran recipiente hueco de madera, mayor que la casa de Su Excelencia. Le describí el barco lo mejor que pude y, con ayuda de mi pañuelo desplegado, le expliqué cómo lo arrastraba el viento. Después de una disputa entre nosotros, había sido abandonado en la costa, y desde allí había caminado sin rumbo hasta que él me liberó del acoso de aquellos abominables yahoos. Me preguntó quién había construido el barco, y cómo era posible que los houyhnhnms de un país entregaran su mando a unos animales. Mi respuesta fue que yo no me atrevía a proseguir mi relato salvo que me diera su palabra de honor de no ofenderse, y que en tal caso le contaría las maravillas que tan frecuentemente le había prometido. Accedió a mi petición. Entonces proseguí asegurándole que el barco había sido construido por seres como yo, que eran, en todas las naciones por donde yo había viajado, los únicos seres racionales; y que al llegar aquí me había quedado tan completamente asombrado al ver actuar a los houyhnhnms como seres racionales como él o sus amigos de encontrar indicios racionales en una criatura que tenían a bien llamar *yahoo*; confesé que mi semejanza externa en todos sus aspectos con los yahoos era incuestionable, pero su estado animal y degenerado me parecía incomprensible. Dije, además, que si el destino hacía que volviese a mi propio país para relatar mis viajes, tal como era mi intención, todos se creerían que yo decía «la cosa que no es»; que había inventado esta historia con mi imaginación; y con todo el posible respeto para él, su familia y amistades, y contando

con la promesa de no ofenderse, mis compatriotas apenas podrían admitir la posibilidad de que los seres preponderantes de una nación fuesen los houyhnhnms y los yahoos los animales.

IV

*Las nociones de verdad y mentira en los houyhnhnms.
El discurso del autor recibe la desaprobación de su dueño.
El autor proporciona un relato más pormenorizado
sobre él y sus viajes.*

Mi amo me escuchaba con evidentes muestras de inquietud reflejadas en su rostro, porque al ser el *dudar* o el *no creer* prácticamente desconocidos en este país, sus habitantes no saben cómo comportarse en tales circunstancias. Y recuerdo que durante las numerosas conversaciones con mi amo sobre la naturaleza del género humano de otras partes del mundo, al hablar de *mentiras* y *falsedades*, me costó muchísimo que captara lo que yo quería decir, a pesar de su perspicaz inteligencia. Pues argüía así: por el uso de la palabra nos comunicamos y recibimos información sobre los hechos; ahora bien, si el que habla *dice la cosa que no es*, esa finalidad queda frustrada; pues no puedo afirmar que le entiendo, y estoy tan lejos de recibir información que me deja en un estado peor que el de ignorancia, ya que soy inducido a creer blanco y corto algo que realmente es negro y largo. Estas eran todas sus nociones sobre la mentira, facultad tan perfectamente comprendida y universalmente practicada por los humanos.

Pero dejemos esta digresión. Cuando afirmé que los yahoos eran los únicos animales gobernantes en mi país, mi dueño dijo que esto rebasaba su capacidad de comprensión, y deseó saber si había houyhnhnms entre nosotros y en qué se los empleaba. Le dije que eran muy numerosos; pastaban por las praderas en verano y se guarecían en casas durante el invierno, con forraje y avena, y los criados yahoos se cuidaban de cepillarlos, peinarles las crines, cuidarles los cascos, prepararles su sustento y arreglar sus lechos. «Te entiendo perfectamente —dijo mi dueño—. Resulta evidente, después de todo esto, que por más racionales que pretendan ser los yahoos, los houyhnhnms son sus amos. Desearía de corazón que nuestros yahoos fuesen igualmente dóciles.» Rogué a Su Excelencia que me excusase de seguir adelante, pues estaba convencido que el resto le sería muy desagradable. Pero insistió y me ordenó que le informase de lo mejor y lo peor. Le dije que le obedecería. Le confesé, pues, que los houyhnhnms, que nosotros llamamos caballos, eran los animales más bellos y

nobles que teníamos, y no había otros semejantes en fuerza y rapidez; las personas de rango los utilizaban para viajar, correr, tirar de carruajes; se los trataba con mucho cuidado y esmero hasta que enfermaban o se les estropeaban las patas; entonces se ponían en venta o se los empleaba en trabajos poco nobles hasta que morían; tras lo cual se los desollaba, su piel se vendía y sus cuerpos eran pasto de los perros y aves de rapiña. Pero los caballos de raza normal no eran tan afortunados al tenerlos labradores, transportistas y otra gente de baja categoría que los sobrecargaban de trabajo y los alimentaban peor. Le describí, de la mejor forma posible, nuestro modo de montar, la forma de empleo de las riendas, sillas, espuelas, látigos, arneses y ruedas. Añadí que fijábamos planchas, una sustancia muy dura llamada «hierro» en el extremo de los remos para proteger la integridad de los cascos en los pedregosos caminos por los que viajábamos con frecuencia.

Mi amo, que ya había manifestado varias veces su abierta indignación, se preguntó cómo osábamos cabalgar a lomos de un houyhnhnm, porque estaba seguro de que el más débil de sus lacayos sería capaz de derribar al yahoo más vigoroso y, revolcándose, aplastarlo bajo su peso. Le expliqué que nuestros caballos eran adiestrados, desde los tres o cuatro años, para los diversos trabajos que se esperaba de ellos; si alguno se mostraba impertérritamente indomable, se destinaba como bestia de tiro; que cuando eran jóvenes se los apaleaba severamente cada vez que no se comportaban bien; que a los machos empleados como montura o tiro se los castraba generalmente a los dos años de nacer para quitarles fogosidad y hacerlos más dóciles y mansos; pues todos eran verdaderamente sensibles a los premios o castigos, pero Su Excelencia debía tener la bondad de considerar que, como los yahoos de su país, carecían de la menor tintura de razón.

Me costó encontrar muchos y difíciles circunloquios para dar a mi amo una idea exacta de lo que explicaba, ya que su idioma tiene un vocabulario bastante pobre, al ser sus necesidades y pasiones menos numerosas que las nuestras. Pero me siento incapaz de expresar su indignación ante nuestro salvaje modo de tratar a la raza de houyhnhnms, en especial cuando le expliqué nuestra costumbre y forma de castrar a los caballos con objeto de impedir la propagación de su especie y volverlos más serviles. Me dijo que si era posible que hubiera una nación donde solo los yahoos estuviesen dotados de razón, estos deberían gobernar necesariamente a los otros animales, pues la razón con el tiempo siempre prevalece sobre la fuerza bruta. Pero cuando consideraba la estructura de nuestros cuerpos, y en particular el mío, creía que ningún animal de nuestro tamaño parecía menos idóneo para utilizar esa misma razón en las tareas comunes de la vida. Le gustaría, pues, averiguar si los seres con quienes vivía se parecían a mí o a los yahoos de su país. Le repliqué que yo estaba tan bien formado como la mayoría de los contemporáneos de mi edad, pero que los más jóvenes y las mujeres eran mucho más tiernos y delicados, y habitualmente la piel de

las últimas era blanca como la leche. Me dijo que, con toda seguridad, yo me diferenciaba de los otros yahoos en que era mucho más limpio y no tan deforme, pero, por lo que respecta a ventajas reales, creía que yo salía perdiendo. Mis uñas no me servían para nada, ni las de las patas delanteras ni las de las traseras; por otra parte, las patas delanteras ni siquiera merecían este nombre, ya que nunca me había visto utilizarlas para caminar; eran demasiado fofas para sostenerme; las tenía descubiertas por lo general y la cobertura que a veces llevaba no tenía la misma forma y no era tan fuerte como la de mis patas traseras; no podía caminar con seguridad, porque si resbalaba alguna de mis patas traseras, la caída sería inevitable. Luego empezó a destacar los defectos de otras partes de mi cuerpo: lo plano de mi rostro, mi nariz prominente, mis ojos puestos directamente delante, de modo que no podía mirar por los lados sin volver la cabeza. Además, era incapaz de alimentarme sin llevarme una de mis patas delanteras a la boca: y para ello la naturaleza me había dotado de las articulaciones precisas. Desconocía para qué servían las hendiduras e intersticios de mis patas traseras; estas eran demasiado débiles para soportar las piedras duras y cortantes sin una protección de piel de otro animal; además, todo mi cuerpo necesitaba protegerse del frío y del calor y cada día me veía obligado a ponerme y quitarme una protección, con un largo y enojoso esfuerzo. Finalmente había observado que todos los animales de su país experimentaban un natural horror hacia los yahoos; los más débiles los evitaban, los más fuertes los ahuyentaban. De suerte que, incluso en el supuesto de que tuviéramos el don de la razón, no veía cómo podría evitarse este horror instintivo de todos los seres hacia nosotros; y, en consecuencia no comprendía cómo podíamos domesticarlos y colocarlos a nuestro servicio. Sin embargo, no quería, decía, comentar más este tema, pues deseaba sobre todo conocer mi historia, mi país de origen, y las diversas acciones y sucesos de mi vida antes de llegar aquí.

Le aseguré que deseaba complacerlo en todos estos puntos; pero dudaba mucho si me sería factible explicar diversos asuntos sobre los que Su Excelencia no podía tener la menor noción, porque no veía en su país nada con lo que pudiera comparar. Que, sin embargo, me esforzaría en hacerlo lo mejor posible, e intentaría poner comparaciones, pidiendo humildemente su ayuda cuando no encontrase la palabra adecuada. Tuvo la amabilidad de prometérmelo.

«Nací —dije— de honrados padres en una isla llamada Inglaterra, que se encuentra muy lejos de vuestro país, a tal distancia que el más fuerte de los criados de Su Excelencia no podría recorrerla durante toda la duración anual de la rotación del sol. Cursé la carrera de medicina, que consiste en curar las heridas y lesiones corporales producidas por accidente o violencia. Mi país está gobernado por un humano hembra que llamamos *reina*. Salí de él para acumular riquezas con que mantener a mi mujer e hijos a mi regreso. En mi último viaje era el capitán del barco y tenía cincuenta yahoos

bajo mi mando, muchos de los cuales murieron durante la travesía y me vi obligado a sustituirlos por otros de diversas nacionalidades. Por dos veces nuestro barco estuvo en peligro de hundirse: la primera a causa de una tormenta, la segunda por estrellarse contra un arrecife.» Aquí mi amo me interrumpió preguntándome cómo había podido persuadir a desconocidos de diferentes países a aventurarse conmigo, después de las bajas experimentadas y los peligros que había corrido. «Esta gente —le repliqué— eran aventureros de suerte desesperada, obligados a huir de su propio país natal, por su pobreza o por sus crímenes. Los pleitos habían arruinado a algunos; otros habían malgastado todo en beber, con prostitutas y en el juego; otros habían tenido que huir por traición; muchos por asesinato, robo, envenenamiento, hurto, perjurio, falsificación, acuñación de moneda falsa, por haber cometido estupro o sodomía, por haber desertado de su bandera, o haberse pasado al enemigo. La mayoría había huido de prisión: ninguno se atrevía a regresar a su propio país por temor a la horca o a morir de hambre en la cárcel; por consiguiente, se veían obligados a buscarse un medio de vida en otro lugar.»

Mi amo tuvo a bien efectuar numerosas observaciones durante mi relato. Yo había utilizado un sinfín de circunloquios para describirle la naturaleza de los diversos delitos que habían obligado a la mayoría de mi tripulación a huir de su país. Este esfuerzo absorbió varios días de conversación hasta que fue capaz de entenderme. Le era absolutamente imposible captar la utilidad o la necesidad de practicar esos vicios. Para aclarárselo me esforcé en darle algunas nociones sobre el ansia de poder y riqueza y los terribles efectos de la lujuria, intemperancia, malicia y envidia. Me vi obligado a definir y describir cada vicio citando casos y poniendo ejemplos.

Tras lo cual, levantaba los ojos indignado, como uno cuya imaginación ha recibido el impacto de algo inaudito e inesperado. Como los términos *poder*, *gobierno*, *guerra*, *ley*, *castigo* y muchos otros no tenían equivalente en su idioma, resultó una dificultad casi insuperable explicar a mi amo su significado. Pero como era muy inteligente, y muy cultivado por la meditación y las pláticas, llegó finalmente a adquirir un conocimiento suficiente de lo que se puede esperar de la naturaleza humana en nuestras partes del mundo, y me pidió que le diera más detalles del país que llamamos Europa, y en especial, de mi patria.

V

Por orden de su amo, el autor le informa sobre la situación de Inglaterra. Las causas de guerra entre los príncipes europeos. El autor comienza a explicar la Constitución inglesa.

El lector ha de tener la bondad de observar que lo que sigue condensa muchas conversaciones mantenidas con mi amo, como resumen de los puntos más importantes sobre los que hablamos varias veces durante dos años. A medida que mejoraba mi dominio de la lengua de los houyhnhnms, Su Excelencia deseaba ampliar sus conocimientos. Expuse a su consideración, de la forma más completa posible, todo el estado de Europa. Le hablé tanto del comercio y de la industria como de las artes y las ciencias, y mis respuestas a todas sus preguntas cuando tratábamos diversos temas constituían una fuente inagotable de conversación. Pero anotaré aquí solamente lo esencial de lo que tratamos sobre mi país, intentando ordenarlo del mejor modo posible, sin tener en cuenta ni el tiempo ni las circunstancias, pero con un respeto escrupuloso a la verdad. Solo me preocupa que a duras penas podré rendir justicia a los argumentos y expresiones de mi amo y que necesariamente padecerán mucho por mi incompetencia y su traducción a nuestro bárbaro inglés.

Sometiéndome, pues, a los mandatos de Su Excelencia, le relaté la revolución que tuvo lugar bajo el príncipe de Orange, la larga guerra que este mismo príncipe emprendió contra Francia, renovada por la actual reina, su sucesora, y que continúa, involucrando a las grandes potencias de la cristiandad. Calculé, a petición suya, que cerca de un millón de yahoos podrían haber muerto durante la misma, quizá más de cien ciudades habrían sido capturadas y unos quinientos barcos quemados o hundidos.

Me preguntó por las causas o motivos usuales que hacen que un país entre en guerra con otro. Le respondí que eran innumerables, aunque solo mencionaría algunas de las principales. A veces es la ambición de los príncipes, que nunca creen tener bastantes tierras o súbditos para gobernar; a veces, la corrupción de los ministros, que implican a sus monarcas en una guerra para disimular su mal gobierno. Las diferencias de opinión han costado millones de vidas; por ejemplo, cuando se disputó sobre si la carne era pan, o el pan, carne; sobre si el jugo de ciertas bayas era sangre o vino; si el

silbar era un vicio o una virtud; si debía besarse un madero o arrojarlo al fuego; cuál era el color más adecuado para una casaca, si blanco, rojo o gris; y si esta debería ser larga o corta, ceñida o amplia, sucia o limpia, y otras cuestiones de esta índole. No hay guerras más encarnizadas, sangrientas y duraderas que las ocasionadas por diferencias de opinión, especialmente sobre temas fútiles.

A veces surgen polémicas entre dos monarcas para decidir cuál de ellos arrebatará las posesiones de un tercero, sin que ninguno de los dos tenga derecho alguno. A veces un príncipe riñe con otro por temor a que este pueda hacerlo primero. A veces se declara la guerra porque el enemigo es excesivamente poderoso, otras por ser demasiado débil. A veces nuestros vecinos desean lo que poseemos o tienen lo que deseamos; entonces luchamos los dos hasta que ellos nos arrebatan lo nuestro o nos entregan lo suyo. Es justificada causa de guerra el invadir un país cuya población ha sido diezmada por el hambre, destruida por la peste, o ensangrentada por facciones internas. Es justificado declarar la guerra a nuestro más próximo aliado, cuando una de sus ciudades tiene una situación conveniente para nuestro interés, o una región o territorio redondearía y haría más compactos nuestros dominios. Si un príncipe manda que su ejército invada una nación pobre e ignorante, puede legalmente matar a la mitad de la población y esclavizar al resto, a fin de civilizarlos y alejarlos de su bárbara manera de vivir. Es práctica muy frecuente, honorable y regia que, cuando un príncipe pide ayuda a otro para protegerse ante un invasor, el auxiliador, una vez expulsado el invasor, se apodere él mismo de los dominios y asesine, encarcele o destierre al príncipe en cuyo auxilio ha acudido. Las alianzas matrimoniales o de sangre constituyen causa suficiente de guerras entre los príncipes y cuanto más estrecho es el vínculo familiar, mayor es la propensión a pelear; las naciones pobres tienen hambre, las naciones ricas son orgullosas; no existe nunca acuerdo entre el hambre y el orgullo. Por estos motivos, el oficio de soldado es el más honroso de todos: el soldado es un yahoo a sueldo para matar a sangre fría el mayor número posible de semejantes suyos, que nunca le han ofendido en nada.

Existe también en Europa una especie de príncipes mendicantes que, al ser incapaces de guerrear por sí mismos, alquilan sus ejércitos a otras naciones más ricas, a tanto por día y hombre, y se quedan con las tres cuartas partes de la cantidad, siendo esta la fuente principal de sus ingresos. Así sucede en Alemania y muchas otras regiones del norte de Europa.

«Lo que has explicado sobre la guerra —dijo mi amo— revela con claridad meridiana los efectos de esa razón que pretendéis tener. No obstante, resulta afortunado que la deshonra sea mayor que el peligro: la naturaleza os ha hecho totalmente incapaces de ocasionar mucho daño. Pues vuestras bocas están aplastadas en vuestro rostro y por lo tanto, apenas podéis morder, a menos que el otro se deje. En cuanto a vuestras garras de las patas delanteras y traseras, son tan cortas y frágiles

que uno solo de nuestros yahoos pondría en fuga a una docena de los vuestros. Y, por consiguiente, al repasar las cifras de los muertos en combate, no puedo dejar de pensar que has dicho *la cosa que no es.*»

No pude por menos de mover la cabeza y sonreír un poco ante su ignorancia. Y como yo no era un ignorante en el arte de la guerra le di una descripción de los cañones, culebrinas, mosquetes, carabinas, pistolas, proyectiles, pólvora, espadas, bayonetas, batallas, sitios, retiradas, ataques, minas, contraminas, bombardeos, combates navales; hundimientos de barcos con mil hombres a bordo y veinte mil bajas por bando; quejidos de moribundos, miembros volando por los aires, humo, fragor, confusión, muerte bajo los cascos de las monturas; fuga, persecución, victoria; cadáveres diseminados por los campos, pasto de perros y lobos y aves de rapiña; saqueos, pillajes, violaciones, incendios y destrucción. Y para destacar el valor de mis propios compatriotas, le aseguré haber visto cómo hacían saltar por los aires a cien enemigos de golpe en un asedio, y a otros tantos en un barco, y contemplado cómo los cadáveres caían despedazados de las nubes ante el gran regocijo de los que presenciaban la escena.

Iba a proseguir con más detalles cuando mi amo me impuso silencio. Me dijo que cualquier conocedor de la naturaleza del yahoo podría creer fácilmente la posibilidad de que un animal tan vil fuese capaz de todas las acciones que había mencionado, si su fuerza y astucia se equipararan con su malicia. Pero mi plática, al mismo tiempo que le producía una inquietud de ánimo jamás experimentada hasta la fecha, había incrementado su aversión hacia ellos: creía que, si sus oídos se acostumbraban a estas horribles palabras, podría escucharlas gradualmente con menos rechazo. Que aunque odiaba a los yahoos de su país, ya no los criticaba por sus odiosas cualidades más de lo que podría criticar a un gnnayh (un ave de rapiña) por su crueldad, o a una piedra aguda por cortar el casco. Pero cuando una criatura, pretendidamente racional, era capaz de tales enormidades, temía que la corrupción de la razón pudiera ser peor que la animalidad misma. Creía, pues, poder afirmar que, en vez de razón, estábamos solamente dotados de cierta cualidad adecuada para incrementar nuestros defectos naturales, al igual que las aguas de una corriente enturbiada reflejan la imagen de un cuerpo deforme de modo agrandado y distorsionado.

Añadió que me había oído hablar demasiado acerca del tema bélico en esta y mis anteriores conversaciones; pero había un punto que le producía ahora cierta perplejidad. Había explicado que algunos miembros de nuestra tripulación habían huido de su país por haber sido condenados por *ley*; que ya había explicado el significado de este vocablo; pero que no podía entender cómo podía suceder que la ley, concebida para asegurar la protección de todos, sirviese para destruir a unos pocos. En consecuencia, deseaba explicaciones adicionales sobre lo que yo entendía por *ley* y sus administradores, y su práctica actual en mi propio país; porque

consideraba que la razón y la naturaleza eran guías suficientes para los animales racionales, como nosotros pretendíamos ser, ya que ambas nos muestran lo que debe hacerse y evitarse.

Aseguré a Su Excelencia que yo no andaba muy versado en la ciencia del derecho, con la que no había tenido mucho trato, aparte de haber contratado abogados en vano ante ciertas injusticias de las que había sido víctima. Le daría, a pesar de todo, todas las explicaciones que pudiera.

«Existe entre nosotros —le dije— una asociación de hombres instruidos desde su juventud en el arte de demostrar con palabras multiplicadas para ese fin que lo blanco es negro, y lo negro blanco, según sean pagados. El resto de la gente es esclava de esta asociación.

»Por ejemplo, si mi vecino codicia mi vaca, paga a un abogado para que pruebe que debería pertenecerle a él. Debo, pues, contratar a otro abogado que defienda mis derechos, ya que va en contra de toda la perceptiva legal el permitir que uno hable por sí mismo. En este caso, yo, que soy el verdadero propietario, tengo una doble desventaja: en primer lugar, como mi abogado se ha entrenado casi desde su cuna a defender causas injustas, se encuentra muy desplazado al defender una justa; es esta una ocupación antinatural de su talento, que siempre ejecutará con gran torpeza cuando no de mala gana. La segunda desventaja consiste en que mi abogado debe proceder cautelosamente, pues corre el riesgo de ser reprendido por los jueces y aborrecido por sus colegas por querer menguar la práctica de la ley. En consecuencia, solo tengo dos métodos para conservar mi vaca. El primero consiste en sobornar al abogado de mi adversario pagándole el doble que él; entonces traicionará a su cliente insinuando que la justicia está de su parte. El segundo método se basa en que mi abogado presente mi causa del modo más injusto posible concediendo que la vaca pertenece a mi oponente. Si eso se hace hábilmente, el resultado será favorable.

»Ha de saber Su Excelencia que los jueces son las personas designadas para zanjar todos los litigios sobre la propiedad, así como también los procesos criminales. Se les selecciona de entre los abogados más expertos cuando estos se vuelven viejos o perezosos, y como han sido durante toda su vida enemigos de la verdad y la justicia, sienten tan fatal necesidad de favorecer el fraude, el perjurio y la opresión que he visto a varios de ellos rechazar un cuantioso soborno de la parte a la que le asistía el derecho antes que insultar a su corporación haciendo algo en desacuerdo con la naturaleza de su misión.

»Es una máxima entre estos abogados que todo lo que se ha hecho antes puede volverse a hacer legalmente. Así anotan con especial cuidado todas las decisiones precedentes que van contra la justicia natural y el sentido común universal. Bajo el nombre de *precedentes*, presentan estas decisiones como autoridades para justificar

las opiniones más inicuas, y los jueces, en sus veredictos, nunca dejan de fallar conforme a ellas.

»Al defender una causa, evitan con cuidado entrar en los méritos de la causa, pero, en cambio, gritan, son violentos y pesados, insistiendo sobre las circunstancias que no vienen a cuento. Por ejemplo, en el caso anterior, nunca se preocuparán por averiguar qué título o alegación tiene mi adversario sobre mi vaca, sino si es pinta o negra, de cuernos largos o cortos, si el campo donde pace es redondo o cuadrado, si se la ordeña dentro o fuera de casa, o a qué enfermedades está sujeta, y otras cosas por el estilo; después de esto consultan precedentes, suspenden el proceso de vez en cuando y el veredicto sale en diez, veinte o treinta años.

»He de observar que esta corporación posee una jerga o argot propio, que ningún otro mortal entiende, y en el que están escritas todas sus leyes, que ellos tienen especial cuidado en multiplicar, de suerte que la misma esencia de lo que es la verdad, la mentira, la justicia y la injusticia se halla totalmente oscurecida. Así, se tardará treinta años en decidir si el campo que he heredado de seis generaciones de antepasados me pertenece a mí o a un desconocido que vive a trescientas millas de distancia.

»En los procesos de los inculpadados de delitos contra el Estado, se actúa de forma más expeditiva y recomendable; el juez primero sondea la opinión de los que tienen el poder y luego puede fácilmente colgar o absolver al criminal respetando estrictamente todas las formalidades de la ley.»

Aquí, mi amo me interrumpió para manifestar que resultaba lastimoso que no se incitase a los abogados, estos seres ciertamente dotados de tan prodigiosas habilidades según mi descripción, a ser instructores de los demás en el saber y prudencia. Por toda respuesta a Su Excelencia, le aseguré que en todo lo que no hacía referencia a su oficio, formaban, por lo general, la raza más ignorante y estúpida entre nosotros, la más despreciable en la conversación normal, la enemiga declarada de todo conocimiento y saber, siempre dispuesta a pervertir el sentido común humano, tanto en cualquier tema de discusión como en su propia profesión.

VI

Situación de Inglaterra bajo la reina Ana (continuación).

Carácter de un primer ministro en las cortes europeas.

Mi amo no podía comprender qué motivos impulsaban a aquella raza de abogados a preocuparse, inquietarse y cansarse metiéndose en una agrupación de injusticia, solo con el propósito de dañar a sus congéneres animales. Tampoco captaba lo que significaba «hacerlo por dinero». En consecuencia me costó mucho trabajo explicarle el uso del dinero, los materiales de que estaba hecho y el valor de los metales. Le dije que cuando un yahoo había acumulado una gran cantidad de aquella preciosa sustancia, podía comprar lo que se le antojara, los vestidos más refinados, las casas más soberbias, grandes extensiones de terreno, los alimentos y bebidas más caros, y escoger las mujeres más hermosas. Y ya que solo el dinero era capaz de realizar tales hazañas, nuestros yahoos pensaban que nunca tendrían suficiente para gastar o ahorrar, según se dejaban llevar por su natural propensión a la prodigalidad o a la avaricia. Que el rico sacaba provecho del trabajo del pobre y la proporción era de mil pobres por un rico. Que la mayoría de nuestro pueblo se veía obligado a vivir miserablemente, trabajando todos los días por una paga menguada para permitir que otros viviesen en la opulencia. Me extendí mucho en estos y otros pormenores, todos tendentes al mismo fin. Pero Su Excelencia seguía sin verlo claro, ya que suponía que tales animales, y especialmente los encargados de otros, tenían derecho a participar en los productos de la tierra, y especialmente los que gobernaban a los demás. En consecuencia manifestó que le hiciera saber en qué consistían estos alimentos caros y cómo era que los necesitábamos. Comencé a enumerar todos los que me pasaron por la cabeza, con las diversas formas de aderezarlos, lo cual no podía hacerse sin el envío de barcos a todas partes del mundo, en busca de licores para beber, especias, y otros innumerables productos. Le aseguré que se precisaba circunvalar tres veces el mundo para que una mujer yahoo de la alta sociedad tuviera lo preciso para su desayuno y una taza para tomarlo. Dijo que un país debía de ser muy pobre si era incapaz de producir alimento para sus habitantes. Pero lo que más le extrañaba era que estas vastas extensiones que le había descrito estuviesen totalmente desprovistas de agua potable y que la gente se viese precisada a enviar barcos a ultramar para poder beber.

Le repliqué que se había calculado que Inglaterra (mi amado país natal) producía el triple de la cantidad de alimento que sus habitantes son capaces de consumir, así como de licores extraídos del grano, o prensando los frutos de algunos árboles, de los que se obtenían excelentes bebidas, y la misma proporción se daba en todos los bienes necesarios para vivir. Pero para satisfacer la sensualidad e intemperancia de los hombres y la vanidad de las mujeres, despachábamos la mayor parte de nuestra producción útil a otros países, de los cuales, a cambio, importábamos muchas cosas que originaban enfermedades, locuras y vicios, para nuestro consumo interior. De aquí resulta que muchos de nuestros compatriotas, por necesidad, han de ganarse la vida mendigando, robando, hurtando, estafando, chuleando, perjurando, halagando, sobornando, falsificando, apostando, mintiendo, adulando, intimidando, votando, garabateando, haciendo de astrólogos, envenenando, prostituyéndose, camanduleando, difamando, haciendo de librepensadores y otras ocupaciones por el estilo. Me las vi y deseé para hacérselo entender.

Le dije que el vino no lo importábamos del extranjero por falta de agua o de otras bebidas, sino porque era un líquido especial que nos alegraba haciéndonos perder la razón; disipaba todos los pensamientos melancólicos, engendraba en nuestra mente imágenes desordenadas; alimentaba nuestras esperanzas y disipaba los temores, nos privaba completamente, de modo transitorio, del uso de la razón y de nuestros miembros hasta que caíamos en un profundo sueño, aunque debe reconocerse que siempre nos despertábamos enfermos y abatidos y que el hábito de esta bebida producía enfermedades que abreviaban e incomodaban la vida.

Pero además de todo esto la gran mayoría de nuestra gente ganaba su sustento suministrando los productos básicos y los de lujo a los ricos y entre sí. Por ejemplo, cuando estoy en mi país y vestido de modo digno, llevo sobre mi cuerpo la habilidad de un centenar de artesanos; otros tantos requiere la construcción y el mobiliario de mi casa; para que mi mujer se arregle, se requieren como cinco veces más.

Tenía el propósito de hablarle de otra categoría de personas: las que se ganan la vida cuidando enfermos, pues ya había tenido ocasión de indicar a Su Excelencia que varios de mis tripulantes habían muerto de enfermedad. Pero aquí me encontré con dificultades insuperables para hacerme entender.

Admitía con facilidad que un houyhnhnm se sintiese débil y lánguido unos pocos días antes de morir o que se lesionase un miembro por accidente. Pero le parecía inconcebible que la naturaleza, que todo lo hace perfecto, permitiese que aparecieran dolencias en nuestro cuerpo; le parecía algo inconcebible y deseaba conocer el motivo. Le dije que nos alimentábamos de mil cosas cuyos efectos eran contrarios entre sí; que comíamos incluso sin hambre y bebíamos sin tener sed; que dedicábamos noches enteras a beber licores fuertes sin probar bocado, lo que nos predisponía a la pereza, inflamaba nuestro cuerpo y aceleraba o impedía la digestión. Las mujeres

yahoos que se prostituían contraían cierta enfermedad que provocaba la podredumbre de huesos en todos los que caían en sus brazos; que esta y muchas otras enfermedades se propagaban de padres a hijos, de modo que muchos nacían con enfermedades graves; que resultaría interminable darle una enumeración completa de todas las enfermedades del cuerpo humano, ya que su número es cuando menos de quinientas a seiscientas, repartidas entre sus miembros y articulaciones; en resumen, todas las partes externas e internas del cuerpo tienen sus propias enfermedades. Para poner remedio a esto teníamos a hombres especializados en curar —o pretender curar— enfermos. Y porque yo tenía cierto arte en este oficio, por gratitud a Su Excelencia, le desvelaría todo el misterio y métodos que empleaban.

Su axioma básico descansa en que toda enfermedad se origina de la saturación; por lo tanto, concluyen que hay que efectuar una gran evacuación del cuerpo, bien por su conducto normal o por el superior, la boca. El siguiente paso consiste en hacer, a base de hierbas, minerales, gomas, aceites, conchas, sales, jugos, algas, excrementos, cortezas de árbol, serpientes, sapos, ranas, arañas, carne y huesos de cadáveres humanos, pájaros, animales y peces, la más abominable, nauseabunda y detestable de las mezclas imaginables, a fin de que el estómago la rechace inmediatamente con repugnancia; a esto lo llaman vomitivo; o, también del mismo almacén, con otros aditivos venenosos, nos mandan ingerir, bien por el orificio superior, bien por el orificio inferior (según el humor del médico), un medicamento también muy nocivo o repulsivo al intestino, el cual produce una relajación del vientre y hace que todas las sustancias se encaminen hacia abajo: a esto le llaman purgante o lavativa. Pues, según afirman los médicos, la naturaleza, dicen, ha reservado el orificio anterosuperior para la ingestión de líquidos y sólidos y el inferoposterior para su eyección, y estos sabios, considerando ingeniosamente que en toda enfermedad la naturaleza ha quedado alterada, dicen que hay que restablecerla sometiendo al cuerpo a un tratamiento directamente contrario intercambiando los dos orificios, forzando los líquidos y sólidos por el ano y provocando la evacuación por vía bucal.

Pero además de las enfermedades reales nos hallamos sujetos a muchas que únicamente son imaginarias, para las cuales los médicos han inventado curas igualmente imaginarias. Cada una de ellas tiene nombre distinto, junto con sendos remedios peculiares, y nuestras mujeres yahoos son muy propensas a ellas.

La seguridad en los pronósticos —rara vez fallan— es una de las destacadas características de esta corporación médica. Cuando una enfermedad real alcanza cierto nivel de gravedad, emiten generalmente un pronóstico fatal; lo cual siempre está en sus manos el que se cumpla, no así con la recuperación. Por consiguiente, si, una vez diagnosticado este pronóstico fatal, se producen indicios inesperados de mejoría, prefieren, mediante una dosis apropiada, probar su sagacidad, antes que ser acusados de falsos profetas.

Por este motivo son de gran utilidad para hombres y mujeres que están hastiados de sus respectivos cónyuges, para los primogénitos, para los principales ministros del Estado y a menudo para los príncipes.

Había yo conversado, con anterioridad, con mi amo, sobre nuestro gobierno en general y particularmente sobre nuestra propia y excelsa Constitución, merecidamente envidiada y admirada por todas las naciones. Pero al haber mencionado aquí accidentalmente «ministro de Estado», me ordenó poco después que le aclarara a qué específica raza de yahoo designaba este apelativo.

Le repliqué que la persona que iba a describir era un primer ministro de Estado, un ser carente por entero de alegría y tristeza, amor y odio, ira o clemencia; o que, al menos, no se deja llevar de pasiones, salvo de un ansia incontenible de riqueza, poder y títulos nobiliarios; que aplica sus palabras para todo menos para manifestar su pensamiento; que nunca declara una verdad si no es con la intención de que se tome por una mentira, ni una mentira si no es con el propósito de que se tome por una verdad; que sus preferidos eran aquellos de quienes hablaba peor a sus espaldas; y que uno podía considerarse perdido a partir del momento en que recibía sus elogios o era elogiado ante los otros. Pero el peor indicio de todos era el recibir una promesa, en especial respaldada por un juramento; en este caso, todo hombre razonable se retira y renuncia a toda esperanza.

Hay tres medios para acceder al cargo de primer ministro. El primero, poner hábilmente en juego a su mujer, hija o hermana. El segundo, traicionar a su predecesor o cortarle la hierba bajo los pies. El tercero, mostrar en las asambleas públicas un celo furioso contra las corrupciones cortesanas. Un príncipe discreto escogerá con preferencia a su primer ministro de entre los que utilizan el tercer método, pues esta clase de celosos son después los más obsequiosos y sumisos a las voluntades y pasiones de sus amos. Estos «ministros», teniendo todos los altos cargos a su disposición, los usan para mantenerse en el poder, sobornar a la mayoría de un senado o consejo principal; y finalmente, gracias al expediente denominado Acta de Indemnidad (le expliqué en que consistía) se aseguran de cualquier ulterior reclamación y se retiran de la vida pública cargados con los despojos de la nación.

El palacio de un primer ministro es un semillero de políticos de la misma índole; los pajes, lacayos y porteros siguen el ejemplo de sus amos y se convierten en ministros de Estado en su propio departamento y se esfuerzan por destacar en los tres principales ingredientes del oficio; insolencia, mentira y soborno. Así, todos mantienen una corte de subalternos compuesta por personas del más alto rango, y a veces, a base de descaros y habilidades llegan, progresivamente, a ser sucesores de su amo. Este suele estar dominado, por lo general, por una ramera decadente o su lacayo favorito, que canalizan todos los favores y bien pueden llamarse con propiedad gobernantes, en última instancia, del reino.

Un día mi amo, al oírme mencionar la nobleza de mi país, se dignó dedicarme un elogio que yo no podía pretender merecer. Me dijo que debía de haber nacido, con toda seguridad, en una familia noble, ya que sobrepasaba en mucho en forma, color y limpieza a todos los yahoos de su nación, aunque parecía menos dotado en cuanto a fuerza y agilidad, debido posiblemente a mi género de vida, tan diferente al de estos animales. Además, no solo tenía el don de la palabra, sino que parecía poseer algunos rudimentos de razón, hasta tal punto que, entre su círculo de amigos, pasaba por un prodigio.

Me hizo observar que, para los houyhnhnms, los blancos alazanes y los grises no tenían las mismas formas que los bayos, los grises moteados y los negros; ni tampoco habían nacido con los mismos talentos espirituales ni con la misma capacidad de mejorarlos. En consecuencia siempre continuaban en la condición servil, sin aspirar a casarse fuera de su propio estamento, lo que en esta nación sería calificado de monstruoso y antinatural.

Le di a Su Excelencia mis más expresivas gracias por la buena opinión que de mí se había formado. Le dije, al mismo tiempo, que mi cuna era bastante humilde. Mis padres, sencillos y honrados, solo pudieron proporcionarme una educación pasable. Que, entre nosotros, la nobleza era algo completamente distinto de la idea que él se había formado. Que nuestros jóvenes nobles se criaban desde su nacimiento en la ociosidad y el lujo. Que tan pronto como su edad lo permitía, consumían su vigor y contraían odiosas enfermedades con mujeres livianas. Y cuando estaban casi arruinados se casaban con alguna mujer de baja condición, persona desagradable y de constitución poco sana, a la que odiaban y despreciaban, solo buscando su dinero. Que semejantes matrimonios fructifican en hijos generalmente escrofulosos, raquíticos o deformes, por lo que esta familia se extinguirá normalmente al cabo de tres generaciones a no ser que la mujer escoja entre la servidumbre o sus vecinos un padre saludable para mejorar y perpetuar la especie. Que las verdaderas señales de nobleza de sangre consistían en tener un cuerpo enclenque y enfermizo, un aspecto esquelético y tez pálida. Un aspecto saludable y vigoroso causa tan mal efecto en un noble que todos deducen que su verdadero padre era un lacayo o un cochero. Las imperfecciones de su mente se parangonan con las corporales: todo en él es tristeza, torpeza, ignorancia, capricho, sensualidad y orgullo.

Sin el consentimiento de esta ilustre corporación, no se puede promulgar, rechazar o modificar ley alguna, y sus decisiones sobre nuestras propiedades son inapelables.

VII

Gran amor del autor por su patria. Observaciones de su amo sobre la Constitución y administración inglesas, tal como las ha descrito el autor. Paralelismos y analogías.

Observaciones de su dueño sobre la naturaleza humana.

Tal vez el lector se preguntará por qué me había permitido retratar con tanta crudeza mi propia especie ante una raza de mortales tan propensos a menospreciar a los hombres por la entera semejanza entre los yahoos y yo. Pero debo confesar con toda franqueza que la contemplación de las numerosas virtudes de estos excelsos cuadrúpedos, contrastadas con las corrupciones humanas, me había abierto tanto los ojos, y desarrollado de tal modo el entendimiento, que empezaba a considerar las acciones y pasiones del hombre bajo una luz totalmente diferente, y a creer que el honor de mi raza no merecía defenderse. Por otra parte, eso habría resultado imposible, con un amo tan inteligente, que todos los días me indicaba mil faltas en que incurría de las que yo hasta ahora era totalmente inconsciente y que entre nosotros ni se considerarían meras imperfecciones. Gracias a su ejemplo, había concebido también un odio absoluto a toda falsedad o disimulo, y la verdad se me presentaba de forma tan atractiva que determiné sacrificarlo todo a ella.

Ruego al lector que me perdone la franqueza: confieso que existía una razón mucho más poderosa para la libertad con que he contado todas estas cosas. Al año escaso de mi estancia en este país, contraí tal amor y veneración por sus habitantes que resolví firmemente no regresar jamás al seno de mi raza, sino pasar el resto de mi vida entre aquellos admirables houyhnhnms, en el estudio y práctica de todas las virtudes, donde no existía el ejemplo o la invitación al vicio. Pero la Fortuna, mi implacable enemiga, había decretado que no me tocara en suerte tamaña felicidad. Sin embargo, me reconforta pensar ahora que en todo lo que había contado de mis compatriotas intenté disminuir sus defectos, en la medida de lo posible, ante un observador tan riguroso, y en cada tema presenté el cariz más favorable en la medida en que el asunto lo permitía. Porque, cierto es, ¿hay algún ser viviente que no se muestre propenso y parcial hacia su lugar de origen?

Ya he contado, en esencia, diversas conversaciones mantenidas con mi amo durante la mayor parte del tiempo en que tuve el honor de servirlo, aunque, por razones de brevedad, he omitido muchos más temas que aquí no se mencionan.

Cuando hube contestado a todas sus preguntas y su curiosidad pareció enteramente satisfecha, me envió a buscar una mañana temprano, y me ordenó sentarme a cierta distancia (deferencia que hasta entonces nunca me había concedido). Me dijo que había sopesado muy seriamente todo mi relato, en lo tocante a mi persona y a mi patria. Que nos consideraba como una especie animal a la que, por algún accidente inexplicable, le había tocado en suerte una exigua dosis de razón; pero esta la utilizábamos únicamente como un medio para agravar nuestras corrupciones naturales o para adquirir otras nuevas de que la naturaleza no nos había dotado. Que nos desposeíamos nosotros mismos de las pocas cualidades que ella nos había concedido, y habíamos logrado con éxito incrementar nuestras necesidades primitivas, de suerte que pasábamos toda nuestra vida en hacer vanos esfuerzos para satisfacerlas con nuestras propias invenciones. Que, en cuanto a mi persona, resultaba evidente que no tenía ni la agilidad ni el vigor de un yahoo normal. Caminaba de modo inseguro sobre mis patas traseras, había inventado un artificio para que mis garras no sirvieran para ningún uso ni para la defensa, y para quitarme el pelo de la barbilla que tenía la finalidad de preservarme del sol y de la intemperie. Finalmente, yo no podía ni correr deprisa ni encaramarme a los árboles como mis hermanos (así los llamaba) yahoos en esta isla.

En cuanto a nuestras instituciones políticas y judiciales eran claramente el fruto de nuestra grave falta de razón, y, en consecuencia, de virtud, porque para gobernar a una criatura racional solo hace falta utilizar la razón, la cual, por tanto, era una cualidad de la que no podíamos presumir teniendo en cuenta el informe dado sobre mi propia gente, aunque él había detectado abiertamente que para favorecerla había ocultado muchos detalles y a menudo había dicho «la cosa que no era».

Lo que, sobre todo, le confirmaba en esta opinión era el haber observado la misma semejanza existente en todos los detalles de mi cuerpo y el de los yahoos (con excepción de mi falta de fuerza, de velocidad y de actividad, la cortedad de mis garras, y algunos otros detalles en los que la naturaleza no tenía nada que ver); y esta misma semejanza se daba en la disposición mental, según se deducía de la descripción de nuestras vidas, costumbres y acciones. Dijo que era sabido el odio que los yahoos se profesan entre ellos, mucho más que a cualquier otra especie animal, y se admite generalmente que este odio nace de su repulsiva constitución, que todos descubren en sus semejantes, pero no en sí mismos. Había empezado, por consiguiente, a considerar que no era poco juicioso el que cubriéramos nuestro cuerpo, y así ocultáramos a los demás muchas de nuestras deformidades, que, de otro modo, resultarían difícilmente soportables. Pero ahora encontraba que se había equivocado, y

que las discusiones de esos brutos de su país se debían, tal como había descrito, a las mismas causas que en el nuestro. «Porque —dijo— si echáis a cinco yahoos una ración de comida suficiente para cincuenta, en vez de comer tranquilamente, se agarrarán de los cabellos, cada cual impaciente por tenerlo todo para sí.» Por este motivo había siempre un criado para vigilarlos, cuando comían fuera, y en casa se los tenía amarrados a cierta distancia uno de otro. Cuando una vaca moría por edad o de accidente, antes de que un houyhnhnm pudiera apartarla para sus propios yahoos, los de alrededor se abalanzaban en bandadas para apoderarse de ella, lo que originaba una batalla del tipo que yo había descrito; ambos bandos recibían terribles zarpazos, aunque las heridas eran rara vez mortales, por falta de los mortíferos instrumentos que nosotros hemos inventado. En otras ocasiones se han entablado batallas parecidas entre yahoos de diversos lugares sin motivo aparente; los de un distrito acechan una oportunidad para sorprender a los de otro distrito antes de que estén preparados. Pero si su plan de ataque fracasa, regresan a su casa, y, a falta de enemigos, entablan entre ellos lo que yo llamo guerra civil.

En algunos campos del país hay ciertas piedras brillantes y multicolores por las que los yahoos sienten una violenta atracción. Y si, como sucede a veces, algunas de estas piedras están incrustadas en la tierra, cavarán durante días enteros con sus garras para extraerlas, llevárselas, y amontonarlas a escondidas en sus guaridas, pero mirando a su alrededor con gran cuidado por miedo a que sus camaradas encuentren su tesoro. Mi amo dijo que nunca había logrado descubrir el motivo de este apetito antinatural, ni de qué podían servir semejantes piedras a los yahoos. Pero ahora creía que quizá procedía del mismo principio de avaricia que yo atribuía a los hombres. Una vez, a título experimental, había retirado a escondidas un montón de esas piedras del lugar donde uno de sus yahoos las había enterrado. Al comprobar la pérdida de su tesoro, este sórdido animal atrajo con sus profundos gemidos a todo el rebaño al lugar, lanzó aullidos lastimeros y comenzó a morder y arañar a los demás. Luego comenzó a languidecer: se negó a comer, dormir o trabajar; hasta que mi amo ordenó que un criado llevara secretamente las piedras al mismo escondrijo anterior. Cuando su yahoo las descubrió, recuperó de inmediato su buen humor y ánimos, pero tuvo cuidado de llevarlas a un escondrijo más seguro, y a partir de ese momento no ha dejado de ser un bruto muy útil.

Siguiendo con el tema, mi amo me aseguró —lo he comprobado personalmente— que, en los campos donde abundan esas piedras brillantes, tenían lugar los más encarnizados y frecuentes combates, ocasionados por las incesantes incursiones de los yahoos de los alrededores.

Era normal, dijo él, que si dos yahoos descubrían una de estas piedras en un campo y disputaban por su posesión, un tercer yahoo se aprovechara y se la arrebatase. Mi amo veía en esto cierto parecido con nuestros pleitos legales. Por respeto a nuestra

reputación me guardé mucho de negárselo, puesto que la solución que él indicaba era mucho más justa que muchas de nuestras sentencias. El defensor y el acusador yahoos solo perdían una piedra, mientras que nuestros tribunales de justicia nunca habrían cerrado la causa hasta que las partes hubieran sido despojadas de todo.

Mi amo siguió comentando que no había cosa que volviese tan repugnantes a los yahoos como su indiscriminada voracidad en ingerir todo lo que encontraban, ya fueran hierbas, raíces, bayas, cadáveres podridos de animales, o todo mezclado; y era típico de su modo de ser preferir lo logrado por hurto o rapiña a la comida de mucha mejor calidad servida en casa. Si su presa daba de sí comían hasta reventar; después, la naturaleza les hacía encontrar determinadas raíces que facilitaban una evacuación completa.

También existían otras especies de raíces muy jugosas aunque algo raras y difíciles de encontrar, que los yahoos buscaban con avidez y chupaban con extremo deleite y que les producían el mismo efecto que el vino entre nosotros. A veces les hacían abrazarse; otras, pelearse; se ponían a vociferar, gesticular, parlotear y dar tumbos hasta que caían dormidos en el fango.

Había comprobado personalmente que los yahoos eran los únicos animales de este país que contraían enfermedades. Estas eran, sin embargo, muchas menos que las de los caballos entre nosotros, y nunca se originan por malos tratos, sino únicamente por la suciedad y glotonería de estos sórdidos animales. La lengua del país utiliza solo un término genérico que se deriva del nombre de este animal: *hnea-yahoo* o el mal del yahoo; y el tratamiento prescrito consiste en introducir por la fuerza en la garganta de un yahoo un preparado a base de su propia orina y excrementos. Luego he oído comentar a menudo que esta medicación surte excelentes resultados. Me permito, pues, recomendarla a mis compatriotas, en pro del bien común, como un remedio admirable contra las enfermedades producidas por saturación.

En cuanto al saber, gobierno, arte, industria y cosas análogas, mi amo reconocía que encontraba poco o ningún parecido entre los yahoos de su país y los del mío. Solo quería mencionar los puntos comunes a nuestra naturaleza. Había oído comentar a ciertos houyhnhnms observadores que en la mayoría de los rebaños existía una especie de jefe yahoo (del mismo modo que en nuestros parques hay un ciervo jefe o guía), que era siempre el más deforme y el peor intencionado de todos. Este jefe tenía un favorito lo más parecido a él que pudiera encontrar, cuya función era lamer las posaderas y pies de su amo y conducir a las yahoos hembras a su guarida; en pago recibía, de vez en cuando, un trozo de carne de burro. Este favorito es odiado por toda la manada, y, por lo tanto, para estar seguro, permanece siempre junto a su jefe. Suele desempeñar su misión hasta que se encuentra un sustituto peor, pero, en el momento en que se le destituye del cargo, todos los yahoos del distrito, jóvenes y viejos, machos y hembras, acuden en masa, con su sucesor al frente, y lo cubren con sus

excrementos de pies a cabeza. Mi amo me dijo que yo podía determinar mejor hasta qué punto sería esto aplicable a nuestras cortes, favoritos y ministros de Estado.

No me atreví a replicar a su maliciosa insinuación, que degradaba el entendimiento humano por debajo de la sagacidad de un lebre, que tiene bastante juicio para distinguir y seguir la voz del más competente de la jauría, sin incurrir en el menor error.

Mi amo me dijo que los yahoos tenían unas notables características que había observado que yo no había mencionado, o solo de modo muy superficial, en mis informes sobre el género humano. Estos animales tienen, como todos los brutos, las mujeres en común. Pero la gran diferencia consiste en que la mujer yahoo aceptaba al marido durante el embarazo y que los machos discutían y se peleaban con las hembras con la misma ferocidad que entre ellos. Ambas prácticas denotan un grado de bestialidad abominable en el que ninguna otra criatura viviente ha caído.

Otra cosa que le había chocado en los yahoos era su extraña inclinación a la suciedad y la mugre, mientras en los demás animales existía un amor natural a la limpieza. Por lo que respecta a las dos anteriores acusaciones, di la callada por respuesta, porque no encontré palabras para defender a mi raza, cosa que habría tendido a hacer. En cuanto a la tercera, habría ciertamente absuelto a la raza humana del reproche de singularidad en este asunto si hubiera habido cerdos en aquel país (para mi desgracia, no los había). Pues aunque este cuadrúpedo es posiblemente más manso que un yahoo, no se puede en justicia pretender que sea más limpio y Su Excelencia lo habría reconocido si hubiera visto su repugnante modo de comer y su costumbre de revolcarse y dormir en el fango.

Mi amo también mencionó otra cualidad, que sus criados habían descubierto en diversos yahoos, y que le era completamente incomprensible. Dijo que a veces a un yahoo se le antojaba retirarse a un rincón, acostarse, gemir, gruñir, y enviar a paseo a todos los que se acercaban, aunque se tratase de un individuo joven y vigoroso, y rechazar todo alimento y bebida. Los criados no podían adivinar lo que sucedía. El único remedio que habían encontrado era hacerle trabajar duramente, con lo que se recuperaba infaliblemente. A esto tampoco repuse, para no tomar partido en contra de mi propia especie; sin embargo, ahí pude descubrir con claridad los verdaderos gérmenes del hastío, que solo afecta a los perezosos, ricos y lujuriosos. Si se les sometiera al mismo tratamiento, ya me encargaría yo de su curación.

Su Excelencia había comentado además que una hembra yahoo solía agazaparse detrás de un talud o matorral para contemplar el paso de los jóvenes machos, y luego asomarse y esconderse, utilizando numerosos y desacostumbrados gestos y muecas, momento en que despedía un olor repelente. Y cuando uno de los machos se aproximaba, ella se retiraba lentamente, volviendo la vista atrás a menudo, y, con una falsa apariencia de miedo, se escapaba a un lugar propicio donde ella sabía que el macho la seguiría.

Otras veces si se acercaba una hembra extraña, la rodeaban tres o cuatro de su propio sexo, la miraban, charloteaban, le hacían muecas y la olían de arriba abajo, y a continuación se alejaban haciendo gestos que parecían expresar desdén y desprecio.

Quizá mi amo podría afinar un poco estas consideraciones, deducidas de sus observaciones personales, o de lo que otros le habían contado, pero no pude dejar de pensar, con cierto asombro y mucha pena, que los fundamentos de la lascivia, coquetería, envidia y maledicencia se encuentran en las mujeres de un modo instintivo.

Esperaba, en cualquier momento, que mi amo acusara a yahoos de ambos sexos de apetitos contra la naturaleza, tan comunes entre nosotros. Pero, al parecer, la naturaleza no ha sido una maestra tan experta: estos placeres más refinados son un producto exclusivo del arte y la razón en nuestro lado del globo.

VIII

*El autor describe diversas particularidades de los yahoos.
Las grandes virtudes de los houyhnhnms. Educación y
formación de su juventud. Su asamblea general.*

Como podía suponer que mi conocimiento de la naturaleza humana aventajaba al que mi maestro sería capaz de tener, me resultaba fácil reconocermé a mí mismo y a mis compatriotas en el retrato que había hecho de los yahoos y creía que podría hacer aportaciones suplementarias si los observaba personalmente. Por este motivo pedía con frecuencia a Su Excelencia que me permitiera ir por entre los rebaños de yahoos de los alrededores, a lo que accedía con gran amabilidad, pues estaba persuadido de que la repugnancia que me inspiraban aquellos brutos impediría que yo me dejara corromper por ellos. Su Excelencia mandaba a uno de sus sirvientes, un robusto caballo de carga, muy honrado y de buen carácter, que me hiciera de guardia, pues sin su protección no me habría atrevido a correr ese riesgo. Ya he contado al lector lo que estos animales me llegaron a molestar a mi llegada. Y después, había escapado tres o cuatro veces de sus garras por los pelos cuando me paseaba solo a cierta distancia y sin mi sable. Tengo motivos para creer que me tomaban por un congénere suyo. Yo contribuía a ello con frecuencia remangándome y mostrando mis brazos y torso desnudos cuando mi protector estaba conmigo. En estas ocasiones solían acercarse tanto como se atrevían e imitaban mis gestos, al estilo de los monos, aunque siempre con grandes muestras de odio, tal como una grajilla domesticada, con gorro y medias, cuando se encuentra entre grajos salvajes, siempre es perseguida por ellos.

Los yahoos tienen, desde su infancia, una prodigiosa agilidad. No obstante, una vez capturé un joven macho de tres años e intenté tranquilizarlo prodigándole todas las muestras de ternura; pero el pequeño asqueroso empezó a chillar, arañar y morder con tal violencia que me vi precisado a soltarlo. Y era hora, porque ya una manada de adultos había acudido ante semejante alboroto. Pero al comprobar que el cachorro estaba a salvo (se había escapado a todo correr) y que mi alazán estaba junto a mí, no osaron acercarse. Noté que la carne de aquel joven animal despedía un olor muy agrio; aquel hedor recordaba al de la comadreja o al del zorro, aunque mucho más repelente. Olvidaba otro detalle (y quizá el lector me perdonaría si lo omitiese):

mientras retenía a esta odiosa bestezuela entre mis manos, vació sus asquerosos excrementos en toda mi ropa; una sustancia líquida amarillenta. Por suerte había un riachuelo muy próximo, y allí me lavé lo mejor que pude, aunque no me atreví a presentarme ante mi amo hasta que estuve aireado a fondo.

Por lo que pude descubrir, los yahoos eran unos animales totalmente refractarios al aprendizaje: el arrastrar o llevar cargas señalaba el límite de sus posibilidades. Sin embargo creo que esta incapacidad proviene principalmente de una predisposición perversa e inquieta: son astutos, malignos, traicioneros y vengativos. Son fuertes y resistentes, aunque cobardes por naturaleza, lo que los vuelve insolentes, abyectos y crueles. Se ha comprobado que los pelirrojos de ambos sexos son más libidinosos y aviesos que los demás, a los que, sin embargo, superan mucho en vigor y vitalidad.

Los houyhnhnms cobijan a los yahoos que emplean a su servicio directo en chozas próximas a la casa. A los restantes los destinan a ciertos campos. Allí cavan la tierra en busca de raíces, comen variadas clases de hierbas y van en busca de carroñas; a veces cazan comadrejas y *luhimuhs* (una especie de rata silvestre), que devoran ávidamente. La naturaleza les ha enseñado a excavar con las uñas profundos agujeros en las laderas de los promontorios, donde se guarecen solos. Las guaridas de las hembras son de mayor capacidad, para poder albergar a dos o tres cachorros.

Nadan como ranas desde su infancia y son capaces de permanecer largo rato bajo el agua, donde atrapan a menudo peces que las hembras llevan a casa a sus pequeños. A este efecto confío en que el lector me perdonará si le cuento una aventura extraña.

Estando un día por el campo con mi alazán protector, como hacía un calor insoportable, le solicité permiso para bañarme en un río cercano. Me lo concedió, por lo que me desnudé enseguida de pies a cabeza y me sumergí en el agua con suavidad. Resultó que una joven hembra yahoo, que estaba detrás de un talud, había presenciado toda la escena, y, encendida por el deseo, tal como el alazán y yo supusimos, se acercó corriendo a toda velocidad, y se zambulló en el agua a unas cinco yardas del lugar donde me estaba bañando. Me dio el susto de mi vida; entretanto, el alazán, sin sospechar peligro alguno, pacía a cierta distancia. Ella me abrazó del modo más asqueroso; me puse a gritar con todas mis fuerzas y el alazán vino al galope hacia mí, ante lo cual la hembra me liberó de su abrazo de malísima gana, y saltó a la orilla opuesta donde permaneció mirándome y aullando todo el tiempo que tardé en vestirme.

Este incidente divirtió tanto a mi amo y a su familia como a mí me humilló. Pues ya no podía rechazar por más tiempo que era un verdadero yahoo, de pies a cabeza, puesto que las hembras sentían hacia mí una atracción natural, como hacia uno de su propia especie. El color del pelo de esta bruta no era rojo (lo que habría excusado parcialmente esta desordenada inclinación) sino negro como el carbón, y su aspecto

no era tan repelente como el de las otras de su clase; pues creo que no podía tener más de once años.

Después de haber vivido tres años en este país supongo que el lector esperará que proporcione —como hacen otros viajeros— una descripción de los hábitos y costumbres de los habitantes, lo que, en efecto, constituía mi principal tema de estudio.

Como estos nobles houyhnhnms están dotados de una predisposición natural a todas las virtudes y no tienen ni la menor noción o idea de lo que es el mal en una criatura racional, su máxima principal es que hay que cultivar la razón y dejarse guiar enteramente por ella. La razón no constituye para ellos una cuestión problemática, como entre nosotros —los hombres pueden discutir de forma plausible los dos lados de una cuestión—, sino que se impone con inmediata convicción. Así sucede necesariamente cuando no está adulterada, oscurecida o atenuada por las pasiones o los intereses. Recuerdo que me costó muchísimo hacer comprender a mi amo el significado del término *opinión* y cómo un punto podía ser debatible, ya que la razón nos ha enseñado a afirmar o negar solo aquello de lo que se está seguro, y en lo que rebasa nuestro conocimiento nada podemos hacer. Así que las controversias, altercados, disputas, y el empeño en sostener opiniones falsas o dudosas, son males desconocidos en los houyhnhnms. Del mismo modo, cuando le explicaba nuestros diversos sistemas de filosofía natural, se reía de que una criatura pretendidamente racional pudiera envanecerse fundamentando su conocimiento en las conjeturas de otros, y en terrenos donde este saber, aunque fuera cierto, no le servía de nada. En esto estaba totalmente de acuerdo con el pensamiento de Sócrates, tal como lo transmite Platón; y este es el mayor elogio que puedo tributar a este príncipe de los filósofos. Desde entonces he meditado con frecuencia en los estragos que produciría en las bibliotecas europeas la aplicación de esta doctrina y los numerosos accesos que se cerrarían a la fama en el mundo del saber.

Las dos grandes cualidades de los houyhnhnms son la amistad y la benevolencia, que no son privativas de unos pocos miembros, sino comunes a toda la raza. Así, un forastero del lugar más remoto recibe el mismo trato que el vecino más próximo y, donde quiera que vaya, se siente como en casa. Tienen un sentido muy profundo del decoro y la cortesía, pero ignoran todo formalismo. No sienten especial ternura por sus potros y potrancas; el esmero que ponen en su educación procede enteramente de los dictados de la razón. Yo observaba que mi amo mostraba la misma predilección por los hijos de sus vecinos que por los suyos propios. Consideran que la naturaleza les enseña a amar a toda la especie y solo la razón crea la distinción entre personas en las que hay un grado superior de virtud.

Cuando una madre houyhnhnm ha engendrado un hijo de cada sexo, deja de tener relaciones con su cónyuge, salvo en caso de muerte por accidente de alguno de su

prole, lo que ocurre rara vez; pero en tal caso la pareja se junta de nuevo. Y cuando esto sucede a uno cuya esposa ya no tiene edad de criar, otra pareja le cede uno de sus potros y vuelve a unirse hasta que la madre queda preñada. Esta precaución es necesaria para evitar que el exceso de número sobrecargue al país. Esta cláusula restrictiva no se aplica tanto a la raza inferior de houyhnhnms, educados para la servidumbre; estos pueden producir tres individuos de cada sexo, para ser criados de las familias nobles.

En sus matrimonios seleccionan cuidadosamente los colores de forma que la descendencia no tenga una mezcla desagradable. Se aprecia, sobre todo, la fuerza en el macho y la belleza en la hembra, no por motivos amorosos, sino para impedir que la raza degenera. Si resulta que la fuerte es la hembra, se escoge un consorte apuesto. Cortejo, amor, regalos, uniones, acuerdos son nociones ajenas a su pensamiento y su lengua carece de los términos correspondientes. Las parejas jóvenes se forman y unen sencillamente porque sus padres y amigos así lo han decidido. Es esto algo que se hace a diario y que se considera indispensable en un ser racional.

Pero nunca se ha oído hablar de infidelidad en el matrimonio o de cualquier falta contra la castidad. Los casados pasan su vida en amistad y benevolencia mutuas semejantes a las que sienten hacia los demás de su especie, con quienes se encuentran, sin celos, ni ternura, ni disputas ni descontento.

Su método educativo para los jóvenes de ambos sexos es admirable y merece imitación. A estos no se les permite probar un grano de avena, salvo en días señalados, hasta que cumplen los dieciocho años, ni leche, excepto muy rara vez. Durante el verano pacen dos horas por la mañana y otras tantas por la tarde; los padres cumplen este mismo horario. Pero los criados no pueden rebasar la mitad de este tiempo; gran parte de la hierba se lleva a la casa y la comen allí en las horas adecuadas cuando son menos necesarios en el trabajo.

La sobriedad, diligencia, ejercicio y limpieza son las lecciones que se inculcan por igual a los jóvenes de ambos sexos. Mi amo calificó de monstruosa la educación discriminada que dábamos a nuestras mujeres, excepto en algunas cuestiones del gobierno de la casa; con lo cual, como él muy justamente observó, la mitad de nuestras congéneres no servían para nada que no fuera traer hijos al mundo. Y el confiar el cuidado de sus hijos a animales tan inútiles, dijo, era todavía una mayor prueba de brutalidad.

Pero los houyhnhnms educan a sus jóvenes en el vigor, velocidad y resistencia mediante carreras monte arriba y monte abajo por inclinadas pendientes, o por terrenos pedregosos y duros. Y cuando están empapados de sudor, se les ordena que se tiren de cabeza en un estanque o río. Cuatro veces al año la juventud de ciertos distritos se reúne para demostrar sus habilidades en las carreras y saltos y otras competiciones de fuerza o agilidad. El vencedor o vencedora recibe como premio una

canción compuesta en alabanza suya. Durante estas fiestas los criados conducen al campo una manada de yahoos cargados de heno, avena y leche para refrigerio de los houyhnhnms. A continuación se los retira sin demora por miedo a que incomoden a la asamblea.

Cada cuatro años, durante el equinoccio de primavera, se celebra la asamblea plenaria de representantes de la nación, que se reúne en una llanura situada a unas veinte millas de nuestra residencia, y dura de cinco a seis días. Allí preguntan sobre la situación y recursos de todos los distritos: sobre la abundancia y escasez de heno, avena, vacas o yahoos. Si hay alguna falta (lo que raramente ocurre), se la remedia inmediatamente por consentimiento y contribución unánimes. En esta asamblea también se fija la regulación de los hijos. Por ejemplo, si un houyhnhnm tiene dos hijos varones, cambia uno con otro que tiene dos hembras; y cuando alguien ha perdido un hijo por accidente y la madre es ya estéril, se fija la familia del distrito que engendrará otro para restituirlo.

IX

*Gran debate en la asamblea general de los houyhnhnms
y su decisión. El saber de los houyhnhnms. Sus edificios.
Sus sepelios. Deficiencias de su idioma.*

Durante mi estancia, unos tres meses antes de mi partida, tuvo lugar una de estas asambleas. Mi amo acudió como representante de nuestro distrito. En ese consejo se volvió a tocar una vieja discusión, en realidad, la única discusión que jamás ha existido en su país, sobre la cual mi amo, a su regreso, me facilitó un relato pormenorizado.

El problema puesto a debate era si los yahoos debían ser exterminados de la faz de la tierra. Uno de los miembros partidarios del sí presentó diversos alegatos de gran fuerza y peso, aduciendo que así como los yahoos eran los más asquerosos, ruidosos y deformes animales que jamás había producido la naturaleza, también eran los más inquietos, rebeldes, malvados y maliciosos: si no se los vigilaba de continuo mamaban en secreto las ubres de las vacas de los houyhnhnms, mataban y devoraban sus gatos, pisoteaban su avena y heno, y cometían otras mil tropelías. Citó una tradición generalmente admitida: los yahoos no siempre habían existido en el país, pero hacía muchos siglos que dos de estos brutos habían aparecido en una montaña. Si eran el producto del calor del sol sobre el barro y el heno corrupto o de la espuma y légamo del mar, eso nunca se supo. Estos yahoos se multiplicaron y, en poco tiempo, su descendencia fue tan numerosa como para invadir e infestar todo el país. Para sustraerse a esa plaga, los houyhnhnms hicieron una batida general y consiguieron finalmente encerrar a todo el rebaño. Se exterminó a los más viejos y cada houyhnhnm se quedó con dos jóvenes en un cubil, y se los domesticó en la medida en que puede hacerse con un animal tan salvaje por naturaleza, utilizándolos como bestias de tiro y transporte. Había, aparentemente, mucho de verdad en esta tradición; estas criaturas no podían ser *ylnhniamshy* (o aborígenes de la tierra) dado el odio que tanto los houyhnhnms como los otros animales les profesaban; odio al que se habían hecho plenamente acreedores por su perversidad, que, de haber sido aborígenes, nunca habría llegado a tales extremos, o bien habrían sido exterminados tiempo ha. Y los habitantes a quienes se les antojó emplear a los yahoos habían descuidado imprudentemente la cría de los asnos, hermosos animales, fáciles de mantener, más

mansos y obedientes, sin ningún olor desagradable, con fuerza suficiente para trabajar, aunque con menos agilidad que los yahoos; y aunque no se podía calificar sus rebuznos de agradables, sí resultaban preferibles a los horribles aullidos de los yahoos.

Varios otros tomaron la palabra para defender esa misma tesis. A continuación mi amo propuso a la asamblea un expediente, por cierto, basado en una sugerencia mía. Aprobó la tradición, tal como la había expuesto el «honorable diputado» que le había precedido en el uso de la palabra, y afirmó que esos dos legendarios yahoos que se habían visto por vez primera en el país habían llegado de ultramar; que una vez llegados a tierra, al ser abandonados por sus compañeros, se retiraron a las montañas donde degeneraron, y, con el tiempo, se volvieron mucho más salvajes que sus propios congéneres del país de donde eran oriundos. El fundamento de esta tesis radicaba en que él tenía a cierto yahoo maravilloso (yo mismo, quería decir) del que la mayoría había oído hablar y muchos habían visto. Él les había contado cómo me descubrió por primera vez; que mi cuerpo estaba revestido con una composición artificial de pieles y pelos de otros animales; que hablaba una lengua propia, y que había dominado la de ellos a la perfección; que le había contado los incidentes que me habían traído a la isla; que él me había visto sin mi cobertura y que era el reflejo exacto de un yahoo, solo que más blanco, menos peludo y con garras más cortas. Añadió cómo había intentado convencerle de que en mi propio país, y en otros, los yahoos constituían la clase animal rectora y racional, y que tenían esclavizados a los houyhnhnms; que había observado en mí todas las características de un yahoo, aunque algo más refinado por cierto tinte de razón, pero que estaba en condiciones de inferioridad con relación a los houyhnhnms como los yahoos de este país lo estaban respecto a mí; que, entre otras cosas, le mencioné nuestra costumbre de castrar a los houyhnhnms, de jóvenes, para domesticarlos; que la operación resultaba fácil y segura; que no había por qué avergonzarse en aprender de los brutos ya que la hormiga nos enseña a ser activos y la golondrina (así traduzco la palabra *lyhannh*, aunque sea un pájaro de mayor tamaño) a construir. Que esa invención podría aplicarse a los yahoos de este país, que además de hacerlos más tratables y adecuados para el uso, permitiría exterminar la raza al cabo de una época, sin destruir vidas. Que, entretanto, se debería invitar a los houyhnhnms a que cultivasen la raza de los asnos, que además de ser, bajo todos los puntos de vista, animales más valiosos, ofrecen la particular ventaja de ser aptos para trabajar a los cinco años de edad (los yahoos no lo son hasta los doce).

Esto fue todo lo que mi amo consideró oportuno contarme entonces del desarrollo de la asamblea. El lector se enterará pronto en el lugar adecuado de los perniciosos efectos de un detalle con respecto a mi persona, que mi amo prefirió ocultarme. Todas las desgracias que después me ocurrieron tienen su origen en aquella fecha.

Los houyhnhnms carecen de escritura y por tanto su saber se basa en la tradición. Pero en un pueblo tan bien avenido, propenso por instinto a la virtud, enteramente

gobernado por la razón y sin ningún contacto con el mundo exterior, suceden pocos hechos importantes; y así los acontecimientos históricos se conservan sin necesidad de sobrecargar su memoria. Ya he señalado que no están sujetos a enfermedad alguna, y, por consiguiente, no necesitan médicos. Con todo, tienen excelentes plantas medicinales para tratar las heridas por accidente y los cortes, producidos al caminar sobre guijarros agudos, en la ranilla o cuartilla del casco, así como otros golpes y heridas en las restantes partes del cuerpo.

Calculan el año por las órbitas solares y lunares, pero no lo dividen en semanas. Están muy familiarizados con los movimientos de estos dos luminares y entienden lo que es un eclipse, y ese es el mayor avance de sus conocimientos astronómicos.

Debe reconocerse que, en poesía, son inimitables por la precisión de sus comparaciones, y la minuciosidad y exactitud de sus descripciones. Prodigan mucho estas figuras en sus versos, que suelen contener exaltaciones de la noción de amistad y benevolencia y alabanzas de los vencedores en las carreras o en otras competiciones corporales. Sus construcciones, a pesar de su sencillez y tosquedad, no resultan desagradables, y están bien organizadas para protegerlos de las inclemencias del frío y del calor. Crece allí un tipo de árbol que, a los cuarenta años, se queda sin raíces y cae a la primera tormenta; crece muy vertical, y, una vez afilado como una estaca con piedras punzantes (los houyhnhnms no conocen el uso del hierro), los plantan verticalmente en tierra a unas diez pulgadas de distancia, y luego tejen entre ellos una malla de paja de avena o a veces de zarzas. El techo y las puertas se hacen del mismo modo.

Los houyhnhnms utilizan la oquedad entre la cuartilla y casco de las patas delanteras como nosotros las manos, y con más habilidad de lo que en un principio pude imaginar. He visto cómo con esta juntura una yegua blanca de nuestra familia enhebraba una aguja (que yo le había proporcionado al efecto). Del mismo modo ordeñan las vacas, cosechan la avena y realizan todo el trabajo que requiere manos. Utilizan unos pedernales muy duros para, frotándolos con otras piedras, formar utensilios que emplean en vez de cuñas, hachas y martillos. Con herramientas del mismo pedernal, siegan el heno y la avena que crece en varios campos de forma natural. Los yahoos llevan a casa las gavillas en carros y allí son trillados en unos cobertizos. El grano recogido se coloca en almacenes. Fabrican unas toscas vasijas de barro cocido al sol y de madera.

Si no tienen un accidente grave, mueren solo de viejos y se los entierra en el lugar más oscuro que quepa encontrar. Sus amigos y parientes no manifiestan ni dolor ni alegría por su partida. El moribundo tampoco expresa el más mínimo pesar por abandonar este mundo, como el que después de visitar a un vecino debe volver a casa. Recuerdo que en cierta ocasión mi amo había invitado a un amigo y a sus familiares para tratar un asunto de cierta importancia. En la fecha fijada, su esposa y

sus dos hijos llegaron muy tarde. Se excusó por dos motivos. Primero por su marido, que, como dijo, acababa de *lhnuwnh* aquella misma mañana. En su idioma este es un término muy expresivo; su traducción al inglés no resulta fácil. Significa «regresar a su primera madre». Se excusaba por el retraso porque, al haberse muerto su esposo ya entrada la mañana, hubo de efectuar consultas un buen rato con sus criados sobre el lugar adecuado para enterrarlo. Comprobé que se comportaba en nuestra casa con la misma jovialidad que el resto. Murió tres meses después.

Viven, por lo general, hasta los setenta o setenta y cinco años y, excepcionalmente, hasta los ochenta. Unas semanas antes de morir, sus fuerzas experimentan un progresivo decaimiento, pero sin dolor. Durante este período reciben numerosas visitas de sus amigos, pues les cuesta manejarse con la misma facilidad de antes. Sin embargo, unos diez días antes de morir —cálculo en el que rara vez fallan—, devuelven las visitas que sus vecinos más próximos les han hecho, desplazándose en prácticos trineos arrastrados por yahoos. Utilizan dichos vehículos no solo en estas circunstancias, sino también cuando envejecen, para viajes largos o cuando surge una lesión por accidente. Por consiguiente cuando el *houyhnhnm* agonizante devuelve estas visitas, hace una solemne despedida de sus amigos, como si partiera hacia un remoto lugar del país con intención de pasar allí el resto de sus días.

No sé si valdrá la pena comentar que la lengua de los *houyhnhnms* no tiene términos para expresar nada malo, a no ser las palabras que toman prestadas de las deformidades o defectos de los yahoos. Así califican la necedad de un criado, el fallo de un niño, la piedra que les corta el casco, el largo período de tiempo desapacible o inadecuado a la estación, etc., con el epíteto de *yahoo*. Por ejemplo *hnhm yahoo*, *whnaholm yahoo*, *ynlhmndwihlma yahoo*, y la casa mal construida *ynholmhnmrohlnw yahoo*.

Podría —con mucho gusto— extenderme más acerca de las costumbres y virtudes de este excelente pueblo; pero como tengo el propósito de publicar un volumen consagrado exclusivamente a este tema, a él remito al lector. Entretanto voy a proseguir con el relato de mi triste catástrofe.

X

*Arreglo de vida y felicidad del autor con los houyhnhnms.
Grandes progresos en la virtud, por su trato con ellos.
Sus conversaciones. Su amo le informa de que debe abandonar
el país. Se desmaya de pena, pero obedece. Logra construir
una canoa con la ayuda de un criado y se hace a la mar.*

Mi vida transcurría en paz y tranquilidad y a mi entera satisfacción. Mi amo había encargado que se me construyera un alojamiento como el de ellos a unas seis yardas del edificio principal. Yo mismo había recubierto el suelo y las paredes con barro y tapizado después con esterillas de junco fabricadas por mí. Había aplastado cáñamo, que allí crece silvestre, y confeccionado una especie de colchón, relleno de plumas de diversas aves, que había capturado con lazos fabricados con pelos de yahoo y que eran un bocado apetitoso. Había trabajado dos sillas con mi cuchillo, y el alazán de tiro, mi criado, me ayudó en la parte más pesada de desbaste. Cuando mi ropa quedó reducida a harapos, la sustituí por otra hecha con pieles de conejo y de otro hermoso animal, de tamaño semejante, denominado *nnuhnoh*, recubiertas de un fino vello. Con estas pieles también me hice medias muy cómodas. Puse a mis zapatos medias suelas de madera que corté de un árbol y sujeté al cuero de arriba. Cuando este, a su vez, se gastó, lo sustituí por cuero de yahoos secado al sol. En los árboles huecos encontraba a menudo miel que mezclaba con agua o comía con pan. Nunca nadie ha comprendido como yo la verdad de estos dos axiomas: «Es muy fácil contentar a la naturaleza» y: «La necesidad es madre de la inventiva». Disfrutaba de perfecta salud corporal y paz espiritual. No experimentaba la traición o la inconstancia de un amigo, ni los ataques de un enemigo velado o declarado. No tenía ocasión de sobornar, adular o hacer de alcahuete para obtener el favor de un magnate o su favorito. No precisaba defenderme contra el fraude o la opresión. Aquí no había médicos que perjudicaran mi cuerpo ni abogados que me arruinasen; nadie que espionara mis conversaciones y actos, o que urdiera acusaciones contra mí por dinero. No había aquí chismosos, censores, deslenguados, maldicientes, rateros, salteadores, ladrones de viviendas, abogados, alcahuetes, bufones, jugadores profesionales, políticos, sabios, tediosos, charlatanes, polemistas, violadores, asesinos, ladrones, sabihondos,

cabecillas o seguidores de partidos o facciones, estimuladores del vicio con su ejemplo o seducción, cárceles, hachas, cadalsos, lugares para azotar, picotas, mercaderes o artesanos estafadores, orgullo, vanidad o afectación, pisaverdes, matones, borrachos, prostitutas callejeras, viruela, esposas libidinosas, derrochadoras o gritonas, pedantes estúpidos u orgullosos, ni compañeros importunos, arrogantes, pendencieros, bullangueros, alborotadores, vanos, sofisticados, blasfemos, ni pícaros sacados del lodo por sus vicios, ni nobles enfangados en él por su virtud, ni lores, ni violinistas, ni jueces ni maestros de baile.

Tuve en distintas ocasiones el privilegio de ser presentado a diversos houyhnhnms que visitaron a mi amo o comieron con él. Su Excelencia me permitió estar en la habitación y escuchar la conversación. Con frecuencia tanto él como sus invitados se dignaban preguntarme y escuchar mis contestaciones. En algunas ocasiones tuve el honor de acompañar a mi amo en sus visitas. Nunca me tomé la libertad de hablar sin ser preguntado y aun entonces lo hacía con pesar, pues me hacía perder tiempo en mi propio perfeccionamiento. Sentía un infinito placer en el papel de sencillo oyente en tales pláticas, donde nada inútil se trataba, y se expresaba todo con el mínimo de palabras y en términos llenos de significado. Como ya he comentado, se observaba un decoro máximo pero sin el menor asomo de formalismos. Nadie hablaba sin complacerse a sí mismo y a los demás; no se producían interrupciones, aburrimiento, acaloramientos u opiniones contrapuestas. Piensan que una breve pausa silenciosa mejora la conversación de un grupo. Comprobé la certeza de esta afirmación, pues en esos momentos de silencio se agolpaban en su mente nuevas ideas que enriquecían mucho sus conversaciones. Sus temas suelen ser la amistad y benevolencia, el orden y el arreglo doméstico, a veces los fenómenos de la naturaleza que han observado o las tradiciones antiguas, los vínculos y límites de la virtud, las infalibles normas de la razón o las decisiones que debían tomarse en la siguiente asamblea general, y con frecuencia las diversas excelencias de la poesía.

Puedo añadir modestamente que mi presencia les proporcionaba a menudo tema de conversación, porque daba a mi amo la oportunidad de informar a sus amigos sobre mi historia personal y la de mi país, sobre el que todos se complacían en tratar de modo poco halagador para el género humano. Por este motivo no voy a repetir aquí lo que decían. Permítaseme, con todo, recalcar que Su Excelencia, con gran admiración por mi parte, parecía comprender mucho mejor que yo mismo la naturaleza del yahoo. Analizaba todos nuestros defectos y locuras y descubría muchos que jamás le había yo mencionado solo con suponer las cualidades que un yahoo de su país podría alcanzar con una pequeña proporción de razón. Su conclusión, por desgracia harto probable, era lo vil y miserable que debía de ser semejante criatura.

Confieso abiertamente que mis escasos conocimientos de valor los recibí en las lecciones que mi amo me dio y en sus conversaciones conmigo y sus amigos. Me

sentía más orgulloso de escucharlas que de dirigir la palabra a la mayor y más sabia asamblea de Europa. Admiraba la fuerza, belleza y agilidad de sus habitantes; y semejante estela de virtud en personas tan agradables me infundía la veneración más profunda. Al principio, es verdad, no sentí el temor instintivo que los yahoos y el resto de los animales experimentaban hacia ellos. Pero, mucho antes de que pudiera imaginarlo, fue creciendo de modo progresivo, entremezclado con amor respetuoso y gratitud por su condescendiente preferencia hacía mí respecto a los demás de mi especie.

Cuando pensaba en mi familia y amigos, mis compatriotas o el género humano en general, los consideraba realmente como lo que eran, yahoos por su aspecto y disposiciones, solo que un poco más educados y dotados del don de la palabra pero utilizando la razón para perfeccionar e incrementar aquellos vicios que sus hermanos de este país habían recibido solamente en la parte que les tocó en suerte por la naturaleza. Cuando contemplaba mi propio reflejo en un lago o fuente, volvía el rostro con horror y odio hacia mí mismo, y podía soportar mejor la vista de un yahoo ordinario que la mía propia. A fuerza de vivir con los houyhnhnms y de observarlos con admiración, me puse a imitar sus andares y gestos, lo que ha adquirido carta de naturaleza en mí. Mis amigos suelen decirme con frecuencia de un modo rudo que «trote como un caballo». Sin embargo, para mí, esto es un enorme cumplido. No puedo tampoco dejar de reconocer que al hablar tengo una inclinación a imitar el tono y la voz de los houyhnhnms; y no me siento en absoluto herido si alguien se burla de mí por ello.

En medio de esta felicidad, cuando ya me consideraba establecido de modo definitivo de por vida, mi amo me mandó a buscar una mañana algo más temprano que de costumbre. Por su aspecto vi que estaba un tanto preocupado y que no sabía cómo abordar el asunto. Tras un breve silencio, me confesó que no sabía cómo tomaría yo lo que iba a decirme. Que en la última asamblea general, al tratarse el tema de los yahoos, los representantes se mostraron ofendidos de que tuviese en su casa a un yahoo (se referían a mí) más como un houyhnhnm que como un bruto animal. Se sabía que platicaba conmigo con frecuencia, como si de mi conversación pudiera obtener algún deleite o beneficio. Que tal práctica no se ajustaba a la razón ni a la naturaleza y que no existía precedente semejante entre ellos. La asamblea, pues, le había exhortado bien a emplearme como al resto de mis congéneres, o bien a obligarme a regresar a nado a mi lugar de origen. La primera de estas resoluciones había sido rechazada de plano por todos los houyhnhnms que me habían visto en mi casa o en la suya; pues alegaban que, dotado como estaba de rudimentos de razón y habida cuenta de la natural perversidad de estos animales, era de temer que pudiera seducirlos y llevarlos a zonas boscosas y montañosas del país, y organizar correrías

nocturnas en tropes para destruir el ganado de los houyhnhnms; siendo como eran animales de rapiña y enemigos del trabajo.

Mi amo añadió que todos los días los houyhnhnms de los alrededores le instigaban a que cumpliera la decisión de la asamblea, que no podía demorar por más tiempo. No pensaba que pudiera alcanzar a nado otro país y, por tanto, deseaba que construyese uno de esos vehículos como los que le había descrito, que me pudiera llevar por mar; en tal trabajo contaría con la ayuda de sus criados y de los de alrededor. Concluyó diciendo que habría estado muy complacido en guardarme a su servicio por el resto de mi vida, porque al tratar de imitar a los houyhnhnms, en la medida de lo posible a mi inferior naturaleza, encontraba que había vencido algunos malos hábitos y actitudes.

Debería aquí hacer notar al lector que un decreto de la asamblea general se expresa con la palabra *hnhloayn*, que en una traducción lo más aproximada posible significa exhortación, pues no pueden concebir que un ser dotado de razón pueda ser forzado a hacer algo, sino que todo lo más se le aconseja o se le exhorta, pues nadie puede desobedecer a la razón sin renunciar a ser una criatura racional.

Las palabras de mi amo me sumieron en profundísima pena y preocupación. Fui incapaz de soportar tan dolorosa noticia y caí desvanecido a sus pies. Cuando me recuperé, mi amo me dijo que creía que me había muerto. (Pues esa gente no está sujeta a imbecilidades de la naturaleza.) Le contesté, con tono desmayado, que la muerte habría sido una excesiva felicidad; que, aunque no podía criticar ni el consejo de la asamblea ni la impaciencia de sus amigos, sin embargo, en mi débil y corrupta opinión, creía que no habría sido incompatible con la razón el mostrar un poco menos de rigor. No podía nadar más de una legua, y probablemente, la tierra más próxima se hallaba a más de cien leguas de aquí. Además, no había en este país muchos materiales, necesarios para construir una pequeña nave para mí, lo cual, sin embargo, por obediencia y gratitud a Su Excelencia intentaría, aunque entendía que la empresa resultaría imposible, y, por consiguiente, me consideraba condenado a perecer. Añadí que la segura perspectiva de una muerte no natural era el menor de mis males, porque, imaginando que me escapara con vida en virtud de un acontecimiento inesperado, ¿cómo podría pasar con calma mis días entre yahoos y recaer en mi depravación primitiva por falta de ejemplos que me condujeran y guiaran por el sendero de la virtud? Conocía demasiado bien en qué sólidas razones se fundamentaban las decisiones de los sabios houyhnhnms para que los argumentos de un miserable yahoo como yo las alterasen. Por consiguiente, después de agradecerle humildemente el ofrecimiento de sus criados para construir la nave, le pedí que me concediera un tiempo razonable para tarea tan ardua. Le dije que intentaría salvar mi miserable ser, y que si lograba regresar a Inglaterra, esperaba ser útil a mis semejantes

celebrando la gloria de los famosos houyhnhnms y proponiendo sus virtudes a la imitación del género humano.

Mi amo me respondió concisa y amablemente que me concedía dos meses para construir la nave, y ordenó al alazán de tiro, mi compañero de servicio (así me atrevo a llamarlo desde aquí), que se pusiera a mi disposición, pues dije a mi amo que su ayuda sería suficiente y yo sabía que él me tenía especial afecto.

Mi primer cuidado fue ir en su compañía a la zona costera donde mi tripulación amotinada me había echado a la orilla. Subí a un promontorio y, escrutando el mar en todas direcciones, creí divisar una pequeña isla en el nordeste. Saqué mi catalejo de bolsillo y pude entonces distinguirla con claridad a unas cinco leguas de distancia, según mis cálculos. Para el alazán aquello parecía solo una nube azul, ya que no concebía que pudiera existir un país fuera del suyo y no podía ser tan experto para distinguir objetos alejados como nosotros, que estamos tan familiarizados con el mar.

Una vez hube descubierto la isla no busqué más: aquella sería la primera etapa de mi destierro. La Fortuna se encargaría del resto.

Regresé a mi casa, y después de deliberar con el alazán nos encaminamos a un bosquecillo no muy lejano, donde yo con mi cuchillo y él con un agudo pedernal montado con mucho ingenio, al estilo del país, en un mango de madera, cortamos numerosas ramas de roble del grosor de un cayado y algunas de mayor tamaño. No cansaré al lector con una minuciosa descripción de mi habilidad artesana. Bastará con decir que a las seis semanas, con la ayuda del alazán, que realizó las tareas más arduas, había construido una especie de canoa india, pero de mucho mayores dimensiones. La recubrí con pieles de yahoo fuertemente cosidas con cuerdas de cáñamo de fabricación propia. La vela era también de pieles de yahoo; pero utilicé la de los más jóvenes que pude conseguir, pues la de los viejos era demasiado basta y gruesa. Igualmente me hice cuatro remos. Me proveí de carne cocida de conejo y ave, y de dos recipientes, uno de leche y otro de agua.

Probé la canoa en una gran laguna próxima a la casa de mi amo y efectué luego las correcciones necesarias. Calafateé todas las junturas con sebo de yahoo hasta que se impermeabilizó y pudo transportarme con la carga. Cuando la hube completado hasta sus últimos detalles, la hice llevar muy suavemente en un vehículo arrastrado por yahoos, bajo la dirección del alazán y otro criado.

Cuando estuvo todo listo y llegó el día de mi partida, me despedí de mis amos y de toda su familia, con los ojos anegados en lágrimas, y el corazón transido de dolor. Pero Su Excelencia, en parte por curiosidad y, quizá (si lo puedo decir sin vanidad), en parte por simpatía hacia mí, estaba decidido a presenciar cómo embarcaba, y consiguió que varios vecinos amigos lo acompañasen. Me vi precisado a esperar cerca de una hora a que subiera la marea. Luego, al ver que el viento, muy afortunadamente, soplaba en dirección a la isla hacia donde me dirigía, me despedí de mi amo por

segunda vez; pero cuando iba a postrarme para besarle el casco, me concedió el honor de levantarlo hasta mi boca. No ignoro con cuánto rigor he sido censurado por mencionar este último detalle. Mis detractores se complacen en creer que es poco probable que un personaje tan ilustre se rebajara a otorgar una prueba tan grande de predilección a una criatura inferior como yo. Tampoco he olvidado lo propensos que están algunos viajeros a envanecerse por los extraordinarios favores recibidos. Pero si estos críticos conocieran mejor las nobles y corteses predisposiciones de los houyhnhnms, pronto cambiarían de opinión.

Presenté mis respetos a los otros houyhnhnms que acompañaban a Su Excelencia, luego embarqué en mi canoa y remé para alejarme de la costa.

XI

*Peligrosa travesía del autor. Llega a Nueva Holanda
esperando establecerse allí. Un nativo le hiere
de un flechazo. Es capturado y embarcado a la fuerza
en un barco portugués. Extrema amabilidad del capitán.
El autor llega a Inglaterra.*

Empecé aquella travesía desesperada el 15 de febrero de 1714/5 a las nueve de la mañana. El viento era muy favorable; sin embargo, al principio solo utilicé los remos, pero, considerando que pronto me cansaría y que el viento podría variar, me atreví a izar mi pequeña vela. Así, con ayuda de la marea, alcancé una velocidad estimada de legua y media por hora. Mi amo y sus amigos permanecieron en la costa hasta casi perderme de vista. A menudo pude oír al alazán de tiro, que tanto me apreciaba: *Hnuy illa nyha majah yahoo*. («Cuídate mucho, amable yahoo.»)

Mi propósito era, en lo posible, descubrir alguna pequeña isla deshabitada, pero que tuviera recursos suficientes para vivir de mi trabajo. Para mí eso habría sido mucho mejor que ser el primer ministro en la más refinada corte europea, tan horrorosa era para mí la perspectiva de volver a vivir en sociedad y bajo el gobierno de los yahoos. En esa ansiada soledad podría, al menos, gozar de mis propios pensamientos y ponderar con delectación las virtudes de aquellos inimitables *houyhnhnms* sin exponerme a recaer en los vicios y corrupciones de mi propia especie.

El lector recordará lo que he relatado cuando mi tripulación se amotinó y me recluyó en mi camarote. Había permanecido allí varias semanas sin conocer el rumbo del barco, y cuando se me condujo a tierra en la chalupa los marineros me habían jurado —no sé si en verdad o mintiendo— que desconocían en qué zona del mundo estábamos. Sin embargo, yo entonces estimé que nos encontrábamos a unos diez grados al sur del cabo de Buena Esperanza, o a unos 45 grados de latitud sur, a juzgar por unos comentarios que capté en una de sus conversaciones y que me hizo pensar que estaba al sudeste de Madagascar, hacia donde se dirigían. Aunque no fuera más que mera conjetura, decidí poner rumbo este, con la esperanza de alcanzar la costa sudoeste de Nueva Holanda, o quizá alguna otra isla al oeste, según el plan previsto. Soplaban un fuerte viento del oeste, de modo que, por un cómputo efectuado, a las

seis de la tarde había recorrido al menos dieciocho leguas. Entonces, a media milla de distancia, divisé un pequeño islote, que no tardé en alcanzar. Era una simple roca con una caleta arqueada formada por la fuerza de los temporales. Resguardé allí mi bote y escalando parte de la roca, divisé con claridad, al este, una tierra que se extendía de norte a sur. Pasé la noche en mi canoa y, al romper el alba, reanudé el viaje, alcanzando en siete horas el extremo sudeste de Nueva Holanda. Esto confirmó mi opinión, que tenía hace mucho, de que los mapas y cartas sitúan este país al menos tres grados más al este de su situación real. Hace muchos años que había comunicado esta opinión a mi amigo Herman Moll exponiéndole mis argumentos, pero él había preferido seguir a otros autores.

No vi seres humanos donde desembarqué y como no iba armado, no osé aventurarme tierra adentro. Encontré en la playa algunos mariscos que me comí crudos, pues no me atreví a encender fuego por temor a que los nativos me descubrieran. Durante tres días me alimenté de ostras y lapas para ahorrar mis provisiones y, por suerte, descubrí un arroyo de agua excelente que me reconfortó mucho.

Al cuarto día, muy de mañana, me aventuré quizá demasiado, pues, a unas quinientas yardas de donde me encontraba, divisé unos veinte o treinta nativos en un promontorio. Estaban completamente desnudos, hombres, mujeres y niños, en torno a una hoguera, según deduje por el humo. Uno me descubrió e informó al resto. Cinco de ellos avanzaron hacia mí, dejando junto al fuego a las mujeres y a los niños. Me escapé hacia la costa a toda velocidad, monté en la canoa y me alejé. Pero aquellos salvajes, al ver que huía, se lanzaron en mi persecución, y antes de que hubiera podido adentrarme lo suficiente en el mar, me dispararon una flecha que me produjo una profunda herida en la cara interior de la rodilla izquierda (llevaré la cicatriz hasta la tumba). Temí que la flecha estuviera envenenada, y como no hacía viento, remé hasta que estuve fuera de su alcance, y curé la herida lo mejor que pude.

No sabía qué hacer. No me atrevía a regresar a la orilla; pero si enfilaba hacia el norte, tendría que remar, ya que la brisa, aunque ligera, me era contraria, pues soplaba del noroeste. Estaba buscando un lugar adecuado para desembarcar, cuando avisté al nornordeste una vela que se agrandaba por momentos. Durante unos instantes dudé en esperar o no. Pero finalmente prevaleció mi aversión por la raza de yahoos y, virando la canoa, icé la vela y bogueé en dirección sur hasta alcanzar la misma caleta de donde había partido por la mañana, prefiriendo confiarme a estos salvajes que vivir con los yahoos europeos. Me aproximé cuanto pude con mi canoa a la costa y me escondí en un peñasco junto al arroyuelo, cuya agua, como he dicho, era deliciosa.

El barco se aproximó a menos de media legua de este arroyuelo y envió su chalupa cargada de toneles para aprovisionarse de agua potable (el lugar, al parecer, era muy conocido). Pero no me di cuenta de esto hasta que la embarcación estaba casi en la

costa y ya era demasiado tarde para buscar otro escondrijo. Los marineros observaron mi canoa al desembarcar; al examinarla concienzudamente, dedujeron que su dueño no debía andar lejos. Cuatro de ellos, bien armados, registraron todas las hendiduras y recovecos hasta que me encontraron de bruces detrás del peñasco.

Contemplaron admirados mi extraña vestimenta, mi chaquetón de piel, mis zapatos de madera, y mis medias de pelo. Por todo ello dedujeron que yo no era un aborigen, ya que todos van en cueros. Uno de los marineros, en portugués, me ordenó levantarme e identificarme. Sabía ese idioma muy bien. Me puse en pie y declaré que era un pobre yahoo, desterrado por los houyhnhnms, y les rogué que me dejaran partir. Se extrañaron al ver que les respondía en su idioma y que tenía el color de piel de un europeo. Pero desconocían el significado de yahoos y de houyhnhnms y empezaron a reírse por mi extraño tono de voz, que parecía el relincho de un caballo. Yo no cesaba de temblar, por una mezcla de terror y odio. Les supliqué de nuevo que me dejaran marchar, al mismo tiempo que me dirigía lentamente hacia mi canoa; pero me sujetaron y me interrogaron sobre mi nacionalidad, de dónde venía y sobre muchos otros temas. Les dije que era natural de Inglaterra, de donde había salido hacía unos cinco años y que, entonces, su país y el mío no estaban en guerra. Esperaba, por lo tanto, que no me tratasen como enemigo, ya que no era mi intención hacerles daño alguno: solo era un pobre yahoo en busca de un lugar desierto donde pasar el resto de mi miserable vida.

Cuando ellos empezaron a hablar tuve la impresión de que nunca había visto ni oído nada tan antinatural; me parecía monstruoso como si un perro o una vaca hablaran en Inglaterra, o un yahoo en el país de los houyhnhnms. Aquellos honrados portugueses estaban también sorprendidos por mis vestidos y por mi forma peculiar de hablar, que, a pesar de todo, entendían a la perfección. Me hablaron con mucha humanidad y me dijeron que su capitán, con toda seguridad, me llevaría gratis a Lisboa, desde donde podría regresar a mi país; que dos de los marinos volverían al barco e informarían al capitán de todo para recibir órdenes. Entretanto, a menos que prestara juramento de no huir, me retendrían por la fuerza. Juzgué preferible aceptar su propuesta. Sentían gran curiosidad por conocer mi historia, pero les di muy poca satisfacción en este punto, por lo que dedujeron que mis desgracias habían afectado a mi razón. Al cabo de dos horas, la chalupa, que había ido cargada con los toneles de agua, regresó con la orden del capitán de que me llevasen a bordo. Me hincé de rodillas suplicándoles que me dejaran libre. Todo fue inútil: los marineros me sujetaron con cuerdas y me izaron a la chalupa; ya en el barco, me llevaron al camarote del capitán.

Este se llamaba Pedro de Méndez. Era una persona muy cortés y generosa. Me invitó a que le contase algo sobre mí y me preguntó qué quería comer o beber. Me dijo que me trataría tan bien como a él mismo y fue tan amable conmigo que me

sorprendió ver un yahoo tan bien educado. Sin embargo permanecí callado y huraño. Su olor y el de sus hombres me hacía casi desfallecer. Finalmente manifesté que quería comer de los víveres de mi canoa. Pero él me hizo servir pollo y vino de calidad y luego mandó que me acostara en un camarote muy limpio. Me eché sobre la colcha sin desvestirme y al cabo de media hora, cuando pensé que la tripulación estaba comiendo, salí con sigilo. Cuando me hallaba sobre la borda a punto de saltar al mar y escaparme a nado antes que seguir con los yahoos, uno de los marineros me lo impidió y, en cuanto fue informado, el capitán me hizo encadenar en mi camarote.

Después de comer, don Pedro me visitó y me preguntó el motivo de tan desesperado intento. Me aseguró que él solo deseaba ayudarme en la medida de lo posible. Me habló de forma tan conmovedora que finalmente consentí en tratarle como a un animal parcialmente dotado de razón. Le describí brevísimamente mi viaje, el motín de mi tripulación, la isla en que me habían abandonado y mis tres años de estancia en ella. Todo lo consideró como si fuera un sueño o una visión. Esto me ofendió mucho, ya que yo había olvidado completamente la capacidad de mentir, tan característica de los yahoos en todas las naciones que gobiernan y, por tanto, la de sospechar que nuestros congéneres intentan engañarnos. Le pregunté si en su país existía la costumbre de «decir lo que no era». Le aseguré que casi había perdido la noción de falsedad y que si hubiera vivido un milenio entre los houyhnhnms nunca habría escuchado una mentira en boca del criado más humilde. Que no me importaba nada que me creyese o no, pero que, sin embargo, para pagarle sus atenciones, sería muy indulgente con su corrupta naturaleza y le contestaría a todas las objeciones que se dignara hacerme. Así le sería fácil descubrir la verdad.

El capitán, hombre inteligente, después de numerosos intentos de hacerme incurrir en contradicciones en alguna parte de mi relato, empezó a tener mejor opinión de mi sinceridad. Pero añadió que, profesando como profesaba un amor tan inviolable a la verdad, le tenía que dar mi palabra de honor de que le haría compañía en ese viaje, sin intentar suicidarme. En caso contrario me retendría preso hasta Lisboa. Le prometí lo que me exigía, pero a la vez le aseguré que, antes de volver a vivir con yahoos, prefería soportar los peores sufrimientos.

La travesía transcurrió sin incidentes dignos de mención. En agradecimiento al capitán, ante sus vehementes peticiones, me sentaba a veces a su mesa y me esforzaba por esconder mi antipatía hacia la humanidad. Cuando se dejaba traslucir, él la toleraba sin hacer comentario. Pasaba la mayor parte del día recluso en mi camarote para no tener que relacionarme con la tripulación. El capitán me había pedido a menudo que me despojase de mis prendas salvajes ofreciéndome lo mejor de sus ropas. No consiguió que aceptara, pues aborrecía vestirme con cualquier cosa que hubiera llevado un yahoo con anterioridad. Solo le supliqué que me prestase dos

camisas limpias. Por el hecho de haberlas lavado desde que las llevó, consideré que no me contaminarían tanto. Me cambiaba cada dos días y las lavaba personalmente.

Llegamos a Lisboa el 5 de noviembre de 1715. Al desembarcar, el capitán me obligó a embozarme con su capote para evitar que la chusma se arremolinase en torno mío. Me condujo a su propia casa y me destinó, ante mis vehementes súplicas, la habitación más alta de atrás. Le conminé a que no revelase a nadie lo que le había contado de los houyhnhnms, ya que habría bastado la menor indiscreción no solo para atraer la visita de numerosas personas, sino también para sufrir un probable encarcelamiento o muerte en la hoguera por parte de la Inquisición. El capitán me convenció de que aceptase ropas nuevas, pero yo no habría podido tolerar que el sastre me tomara medidas. Sin embargo, al tener casi la misma talla de don Pedro, me cayeron bastante bien. Me suministró otros artículos indispensables, todos nuevos, pero, antes de ponérmelos, los aireé durante un día.

El capitán no estaba casado y no tenía más de tres criados. A ninguno se le permitió servir la mesa. Su comportamiento, en conjunto, era tan bondadoso, y su comprensión de tanta calidad *humana*, que comencé verdaderamente a soportar su compañía. Su influencia sobre mí llegó al extremo de que me atreviera a mirar por la ventana del jardín. Luego, de modo gradual, se me llevó a otra habitación desde donde contemplé la calle, pero volví la cabeza horrorizado. Al cabo de una semana había conseguido que bajara a la puerta de la calle. Comprobé que mi espanto disminuía progresivamente, a pesar de que mi odio y desprecio parecían acrecentarse. Finalmente me aventuré a acompañarle por la calle, aunque llevaba la nariz cuidadosamente taponada con tabaco o ruda.

Al cabo de diez días, don Pedro, a quien le había expuesto brevemente mi situación familiar, me hizo ver que mi honor y mi conciencia exigían que regresara a mi país natal y viviera en mi hogar con mi mujer e hijos. Me dijo que en el puerto había un barco inglés listo para zarpar y que él me facilitaría todo lo necesario. Carecería de interés el que repitiera aquí sus argumentos y mis objeciones. Me dijo que era absolutamente imposible que encontrase la isla desierta que deseaba para vivir en ella. Pero en mi casa era el amo y podría llevar la vida recoleta que quisiera.

Acabé por doblegarme, encontrando que no podía hacer otra cosa. El 24 de noviembre abandonaba Lisboa a bordo de un mercante inglés, sin ni siquiera indagar el nombre del capitán. Don Pedro me había acompañado hasta el barco y dejado veinte libras. Se había despedido de mí afectuosamente y me había dado un abrazo que toleré lo mejor que pude. Durante esta última travesía no tuve contacto alguno ni con el capitán ni con la tripulación; pretexté una enfermedad y permanecí recluido en mi camarote. El 15 de diciembre de 1715, sobre las nueve de la mañana, anclamos en las Downs. Llegaba a Redriff, mi hogar, sano y salvo, a las tres de la tarde.

Mi mujer e hijos me acogieron con gran sorpresa y alegría, porque me daban por muerto sin discusión. Pero he de confesar con franqueza que su presencia solo me llenó de odio, desdén y desprecio, y más por el pensamiento de mi estrecha vinculación a ellos. Porque, a pesar de que desde mi desventurado exilio del país de los houyhnhnms me había visto precisado a tolerar la presencia de yahoos, y a hablar con don Pedro de Méndez, sin embargo, mi recuerdo e imaginación estaban siempre llenos de las virtudes e ideas de aquellos enaltecidos houyhnhnms. Y cuando comencé a reflexionar que, al copular con una de la especie yahoo, había llegado a ser padre de más yahoos, me sentí sobrecogido por una vergüenza, confusión y horror supremos.

Tan pronto como entré en mi hogar, mi mujer me abrazó y besó. Al no estar acostumbrado al contacto de animal tan repugnante durante tantos años, caí desvanecido durante casi una hora. En el momento en que esto escribo, llevo cinco años en Inglaterra. Durante el primer año no podía soportar la presencia de mi mujer e hijos: su simple olor me resultaba intolerable; y todavía más el comer en la misma habitación. Incluso hoy en día no se atreven a tocar mi pan ni a beber de mi mismo vaso; ni siquiera soy capaz de permitir que uno de ellos me tome de la mano. Mi primer gasto consistió en la compra de dos caballos jóvenes, a los que cobijo en un hermoso establo. Después de ellos, el mozo es mi preferido, pues me siento animado por el olor a caballerizas que desprende. Mis caballos me entienden bastante bien. Suelo hablar con ellos un mínimo de cuatro horas diarias. Desconocen la brida y la silla; viven una gran amistad conmigo, y en armonía entre ellos.

XII

*Veracidad del autor. Su intención al publicar este libro.
Crítica a los viajeros que traicionan la verdad. El autor
se exime de cualquier finalidad perversa en este escrito.
Respuesta a una objeción. Método de colonización. Elogio de
su país natal. Justificación de los derechos de la corona a los
países descritos por el autor. Dificultad de conquistarlos.
El autor se despide del lector, sugiere su modo de vivir para
el futuro, da buenos consejos y concluye.*

Te he proporcionado, pues, amable lector, un fiel relato de mis viajes realizados durante dieciséis años y siete meses y pico, procurando siempre atender más a la verdad que a las florituras. Sin duda, habría podido —como tantos otros— asombrarte con historias absurdas o increíbles, pero he preferido relatarte hechos corrientes al modo y estilo más sencillos, ya que mi objetivo principal consistía en informarte y no en divertirte.

Para los que hemos viajado por remotos países, raramente visitados por ingleses u otros europeos, es fácil dar descripciones de maravillosos animales terrestres o marinos. Sin embargo, el objetivo principal de un viajero debería ser hacer a la humanidad más sabia y mejor, y perfeccionar su espíritu con los buenos y malos ejemplos que ha descubierto en países extranjeros.

Deseo de todo corazón que se promulgue una ley obligando a todo viajero, antes de que se autorice la publicación de su relato de viajes, a efectuar un solemne juramento ante el lord Gran Canciller de que todo cuanto se propone publicar es, a su entender, absolutamente verdadero. De ese modo el público no sufriría los corrientes engaños actuales, ya que algunos escritores imponen al lector confiado las falsedades más burdas, para facilitar la difusión de sus obras. He leído cuidadosamente diversos libros de viajes con gran placer durante mi juventud. Pero después he podido recorrer la mayor parte de las regiones del globo y, gracias a mi experiencia personal, estoy en condiciones de desmentir muchos relatos quiméricos. Todo ello me ha producido una repulsa generalizada hacia esta literatura de viajes y bastante indignación al comprobar de qué modo tan descarado se abusa de la credulidad humana. Por consiguiente, y

puesto que mis conocidos han tenido la amabilidad de creer que mis pobres esfuerzos no han de ser inútiles para mi nación, me he impuesto a mí mismo, como una norma de la que nunca me he de apartar, el *atenerme rigurosamente a la verdad*. Sinceramente, nada aleja de mí cualquier tentación al respecto como el recordar las lecciones y ejemplos de un noble amo y de los otros ilustres houyhnhnms, de los que tuve el honor de ser por tanto tiempo su humilde oyente.

Nec si miserum Fortuna Sinonem

finxit, vanum etiam, mendacemque improba finget.

Conozco de sobra la poca fama que han de producir los relatos que no exigen ni talento ni saber, ni cualquier otra cualidad que no sean una memoria feliz y un diario detallado. Conozco, igualmente, que los escritores de viajes, como los autores de diccionarios, quedan sumidos en el olvido por la masa de los que les siguen, y por ende mienten más. Hay muchas probabilidades de que los viajeros que visiten en el futuro los países descritos en mi libro puedan, al descubrir mis errores —si los hay— y al aportar numerosos y nuevos descubrimientos personales, hacerme pasar de moda y desplazarme, de forma que el mundo se olvide enteramente de mí como autor. Este sería, en verdad, un pensamiento demasiado mortificante si escribiera en busca de gloria; pero como solo ansío el bien público, no me puedo sentir en modo alguno defraudado. Porque ¿quién puede leer la mención de las virtudes de los ensalzados houyhnhnms sin avergonzarse de sus propios vicios, al considerarse él mismo como un animal racional rector de este país? No diré nada de los remotos países donde gobiernan los yahoos, entre los cuales los menos corruptos son los brobdingnagianos, pues la observancia de sus sabias máximas de moralidad y política nos reportaría felicidad. Pero no quiero proseguir a fin de dejar que el juicioso lector haga sus propias reflexiones y aplicaciones.

Siento un no pequeño placer al presentar una obra que quizá estará exenta de críticas. Porque ¿qué objeciones pueden hacerse contra un escritor que solo relata sencillos hechos acontecidos en países tan lejanos, donde no tenemos los menores intereses comerciales ni diplomáticos? He orillado cuidadosamente todos los fallos justamente censurables y frecuentes en los escritores corrientes de viajes. Además no me siento ligado lo más mínimo a ningún partido, sino que escribo sin pasión, prejuicio o mala voluntad contra hombre o grupo humano cualquiera. Escribo por la más noble de las finalidades: para informar e instruir a la humanidad, sobre la que —sin faltar a la modestia— puedo alardear de superioridad gracias a las ventajas derivadas de mis prolongados contactos con los perfectísimos houyhnhnms. No escribo por lucro o fama. No he permitido que se me escapara una palabra que pudiera tomarse a mal o sonase a la más nimia ofensa para la más susceptible de las personas. Así espero que pueda declarármeme, con plena justicia, un autor perfectamente irreprochable, contra quien la horda de respondones, pensadores, observadores, meditadores,

conservadores y críticos será incapaz de encontrar materia en que ejercitar sus habilidades.

Confieso que se me sugirió que estaba obligado, por mi deber de súbdito inglés, a presentar, a mi llegada a Inglaterra, un informe a un secretario de Estado, ya que todas las tierras que descubre un súbdito de la corona a ella pertenecen. Pero tengo mis dudas de que nosotros conquistásemos esos países descubiertos con la misma facilidad con que Hernán Cortés conquistó a los desnudos americanos. Creo que los liliputienses apenas valen el coste de la flota y el ejército que los sometería; en cuanto a los brobdingnagianos, me pregunto si sería prudente o seguro intentar dominarlos. O si un ejército inglés se sentiría muy cómodo con la Isla Flotante volando sobre sus cabezas. Los houyhnhnms, ciertamente, no parecen estar tan bien pertrechados para la guerra, técnica a la que son totalmente ajenos, especialmente ante los proyectiles. Sin embargo, si fuera ministro del gobierno, nunca aconsejaría la invasión. Su inteligencia, unanimidad, total ignorancia del miedo y su patriotismo suplirían cumplidamente sus carencias en el arte bélico. Imaginaos en una carga a veinte mil de ellos contra el grueso de un ejército europeo, desordenando las filas, volcando los vehículos con los terribles impactos de sus cascos traseros, desfigurando completamente las caras de los combatientes. Pues sin duda merecerían que se dijese de ellos lo que se dijo de Augusto: *Recalcitrat undique tutus*. Pero en lugar de hacer proyectos para subyugar a aquel magnánimo país, preferiría que ellos tuvieran los medios y disposición de enviar un número adecuado de sus conciudadanos para civilizar Europa, enseñándonos las nociones básicas de honor, justicia, veracidad, templanza, espíritu cívico, fortaleza, castidad, amistad, benevolencia y fidelidad. Los nombres de estas virtudes todavía perduran en la mayoría de nuestros idiomas y se encuentran en autores tanto antiguos como modernos, como mi escasa y personal experiencia lectora lo atestigua.

Pero otra razón me hacía sentirme poco propenso a dilatar, con mis descubrimientos, los dominios de Su Majestad. A decir verdad, sentía ciertos escrúpulos sobre el modo como los príncipes practican la justicia distributiva en estas circunstancias. Por ejemplo, un barco pirata es arrastrado por una tempestad con rumbo desconocido, hasta que un grumete, desde lo alto del mástil, descubre tierra a lo lejos. Desembarcan para robar y expoliar; encuentran a gente inofensiva, se les acoge con amabilidad, dan al país un nombre nuevo, toman, en nombre de su monarca, formal posesión del mismo y erigen, en recuerdo, un madero podrido o una piedra; asesinan a dos o tres docenas de nativos, cogen de muestra a un par más por la fuerza, regresan a la patria y obtienen el indulto. Aquí comienza una nueva anexión, legítima por *derecho divino*. A la primera oportunidad se envía una flota; se expulsa o extermina a los nativos; se tortura a los príncipes para que descubran sus tesoros; se da carta blanca a todos los actos de crueldad y codicia y la tierra hiede con la sangre de sus habitantes; y esta execrable horda de carniceros consagrados en tan piadosa

expedición es una *colonia* moderna enviada para convertir y civilizar a un pueblo bárbaro e idólatra.

Pero confieso que esta descripción no se aplica en modo alguno a la nación británica, que puede servir de ejemplo al mundo entero por la sabiduría, cuidado y justicia demostradas en la fundación de colonias; por la generosidad con que promueve el progreso de la religión y el saber; por la elección de pastores fervientes y capacitados para la propagación del cristianismo; por el cuidado que toma en no enviar a las nuevas provincias sino gente de la madre patria de vida y palabras austeras; por su riguroso respeto en la administración de la justicia al nombrar para los puestos del gobierno de todas las colonias a los funcionarios de la más elevada competencia, completamente ajenos a la corrupción; y como remate de todo, por enviar a los más probos y vigilantes gobernantes, cuya única mira es la felicidad del pueblo que rigen y el honor del rey, su amo.

Pero como las naciones que he descrito no muestran deseo alguno de ser conquistadas, esclavizadas, exterminadas o deportadas por colonizadores, y no abundan en plata, azúcar o tabaco, considero modestamente que no constituyen objetivos adecuados para nuestro celo, valor o interés. Con todo, si aquellos a los que les incumbe este asunto difieren de mi opinión, estoy dispuesto a testimoniar, bajo citación judicial —si es que uno se puede fiar de las manifestaciones de los indígenas—, que soy el primer europeo que ha visitado el lugar; quiero decir, a no ser que surja una discusión sobre los dos yahoos citados, vistos hace muchos siglos en una montaña del país de los houyhnhnms, y de los que, según se cree, es originaria esa raza de brutos; y estos, por lo que puedo saber, bien podrían haber sido ingleses, opinión por la que me inclino al examinar los rasgos de la cara de sus descendientes, aunque muy desfigurados. Pero dejo a los expertos en derecho colonial determinar hasta qué punto esto puede servir de título sobre este territorio.

Nunca se me ocurrió pensar en la formalidad de tomar posesión de estos países en nombre de mi monarca. Y, si se me hubiera ocurrido, dada la situación, lo habría quizá aplazado para mejor ocasión por prudencia y seguridad personal.

Habiendo replicado así al único reproche que se me podría dirigir como viajero, me despido aquí de mi amable lector de un modo definitivo y me vuelvo a los placeres de la meditación en mi jardincillo de Redriff: a mis esfuerzos por poner en práctica aquellas excelsas lecciones de virtud que aprendí de los houyhnhnms; a instruir a los yahoos de mi propia familia, en cuanto su docilidad animal lo permita; a contemplar frecuentemente mi imagen en el espejo y así acostumbrarme con el tiempo, en lo posible, a tolerar la presencia de la criatura humana; a lamentar la brutalidad de los houyhnhnms de mi país, bestias a las que, sin embargo, siempre trato con respeto, en recuerdo de mi noble amo, su familia y amistades, y de toda la raza houyhnhnm, a la

que nuestros caballos se parecen punto por punto, a pesar de su inteligencia degenerada.

La semana pasada empecé a tolerar que mi mujer comiera conmigo, sentada al extremo opuesto de una larga mesa, y que me contestase con extrema parquedad a unas pocas preguntas. Con todo, como el olor de yahoo me sigue pareciendo muy desagradable, siempre llevo la nariz taponada con ruda, espliego u hojas de tabaco. Y aunque a veces resulte duro cambiar los viejos hábitos de un hombre maduro, no pierdo del todo la esperanza de llegar, en un futuro próximo, a soportar la presencia de un yahoo sin temor de verme bajo sus dientes o garras.

Mi reconciliación con el género yahoo en general presentaría menos dificultades si estos se contentasen con tener los vicios y practicar las locuras a que su naturaleza les da derecho.

No me resulta provocativo el ver a un abogado, un ratero, un coronel, un bufón, un señor, un fullero, un político, un chulo, un médico, un testigo, un cohechador, un procurador o un traidor y sus compinches: todo eso va de acuerdo con el normal desarrollo de los acontecimientos. Pero cuando contemplo una masa de deformidad y enfermedades tanto corporales como espirituales, llena de orgullo, estallo de impaciencia. Tampoco jamás seré capaz de comprender cómo semejante vicio es compatible con semejante animal. Los sabios y virtuosos houyhnhnms, que poseen en el más alto grado todas las posibles virtudes que pueden adornar a una criatura racional, no tienen en su idioma palabra para denotar este vicio como tampoco ningún término para expresar lo que es malo, excepto los que describen las detestables cualidades de los yahoos, entre las que no fueron capaces de distinguir ese vicio del orgullo, por ser insuficientes conocedores de la naturaleza del hombre, tal como se deja ver en otras naciones regidas por este animal. Pero yo, que tenía más experiencia, pude claramente encontrar indicios de este vicio en los yahoos salvajes.

Sin embargo los houyhnhnms, que viven bajo el dictamen de la razón, no están más orgullosos de sus virtudes de lo que yo estaría por no faltarme un brazo o una pierna, cosa de la que nadie en sus cabales alardearía, aunque sin ellos se sentiría muy desgraciado. Si me he extendido en lo tocante a este punto ha sido por el deseo que tengo de hacer un poco más soportable mi relación con un yahoo inglés. Por consiguiente, ruego a todos aquellos con cualquier vestigio de este absurdo vicio que no tengan la audacia de aparecer ante mi presencia.